

Frederic Munné

Catedrático Emérito de la Universidad de Barcelona

www.ub.edu/dppss/pg/fmunne.htm

fmunne@icab.es

LA PSICOLOGIA SOCIAL COMO CIENCIA TEÓRICA

Edición *on line*

2008

Frederic Munné, 2008

<http://www.portalpsicologia.org/pdfs/2008Munne.pdf>

INDICE

Prefacio a esta edición *on line.*, página 4.

Introducción, 6.

I. CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL, 11.

1. Discusión sobre los orígenes, 12.

1. El enfoque cronológico, 12.
2. El enfoque ideológico, 16..

2. El proceso de desarrollo, 18.

- 2.1 Antecedentes filosóficos, 20.
- 2.2 Psicología de la conducta colectiva, 21.
- 2.3 Psicología de las relaciones interindividuales, 25.
- 2.4 Psicología social de los instintos, 27.
- 2.5 Psicología social de las actitudes, 29..
- 2.6 Psicología del comportamiento en grupo: un decenio decisivo, 31.
- 2.7 De la posguerra hasta comienzos de los setenta, 35.

3. La situación actual, 41.

- 3.1 Avance y acumulación, 41.
- 3.2 Unos datos inquietantes, 44.
- 3.3 Reflexión sobre las crisis de la psicología social, 46.

II. PLURALISMO, DUALISMO Y UNIDAD EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL TEÓRICA, 52.

4. El pluralismo teórico, 53.

- 4.1 La proliferación de teorías psicosociales, 53.
- 4.2 Los marcos teóricos, 56.
- 4.3 Necesidad de una redefinición de la situación, 60.

5. Un modelo hipotético sobre el panorama contemporáneo, 62.

- 5.1 Los niveles de formalización de la explicación, 63.
- 5.2 El nivel metaparadigmático, 69.
- 5.3 Elaboración de un modelo explicativo, 74.
- 5.4 Teorías en psicología social y teoría de la psicología social, 83.

III. CONSTRUCCIÓN CONCEPTUAL DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL, 88.

6. El problema del objeto y sus respuestas, 89.

- 6.1 Del psicologismo al sociologismo, 90.
- 6.2 Psicosociologismo e interdisciplinariedad, 92.
- 6.3 Autonomía y sustantividad de la psicología social, 96.
- 6.4 Algunos problemas fundamentales del conocimiento científico del comportamiento humano, 97.

7. Dimensiones analíticas del comportamiento humano, 101.

- 7.1 Los planos de observación y la unidad de comportamiento, 102.
- 7.2 El eje espacio-temporal, 109.
- 7.3 La dicotomía herencia-ambiente, 115

8. Hacia una psicología social sustantiva, 129.

- 8.1 Las explicaciones en psicología social, 130.
- 8.2 Un modelo prismático del comportamiento humano, 140.
- 8.3 Del objeto al objetivo de la psicología social, 146.

Referencias bibliográficas, 154.

PREFACIO A ESTA EDICIÓN *ON LINE*

Este libro es la versión al castellano de “*La psicología social com a ciència teòrica*” (Barcelona: Editorial PPU, 1994). A mi modo de ver, aborda una cuestión fundamental que hoy en día sigue totalmente vigente. Como sea que dicha edición impresa hace tiempo que está agotada y que su aparición en una lengua minoritaria, como es el catalán, limitó su difusión, me han decidido a publicarlo *on line* ahora en lengua española.

Pero los catorce años transcurridos, exigen alguna aclaración. Ante todo, destacar que en las páginas que siguen se aborda la naturaleza y el estatus epistemológicos de la psicología social. A tal fin, se discuten temas como por qué hay tantas teorías y hasta qué punto el objeto de que trata le confiere una sustantividad en el conjunto de las ciencias humanas, lo cual va más allá de la extendida consideración de que es un campo típicamente interdisciplinario.

Puede pensarse que un enfoque puramente teórico de la psicología social, y lo mismo se podría predicar de cualquier otra ciencia del comportamiento humano, es tiempo perdido, ya que lo necesario es desarrollar ciencia aplicada. Sobre este importante punto quisiera comentar, por si no queda claro en el texto, que ciertamente es fácil observar en las ciencias humanas un rechazo tradicional e impulsivo hacia la teoría, sobre todo hacia las grandes teorías, por el prejuicio de que ésta las escora hacia el terreno nebuloso de la filosofía y el compromiso ideológico, apartándolas de la ciencia “seria y rigurosa” tal como se supone que es entendida en el campo de las ciencias llamadas de la naturaleza. Se olvida lo que apunto en la introducción y siempre he admirado de una de las ciencias consideradas más duras, como es la ciencia física: el culto que rinde a la física teórica, sin la cual este ámbito del conocimiento no hubiera hecho los avances que todos conocemos.

Igualmente podría argumentarse con respecto a la biología, en este caso con referencia sobre todo a la teoría de la evolución.

Preocuparse por la psicología social teórica es, dicho llanamente, preocuparse por poner en orden y esclarecer la propia casa. Expresado más elegantemente, es buscar inteligibilidad en el aparentemente desordenado panorama de las teorías psicosociales. Y desde la perspectiva epistemológica es el problema, que implica a todas las ciencias humanas, de su identidad como ciencia, específicamente como ciencia social. He ahí, el trasfondo de la cuestión.

El texto original ha sido respetado, incluso en el capítulo 3 sobre la situación actual, desfasado dados los años transcurridos. Hubiera sido fácil suprimirlo, pero tiene el interés de mostrar cómo se veía entonces la situación de la psicología social. Por supuesto, se ha corregido algún error puntual detectado. Pero no se ha actualizado la documentación bibliográfica. Era una tarea innecesaria para la comprensión de la cuestión, aparte de que hubiera requerido un tiempo que me hubiera apartado de mis intereses actuales sobre el paradigma de la complejidad, temática ésta a la que vengo dedicando mi tiempo desde los mismos inicios de la década de los años noventa y que, como se verá, ya se apunta en el último capítulo como un enfoque para replantear en unos términos no reductores la cuestión central del libro.

He aprovechado, eso sí, la oportunidad presente para añadir algún cuadro nuevo que visualiza lo indicado en el texto. Asimismo, he complementado el texto original con varios cuadros publicados en trabajos posteriores, lo cual hago constar con las debidas referencias bibliográficas. Un caso especial es el modelo poligonal (figura 5.5), necesitado de una actualización, no por puntual menos importante, como se explica al pie del mismo.

No quiero terminar sin hacer constar mi agradecimiento a los profesores Francisco Aguayo y Jaime Alfaro, por haber dado cobijo gentilmente a esta publicación en su portal.

Viladrau, junio de 2008.

Frederic Munné.

INTRODUCCION

Hay disciplinas científicas que no sólo no ocultan su dimensión teórica sino que la pregonan y la cultivan con especial interés. La física teórica y la teoría sociológica son dos ejemplos, bien distintos, de ello. Sin embargo, otros campos, entre los que se cuenta la psicología y la psicología social, descuidan ostensiblemente dicha dimensión. Probablemente por influencia del positivismo y de un hiperempirismo, en general recelan de la dimensión teórica e incluso parecen avergonzarse de ella, dirigiendo sus preferencias hacia los métodos y las técnicas de investigación empírica. Recordemos que hace unos años se escribió que el lento desarrollo que padecía la psicología social era debido, entre otras razones, "al miedo a la especulación" (Moscovici, 1972). Las páginas que siguen intentan superar ese miedo.

Por otra parte, es cierto que sin perjuicio de seguir estando de moda la metodología y de empezar a estarlo la investigación aplicada, asistimos a un tímido resurgir de las cuestiones teóricas. Para muestra basta con consultar algunos de los volúmenes de los *Advances of Experimental Social Psychology* (por ej., 1984, a, b y c) donde se recogen sendos trabajos sobre las más importantes corrientes teóricas psicosociales. Pero dejando aparte el que los estudios estrictamente teóricos no abundan, la verdad es que falta todavía una investigación centrada en la misma psicología social como ciencia teórica. Ambos hechos guardan una relación. A mi modo de ver, la escasa atención que en general suele prestarse a los aspectos teóricos de la disciplina ha facilitado el arrinconar su compleja dimensión epistemológica. Y en definitiva ha contribuido a problematizar su identidad científica.

A primera vista, puede resultar paradójico pensar que esta identidad es cuestionable si se considera que "la psicología social observa lo obvio" (Tajfel y Fraser, 1978), al menos en el sentido de que todos somos psicólogos sociales.

(También de otras ciencias afines, como la sociología, se ha dicho que eran ciencias de lo obvio.) Pero rápidamente se cae en la cuenta de que lo que superficialmente parece obvio, lo es menos ante un atento examen, y además existen muchas versiones diferentes, sociales e individuales, de lo obvio (Tajfel y Fraser, loc. cit.).

La cuestión terminológica. Enlaza ello con el hecho de que la identidad de la psicología social ha sido y es cuestionada. Esto se refleja en los múltiples bautismos que ha tenido y, en cierto modo, sigue teniendo. Es una peculiaridad casi exclusiva de este campo científico.

En efecto, no siempre se le ha designado como psicología social, ni todo el mundo prefiere esta denominación. La psicología de los pueblos, la psicología colectiva o de la conducta colectiva, la psicología de las multitudes o de las masas,... he aquí algunas de las etiquetas que podemos encontrar para referirnos, en general, a lo que aquí vamos a llamar psicología social. A veces, las anteriores denominaciones salpican algún texto, pero otras veces incluso titulan un libro, como es el caso del manual de psicología social, hoy olvidado, de Blondel (1966): *Introduction à la psychologie collective*.

Son denominaciones que, aparte del interés de revelar que en sus inicios la psicología social más bien se consideraba como opuesta a la psicología individual, están desfasadas porque no designan el conjunto de conocimientos que actualmente comprende la materia. Igual sucede con la expresión "psicología de los grupos", a la que a veces se recurre en algunos ámbitos de carácter clínico de tendencia psicodinámica.

Distinto es el caso del término "psicosociología", bastante empleado dentro del área cultural francesa, particularmente entre los autores de tradición sociológica y dentro del campo aplicado, sobre todo en el sector industrial o del trabajo. También se detecta, si bien de un modo ocasional y en sus formas derivadas, en autores que prefieren usualmente emplear el rótulo de psicología social. El uso del término "sociopsicología", en cambio, es muy escaso, al menos entre nosotros. En el área anglosajona, Tajfel (1981) lo empleó para propugnar una "teoría sociopsicológica", en vez de una "psicología social" que evite que los experimentos psicológicos se realicen socialmente *in vacuum*. En cuanto a las expresiones "psicología sociológica" y "sociología psicológica" parecen referirse más impropriamente a la psicología social, aunque se ha intentado (House, 1977) dotarlas de un contenido plenamente psicosocial.

Sin duda, las dos expresiones clave son las de psicología social y de psicosociología. En tanto que pretenden designar con carácter general un mismo campo científico, en principio ambas son correctas y por lo mismo aceptables. Sin embargo, a pesar de que denotan lo mismo, no son coincidentes sus significados connotativos. Esto puede verificarse simplemente preguntando a no especialistas qué es un psicólogo social y qué es un psicosociólogo. Las respuestas tienden a dar significativas conexiones, en el primer caso con los psicólogos y en el segundo con los sociólogos. Es más, muchos psicólogos sociales recurrimos a uno u otro término para establecer, de manera intencionada, matices diferenciales.

En tanto cada una de estas últimas denominaciones sugieren una distinta y específica filiación de la materia, introducen un sesgo semántico de signo opuesto. A pesar de que esto las hace apriorísticamente insatisfactorias, a falta de una etiqueta mejor y ante la alternativa de tener que elegir una de ellas, nos inclinamos por la de "psicología social", por ser la denominación mayormente empleada por la comunidad científica, en parte debido al hecho de que la mayoría de textos y de trabajos de la disciplina están escritos por autores de formación psicológica (cfr. Allport, 1968).

No hay que rechazar, empero, el empleo del término "psicosociología" y sus derivaciones. La carga semántica connotativa que lleva permite destacar - lo que a veces puede ser de interés - aspectos de la materia teórica o metodológicamente más vinculados con lo sociológico (por ej., Munné, 1980c).

El trasfondo de la cuestión: la identidad científica de la psicología social.

La cuestión que estamos tratando no es una mera cuestión terminológica. Más allá de lo formal estamos ante un interesante indicador que puede señalar aspectos de fondo, particularmente sobre la identidad de la psicología social. Y que el asunto es complejo lo refleja el hecho de que incluso entre aquéllos que emplean la denominación "psicología social" existen grandes disparidades sobre la naturaleza de la materia.

Ya desde Ross (1909) quedó planteado con toda claridad, aunque antes ya había sido advertido, que dos orientaciones básicas de la psicología social eran posibles: una orientación psicológica y otra sociológica. Más cerca de nosotros, Newcomb (1951) insistía en que hay dos psicologías sociales en liza, la de los psicólogos y la de los sociólogos. Pero antes de él, Bernard (1924) había hablado ya de tres orientaciones y más recientemente House (1977) ha vuelto a referirse, con una expresión que ha hecho fortuna, a "las tres caras" de la psicología social: de un lado, la psicología social psicológica, y de otro lado, la psicología social sociológica - que fundamentalmente cobija el interaccionismo simbólico - y la que llama sociología psicológica que se interesa por la relación entre la estructura social y la personalidad. Ahora bien, aunque el núcleo del debate parece que continúa estando en la alternativa entre una psicología social psicológica y una psicología social sociológica (ver: Semin y Manstead, 1979; Taylor y Brown, 1979), lo complicado de esta aparentemente inútil cuestión se advierte al recordar que Curtis (1960), contestando a Newcomb, puntualizaba la existencia no de dos, ni de tres sino de cuatro psicologías sociales, ya que a la psicología social de los psicólogos y la de los sociólogos había que añadir la de los antropólogos y la de los psiquiatras.

! Lo más llamativo de toda esta discusión es que nadie se acuerde de la psicología social de los psicólogos sociales ! Y si a esto añadimos la observación de que a veces se habla de psicología social para designar cosas más o menos distintas y otras veces se emplean diferentes rótulos para designar una misma cosa, la pregunta que nos asalta está clara: ¿ En qué queda la identidad de la psicología social como ciencia ?

El presente libro no intenta dar una respuesta en el terreno de los métodos, como es usual, sino en el terreno de la teoría. Y esto porque, como se intentará demostrar a lo largo de estas páginas, tal identidad depende de la posibilidad de una

teorización psicosocial que sea consistente, en el doble sentido de coherencia y sustantividad.

Las vías de aproximación al problema. Un modo de aproximarnos a esa identidad es a través de las vías por las que la psicología social se constituye como ciencia. Una de esas vías es la empírico-descriptiva. La aplican aquellas opiniones que defienden que, como se ha dicho también de otras disciplinas, la psicología social es lo que hacen los psicólogos sociales, o sea, lo que estos investigan, discuten y publican. Por ejemplo, Insko y Schopler (1973) escriben que la psicología social es la disciplina que aquéllos que se dicen psicólogos sociales tienen interés en estudiar, a lo cual añaden que si atendemos al contenido de las principales revistas que tratan de la misma, su materia de estudio cae dentro de algunas de las tres categorías siguientes: el cambio de actitudes y de creencias, los procesos interpersonales y los grupos pequeños.

Sin dejar de ser realista, este criterio suena a una *boutade* para escamotear una enojosa cuestión. Al igual que aquel otro criterio que anuncia al lector que cuando termine la lectura del libro ya sabrá lo que es la psicología social (así, Brown, 1965),

Por supuesto, esto no significa que carezca de interés saber a qué cuestiones dedican su atención quienes se autocalifican de psicólogos sociales. Pero ello únicamente puede proporcionar la descripción de un campo cuya extensión depende del grado de detalle o exhaustividad al que está dispuesto a llegar su autor. He ahí, una muestra de esto: "El estudio de los siguiente tópicos tiende a ser identificado con la psicología social: las influencias sociales, la dinámica de grupos, la comunicación, el rol y el estatus, el liderazgo, los procesos de conflicto y de cooperación, las relaciones intergrupales, el crimen y la delincuencia, el autoritarismo y el maquiavelismo, los sistemas de creencias y las orientaciones de valor, la socialización, la percepción personal, el aprendizaje social y la conformidad" (Eysenck y Arnold, 1972). Está claro que cualquier lista como ésta, aparte de ser un baturrillo, es relativa y podría ser fácilmente alargada. Por ejemplo, la transcrita olvida tópicos relevantes como las actitudes, los prejuicios, la conducta prosocial, la agresividad, y puestos a hablar de la delincuencia también podría haberse referido a la pobreza, etc. Con todo, esta objeción es menor comparada con el incisivo y divertido comentario de Wheldall (1975) de que aunque la lista de Eysenck y Arnold es muy completa tiene el grave inconveniente de que para poder entender muchos de los conceptos que menciona uno necesita ser antes psicólogo social.

Otra posible aproximación al concepto científico de la psicología social, empírico-descriptiva como la anterior por su basamento fáctico, es acudir no a lo que hacen hoy los autollamados psicólogos sociales sino a lo que éstos han venido haciendo. Se trata, dicho con otras palabras, de buscar y descubrir las raíces y la tradición de esta materia. Con este enfoque histórico, la vía empírico-descriptiva se llena paulatinamente de contenido y de sentido. Pero también sume en la desorientación, debido a que revela una situación de pluralismo teórico cuyo significado obliga a replantearse la cuestión de la identidad de la psicología social. Expresado de otro modo, la relación entre psicología social y teoría, entendida ésta *lato sensu*, debe esclarecerse ante la problemática que el pluralismo teórico

presenta a la psicología social como campo del quehacer científico. El resultado del análisis es el pase de las teorías *en* la psicología social a una teoría *de* la psicología social.

Esto último significa también pasar de la construcción histórica a la construcción conceptual de la psicología social. Hay quien sostiene que la psicología social es un campo de estudios y un desarrollo histórico pero no un constructo teórico (Brown, 1965), pero este mismo autor aunque de forma implícita, elabora el suyo y es desde él que luego va explicando la materia psicosocial. Aproximarnos a este constructo es otra vía de acercamiento a la identidad de la psicología social.

La construcción histórica y la construcción conceptual de la psicología social son independientes en el sentido de que aquélla está condicionada por la evolución fáctica, y ésta por un desarrollo lógico y teórico. Además, tiene un distinto enfoque analítico (ver Munné, 1979): en la primera es genético mientras que en la segunda es estructural y/o funcional. Pero ambas vías constructivas son complementarias, siendo con el concurso de ambas que es posible llegar a construir sustantivamente esta ciencia teórica que llamamos, entre otras cosas, psicología social.

Plan del libro. Dicho lo anterior ¿cuál es el plan seguido en el presente libro? El proceso histórico de construcción de la psicología social ha vivido, en las últimas décadas, una situación crítica que, entre otros aspectos, afecta directamente a su identidad como ciencia. Tanto en esa historia como en esta situación hay un hecho clave, el pluralismo teórico.

Como se verá, este enfoque epistemológico permite llevar el análisis de la cuestión expuesta desde las teorías en la psicología social, donde se plantea el problema, hasta la teoría de la psicología social como ciencia sustantiva, como posible solución del mismo.

Primera parte

CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA PSICOLOGIA SOCIAL

1

DISCUSION SOBRE LOS ORIGENES

1.1 El enfoque cronológico

A menudo se lee que la psicología social es una ciencia joven, sobre todo si se compara con la psicología e incluso con la sociología. Es una afirmación precipitada, como vamos a ver, que resulta de enfocar los orígenes de la psicología social con un criterio de orden cronológico según el cual esta materia surge en un momento dado debido a la aportación singular de un determinado autor. A pesar de que es un enfoque ingenuo, es útil examinarlo con cierto detalle porque sin pretenderlo nos revela datos básicos para una correcta interpretación de la construcción histórica de la psicología social.

Se han dado respuestas muy diferentes a la pregunta de cuándo comienza la psicología social. Muchas de estas respuestas no se limitan a indicar un momento histórico sino que señalan incluso nombres de autores, o sea a quién es considerado su fundador. Y no ha de extrañar que las diversas opiniones defendidas varíen muy sustancialmente en años y en nombres, porque se dan en función del concepto que cada una tiene de la psicología social.

Dejando aparte opiniones como la de Murphy (1949), que otorga el título de primer psicólogo social al filósofo Thomas Hobbes (1588-1679), por haberse ocupado de procesos interpsicológicos como la ambición, el dominio, el sentimiento de inseguridad, etc., los más optimistas se remontan *circa* 1850, señalando a Auguste Comte (1790-1857), el mismo al que se atribuye la paternidad de la ciencia sociológica, como "el fundador consciente" (Allport, 1968) de la psicología social, basándose en que la ciencia que él llamó Moral y que puso nada menos que en la cúspide de la pirámide científica no es sino una psicología social, si bien esté en un estado embrionario. Pero al referirse Comte a una Moral - psicología - desde una perspectiva sociológica no pensaba tanto en delimitar un área de la psicología social cuanto en el hecho de que toda psicología tenía que ser, en cierto sentido, social, es decir en poner las bases de la propia psicología como ciencia (Torregrosa, 1974). Esto aparte, el no tratarse de otra cosa que de un proyecto, parece razón suficiente para que esta fecha no merezca ser retenida, por lo menos a los efectos que buscamos.

Mayor consideración merecen aquéllos que proponen 1860 como año fundacional. Se ha dicho que, por costumbre, los comienzos de la psicología social se fijan en dicho año como inaugural de una nueva perspectiva psicológica a la par que sociológica, puesto que Moritz Lazarus (1824-1903) y Hermann Steinthal (1832-1899) inician la publicación de la *Zeitschrift für Völkerpsychologie* (Woodard, en Gurvitch y Moore, 1945). Esta perspectiva encontraría una consolidación en el monumental tratado que Wilhelm Wundt (1832-1921) dedicó a esta temática a lo largo de las dos primeras décadas del siglo. No falta alguna razón a esta propuesta, pero la psicología de los pueblos no fue el núcleo que desarrolló posteriormente el grueso de las investigaciones psicosociales.

Otra propuesta, con bastantes partidarios, es la que otorga la paternidad de la psicología social a Gustave Le Bon (1841-1931) y fija en 1895 el año en que surge este campo científico, al publicar aquél su famosa monografía sobre la *Psychologie des foules*. Ciertamente, esta obra ha ejercido una influencia mucho mayor de lo que algunos creen en el desenvolvimiento del pensamiento psicológico y social. Basta con mencionar para demostrarlo la *Massenpsychologie und Ichnalyse* de Freud (1921) y *Mein Kampf* de Hitler. En este aspecto, es un grave error el considerar a la obra leboniana como algo arqueológico, porque sus efectos no lo son. Sin embargo, desde la perspectiva actual, la psicología de las masas, al igual que la psicología de los pueblos, tampoco parece haber nutrido centralmente a la psicología social de los años posteriores.

Por lo demás, en la misma época varios años y varias personas podrían ser candidatos quizás más serios al título de fundadoras. Por poner algunos ejemplos, también en 1895, Gabriel de Tarde (1843-1904) publica *Les lois de l'imitation*, que dejará huellas profundas en Ratzenhofer, Small y Ross, entre otros, y en 1898 Emile Durkheim (1858-1917) da a luz *Les règles de la méthode sociologique*, cuya influencia en el ámbito de la investigación social es innecesario comentar. Aunque este último autor escribiera que "una psicología social no designa un objeto definido", sus aportaciones a la misma a las que aludiré más adelante podrían hacerle acreedor *malgré lui* del discutido título. Si de Francia pasamos a los Estados Unidos, encontramos que en el último año citado William James (1842-1910) publica sus *Principles of psychology*, que contienen conceptos en los que habrá de beber la

psicología social posterior. Es más, 1895 también es un año importante en dicho país, pues a pesar de que Baldwin se queja entonces de la falta de una psicología social, se publican importantes libros de William G. Sumner, Charles H. Cooley y Albion W. Small, y al año siguiente otro de Franklin H. Giddings. En fin, cada día se resalta más la importancia de la obra de Georges H. Mead (1863-1931), escrita precisamente a partir del último decenio del pasado siglo. A la vista de estos datos, a los que podrían sumarse otros igualmente significativos, más importante que Le Bon y su libro parece ser el último quinquenio del siglo, dada la notable efervescencia con que emerge el interés por los fenómenos psicosociales.

Con todo, el año más indicado por los autores como representativo del nacimiento de la psicología social sigue siendo 1908. Digamos que el "azar" de la historia quiso que, en este mismo año, aparecieran dos libros con el título de *Social psychology*. Uno, lo publica el sociólogo Edward A. Ross (1866-1951) en Nueva York, y el otro, el psicólogo Mc Dougall (1871-1938) en Londres. En verdad, las aportaciones anteriores habían preparado el terreno para la aparición de unos manuales sistemáticos sobre la materia. El libro de Ross, que llevaba el subtítulo de *An outline and source book*, apenas se hizo notar. En cambio, la *Introduction* de Mc Dougall tuvo una enorme resonancia, ciertamente debida más a su radicalismo instintivista que al hecho mismo de tratarse de una psicología social sistemática.

Es un error, significativamente muy difundido por los anglosajones y secundado por los europeos, afirmar que ambos libros son los primeros textos generales y sistemáticos históricamente aparecidos sobre la psicología social. Ya tendremos ocasión de mencionar varios libros aparecidos bastantes años antes, algunos de ellos con unas pretensiones similares a las de los dos mencionados. Y esto sin contar algunos artículos (como el de Thomas, 1905), en los que se ofrece una concepción de la materia mucho más adelantada que el ofrecido tanto por Ross como por Mc Dougall. No obstante debe reconocerse que el efecto causado por la publicación de unos textos sobre psicología social, por doble partida, en dos países importantes y desde dos campos científicos distintos, causó un impacto que tuvo inmediatas consecuencias en el desarrollo de aquélla. Al año siguiente (1909), en Francia, Binet, que años antes había resaltado la importancia de los fenómenos colectivos y psicosociales, con ocasión del *affaire Dreyfus*, se refiere a la psicología social en términos de un campo que debe gozar de autonomía.

Otra tesis, bastante compartida, es la que considera a Floyd H. Allport (1890-1978), el auténtico fundador de la disciplina tal como hoy es concebida. Esto desplaza la fundación hasta 1924, año en que sale a la luz la *Social psychology* de dicho autor, o hacia 1930, que es cuando esta obra empieza a dar directa o indirectamente sus primeros frutos. Elemento a favor de esta opinión es el giro experimental dado por Allport a la investigación de los fenómenos psicosociales. Sin embargo, dejando aparte el experimento pionero de Triplett (1898), así como los de Mayer (1903), sobre los efectos conductuales de un estímulo social concretado en la presencia de otros, todo lo cual demuestra la existencia de unos antecedentes de cierta consideración, debe tenerse en cuenta que unos años antes Moede había publicado en Leipzig una *Experimentelle Massenpsychologie* (1920), si bien esta obra se movía aún en la tradición de la psicología colectiva. De todos modos, dentro de la orientación experimental que supone la opinión examinada, no todos comparten el punto de vista criticado. Así, algunos sostienen que el mérito ha de

llevárselo Lewin, al que califican de "padre de la psicología social experimental en su tradición hipotético-deductiva" (Jones y Gerard, 1967). Si tenemos en cuenta los embates sufridos por el experimentalismo social y las constantes reclamaciones de una psicología social que atienda a otros enfoques metodológicos para un conocimiento auténticamente social de la realidad, las figuras de Allport y de Lewin no parecen ser tan decisivas como para considerarlas clave en la constitución de la psicología social.

Por supuesto que lo anterior no agota todas las ofertas. Para no cansar al lector, limitémonos a añadir, por su interés, las siguientes: Se ha llegado a situar en Johann F. Herbart (1776-1841), y en 1808 (*Allgemeine praktische Philosophie*), el hombre y el año de la fundación de la psicología social (Schoek, 1974). Una propuesta coherente con la concepción de la psicología social como estudio de la interacción e influencia es la de aquellos (como Murphy, Murphy y Newcomb, 1937) que ponen el punto de partida en James Braid (1795-1860), por sus experiencias de 1842 sobre el fenómeno que bautizó con el nombre de hipnosis (experiencia publicada un año después en Londres: *Neuryhpnology*). También se ha propuesto a William I. Thomas (1863-1947), quien en 1919-1920 publicó junto con Znaniecki, un importante estudio sobre los campesinos polacos emigrados a los Estados Unidos (*The polish peasant in Europe and America*), obra en la que manejan el concepto de actitud, que alcanzaría un notable protagonismo en la formación de la psicología social. En fin, desde Albert E.F. Schäffle, Scipio Sighele o Wilfredo Pareto hasta Muzhafer Sherif, otros muchos nombres merecerían también estar en una larga lista de "padres constituyentes".

¿ Quién, pues, ha fundado la psicología social ? Parece pueril caer en la fácil tentación de tomar parte en esta batalla de años y de nombres, y defender alguno de los ya propuestos o, en busca de la originalidad, añadir un nuevo nombre que, a buen seguro, no sería demasiado difícil argumentar. Ya en anteriores ocasiones (Munné, 1975 y 1980a) expresé mi convencimiento acerca de la esterilidad de todo debate sobre el fundador o incluso sobre los fundadores de una rama científica. Creo - y el científico social es quien está en mejor condiciones para advertirlo - que la ciencia es siempre un producto social y que cualquier sector de la misma no surge por generación espontánea, sino a través de un, más o menos largo, proceso emergente.

Esto sentado, no cabe duda de que tras lo bizantino de la discusión se revelan dos cosas importantes: La primera es que las diversas fechas propuestas constituyen en realidad hitos en la construcción histórica de la psicología social, momentos constitucionales que no deben olvidarse ni supeditarse unos a otros si se quiere saber porqué la psicología social es hoy lo que es. La segunda cosa a tener en cuenta es que el siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, es la cuna de la que surgen con pretensiones científicas no sólo la psicología y la sociología sino también la psicología social. Antes, la filosofía y algunos saberes particulares habían trazado ciertos cursos por los que aquéllas habían de dar sus primeros pasos. En resumen, la común juventud de la psicología, la sociología y la psicología social significa que esta última se va gestando, contra lo que suele decirse, a la par que las otras dos.

Añadamos que esto pone en entredicho a quienes esgrimen el argumento histórico de los orígenes para defender una opinión que hace de la psicología social una naturaleza parasitaria.

1.2 El enfoque ideológico

La cuestión de los orígenes de la psicología social, que como acabamos de ver no es una mera elección de un año o un nombre, se complica al advertir lo superficial de emplear un enfoque formal para dilucidar una cuestión de fondo.

Otro enfoque posible en la indagación de los orígenes de la psicología social es el ideológico. Este enfoque suele ser significativamente evitado y el resultado es grave, pues se amputa nada menos que toda una línea de desarrollo psicosocial. El potencial científico de esta línea puede y debe discutirse, pero no puede ignorarse ni debe ser rechazada *a priori*. Porque sólo desde ella puede ponerse al descubierto la gran bifurcación que, a mediados del siglo pasado, sufre la ciencia social (Munné, 1982, donde puede verse los detalles, argumentos y fuentes de la argumentación que aquí doy en síntesis). Se trata de una profunda escisión histórica, cuyas consecuencias afectan fuertemente a la psicología social, en cierto modo incluso más que a la sociología, con la que comparte determinadas raíces.

Al igual que acontece con la psicología social, también se discute el origen en términos cronológicos, de la sociología. Sin embargo, la discusión aparece en ésta más centrada en el tiempo. En efecto, en la primera mitad del siglo pasado, se sitúa mayoritariamente la clave de la gestación de una nueva forma, por sus pretensiones científicas, de conocer la realidad social, sobre todo debido a Comte quien, como es sabido, habla por primera vez de "sociología" en 1839, específicamente en su *Cours de philosophie positive*.

Sin embargo, desde Comte no puede ser explicado el panorama actual de las ciencias sociales. Para ello, hay que partir al menos de un socialista utópico, anterior en una generación a Comte. Se trata del conde de Saint-Simón, el cual vivió con gran sensibilidad e inquietud los graves efectos del industrialismo burgués, que exigían una reorganización del sistema social. Ya en 1780, pensó en la necesidad de abordar científicamente esta cuestión, a través de un nuevo campo de estudio, la psicopolítica, de indudable carácter psicosocial. Tres décadas después, más ambiciosamente, proyecta una *science de l'homme* que llamará filosofía social y más tarde política positiva, concebida como una ciencia social general, preocupada por la organización de los sistemas sociales.

Después de Saint-Simon, el desarrollo de esta ciencia se escinde según dos modelos opuestos. Una propuesta se debe a Comte, ex secretario particular de aquél. Comte primeramente reclama una "física social", lo que representa cambiar el modelo vital o más exactamente fisiológico de Saint-Simon por otro modelo de índole mecanicista. Posteriormente, rebautizará la nueva ciencia con el neologismo por el que hoy es conocida: sociología.

Comte toma como propias ideas fundamentales de su maestro. Entre ellas, el carácter unitario de la ciencia, la concepción de la sociedad como un sistema, la ley

de los tres estadios de la humanidad, la necesidad de una política social e incluso el espíritu positivo como exigencia para un conocimiento científico de la realidad social. Ciertamente, Comte no se limita a copiar sino que desarrolla estas ideas en un cuerpo sistemático y formalizado de conceptos, lo que constituye su principal mérito. Con ello, introduce, empero, un sesgo epistemológico e ideológico en el proyecto saintsimoniano: la nueva ciencia queda basada en el orden social, se aleja de los supuestos fácticos que inspiraron a Saint-Simon, y la guía un positivismo resultante de la pura racionalidad y tendente a la abstracción.

Pero hay una segunda propuesta, frecuentemente relegada y desconectada de la primera, que se debe a Marx. La influencia de Saint Simon sobre él es indirecta, pero decisiva. En Saint-Simon se encuentran ya ideas esenciales al marxismo como el concepto de totalidad, el principio regulador del socialismo, el antagonismo de clases o el papel del Estado en el comunismo. Estas ideas fueron desarrolladas por Marx, en el contexto ideológico del materialismo dialéctico e histórico.

Lo más relevante es que los aspectos de Saint-Simon que influyen en Comte son precisamente los que no influyen en Marx, y viceversa. Es decir, que cada uno va más allá de Saint-Simon pero por vías divergentes o mejor opuestas. El resultado es el surgimiento de dos líneas de desarrollo científico que abocan respectivamente en una sociología del orden y una sociología del conflicto, en una sociología de lo establecido y de la adaptación frente a otra de la subversión y el cambio. En aquella se prefiere explicar la realidad en términos de funciones y en ésta en términos de causas. Aquella mira a los hechos antes que a los valores y ésta invierte las preferencias. Aquella se focaliza en el objeto a estudiar y ésta en el objetivo de estudio.

Esta bifurcación arrastra a la psicología social. La línea de Comte generaría, a través de numerosas vicisitudes y reacciones, la psicología social predominante hoy en el mundo occidental. (Por de pronto, se bifurcó a su vez en dos orientaciones opuestas: la mecanicista y la organicista. De aquella es representativa la concepción de Quetelet, que sometió a medida y determinación los fenómenos sociales al referirse a una "mecánica social" que emulaba la "mecánica celeste" de Laplace. De la segunda, la concepción de Spencer, que sometió estos fenómenos a la teoría de la evolución.) En cuanto a la que continúa el pensamiento de Marx consiguió desarrollarse especialmente en los países donde este pensamiento encontró cobijo.

Así, el escamoteo de la segunda línea no sólo oscurece aquellos orígenes y con ello la misma razón de ser fáctica de la psicología social sino que cercena su contenido real. No tener esto en cuenta, afecta en profundidad cualquier identificación que quiera hacerse de este campo científico.

2

EL PROCESO DE DESARROLLO

Las ciencias del comportamiento humano se desarrollan en una primera fase en estrecha interconexión. La existencia de unos intereses comunes explica que desde sus comienzos sean relativamente constantes las incursiones de la psicología en la sociología y, más aún, de la sociología en la psicología. Esto significa, ni más ni menos, que, a la par que ambas ciencias, se construía también la psicología social. La historia de esta última, que en sus primeros momentos está casi fundida con las historias algo más diferenciadas entre sí de la psicología y la sociología, con posterioridad continúa entrecruzándose con éstas.

En lo que sigue no se trata propiamente de exponer la historia de la psicología social, una historia por otra parte aún pendiente de desentrañar a un nivel satisfactorio. Se trata, eso sí, de poner de manifiesto cómo va cobrando identidad a lo largo del tiempo un campo del conocimiento científico. Pero como se verá, tal cometido es en cierto modo tanto como revisar la historia de la psicología social, ya que proporciona una nueva versión de su proceso de desarrollo.

Según Hollander (1981), la psicología social se ha desarrollado en tres fases. La primera es la de la filosofía social, que arranca de la Antigüedad y pone el énfasis en

la conjetura. A esta fase sucede otra, que califica de empirismo social, centrada en la descripción; fase que comprende desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX. La última fase, del análisis social, es la que basa el conocimiento en la causalidad. La periodización de Hollander es elegante y claro, por su sencillez. Pero debido al criterio epistemológico que adopta, simplifica excesivamente los contenidos. Además, el siglo XX que es sin duda el de mayor interés, es despachado con una sola fase, sin ninguna discriminación interna.

En cambio, Sahakian (1981) enfatiza nuestro tiempo. Considera que a partir de 1908 se entra en la fase moderna de la psicología social. A esta fase sigue otra que comprende la década de los treinta, años que califica de formativos. En la tercera fase, que es la actual, la psicología social entra finalmente en su mayoría de edad.

Por mi parte, entiendo que es más claro basarse en la evolución que desde sus orígenes, entendidos como queda explicado en el anterior capítulo, va sufriendo el centro de interés predominante en los estudiosos e investigadores en la materia. Esto origina un proceso emergente, que no es unilineal sino que, por el contrario, se desarrolla en diferentes líneas que van entrecruzándose, aunque siempre haya alguna que ostente la primacía. Ahora bien, en lo esencial, la clave para una periodización significativa, o sea que haga inteligible el proceso de desarrollo de la psicología social, nos la proporcionan los principales criterios cronológicos sostenidos acerca de sus orígenes.

Después de los obligados e importantes precedentes filosóficos, la psicología social se configura como el estudio de la conducta colectiva, casi a continuación parece pasar el centro de atención a las relaciones interindividuales, para después focalizarse brevemente en los instintos. La reacción consecuente lleva a estudiar las actitudes y, rápidamente, al comportamiento en grupo (ver cuadro 1-1). A partir de la posguerra mundial, el panorama se complica hasta límites que determinan la situación actual o sea los últimos decenios, iniciados con el tópico de la crisis, real o aparente, que sacude a la disciplina.

ESQUEMA DEL DESARROLLO TEÓRICO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

PSICOLOGIA DE LA CONDUCTA COLECTIVA

Psicología de los pueblos

Psicología de las masas

Otras tendencias

PSICOLOGIA DE LAS RELACIONES INTERINDIVIDUALES

PSICOLOGIA SOCIAL DE LOS INSTINTOS

PSICOLOGIA SOCIAL DE LAS ACTITUDES

PSICOLOGIA DEL COMPORTAMIENTO EN GRUPO

Cuadro 2-1 Etapas teóricas de la psicología social, desde sus inicios como campo científico hasta la Guerra Mundial (1939-1945).

Según esta sinopsis vamos a examinar en siete grandes fases el proceso de desarrollo de la psicología social, destacando los factores sociales que proporcionan el telón de fondo o si se quiere el contrapunto fáctico de su construcción como ciencia teórica.

2.1 Antecedentes filosóficos

Estrictamente hablando, el larguísimo estadio de imperio filosófico no puede ser considerado una etapa constitutiva de la psicología social como ciencia. Esto no significa que esa fase previa carezca de valor sustancial. Por el contrario, las ideas destiladas en el transcurso de la misma habrían de suscitar el interés por las cuestiones sociales, brindando además distintos modelos del hombre y de la sociedad que servirían de puntos de apoyo para la posterior construcción científica de la psicología social.

Limitándonos al pensamiento occidental y sin buscar raíces anteriores en la Grecia clásica, podemos considerar que los primeros planteamientos de trascendencia se encuentran en las posiciones contrapuestas de Platón y Aristóteles, sobre la sociabilidad del ser humano. Como se ha escrito repetidamente, si el autor de *La República* defendió que el individuo busca unirse con sus semejantes porque necesita de ellos para poder dar una mejor satisfacción a sus necesidades, el autor de la *Política*, al referirse al hombre como un animal político (*zoon politikon*), pasó a basar la socialidad en la naturaleza humana. Además, la retórica aristotélica, y antes toda la obra de los sofistas (Protágoras, Gorgias, Plodico, Crítias), debe ser vista como un penetrante estudio de los procesos de la persuasión.

Lo curioso es que, para explicar el hecho afiliativo humano, tanto Platón como Aristóteles invirtieran su orientación filosófica, pues el utilitarismo subyacente a la argumentación platónica se contrapone al idealismo de sus doctrinas, mientras que en la visión social aristotélica desvirtuaba el realismo peripatético. Probablemente, hay que ver en ello una significativa peculiaridad de nuestra sociabilidad.

El argumento platónico, renovado y puesto al día, vuelve a encontrarse repetidamente y con diferentes matices, en el siglo XVI con Locke y Hobbes, en el XVIII con Rousseau y Bentham, etc.

La aportación filosófica a la psicología social no se reduce, naturalmente, a lo anterior. Tomás de Aquino (s. XIII) concibe una sociedad naturalmente compuesta por líderes natos y seguidores asimismo natos. Y en otro plano encontramos los escritos de John de Salisbury, autor del *Policraticus* (s. XII); de Machiavelli, que con *Il Principe* (1532), ensalza el poder como valor mágico y justifica cualquier medio y forma de manipulación de los demás para alcanzarlo; de Montaigne, con sus *Essais* (1571-1792); de Montesquieu, que en *L'esprit des lois* (1748) entiende que las leyes recogen las relaciones entre la razón primitiva y los seres humanos, y entre estos mismos. La mayor parte de estas aportaciones, citadas a título de muestra, se

mueven en una mezcla de concreción y abstracción, y están plagadas de interesantes consideraciones acerca de las relaciones entre el individuo y la sociedad. En su mayoría están por estudiar en cuanto a su repercusión en la formación de la psicología social.

Ya más cerca de nosotros, hay que subrayar la influencia profunda de Hegel, Darwin y Marx. En Darwin se inspiran históricamente los darwinistas sociales (Fouillée, Espinas, Worms, Bahegot, Gumpłowicz, Ratzenhofer, Small, Sumner) que veían los grupos humanos, al igual que Spencer, como organismos y sostienen que el cambio social estaba determinado por el cambio biológico. De Marx, fuertemente influido por la lucha por la vida (*struggle for life*) darwiniana, nace la línea teórica de la psicología social explicada en el primer capítulo. En cuanto a Hegel, su noción del Espíritu Objetivo del mundo (*Weltgeist*) del que dialécticamente se desarrolla la sociedad inspiró en general a toda la psicología colectiva, concretamente en los conceptos de mente de grupo y de conciencia colectiva, que bajo diversas formas encontramos en diferentes épocas y autores (Lazarus y Steinthal, Schäffle, Durkheim, Lévy-Bruhl, Jung, etc.).

Mención especial merecen los nombres de Schleiermacher, por su importante "*Ensayo de una teoría del comportamiento social*", aparecido anónimamente en 1799, y de Herbart, por el influjo directo que ejerció sobre Lazarus y Steinthal, de un lado, y sobre Lindner, de otro.

2.2 La psicología de la conducta colectiva.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, Europa vive dos grandes acontecimientos que habrían de tener una honda trascendencia en el amplio campo de las ciencias sociales. De una parte, el hecho del colonialismo, hecho al que no se le ha dado importancia a pesar de que entre sus múltiples efectos está el de levantar y promover el interés etnológico por el conocimiento de otras culturas. Y de otra, el doble hecho de la Revolución Industrial y al Revolución Francesa, cuyos efectos combinados concederían un protagonismo a los movimientos populares reivindicativos de las libertades y los derechos sindicales y políticos.

Ambos acontecimientos originan una doble vertiente en la investigación psicosocial, centrada en el comportamiento colectivo: la psicología de los pueblos y la psicología de las masas.

La psicología de los pueblos. La etnología de la época resultó insuficiente para dar una cumplida explicación de las diferencias culturales y recabó el auxilio de la psicología. (También desde la psicología se echaba en falta una visión etnológica: Ribot, en 1870, pediría una "etología" de los pueblos y de las razas.) De esta perspectiva etnopsicológica, inicialmente destructiva, surgió un nuevo campo que recibió el nombre de psicología de los pueblos (*Völkerpsychologie*).

Más que interesarse por el comportamiento individual a nivel colectivo, la psicología de los pueblos estudiaba los distintos pueblos y más exactamente sus

productos culturales (mitos, costumbres, lenguaje, derecho, religión, arte, formas de organización política y social, etc.), como si se tratara de individuos. Para explicar estos fenómenos los reificó, invocando un espíritu o mente del pueblo (*Volkgeist*). La *Zeitschrift* de Lazarus y Steinthal, mencionada en el capítulo anterior, fué el órgano decisivo que a lo largo de tres décadas y veinte volúmenes impulsó esta corriente. Aunque la psicología de los pueblos no era estrictamente nueva, pues contaba con algunos antecedentes en Europa (Lubbock, Tylor, Max Müller, Sully, Waitz, Bastian, etc.), tuvo su resonancia más fuerte en Alemania a partir de dicha revista.

El nuevo punto de vista ejerció una fuerte y rápida influencia sobre la ciencia social. Por ejemplo, se acusa en Vierkand (*Naturvölker und Kulturvölker*, 1896), y entre nosotros en los *Estudios de sociología* (1889) y los diversos volúmenes de la *Sociología general* (1912) de Sales y Ferré. Ambas obras del primer catedrático de sociología que hubo en nuestro país están literalmente plagadas de citas etnopsicológicas, hasta tal punto que se está más ante un tratado de etnología o de psicología de los pueblos que de sociología a no ser porque el propio autor (1912) niega que ésta pueda ser una psicología colectiva.

Como era de esperar, también en el campo psicológico esta corriente despertó la atención. Wundt compaginó su interés por la psicología experimental con la naciente rama científica y desde fines de siglo trabajó en su sistematización, atreviéndose a publicar unos *Elemente* (1904) y los diez tomos de su *Völker Psychologie* (1900-1920). Interés tiene, en la obra de este autor, la crítica que realiza de los hebartianos Lazarus y Steinthal a los que acusa de abstracción (cfr. Danziger, 1983) y de misticismo. Sin embargo, la concepción que propugnó no pudo superar aquello que criticaba. Vio la psicología de los pueblos como el estudio de unos productos objetivos constituidos por los productos culturales arriba citados, pero, por otra parte, entendió estos productos como una síntesis creativa de los procesos mentales superiores de los individuos. Para él, tales fenómenos constituían una expresión del "alma del pueblo" (*Völkseele*), concepto de inspiración netamente hegeliana. De todos modos, en Wundt hay un importante elemento darwiniano, como ha demostrado Farr (1980), proveniente sobre todo de la teoría de las emociones de Darwin, elemento que implica un nuevo tratamiento menos especulativo del tema.

La psicología de los pueblos continuó siendo cultivada, especialmente en el área germánica. Durante los años treinta, conoció allí un cierto renacimiento decadente en su versión de la psicología de las razas (Peters, Peterman, Eikstedt), estimulada por la ideología nazi.

La psicología de las masas. Otra línea de desarrollo de los estudios sobre la conducta colectiva gira alrededor de la preocupación por la crisis de las instituciones y el advenimiento de las masas revolucionarias. Ello mueve a un médico no ejerciente y polifacético, entre cuyos intereses además de la naciente fotografía y los caballos estaba la antropología, a escribir ya en su cincuentena, el libro *Psychologie des foules* (1895). Su autor, Le Bon, nos habla del fanatismo de las masas, a las que ve imbuidas del peligroso ideal socialista, y da una descripción en términos de irracionalismo del comportamiento de las mismas, comportamiento que explica acudiendo también, como la psicología de los pueblos, a un ente colectivo: el alma

de la masa. Es de notar que, en su concepción, las masas abarcan además de las multitudes, las clases sociales, las asambleas legislativas, los cuerpos electorales, los jurados, etc. La visión leboniana está sesgada por lo patológico y es ideológicamente reaccionaria.

Aunque éste es el estudio de la conducta masiva más famoso, otros debieran haber gozado de igual o mayor atención. En el mismo año que el libro de Le Bon, Augustin Hamon (ver Apfelbaum y Lubek, 1982), publica unos estudios de psicología social sobre el anarquismo-socialismo en los que ofrece una explicación racional del comportamiento de las masas, basada no en los instintos sino en las condiciones sociales.

Le Bon, como su coetáneo Tarde, se inspiró largamente en los estudios clínicos sobre la hipnosis, la sugestión de la histeria (Charcot, y con él la Escuela parisiense de La Salpêtrière, había visto la hipnosis como un fenómeno de la persona anormal; Janet; Liébault) que constituían la novedad del momento. Como consecuencia de ello, la teoría de la mente colectiva, y más los mecanismos psicológicos explicativos de ésta, adquirió un carácter patológico. Hay que hacer constar que la conexión entre la psicología y la patología sociales ya había sido destacada por Hamilton (*Present status of social science*, 1873) al reclamar que el conocimiento de las enfermedades sociales requería ciencias de tan enorme y vital importancia, y todavía casi totalmente vírgenes como la psicología social y la patología social (cit. por Bernard y Bernard, 1943, 271). En relación con esto último conviene anotar que Le Bon está en parte también vinculado con los estudios emprendidos por la Escuela criminológica italiana (Sighele, Rossi, etc.), la cual había mostrado su interés por las masas como factor criminógeno. En cualquier caso, dicha Escuela es una componente, aún poco estudiada desde el punto de vista psicosocial, que juega un papel considerable en la formación de la psicología colectiva.

Probablemente se mueve dentro de este contexto, la obra pionera del jurista milanés Carlo Cattaneo, seguidor de la filosofía histórica de Vico, de Saint-Simon y de Comte, y autor de una *Psicologia delle mente associate*. Su valor es algo más que histórico (Germani, 1966). Desgraciadamente, de esta obra sólo he podido conseguir aisladas referencias indirectas. Pero a juzgar por las mismas y por la fecha tan temprana en que la misma fué publicada (1859), la hacen acreedora de una investigación a fondo, no sólo en relación con las primeras versiones de la psicología colectiva sino también en lo referente a los orígenes de la psicología social.

A pesar de la influencia que Durkheim ha ejercido sobre la psicosociología francesa, bien visible en la actualidad en los trabajos de Moscovici por ejemplo, su aportación ha de situarse aún dentro de la psicología de la conducta colectiva, aparte naturalmente de sus contribuciones en el terreno más propiamente sociológico. Por esto, por moverse aún dentro de tal psicología, rechaza explícita y paradójicamente la que llama psicología social, como veremos a continuación. Sin embargo, Durkheim ya no se mueve dentro de la psicología de los pueblos ni de la psicología de las masas. Su posición es de traspaso hacia las nuevas formulaciones a las que se dirigirá la psicología social.

Otras aportaciones a la psicología colectiva. Durkheim, que ya en su tesis doctoral (*De la division du travail social*, 1893) había estudiado las formas de la solidaridad y definido la conciencia colectiva, al año siguiente, en *Les règles de la méthode sociologique*, abordará la problemática metodológica en la investigación social. Allí formulará su polémica declaración positivista de que la ciencia ha de estudiar los hechos sociales "*comme des choses*". Y dos años antes de finalizar el siglo establece las diferencias entre las representaciones individuales y las representaciones colectivas. Por si estas importantes contribuciones, a las que hay que añadir otras igualmente importantes como el concepto fundamental de la *contrainte sociale*, no señalaran claramente la filiación de la teoría durkheimiana, en el prefacio a la segunda edición de *Les règles*, su autor escribe que la psicología social no es más que una palabra que designa toda suerte de vaguedades sin un objeto definido, cuando debería investigar las leyes relativas a la ideación colectiva, o sea las representaciones sociales, comparando los mitos, las leyendas, las tradiciones y las lenguas de los pueblos. El proyecto durkheimiano corresponde más a una psicología colectiva que a lo que se entiende hoy en sentido estricto por psicología social (Duchac, 1968), la cual se ha desarrollado en dirección exactamente inversa a la prevista por Durkheim, más en relación con la psicología tradicional que aplicando conceptos sociológicos.

La conducta colectiva fue también objeto de atención por el historicismo ruso, en la versión que del mismo dio la llamada escuela subjetiva, en auge durante el último tercio del siglo pasado sobre todo entre la *intelligentsia*. Entre sus figuras descuellan: Láurov, que destaca el papel de la imitación, a cuyo través se perpetúa la solidaridad humana originando la costumbre; Mijailovski, que exalta el papel del individuo en los procesos históricos sociales; Karéiev, etc. En varios aspectos, pero especialmente en lo relativo al papel de la imitación social, esta escuela (importante dentro de la psicología social premarxista rusa: Munné, 1982a) se adelanta a algunos de los planteamientos de la psicología intersubjetiva de Tarde.

La psicología colectiva interesó también a un sector del marxismo clásico del traspaso de siglo. Labriola (1897), en Italia, y Plejánov (1897), en Rusia, reclamarán explícitamente y con urgencia una psicología social constituida dentro del marco del materialismo histórico. Y aunque ambos atacan las fantasías de la psicología colectiva, tanto de la psicología de los pueblos como de la psicología de masas, propuesta por la ciencia social burguesa, por fundamentarse ya en un espíritu o psique colectivos ya en una pretendida conciencia social con independencia de las conciencias individuales y de las relaciones materiales, entiende - sobre todo Plejánov - la psicología social como la conciencia social en unas condiciones específicas y determinadas, entre las que obviamente se encuentran las derivadas de la pertenencia a una clase social concreta. Es decir, que su concepción psicosocial gira en torno de la psicología de la colectividad, o para ser más exactos de las colectividades, saturada, eso sí, por el factor histórico. Plejánov también considera la personalidad al abordar a fondo la temática del papel del individuo en la historia, que trata en un contexto de polémica contra la escuela subjetiva rusa, la cual había puesto antes que él dicha temática sobre el tapete. La psicología social soviética (ver Munné 1982b; 1985; 1989 i 1991a) conoce un primer desarrollo, en el que encuentra continuidad la psicología colectiva, hasta fines de los años veinte. Entonces, queda abruptamente cortada con la llegada del estalinismo.

Cuando en 1908, Ross publicó su manual de psicología social, la época de esplendor de la psicología colectiva había terminado, aunque continuó siendo influyente. Una docena de años más tarde, Freud (1921) no duda en tomar todavía como referencia esta orientación psicosocial, posiblemente por desconocer los nuevos avances en la materia. Y antes, la misma concepción de Ross responde en cierta medida aún a ella. En realidad, la obra de este último refleja una posición de traspaso entre las orientaciones colectiva y relacional de la psicología social.

2.3 Psicología de las relaciones interindividuales

Casi simultáneamente con la psicología colectiva, un poco más rezagada que ésta para ser exactos, va desarrollándose otra orientación psicosocial cuyas formulaciones con directa intencionalidad científica pueden remontarse por lo menos al pedagogo austríaco Gustav Lindner. Este discípulo del filósofo Herbart, publica en 1871 y en Viena, un libro con el expresivo título de *Ideen zu Psychologie der Gesellschaft als Grundlage der Sozialwissenschaft*. Estas "ideas sobre una psicología de la asociación como fundamento de la ciencia social" responden a una visión filosofizante de la psicología social, pero en ellas apunta ya una concepción de ésta que, salvando distancias terminológicas, es impresionantemente actual.

Así, Lindner escribe que: "Sentada la hipótesis de que, en una determinada sociedad, la fuerza de conexión ha llegado a tal punto de desarrollo que los individuos están en grado de influir los unos sobre los otros, de suerte que en ellos se determine un principio de acción recíproca análoga a aquélla de donde procede la acción recíproca de los estados psíquicos en la conciencia de un individuo tomado aisladamente, y aplicando a estos hechos sociales las normas y categorías de la psicología individual, se tendrá una ciencia que puede llamarse psicología social". Ciertamente, Lindner considera que ésta última forma parte de la sociología y no de la psicología, y por otro lado, carga las tintas sobre el psiquismo individual y la analogía con el psiquismo de una sociedad, pero esto aparte matiza muy finamente el carácter de esta última analogía al señalar, con un criterio muy actual, el fenómeno de la influencia interpersonal como el que caracteriza a la ciencia de la psicología social.

En cierto modo, la concepción precursora de Lindner es incluso más avanzada que la que dos decenios después habría de presentar Tarde. Sin embargo, será en este último donde va a tomar cuerpo la concepción de la psicología social como el estudio de las relaciones interindividuales. En *Les lois de l'imitation* (1890) y los *Etudes de psychologie sociale* (1898), concibe a ésta como una psicología intersubjetiva, por lo que la llama también interpsicología (1903). Con todo, Tarde se entronca también con la psicología de la conducta colectiva (*L'opinion et la foule*, 1901). Su visión gira alrededor de las relaciones entre los individuos, relaciones que explica acudiendo a la imitación y a la sugestión humanas. La imitación, dirá Tarde, es una clase de sonambulismo y constituye el hecho social fundamental. En realidad, la importancia de la imitación en la vida social ya había sido observada por autores anteriores, como Hume, Bahegot y la escuela subjetiva rusa, pero fue Tarde quién centro el fenómeno en un marco teórico a primera vista ambiental y

además lo extendió incluso a la "imitación de la invención" para así poder explicar la innovación social.

De la emergencia paulatina de la psicología social, más o menos concebida ya sea como una psicología colectiva ya como una psicología de las relaciones interindividuales, dan fe entre otros, los siguientes datos: En 1898, Ratzenhofer proyecta una *sozial-Psychologie*, que genera una sociología basada en los intereses humanos (*Die soziologische Erkenntnis*), la cual influirá en Small. Este último, con Vincent, había publicado en 1894 una "introducción al estudio de la sociología" en la que dedicaba una apéndice a la psicología social. Al finalizar el siglo, Ellwood lee su tesis doctoral de filosofía en Chicago, sobre *Some prolegomena to social psychology*, que aparece en libro en 1901. Al año siguiente en la ciudad italiana de Bari, un profesor de Derecho, Giuseppe Orano, presenta una *Psicologia sociale*. Algunas clasificaciones del árbol científico - una de las obsesiones de la época - ya reservan un lugar propio a la psicología social (por ejemplo, la de Hauser, de 1902), etc. Puede afirmarse que el traspaso de siglo constituye un momento crucial en la construcción de este campo de la ciencia.

En efecto, todo ello estaba creando no sólo un ambiente propicio para la afirmación de la psicología social sino que, poco a poco, se iba configurando un objeto específico. Thomas, que ya bien entrado el siglo sería designado presidente de la American Sociological Association, no vacilaría en escribir en uno de sus primeros artículos significativamente titulado "*The province of social psychology*" (1905), que "la psicología social es un campo nuevo, que estudia la interacción entre la conciencia individual y la sociedad, y sus efectos en una y otra, problemática que no estudian otras ciencias, lo que sugiere que estamos ante una ciencia nueva". Palabras tan tajantes indican claramente que Thomas estaba intentando superar los esquemas en los que se movía en 1896, cuando en la misma revista en la que había aparecido el mencionado trabajo se interesaba por el alcance y el método de la psicología colectiva. Ahora, al centrar la psicología social en la interacción estaba señalando los nuevos caminos hacia los que habría de dirigirse el "nuevo campo" científico.

La nueva orientación era una reacción en contra del sesgo hacia lo colectivo de la etapa anterior. Ahora privaría el enfoque interindividual, basado en el hecho de que los individuos, al actuar, se relacionan unos con otros produciéndose, en consecuencia, una serie de fenómenos psicológicos a la par que sociales. Hablar en este caso de interacción, en el sentido actual del término como comportamiento interpersonal, parece excesivo. Por ello, es preferible referirse a la etapa expuesta con la expresión más matizada de "relaciones interindividuales".

El desarrollo prometedor de esta etapa debería quedar pronto truncada, si bien momentáneamente, por la moda instintivista imperante en la psicología, moda que afectó también a la psicología social.

2.4 Psicología social de los instintos.

En el primer capítulo de *Social psychology*, Ross define a la psicología social con los siguientes términos: "La psicología social, tal como la concibe el autor, estudia los planos y las corrientes psíquicas que se producen entre los hombres como consecuencia de su asociación. Trata de comprender y de explicar las uniformidades en los sentimientos, las creencias o las voliciones, y por consiguiente en la acción, que son debidas a la interacción de los seres humanos, es decir, a causas sociales". Por su parte, en el capítulo inicial de *An introduction to social psychology*, McDougall escribe que "la psicología social tiene que mostrar de que modo, dadas las tendencias y las facultades cognoscitivas de la psique individual del hombre, se forman mediante ellas toda la compleja vida mental de las sociedades que, a su vez, actúa sobre el curso de su desarrollo e influye en el individuo".

Aunque tanto en una como en otra concepción se observan claras huellas de la psicología colectiva, ambas destacan aspectos que no permiten incluirlas en ésta última. El énfasis que Ross pone en la interacción y la acción, así como el puesto por McDougall en la interinfluencias individuo-sociedad, representan introducir unos ingredientes conceptuales ajenos a la tradición colectiva. Ahora bien, si estas dos definiciones pudieran llegar a la creencia de que, salvando distancias terminológicas, son coincidentes estaríamos ciertamente en un error importante, porque responden a dos posiciones sobre la psicología social divergentes desde el punto de partida. Sin embargo, no son tan radicalmente diferentes como muchos dan por supuesto.

Ross, sociólogo que había estudiado política y economía, sigue a Tarde en la importancia de la imitación-sugestión. Con este mecanismo pretende explicar las diversas manifestaciones de la conducta colectiva, sin llegar a asumir el interaccionismo que late en su definición de la psicología social. Evidentemente, ello acerca ésta a la sociología - campo en el que con *Social control* (1901) Ross alcanzó más influencia que dentro de la psicología social - a la vez que la distancia de la tendencia psicológica de McDougall. No obstante, hay una convergencia esencial entre estos dos autores. En el fondo, la teoría de Ross es, como la de McDougall, instintivista ya que la imitación, al ser considerada innata al hombre no es otra cosa sino un instinto. Lo que ocurre es que el instintivismo de aquél es subyacente mientras que el de MacDougall no sólo se explicita sino que además se radicaliza.

McDougall, médico inicialmente dedicado a la fisiología, participó plenamente del clima darwiniano de su tiempo. Su instintivismo no se limita a lo psicosocial. Su teoría de la psicología social forma parte de una concepción más amplia: la psicología hórmica o propositiva, inspirada en los dos filósofos que él admiraba: William, James y Franz Brentano, especialmente en este último. En efecto, la teoría mcdougalliana refleja la psicología de los actos de ideación, caracterizados por la intencionalidad, que defendía el filósofo alemán. La psicología hórmica entiende que la conducta orgánica, y por lo tanto también la conducta humana, se caracterizan por la intencionalidad vital. Y ésta es instintiva. Aclaremos que por instinto esa teoría entiende lo que impulsa a la lucha y al deseo, o sea lo que mueve a la conación.

Limitándonos al campo psicosocial, la novedad de McDougall estriba en su intento de explicar toda la vida social como un grandioso edificio, cuyos cimientos

están constituidos exclusivamente por los instintos. Según él, los organismos tienen tendencias innatas a las que se asocian, debido a la selección natural, unas respuestas emocionales que facilitan la acción y, en definitiva, la sobrevivencia; por ejemplo, el instinto de fuga va acompañado de la emoción del miedo. Este último, el miedo, junto con la simpatía, la sugestión y la imitación forman las cuatro tendencias derivadas de los instintos. A su vez, estas tendencias se transforman en el fenómeno complejo de los sentimientos. A partir de ello, MacDougall explica la vida mental de las sociedades como engendrada por las tendencias o instintos innatos o hereditarios del espíritu individual, determinados no por la psicología de la conciencia sino por la psicología del comportamiento. MacDougall presentó varias clasificaciones de los instintos, según un sistema jerarquizado. En la cúspide del mismo situaba el sentimiento de afirmación egocéntrica (*self-regarding sentiment*). En este sentimiento, que explica la unión grupal, se basan el autorrespeto y el orden moral. MacDougall considera que la vida social se da en las multitudes y de ella surgen los grupos, mediante un proceso organizador.

En resumen, la psicología social muestra cómo los instintos engendran la vida mental de las sociedades y cómo ésta actúa a su vez sobre aquéllos. Añadamos que, para él, los miembros de un grupo tienen conciencia del mismo y de ahí la mente del grupo, tema al que dedicó uno de sus últimos libros: *The group mind* (1920), significativamente subtítulo *A sketch of the principles of collective psychology*.

La *Introduction* de MacDougall se convirtió en un auténtico *best-seller*. A los dos decenios de su aparición ya contaba con veinte ediciones. Y que el interés continuó vivo lo demuestra el hecho de que en 1950 salía al mercado la trigésima edición. Conviene destacar, empero, que buena parte de este éxito se debe no a la aceptación de los postulados de su autor sino a las airadas críticas que éstos levantaron por doquier. MacDougall no se atrevió a continuar empleando el concepto básico de instinto, viéndose obligado a sustituirlo por el de propensión (*propensity*), aunque de hecho se trataba sólo de un cambio de nombre.

Lo dicho no es óbice para reconocer que, durante unos años, el instintivismo "social" mcdougalliano o no, hizo furor (Trotter, Thorndike, Woodworth, Veblen, etc.) hasta que Dunlap (1919) se atrevió a enfrentarse, argumentando básicamente contra MacDougall que la teoría de éste se apoyaba en la intencionalidad subjetiva y por consiguiente en un fenómeno inobservable. Las críticas contra el infortunado concepto de instinto fueron acumulándose sin cesar, críticas que Bernard (1926) resumió en el capítulo X de su *Social psychology*. Al descrédito del instintivismo social también contribuyeron, aunque indirectamente, las investigaciones etnológicas de un sector antropológico (Malinowski, Margaret Mead, etc.) que a partir de la tercera década del siglo remarcó brillantemente los aspectos psicológico sociales en el estudio de las culturas.

Por otra parte, el revuelo que producen las ideas extremas de MacDougall genera un marcado interés por la psicología social. Un dato ilustrativo es la decisión de Morton Price, influido por Charcot al que había tenido por maestro, de modificar en 1921 el título de la revista que a la sazón dirigía, el *Journal of Abnormal Psychology* añadiéndole la coletilla de *and Social Psychology*, lo que por otra parte demostraba la pervivencia de la herencia psicopatológica en la concepción de la disciplina.

Las consecuencias de todo ello las ha señalado de un modo certero Murphy (1949), al decir que a finales de los años veinte, con la derrota del instintivismo en la psicología social, ésta "se vio privada de una base teórica universalmente aceptada". En mi opinión, ello constituyó la primera y fructífera gran crisis de la psicología social contemporánea, fructífera porque sentó la necesidad urgente de encontrar una nueva base. En realidad, estaba ya preparada.

2.5 Psicología social de las actitudes

Murphy añade que, a la par que declinaba el instintivismo, se desarrollaban dos movimientos que habían de contribuir altamente a poner de relieve concepciones alternativas de la naturaleza humana e idear nuevos medios de investigación. Se refiere a la introducción en el campo psicosocial de dos métodos, el experimental y el sociométrico. Como la perspectiva adoptada en este libro no es metodológica sino que está referida a la teoría, no vamos a seguirle por este camino. Pero es interesante destacar que es la psicología social instintivista la que mueve a Floyd H. Allport a proponer una metodología empírica y objetiva, cuyos ecos todavía tardarían un poco en resonar.

Por de pronto, y desde la mencionada perspectiva teórica y no metodológica, las tendencias conceptuales, aunque resultaban propiciadas por tales métodos, fueron otras.

Al comienzo de su manual, Allport (1924) escribe que "la psicología social es la ciencia que estudia la conducta del individuo en la medida en que ésta es un estímulo para otros individuos o en que es una reacción a su conducta, y que describe la conciencia del individuo en la medida en que es una conciencia de objetos y de reacciones sociales". La teoría a la que responden estas palabras presenta, por lo menos, tres puntos de interés. En primer lugar, acepta el enfoque individual mcdougalliano, pero rechaza su instintivismo así como cualquier referencia a una mente colectiva o al espíritu de grupo. En segundo lugar, considera que para ser científica, de acuerdo con los postulados del behaviorismo, la psicología social debe apoyarse en hechos observables, por ser éstos los únicos que pueden ser sometidos a la experimentación. Y en tercer lugar y consecuentemente con lo anterior, pone en el centro mismo de la psicología social a la conducta del individuo en vez del individuo mismo, interpretándola según el modelo E-R (Estímulo-Respuesta, propugnado por el behaviorismo. En este aspecto, Allport sostuvo que la conducta social era un resultado de los "reflejos prepotentes" del recién nacido, reflejos que se consideraban modificables por condicionamiento.

El "behaviorismo" social de Allport es un behaviorismo particular. Y por supuesto, ni teórica ni metodológicamente es radical. Antes que él, Georges H. Mead ya había extrapolado el behaviorismo al comportamiento social, con idéntico resultado, aunque con una orientación diferente. También antes que él, se habían realizado algunos experimentos psicosociales aislados, ya aludidos en el capítulo anterior. Pero sin duda fue él quien presentó una teoría sistemática y coherente con el método experimental, método que en principio no excluía otras técnicas.

En realidad, la influencia de Allport se debe mucho más al hecho de que promovió la experimentación en nuestro campo que a la teoría por él propuesta. Piénsese, por ejemplo, que uno de los pocos conceptos que logró introducir, el de la "facilitación social", es un efecto experimental.

En cualquier caso, la exigencia de unos métodos objetivos y cuantificables, junto con las especificidades de la conducta social condujeron sin tardar a un nuevo concepto básico, el cual pasó a ser la unidad de análisis para un sector cada vez más amplio de la psicología social: el concepto de actitud.

Los orígenes de este concepto están por dilucidar. Pero generalmente se considera que su entrada en la psicología social tiene lugar con el extenso estudio realizado en 1918 por Thomas y Znaniecki sobre los campesinos polacos emigrados a los Estados Unidos. Thomas, en el quinto volumen de esta importante obra, llegaba incluso a definir a la psicología social como la ciencia de las actitudes, punto sobre el que Znaniecki (*The laws of sociology*, 1925) insistiría años después. Pero a pesar de tan decidida postura, el empleo que allí se hacía del concepto estaba teñido de un franco culturalismo, especialmente por su conexión con los valores sociales ya que se consideraba a las actitudes como la contrapartida individual de aquéllos.

El hecho decisivo se produjo, justo una década más tarde, cuando Thurstone, que desde 1925 venía aplicando las técnicas de la psicofísica a la investigación de las actitudes en el campo escolar, defiende en un famoso artículo (*Attitudes can be measured*, 1928) que más allá de la descripción hay que llegar hasta la medición escalar de los fenómenos actitudinales. Poco después, presentó junto con Chave (1929) la escala de intervalos iguales. A la par y con parecida finalidad, Bogardus (*Immigration and race attitudes*, 1928) aplicaba la escala de distancia social creada por él mismo tres años antes. Al año siguiente, Likert (1929), bajo la tutela de Murphy, elaboraba otra técnica escalar, muy empleada aún hoy por su sencillez. Hinckley, Wang, Lasker, además de los mencionados, y muchos otros, empezaron a trabajar con escalas, propias o no, en esta nueva área de la investigación psicosocial. Que la fiebre de la medición de los fenómenos psicológicos sociales formaba parte del clima del momento lo demuestra la aportación de Moreno (1934), el cual se mueve en un ámbito propio ya del siguiente período, como veremos.

En conexión con este clima, la opinión pública que hasta entonces había sido objeto de un tratamiento esencialmente teórico (Tönnies, Bryce, en el siglo pasado; Tarde y Cooley, a comienzos del nuestro) pasó a interesar empíricamente (Lippman, Laswell, Bauer, en los años veinte), pudiéndose ya en 1932 realizar sondeos (Gallup enseguida se hizo famoso con ellos) con técnicas de muestreo que, a pesar de tener un carácter rudimentario - recuérdese el sonado fracaso de la auscultación preelectoral de las presidenciales norteamericanas realizadas por el *Literary Digest* en 1926 - traducían los nuevos modos de enfocar los fenómenos psicosociales a nivel colectivo. El reconocimiento institucional de este sector de investigación sobrevino en 1934, con la fundación del American Institute of Public Opinion.

Con la psicología social de las actitudes, la psicología social mostraba las grandes posibilidades de su perspectiva. Pero, para muchos, también demostraba su vocación científica. Si a esto añadimos que, a fines de los años veinte la lectura

psicosocial, en sentido estricto, era relativamente abundante (Murphy, en 1931, pudo registrar más de ochocientos trabajos), podemos considerar que es un dato pleno de significado el que, al finalizar la década, Murchinson y Dewey se decidieran a fundar el *Journal of Social Psychology* (1930), primera revista dedicada exclusivamente a esa disciplina.

Al hablar de los años veinte, no debe silenciarse la labor, al comienzo callada y solitaria, emprendida por el suizo Jean Piaget, con una larga serie de investigaciones sobre el desarrollo del pensamiento y la inteligencia en los niños, siendo especialmente interesantes para la psicología social las relativas al lenguaje (1923) y a la formación del criterio moral (1932).

2.6 Psicología del comportamiento en grupo: un decenio decisivo.

Era casi una cosa obvia que la actitud (y la opinión), a pesar de su gran importancia, no podía llegar a cubrir el vasto campo teórico y práctico de la psicología social. Como concepto clave y como unidad de análisis, sus posibilidades eran bastante limitadas. Sin pensar en la conducta colectiva, había otras muchas áreas de igual o mayor relevancia que la de las actitudes, y en muchas de esas áreas la psicología social ya había intentado, aunque tímidamente, introducirse. Puede citarse, como ejemplo de ello, los experimentos de Allport sobre la "facilitación" y los precedentes de los mismos, ya mencionados, los cuales se referían a la influencia de la situación de grupo sobre el comportamiento del individuo. Este había de ser otro camino de expansión de la psicología social, un camino que bien pronto demostró tener grandes posibilidades de investigación y ser una fuente que nutriría a la psicología social posterior. Esto no fue posible hasta que triunfaron las críticas a la concepción de la "mente del grupo" mcdougalliana, heredada de la psicología colectiva.

Aparte de lo dicho, en el interés creciente por el comportamiento en grupo coincidieron motivaciones y hechos muy distintos, desde la necesidad de aumentar la productividad de los equipos de trabajo en las empresas industriales o de disminuir los índices de criminalidad juvenil en determinadas zonas urbanas de los Estados Unidos, y como telón de fondo la preocupación por la crisis social que culminó con el *crack* económico de fines de los veinte, hasta la oleada casi incesante de científicos alemanes en especial los dedicados a las ciencias sociales que huyeron del nazismo, oleada que tuvo una enorme repercusión en el desarrollo de la psicología social.

Así, la escuela sociológica de Chicago emprendió diversos estudios de campo sobre las pandillas y bandas de delincuentes (Thrasher, en 1929; Landesco, en 1930; Clifford Shaw, en 1931; Whyte, en 1937; etc.). Más ampliamente, Merton (1938), resucitando y revisando a Durkheim, formuló una importante teoría sobre la anomia y la estructura del sistema social.

Al mismo tiempo, Elton Mayo, de la Universidad de Harvard, con un equipo interdisciplinario de colaboradores, estaba llevando a cabo una concienzuda investigación (1927-1932) en Hawthorne, donde Western Electric Company tenía una planta industrial, sobre los factores de rendimiento en el trabajo en serie. Al poner bajo observación sistemática y controlada a varios grupos de trabajadores e ir manipulando diferentes variables "descubrió" la trascendencia de las relaciones informales en la productividad de dichos grupos. Aparte de otras aportaciones importantes, como el concepto de "clima" grupal, de ahí surgió la nueva orientación de las *human relations* en la psicología del trabajo, la cual venía a dar un duro golpe, aunque no mortal, al taylorismo imperante desde comienzos de siglo.

En el campo estricto de la psicología social, los trabajos de Mayo, Roethlisberger, Whitehead (hijo del famoso filósofo) y demás colaboradores, no difundidos hasta bien entrados los años cuarenta, no tuvieron una repercusión inmediata. Pero aparte de constituir una primera fuente del estudio científico de la dinámica de los grupos, reflejan el interés que había en aquellos años por conocer el comportamiento de las personas como miembros de un grupo. Esto último también fue objeto de estudio por Homans (1941) en relación con la fatiga laboral.

En 1925 llegaba a los Estados Unidos Jakob Moreno, un psiquiatra rumano de origen sefardita,. Dos años antes había publicado en Alemania *Das Steigreiftheater*, libro en el que proponía una terapia de grupo para el tratamiento de las perturbaciones mentales, basada en la representación teatral como método para la liberación de la espontaneidad creadora humana. Esta técnica fue desarrollada y profundizada por él en *Who shall survive ?* (1934). En esta obra, de extraño título que revela un trasfondo especulativo que hay que relacionar con la doble formación en medicina y en filosofía del autor, pero con un contenido que queda aclarado en el subtítulo (*A new approach to the problem of human interactions*), se expone la sociometría, que además de una teoría es una técnica terapéutica (psicodrama) y de investigación y medición de las relaciones afectivas que estructuran a un grupo (sociograma). El test sociométrico lo creó en 1932, para analizar y solucionar los problemas del Internado Hudson de delincuentes femeninas. La obra de Moreno ha tenido muchos seguidores, generando en Estados Unidos y otros países asociaciones de sociómetras, y ha sido objeto de desarrollos técnicos encontrando sugestivas aplicaciones, especialmente en el trabajo en grupo dentro de los campos clínico y pedagógico. Además constituye una de las fuentes de la dinámica de grupos. Testigo de la expansión y continuidad de toda esta línea, más técnica que teórica, fue la prestigiosa revista fundada por Moreno, en 1937, *Sociometry. A Journal of Inter-Personal Relations*, que aún sigue publicándose con el nuevo título de *Social Psychology Quarterly*.

Con todo lo dicho, la principal contribución al área de los grupos se debe, sin duda alguna, a Kurt Lewin, alemán emigrado en 1932 a los Estados Unidos. En realidad, su aportación va mucho más allá: proveyó nuevos puntos de vista, lo que le ha valió que algunos viesan en su obra -ya se ha dicho- el punto de partida de la psicología social actual. Aunque esto sea claramente excesivo y pese a las limitaciones de su postura (ahistórica, como acertadamente ha señalado Torregrosa, 1974), la influencia ejercida, a menudo de manera subterránea, ha sido y continúa siendo considerable. La repercusión de su obra, aparecida en la segunda mitad de los años treinta, fue casi inmediata. Acabada la guerra mundial, Gordon W. Allport

(1947) llegó a escribir sin ruborizarse, en una devota nota necrológica dedicada a Lewin, que éste y Freud eran los dos genios de la psicología contemporánea.

Partiendo de una perspectiva científica no aristotélica, o sea no esencialista ni teleológica, sino galileana, la teoría de Lewin (*Principles of topological psychology*, 1936) aunque de origen gestáltico va mucho más allá al poner el acento más en la motivación que en la percepción. Es, en este sentido, una teoría dinámica. Y es social, porque basa la conducta en la fórmula: $B = f(P,E)$, es decir que la conducta se da en función de las interacciones entre la persona y su medio. La unidad de análisis es, pues, el "campo" conductual, o lo que es lo mismo el *social field*. Este campo es analizable mediante un enfoque topológico. Sin entrar en más detalles sobre su teoría general, digamos que, en psicología social (*Field theory in social science*, 1951, publicada póstumamente), Lewin consideró que un grupo es un todo dinámico, con características distintas a las individuales de los miembros que lo componen. La dinámica del grupo, o sea las fuerzas que actúan en la acción del conjunto, puede investigarse y aprenderse experimentándola y para ser más exactos viviéndola de un modo experiencial. Esto es, en definitiva, lo que pretende la técnica del *T Group* basada en el principio de la *action research*. De esta técnica surgieron posteriormente numerosas variantes, con aplicaciones en todos los campos sociales.

Con sus colaboradores (Lippit y White, entre otros) en el Research Center for Group Dynamics, fundado en 1945 por él en el M.I.T. (Massachusetts Institute of Technology), Lewin llevó a cabo diversos experimentos de laboratorio, que había iniciado años antes en Iowa, sobre el liderazgo y la atmósfera del grupo. Estos experimentos llamaron la atención por constituir una novedad en este terreno. Finalmente, es de destacar que Lewin no olvidó y enriqueció la psicología de las actitudes: aplicó con éxito la discusión en grupo para la modificación de las mismas.

Otro psicólogo, emigrado de Turquía a Norteamérica, Muzhafer Sherif, emprendió a comienzos de la década, en Harvard, una línea de investigación experimental partiendo de la hipótesis de que el grupo influye en las percepciones de sus miembros, punto éste sobre el que ya había trabajado en la Universidad de Ankara. Sus experimentos con el efecto autocinético, dados a conocer en 1935 en un artículo, pero difundidos en *The psychology of social norms* confirmaban dicha tesis. Esta investigación, que demostraba la formación de normas en el grupo, tenía un gran interés, porque, además de mostrar inéditas posibilidades del laboratorio experimental en el campo de la psicología social, demostraba que la influencia del grupo sobre el individuo no se limitaba a la "facilitación" conductual hallada por Allport sino que se ejercía incluso al nivel perceptivo. No es preciso subrayar el gran alcance que eso tenía.

Al año siguiente, otro artículo de Sherif, sobre "un enfoque experimental en el estudio de las actitudes", aparecía en la revista de Moreno antes mencionada. Sherif asumía con ello esa temática en su concepción. Sus trabajos posteriores se mueven ya dentro de una psicología de una influencia social, interesada a la par tanto por las actitudes como por los grupos. Los más importantes son los estudios realizados en *settings* naturales sobre actitudes cooperativas y competitivas intra e intergrupales. En ellos empleó el método experimental, complementado muy fructíferamente con la observación participante y el test sociométrico. En resumen, tanto la situación como

el tratamiento eran muy complejos. Fueron llevados a cabo entre 1949 y 1954, por lo que volveremos sobre ellos al tratar el período de la posguerra. También procede hacer una alusión a las investigaciones que sobre la misma temática de la influencia social inició Newcomb en la segunda mitad de los años veinte (aunque se publicaron en la década siguiente) en el Bennigton College sobre todo, estudiando las actitudes en grupo y la atracción interpersonal, que habrían de constituir una de las fuentes pioneras del importante concepto de grupo de referencia.

Sherif destacaba los factores culturales. La importancia de estos factores en los fenómenos psicosociales fue, por otra parte, reafirmada y complementada por los trabajos antropológicos, que en estos años se orientaron hacia la psicología y la psiquiatría. El punto de vista transcultural, derivado de la temática que habían tratado Thomas y Znaniecki, y las exploraciones de Malinowski habían precedido a dicha orientación. Pero ésta tomó cuerpo al buscarse las relaciones entre "la cultura y la personalidad". El núcleo donde ello tuvo lugar fue en la Universidad de Columbia. Allí se desarrollaron sendas investigaciones, ya como efecto de las enseñanzas de Franz Boas (Ruth Benedict, Margaret Mead) ya bajo la inspiración de la obra malinowskiana (Linton, Kardiner, Cora DuBois). El movimiento que adoptó aquella gráfica etiqueta ayudó a consolidar, desde una perspectiva más o menos psiconalítica, la psicología de los grupos. Esta adquiría así nuevas dimensiones. En efecto, después de que Margaret Mead publicara *Coming age of Samoa* (1928) y sobre todo después del importante estudio de Ruth Benedict, *Patterns of culture* (1934), relativo a las personalidades apolínea y dionisiaca de ciertos pueblos pieles rojas, las investigaciones antropológicas así orientadas se pusieron de moda, cuajando en la segunda mitad de los treinta en una sucesión de importantes estudios de la citada hija de Georges Mead (*Sex and temperament in three primitive societies*, 1935; *From the south seas*, 1939), de Linton (*The study of man*, 1936) y de Kardiner (*The individual and his society*, 1939, con Linton), entre otros.

No terminan aquí los trabajos realizados o iniciados en los años treinta. En Cambridge, Bartlett (1932) presentó importantes descubrimientos experimentales sobre el recuerdo, descubrimientos que destacaban el papel que en los procesos de memorización juegan las pertenencias de grupo. Un psiquiatra, Sullivan, a lo largo de la década, fue elaborando una "teoría interpersonal de la psiquiatría" que destacaba el papel del grupo familiar. Esta teoría no llegó al gran público científico hasta que, después de la guerra mundial, Sullivan reunió sus trabajos en forma de libro. Hull había dirigido un equipo de investigadores (el antropólogo Dollard, el psicólogo Miller, el psiquiatra Sears, etc.) para descubrir las relaciones entre *Frustration and aggression* (1939). Miller y Dollard, dos años más tarde, resucitarían la vieja noción tardeana de la imitación para explicar el proceso de aprendizaje social.

Un zoólogo, Kinsey, comenzaba en 1939 una investigación a escala nacional sobre el comportamiento sexual humano, tema tabú que, salvo los psicoanalistas, hasta entonces únicamente se habían atrevido a investigar los antropólogos (Malinowski, M. Mead), aunque referido a sociedades muy ajenas a los Estados Unidos. Como se reconoció años después (Mueller, 1963), los dos informes, uno sobre el hombre y otro sobre la mujer aparecidos en los cuarenta, llevaron la seguridad a mucha gente, que sentían inquietud por sus actividades sexuales, cuando se enteraron de que su comportamiento, lejos de ser excepcional o anormal

era nada menos que característico de su grupo. En fin, para no alargarnos más, en 1930, Horkheimer toma la dirección del Institut für Sozialforschung, iniciándose con ello la llamada Escuela de Frankfurt, preocupada por temas como la autoridad y la familia (1936). Con el advenimiento del nazismo, el Institut con su influyente revista (*Zeitschrift für Sozialforschung*), conoció un largo éxodo que le llevó hasta los Estados Unidos, país que le dio cobijo durante cinco lustros. A fines de la década examinada, Erich Fromm, un psiquiatra ex miembro de la Escuela, reflexionaba críticamente sobre el grave problema del resurgimiento del totalitarismo en Europa, llegando a inquietantes conclusiones sobre la dialéctica entre la libertad y la seguridad (*Escape from freedom*, 1941).

La época que acaba de ser explicada es fundamental por lo menos por dos razones. La primera, porque se reconoce de facto un estatus científico a la psicología social. La segunda, porque sin dicha época no se comprende el desarrollo posterior que alcanza este campo. Los grandes investigadores de estos años (Moreno y sobre todo Lewin) pueden justamente ser considerados nuestros "clásicos" modernos. Durante este período se pusieron, en lo sustancial, las bases de la psicología social posterior. En gran parte, hoy en día estamos todavía nutriéndonos, por referencia positiva o negativa, de las aportaciones entonces realizadas. Fue una época rica en orientaciones teóricas y metodológicas. Estas últimas, entre las que hay que citar el desarrollo de las técnicas de observación sistemática (Thomas, 1933), la consolidación del laboratorio experimental psicosocial, la promoción de la investigación de campo, las experiencias de grupo, etc., fueron aprovechadas inmediatamente. La *Experimental social psychology* de Murphy (1931), citada ya en el anterior epígrafe, tuvo que revisarse por completo seis años después en colaboración con Murphy y Newcomb. (Por cierto que nada menos que tres cuartas partes de sus páginas estaban dedicadas a las actitudes.) En cuanto a las aportaciones de carácter más teórico fueron asimilándose con suma lentitud, de tal forma que aún hoy van generando desarrollos importantes.

No sería justo cerrar este período pasando por alto el nombre de G. Murphy, que fue un hombre clave durante el mismo. Proveniente de Harvard, desde su puesto en la Universidad de Columbia, de cuyo *staff* formaba parte desde 1925, alentó la investigación y ayudó, entre muchos otros, a Newcomb, Klineberg, Sherif, Likert, Lewin, Murray y Moreno.

En 1967, el ruso Pariguin escribía que entre 1930 y 1940 la psicología social emergió como ciencia independiente. En rigor, esto no es correcto, puesto que tal estatus es el resultado de un largo proceso histórico, pero sí puede afirmarse que los años treinta fueron totalmente decisivos para nuestra ciencia.

2.7 De la posguerra hasta comienzos de los setenta.

El panorama que presenta la psicología social a partir de última postguerra mundial es heterogéneo. Esto se debe no sólo a la falta de una suficiente perspectiva histórica sino también al desarrollo casi simultáneo de múltiples líneas disponibles de investigación.

En los Estados Unidos, la última Gran Guerra no supuso ningún retroceso en la investigación científica social. Por el contrario, la estimuló en varios frentes a la vez, potenciando de este modo los hallazgos psicosociales de la etapa anterior. En efecto, la situación bélica generó una masa ingente de datos, a los que se sumaron los de los efectos de la guerra, que iban desde la readaptación de quienes habían luchado en otros países hasta el incremento de la criminalidad. Todo ello, planteó nuevos temas, que vinieron a añadirse a los ya iniciados en la década anterior.

Forzando un poco las cosas, podemos agrupar en varios bloques la labor efectuada hasta entrados los años cincuenta, época en que el clima de la postguerra había quedado sustituido por una reacción eufórica perfectamente recogida en la expresión *fun morality* (de Mead y Wolfenstein, 1955), para designar la nueva orientación de la ética cotidiana.

1) Se quiso profundizar en las actitudes democráticas y antidemocráticas, lo que originó dos líneas distintas de investigación. En la primera de ellas sobresalen los estudios relativos a la "personalidad autoritaria", dados a conocer en 1950 por Adorno y otros colaboradores de la Universidad de Berkeley. Partiendo de supuestos psicoanalíticos relacionaban fenómenos como el totalitarismo - en un sentido más psicológico se continuaba de este modo la problemática de Fromm - y los prejuicios religiosos (antisemitismo) y raciales (negritud). Además, este estudio construía nuevas escalas actitudinales aplicando la técnica de Likert (como la famosa escala F o de medición del fascismo), combinando los datos obtenidos con los de otras técnicas, como entrevistas en profundidad y administración de pruebas proyectivas (el TAT modificado).

En esta misma dirección se producen importantes innovaciones técnicas en la construcción de escalas a lo largo de los años cuarenta y cincuenta (Guttman, Kilpatrick, Coombs, Osgood, Tannebaum); así como en la investigación teórica, con la teoría funcional de base psicoanalítica de Sarnoff y Katz (*The motivational bases of attitude change*, 1954).

La otra línea se interesó por los procesos de formación de opinión y voto en las campañas electorales, contando entre sus representantes a Lazarsfeld, Berelson y otros (por ejemplo, *The people choice*, 1944).

Esos trabajos enlazaban con los estudios iniciados antes de la guerra sobre las actitudes y opiniones.

2) Se intentó conocer hasta donde llegaba realmente el poder de la propaganda y en particular la influencia de los *mass-media*, especialmente de la radio y la prensa. (Como todo ello hacía referencia a la modificación de actitudes, esta temática podía considerarse en cierto modo una extensión de la anterior.) El interés por la propaganda se debía no sólo al uso que de ella había hecho el totalitarismo fascista de los años treinta sino también a la gran trascendencia que tanto la propaganda como los medios de comunicación de masas habían tenido en los aspectos psicológicos de la guerra (lo que se confirmó en la guerra de Corea). En la Universidad de Yale, un equipo encabezado por Hovland junto con Janis, Kelley y McGuire entre otros, dentro de un amplio programa titulado *Studies in social*

psychology in World War II, realizó una extensa investigación de base experimental sobre la persuasión y los efectos actitudinales de las comunicaciones masivas.

Otra investigación destacable fue la de Katz y Lazarsfeld (*Personal influence*, 1955), planteada en 1944 e iniciada justo al acabar la guerra. Trataba acerca de la situación del individuo en la comunicación de masas, mostrando el material de las encuestas que el proceso comunicativo discurría en dos fases y que los líderes personales de opinión jugaban un papel fundamental.

Este grupo de estudios representó pasar de los simples sondeos descriptivos de la opinión a la génesis y modificación de las opiniones colectivas. En cierto modo, esta temática era una nueva forma de enfocar el estudio de la influencia social en relación con las investigaciones de los años treinta.

3) También representaba este grupo de estudios una vuelta al interés por la psicología colectiva. Este interés respondía a la necesidad de comprensión entre los diferentes pueblos, en especial entre aquéllos que habían sido partes beligerantes. De ahí que se efectuaran numerosos trabajos sobre las diferencias entre la psicología de la gente de diversos países.

Además de los trabajos sobre los prejuicios y las diferencias culturales de Otto Klineberg, un psicólogo social que había estudiado con el gran antropólogo Franz Boas, los antropólogos volvieron a acercarse a la psicología social con sendas investigaciones sobre la personalidad del japonés (Benedict, en 1947), del norteamericano (M. Mead, en 1942; Görer, en 1948), del ruso (M. Mead y Rickman, en 1949), etc. El carácter nacional, la personalidad modal, la privación relativa y el grupo de referencia fueron algunos de los conceptos teóricos elaborados o desarrollados por estos autores.

4) Otra línea de investigación está constituida por trabajos relativos a los factores y las características que concurren en las situaciones de tensión y conflicto. También aquí cabe distinguir dos tipos de investigaciones.

En primer lugar, las que directamente se refieren a la guerra. Stouffer y sus colaboradores, en 1949, dedicaron dos volúmenes (más un tercero relativo a las cuestiones de carácter técnico) sobre *The american soldier*, integrantes de la misma serie que el trabajo de Hovland anteriormente citado. Los autores manejaron cuantiosos datos aportados por los organismos militares para estudiar las actitudes de los soldados, las tensiones grupales y la incidencia de grupos de referencia en el ejército, y efectuaron experimentos sobre los procesos de cambio. Al año siguiente, Dicks daba a conocer otro interesante estudio sobre el comportamiento de los prisioneros de guerra. Etc.

En segundo lugar, estaban los nuevos trabajos de Sherif de 1949 y 1954, que trasladaban la temática de la influencia social al ámbito de las relaciones intergrupales (*Groups in harmony and tension*, 1953; *Intergroup conflict and cooperation*, 1961). En ellos, dos experimentos realizados en condiciones naturales permitieron profundizar en las actitudes cooperativas y competitivas, y sentar algunas bases teóricas sobre la superación de los conflictos entre distintos grupos. La competitividad y la cooperación fueron también objeto de estudio teórico y

experimental, en este caso en el laboratorio, por un discípulo de Lewin, Morton Deutsch (1949a y b). Una serie experimental que produjo un gran impacto fué la dada a conocer por Milgram en sucesivos trabajos de la primera mitad de los sesenta. Se trata de unos impresionantes experimentos llevados a cabo en Yale, referentes a la obediencia y la sumisión a la autoridad, experimentos que plantearon una importante problemática ideológica, teórica, metodológica y ética que aún continúa.

5) Un sector de la psicología social de la postguerra, influido por Lewin y la Gestalt sobre todo, centró sus esfuerzos en lo que estimó que eran los fenómenos clave del comportamiento del individuo en un contexto social: la percepción y la motivación. Las tres aportaciones principales, en esta línea, corresponden a Heider (*The psychology of interpersonal relations*, 1958; pero su influencia arranca de un artículo de 1946 en el que avanza su teoría), Asch (*Social psychology*, 1952) y Festinger (*A theory of cognitive dissonance*, 1957).

Del segundo de ellos, cabe resaltar, entre otros experimentos, los que, llevando más allá el efecto autocinético de Sherif, demostraban de manera imprevisible hasta qué punto la presión del grupo llegaba a influir en la percepción individual, o dicho de otro modo, demostraban el conformismo social. En cuanto a los otros dos, Heider refiriéndose a la "psicología ingenua" (*naïve*) de la gente, lanzó una serie de hipótesis sobre la tendencia del hombre al equilibrio perceptivo en sus relaciones con los demás y se interesó por cómo la gente atribuía la causalidad de los sucesos a las acciones propias o de los otros. El primero de estos puntos influyó sobre la investigación psicosocial de los sesenta, la cual giró en gran medida sobre las teorías de la coherencia o consistencia, temática a la que contribuyó de forma decisiva otro alumno de Lewin, Festinger. La teoría de este último sobre la disonancia cognitiva pasó a absorber, entre fuertes discusiones, la literatura psicosocial hasta bien entrada la mitad de la década siguiente. Otras teorías tardaron mucho más en llamar la atención, como es el caso de la teoría de la reactancia psicológica, formulada por Brehm (1966). Puede dar idea del volumen e importancia de las investigaciones generadas alrededor de esta temática, el hecho de que ya en 1968 pudo publicarse un libro, *Theories of cognitive consistency*, en el que, bajo la dirección de Abelson, colaboraron nada menos que 63 autores. En cuanto al segundo de los aspectos señalados de la aportación de Heider, de momento no acaparó la atención.

Los cinco bloques descritos no reflejan toda la actividad investigadora de este período. A fines de los cuarenta, Merton (1949) publica un importante volumen de honda huella sobre *Social theory and social structure*, en el que reúne varios trabajos suyos esenciales, y McClelland inicia una serie de investigaciones sobre la motivación de logro, que tendrán su desarrollo a lo largo de las décadas siguientes. En los cincuenta, destacan los experimentos sobre afiliación, de Schachter, y sobre la interdependencia, de Thibaut y Kelley (*The psychology of groups*). Y Goffman (*The presentation of self in everyday life*) desarrolla un nuevo enfoque, el análisis dramático, que conecta con los incipientes planteamientos interaccionistas simbólicos a los que se aludirá después.

Ya en la década de los sesenta, renace el conductismo social al reemprender Bandura y Walters (*Social learning and personality*, 1963) la temática de Dollard y

Miller sobre el aprendizaje por imitación, que habría que conducir a la teoría del *modelling* o modelaje de la conducta, formulada sistemáticamente por Bandura en 1969 (*Principles of behavioral modification*). Estas investigaciones, además de reforzar la perspectiva conductista social - si bien recurriendo a procesos mediacionales que significaban concesiones de naturaleza cognitiva -, reforzaban también los métodos experimentales en psicología social, métodos cuyas posibilidades habían mostrado ya en el laboratorio Thibaut y Kelley. Otra inyección a favor del conductismo- también un conductismo *sui generis* - la dió Homans (*Social behavior*, 1961) al proponer una atrevida interpretación del comportamiento social en término de intercambio, lo que por una parte contaba con notable apoyo antropológico, especialmente de la escuela francesa (Mauss, Lévi-Strauss), y por otra parte era congruente con los resultados obtenidos en los experimentos sobre la interdependencia realizados por Thibaut y Kelley.

Un fenómeno muy importante para la psicología social, aunque sin ninguna repercusión en el mundo occidental, fue el renacimiento de la psicología social como ciencia en la URSS después de unos tres decenios de letargo forzoso. En cambio, otro fenómeno que sobreviene en la misma década y que a pesar de su relativamente corta duración conmueve a la ciencia social en este periodo es el auge del psicoanálisis social en su versión freudomarxista. Sin duda, la más sonada contribución se debe a Marcuse (*Eros and civilization*, publicado en 1955, tardó unos años en influir), aunque Habermas empieza a publicar sus primeras obras importantes de carácter más elitista. Dicho fenómeno, vinculado en parte a las protestas estudiantiles de Berkeley y Berlín así como al Mayo francés de 1968, hace resucitar el interés por las ideas de Wilhelm Reich. Pero todo ello, así como la proliferación del movimiento en pro de los Grupos de Encuentro, de carácter humanista, apenas tiene repercusión en la marcha de la psicología social que se desarrollaba en los ámbitos de la ciencia académica.

Si, en cambio, tiene repercusión en un sector cada vez más numeroso de la misma, el paulatino desarrollo del interaccionismo simbólico. Desde fines de los cincuenta, empiezan a aparecer trabajos (Lindesmith y Strauss, en 1958; Shibutani, en 1961; Kuhn, en 1964; Berger y Luckman, en 1967; Blumer, en 1969; y más tarde Rose, en 1971, Armistead, en 1974, por citar algunos de los más representativos y demostrar la fertilidad e insistencia de esta corriente) que siguen la línea que había insinuado Becker en un conocido trabajo sobre los aspectos subjetivos de la adicción a la marihuana, aparecido en 1953. El nuevo enfoque encuentra predicamento especialmente entre los psicólogos sociales de formación sociológica y los microsociólogos.

Como puede verse, a partir de la postguerra se entra en un período de gran efervescencia con notables avances teóricos. Estos avances van acompañados de refinamientos técnicos en la investigación empírica e incluso de innovaciones técnicas, tales como el análisis de contenido (Lazarsfeld, Laswell, Berelson), el diferencial semántico (Osgood) o el análisis interaccional (Bales). Añadamos que a mitad de los sesenta, varios acontecimientos reflejan el auge de la psicología social experimental. Berkowitz inaugura (1965) una serie (*Advances*) dedicada a ella, serie que goza de un alto y merecido prestigio. En el mismo año aparece el *Journal of Experimental Social Psychology*. Se constituye en Europa, la European Association

of Experimental Social Psychology (1954), y en los Estados Unidos, la Society for Experimental Social Psychology (1966).

Es interesante hacer notar que fuera del campo estricto de la psicología social, los desarrollos de ésta aún no habían sido valorados. Justo entonces (1965), una autoridad como Boring escribía que la psicología social estaba esperando aun su madurez y que como consecuencia de su juventud estaba menos segura de si misma que la psicología fisiológica o que la psicofísica, por lo que sus temas básicos tendían a acentuar la manera en que los hechos constituyen una función del método, a examinar cómo se obtuvieron los mismos y a presentar algunas conclusiones contradictorias. Aparte de lo correcto o ajustado de tales afirmaciones, estas palabras parecen obedecer a un mecanismo digamos de disonancia cognitiva, para justificar el olvido a que sometió a la psicología social en su historia de la psicología experimental (Boring, 1950), olvido que si bien era justificable en la primera edición de 1929, no lo era en absoluto en la segunda de veinte años después. En esta última edición, nuestra materia queda prácticamente reducida, Wundt aparte, ! a McDougall y a Lewin ! La única explicación, no convincente, de tan incomprensible tratamiento parece residir en la idea que tenía Boring de que la psicología social no era (aún) una rama experimental. Destaquemos al respecto que, en 1943, él había promovido en la Universidad de Harvard la separación de los estudios de psicología en dos ramas, la psicología experimental y fisiológica de un lado, y la psicología social y clínica de otro.

El desarrollo de la psicología social durante este fecundo período lleva a Ancona (1954) a denunciar la "elefantiasis sin precedentes" que presenta la psicología social norteamericana al pasar el ecuador del siglo. Lo cierto es que el muy consultado *Handbook of social psychology*, dirigido por Linzdey y Aronson, publicado en dos volúmenes en el mismo año que Ancona hacía esta afirmación, tuvo que reeditarse apenas tres años después en una edición revisada, y en 1968 fué objeto de una segunda edición enteramente nueva. Como señalaban los editores en el prefacio a esta última: la gran evolución de la psicología social había exigido pasar de uno a dos millones de palabras, de treinta a cuarenta y cinco capítulos y de dos a cinco tomos.

Poco después, se escribiría que el noventa por ciento de la investigación de laboratorio realizada en psicología social estaba concentrada en las dos últimas décadas (Sahakian, 1974).

3

LA SITUACION ACTUAL

3.1 Avance y acumulación

En los años setenta, el interés temático se centró en las teorías psicosociales (siendo en este aspecto 1977 el año punta del decenio), los procesos de grupo, el juicio social, las variables de la personalidad, y las actitudes. En Europa, en la segunda mitad de dicha década, se trabaja experimentalmente con ahínco en influencia social y en relaciones intergrupales. Finalmente, temas como los procesos de cooperación y conflicto, y el *risky-shift* (desplazamiento del grupo hacia el riesgo), en auge los años anteriores, quedan relegados (Fisch y Daniel, 1982, con base en los artículos publicados en el Journal of Experimental Social Psychology norteamericano y en las revistas europeas European Journal of Social Psychology y Zeitschrift für Sozialpsychologie).

En términos generales, a partir de la década mencionada se asiste a un desarrollo constante de la teoría de la atribución, la cual incluso fue vista por algunos (como Mower White, 1982) un eje capaz de vertebrar toda la psicología social. Tales pretensiones exageradas levantaron lógicas suspicacias y provocaron que se resaltaran sus limitaciones. Así, se denunció que es una teoría sin poder explicativo en varios campos, como la emoción (Leventhal), los juicios de culpa y responsabilidad (Fincham y Jaspers) y los procesos de interferencia de recompensas externas en las motivaciones intrínsecas (Deci y Ryan) (ver

Berkowitz, 1980a), llegando a escribirse que se había entrado ya en un "período postatribucional" (Clore, 1982). Se inició un acusado interés investigador por los aspectos positivos del comportamiento prosocial, hasta entonces descuidado, frente a los aspectos negativos objeto tradicional de preocupación. Este desplazamiento relativo del foco de atención, sugería, por ejemplo que un más adecuado tratamiento de la agresividad puede lograrse comprendiendo mejor y pudiendo promover las conductas de ayuda (ver Goldstein *et. al.*, 1981). Otra característica de estos últimos años es la creciente valoración que sectores muy diferentes vienen haciendo de la noción de situación, noción que en épocas anteriores habían ya destacado algunos autores aislados como Lewin, Sullivan, Murphy (en su teoría de la personalidad, 1974) o Sherif y Sherif (en su concepto de la psicología social). Finalmente, se percibe un renacimiento de las investigaciones sobre grupos, en especial de las relaciones intergrupales, si bien algunos (Moscovici, 1982) parecen localizarlo más bien en la dinámica de grupos o lo generalizan a los procesos de grupo matizando que se trata de estudiarlos con enfoque cognitivo (análisis bibliométrico de los Psychological Abstracts de 1968-1979, por Miranda *et al.*, 1984).

Aunque los aspectos propiamente metodológicos sólo son tratados en estas páginas en cuanto se relacionan con el objeto principal de las mismas, digamos al respecto que, comparando la década de los setenta (1969-1979) con las dos anteriores, a fines de aquella sigue predominando la investigación experimental sobre la correlacional y las muestras estudiantiles sobre las no estudiantiles (Higbee, Millard y Folman, 1982, con base en cuatro principales revistas de la disciplina: el Journal of Personality and Social Psychology antes titulado Journal of Abnormal and Social Psychology, el Journal of Experimental Social Psychology, el Journal of Social Psychology y el Social Psychology Quarterly antes Sociometry). Pero hay que señalar, como mínimo, la insistencia en las posibilidades de la experimentación de campo (Swingle, 1973) y la propuesta de nuevas estrategias en la investigación psicosocial (Ginsburg, 1979).

La complejidad que va alcanzado la temática psicosocial proviene no sólo de los muchos y constantes puntos comunes que la historia de la psicología social tiene con las historias tanto de la psicología como de la sociología, sino también del carácter acumulativo que, al menos en el orden fáctico, presenta el proceso de formación de la disciplina, ya que ésta no ha renunciado a la mayoría de los productos conceptuales elaborados en las anteriores etapas constitutivas: El comportamiento colectivo, los fenómenos masivos, las bases biológicas de la conducta social, las actitudes sociales, los procesos de grupo, etc. todo ello va integrándose en el patrimonio científico de la psicología social.

En cuanto al mencionado afianzamiento de la psicología social europea es un hecho cuyo significado real merece un comentario. No por exagerada deja de ser cierta la afirmación de Jones (1985,) de que la psicología social viene siendo un producto casi exclusivamente norteamericano. Este estado de cosas podría ser interpretado como una falta de madurez o incluso como una debilidad constitutiva de la psicología social norteamericana. En cualquier caso, ello no es algo exclusivo de nuestra disciplina sino un rasgo que compartimos, en mayor o menor medida, con la sociología y la psicología por no citar otros campos científicos próximos. Pero la pregunta a hacerse es por qué la psicología social se desarrolla en los Estados Unidos y no en el continente europeo, que es donde, al fin y al cabo y como hemos tenido la ocasión de ver, se gesta aquélla.

Se ha dicho que la tradición norteamericana de la libertad de investigación, la ética de la democracia y el fuerte interés por las ciencias biológicas y naturales precipitaron la emergencia de la psicología social en los Estados Unidos; además, la tradición pragmática de buscar respuestas racionales a los problemas llevaron a los líderes políticos, cívicos y empresariales a buscar respuestas en la psicología social, y los conflictos sindicales, raciales, bélicos, la criminalidad, la depresión económica, la guerra fría, los motines urbanos, la protesta estudiantil, la desobediencia civil, el peligro atómico, en fin, estimularon la teoría

y la investigación sobre las causas de tales conductas y cómo evitarlas (Albrecht, Thomas y Chadwick, 1980). A pesar de su extensión y detalle, este cuadro de condiciones facilitantes del desarrollo de la ciencia psicossocial estadounidense es insuficientemente explicativo, ya que muchas de las circunstancias mencionadas se dan también en Europa.

Más escuetamente, Salazar (en Salazar et al., 1979) sostiene que el desarrollo en Norteamérica de la psicología social se explica por el simple hecho de que allí ya habían solucionado, al menos parcialmente, problemas básicos, siendo por la misma razón pero en sentido contrario que no aparece la psicología social en la Unión Soviética hasta fines de los años cincuenta y en Latinoamérica a partir de 1970. Aparte de que la alusión que hace Salazar sobre la URSS no tiene en cuenta que ya en la década de los veinte conoció aquel país una floreciente psicología social (ver Munné, 1982 y 1985), su argumentación siendo correcta simplifica demasiado las cosas.

A mi modo de ver, hay dos factores clave que propiciaron el desarrollo y la consolidación de la psicología social en el país norteamericano. De una parte, el fuerte empirismo de la ciencia anglosajona junto con las considerables posibilidades de financiación de la investigación y la enseñanza en los más diversos campos científicos; de otra parte, y en relación con lo anterior, el mayor grado de desarrollo alcanzado por las disciplinas más afines, concretamente por la psicología, la psiquiatría, la sociología y la antropología.

Estos factores, por sí solos, pueden dar razón suficiente de la crónica dependencia que la psicología social europea ha venido sufriendo de los Estados Unidos. Sin embargo, es importante advertir que según cómo se miren las cosas, aquélla dependencia es menor o más relativa de lo que parece a simple vista. En efecto, la psicología social estadounidense tiene que "agradecer" al nazismo el haber provocado el exilio de un gran número de científicos sociales que, a la corta o a la larga, se refugiaron allí. Se trata de un efecto perverso, pues con razón se ha escrito (Jones, 1985) que sin Hitler, al igual que sin la segunda guerra mundial, la historia de la psicología social sería diferente.

Ellos y otros emigrados fueron precisamente los que dieron el gran impulso de los años treinta. Pensemos, por ejemplo, en nombres tan esenciales como Lewin, Fromm, Heider o Marcuse a los que pueden añadirse Moreno, Sherif, Lazarsfeld, Adorno, Jahoda y tantos otros quizás de menor entidad pero que sin duda crearon el clima necesario para hacer de aquéllos los "años decisivos" del posterior desarrollo de la psicología social. Al oír estos nombres y extremando algo las cosas, incluso se podría invertir la afirmación y sostener que es la psicología social norteamericana la que a la postre ha resultado colonizada por Europa, al menos en el sentido de que buena parte de su producción contemporánea depende de formulaciones hechas por científicos que se formaron en Europa, si bien fue en América donde encontraron las facilidades para desarrollar su potencialidad científica. Por otra parte, obsérvese que la actual psicología social europea viene bebiendo precisamente sobre todo en fuentes norteamericanas de origen europeo, esto es, en los nombres que acaban de citarse.

Ahora bien, la psicología social europea, dormida desde comienzos de siglo, parece haber vuelto a tomar conciencia de sí misma desde los años setenta. En 1963, impulsada en parte por norteamericanos, interesados por el control anglosajón de la ciencia europea, se reúne la primera conferencia de los psicólogos sociales europeos que, al año siguiente, había de generar la European Association of Experimental Social Psychology (E.A.E.S.P.), y en 1971 la aparición de la importante revista *European Journal of Social Psychology*, así como la serie de monografías europeas de psicología social dirigida por Henry Tajfel, que viene publicando la conocida firma editora John Wiley en Londres. Posteriormente, la psicología social europea ha logrado cierto protagonismo con sus aportaciones, sobre todo

en el estudio experimental de las relaciones intergrupos y de los procesos de influencia social.

Además, frente a la psicología social norteamericana, la europea ha sido caracterizada (ver cap. 6: Doise) por el nivel en el que tiende a explicar los resultados experimentales. A pesar de todo ello, el etnocentrismo norteamericano es tan fuerte que, en un sabroso artículo de buenas intenciones, Rosenzweig (1984) intenta convencer a sus paisanos de que hay una psicología y unos psicólogos más allá de sus fronteras. Pacientemente, les va enseñando a través de qué medios pueden llegar a enterarse de su existencia.

Hacia falta señalar todo lo anterior para dejar las cosas en un lugar más justo. Es cierto, pues, que Europa influye poco y localizadamente en el tiempo, pero también lo es que su influencia se produjo en momentos cruciales (fin y traspaso de siglo y años treinta). Y hoy parece, francamente, renacer.

3.2 Unos datos inquietantes

Lo dicho acerca de la psicología social europea no pone, evidentemente, en tela de juicio el hecho indiscutible del liderazgo de los Estados Unidos en el campo de la psicología social. Pero si el etnocentrismo cultural que conlleva y que invade la inmensa parte de las investigaciones psicosociales, no ya de aquél país sino fuera del mismo. Especialmente sensible a este fenómeno preocupante se muestra buena parte de la actual psicología social latinoamericana, con voces más o menos irritadas (por ej., Capello, 1981). Ese etnocentrismo cultural - dejemos aparte el etnocentrismo de carácter ideológico: piénsese, por ejemplo, en el ostracismo a que fue sometida la psicología social de corte marxista (Munné, 1982) - afecta también a Europa, como se hizo visible, pongamos por caso, en la segunda edición de *Theories of social psychology* de Shaw y Costanzo (1982), que ignora importantes avances teóricos de la psicología social europea, tales como la teoría de Tajfel sobre las relaciones intergrupales o la teoría de la influencia social de Moscovici. En general, los trabajos norteamericanos, y lo que es más grave a menudo también los europeos, suelen prescindir de la psicología social europea, sobre todo de la no anglosajona.

Una consecuencia de la preponderancia de las concepciones norteamericanas en lo social es el sesgo individualista que padece la psicología social actual. Esto es inquietante, como también lo es la impresión, compartida por muchos, de que la psicología social actual no puede llegar a digerir la ingente cantidad de material acumulado. Ya en 1962, se escribía con acento peyorativo y entonces con exageración que la psicología social no era más que un amasijo de datos (Krech et al., 1965). Hoy este amasijo comprende, además de datos, teorías. Y este punto es tan fundamental que a él vamos a dedicar el próximo capítulo.

Si a todo esto sumamos el cuestionamiento metodológico, las reiteradas dudas y denuncias sobre la relevancia social y las escasas aplicaciones de las investigaciones realizadas no es sorprendente que la psicología social entrara (Buss, 1975), a comienzos de los setenta en un proceso de autoexamen, revisando o cuestionando sus objetivos y sus métodos. Y menos aún que muchos calificaran de "crítica" la situación de la materia, hasta el punto de que hablar de crisis se convirtió estos últimos años en un tópico irresistible en nuestro campo. Por supuesto, cabe la razonable duda de si la palabra "crisis" ha pasado a funcionar como un chivo expiatorio y a utilizarse como un fácil pseudoargumento explicativo de las situaciones incómodas, a modo de hábil y rápido comodín al que se puede recurrir en múltiples contextos.

Recordemos, a grades rasgos, el desarrollo de la discusión sobre esa crisis. No intentaré reordenar esta discusión, como suele hacerse, según las secuencias de orden teórico, separándolas de los contenidos de otra naturaleza (metodológico, aplicado, etc.). Simplemente, se expondrá la cronología de los hechos más destacables, para hacer patente el carácter de "diálogo" entre sordos en el que se ha movido fundamentalmente la discusión.

Las críticas de Orne (1962) y de Rosenthal (1963a y b) sobre el experimento psicológico fueron especialmente sentidas en psicología social. Rápidamente, esta fue tachada de socialmente irrelevante por Ring (1967). En un famoso artículo, este último señalaba con severidad que la psicología social planteaba cuestiones banales, que las investigaciones de los psicólogos sociales eran una pura diversión (*fun-and-games*) y de ahí el desinterés que los estudiantes mostraban por la materia. De este estado de cosas, Ring culpaba a los especialistas, por olvidar las aplicaciones y haberse entregado al monopolio de la experimentación. Rápidamente, le contestó McGuire (1967a y b; ver 1969 y 1983) reconociendo el olvido del mundo real por parte de la psicología social, y añadiendo importantes matices: la experimentación es preferible fuera del laboratorio y resulta necesaria para probar la teoría, lo que reduce a aquélla a constituir una mera fase del proceso investigador; además, el científico social debe realizar investigación teórica sin que ésta requiera aplicar sus hallazgos a los problemas del mundo real.

A comienzos de los años setenta, la crisis conoce un momento clave. *The context of social psychology*, editado por Israel y Tajfel (1972) marca un hito. EL propio Tajfel hace, en síntesis, tres acusaciones contra las teorías psicosociales: a) son individualistas, b) son irrelevantes, menos por no ser aplicables que por lo que se mueven en el "vacío" social, vacío resultante de prescindir de un contexto social e histórico, y c) son ambiguas en el modelo de hombre que suponen. Brewster Smith (1972) pregunta si la psicología social avanza algo realmente, e incluso afirma que los cinco primeros *Advances*, dirigidos por Berkowitz, no han ayudado a comprender el comportamiento social humano. Y Moscovici (ver 1972 y 1984), que más tarde no ha dudado en calificar de ciencia a la psicología social, en aquél momento afirmaba que todavía no lo era.

A partir de aquí, los hechos se sucedieron en cadena. Aparece *The explanation of social behaviour* (Harré y Secord, 1973), donde se acomete una dura crítica del trabajo teórico y metodológico de la psicología social tradicional. Gergen (1973) y Schlenker (1974) empiezan un fructífero debate sobre la psicología social como historia, tesis mantenida por el primero, o como ciencia, lo que defiende el segundo. Otro debate surgido en 1974 sobre la naturaleza de la crisis es el del francés Plon contestado por el norteamericano Deutsch (1976). Armistead (1974) reúne una serie de especialistas en un volumen cuyo título es, aparte de un síntoma, casi un programa: *Reconstructing social psychology*. En 1975, mientras Elms asegura que la mayoría de los psicólogos sociales perciben que el progreso científico en la disciplina es menor en los años setenta que el habido en los cincuenta y achaca la crisis a la falta de confianza de los propios psicólogos sociales en las posibilidades de la psicología social, Helmreich acusa a la metodología por no usar técnicas mucho más sofisticadas. Esto provocará un intenso debate, el año siguiente, en el *Personality and Social Psychology Bulletin* (con sendas intervenciones de Bickman, Lowe, Ryckman, Thorndgate, Weissberg, etc.). También en 1975, Secord (1979) en un discurso presidencial pronunciado en la División de Personalidad y Psicología social, de la A.P.A., urgía la búsqueda de un paradigma para la psicología social. En su manifiesto apuntaba las principales características de este paradigma al señalar que debía explicar las conductas de las personas, como agentes activos, con diferencias individuales y que interactúan en diferentes situaciones, tanto si saben como si no saben que están ejecutando dichas conductas. Se pide, por otra parte (Pepitone, 1976), una psicología social biocultural de carácter normativo y comparativo. Y se habla sin tapujos de un estado de transición (Strickland, Aboud y Gergen, 1976). Casi inmediatamente, Billig (1977) señala la etnometodología, el interaccionismo simbólico y la etogenia como las más importantes

alternativas existentes, mientras que Altman, Hammond y Wrightsman (en Wrightsman, 1978) se limitan a reclamar un paradigma alternativo al neopositivismo. Pero Hendrick (1977) insiste en que la crisis se debe a la irrelevancia de la investigación psicosocial y, en último término a la presión académica derivada del principio *publish or perish*, que motiva a los científicos norteamericanos a publicar para poder sobrevivir. Por su parte, Sherif (1977) aconseja recurrir a la interdisciplinariedad para superar la crisis

En 1979, se vuelve a la carga. Triandis avisa que la situación crítica continúa sin cambios substanciales. Morawski denuncia, al igual que había hecho Strickland, la estructura de poder que domina los círculos académicos de la psicología social. Israel y Stroebe, cada uno por su lado, acusan a ésta de ignorar las condiciones sociales y de estar encerrada en un individualismo estrecho. Y Backman coincide de hecho con Secord, destacando además la aparición de sendas estrategias nuevas en la investigación, estrategias que relaciona con las mismas alternativas que indicaba Billig. Posteriormente, Secord (Manicas y Secord, 1983) ha insistido en la necesidad de un enfoque alternativo, presentando una propuesta más formalizada del mismo con la teoría del realismo crítico (iniciada por Bhaskar, 1975) frente a los paradigmas humeano y kuhniano de la ciencia. En cambio, Wexler (1983), interpretando que la crisis forma parte más allá de las fuentes institucionales y académicas de una más amplia crisis de la cultura liberal y de la formación social en la que esta cultura es producida y consumida, ofrece otro paradigma alternativo basado en ciertas categorías críticas de Marx (fetichismo, explotación, alienación) como expresiones simbólicas de las relaciones sociales del capitalismo.

3.3 Reflexión sobre las crisis de la psicología social

¿ Vive la psicología social actual un proceso de crisis ? En la medida en que los siguientes porcentajes se consideren significativos, puede ser interesante saber que la mayoría (57%) de los investigadores activos en psicología social que publicaron en el bienio 1978-1979 al menos en una de las tres principales revistas del campo (JESP, JPSP y EJSP), consideraba que la psicología no estaba en crisis. Sólo una tercera parte (34%) compartía una respuesta afirmativa. Además, el análisis factorial revela que los más pesimistas y críticos son los influidos por el marxismo (Nederhof y Gerard Zwieter, 1983). También tienen interés las conclusiones de una encuesta realizada por el polaco Lewicki (1982), según las cuales únicamente unos pocos (el 7%) echan en falta un mejor desarrollo metodológico y la mayoría es optimista sobre la calidad de la investigación psicosocial. Debe aclararse que, en esta última investigación, los encuestados eran los miembros de la norteamericana Society of Experimental Social Psychology. En la reunión general de la EAESP, celebrada en Holanda (Tilburg, mayo de 1984), se respiraba un ambiente de que la crisis era una cuestión prácticamente liquidada.

A la vista de los hechos descritos en el anterior apartado y de los datos que se acaban de leer, podemos observar que la crisis se vivió, en un primer momento, más en los Estados Unidos que en Europa, y más por parte de los experimentalistas que por los reticentes o contrarios a la experimentación. En cambio, en una segunda fase, se invirtieron los términos: se vivió más en Europa que en Norteamérica, y se mostraron mucho más sensibles a la crisis los no partidarios de la experimentación que los experimentalistas. Aquéllos siguieron preocupados, en cambio estos continuaban sintiéndose incómodos o sonreían escépticos al oír hablar aún del tema.

Probablemente, el punto esencial a discutir no sea la realidad o no de la crisis, ya que al menos para unos sí es o ha sido real. Piénsese que para detectar la crisis basta con

recordar los diferentes temas abordados por la psicología social y advertir que no hay cuestión fundamental que deje de ser teórica o metodológicamente controvertida y que se den alternativas y polarizaciones alrededor de la misma. El punto esencial parece ser más bien si la tan traída y llevada crisis merece la consideración o no de una característica definitoria de la situación. Empleando términos ajenos (Duck, 1980) podríamos preguntar: ¿ Se trata de una crisis de confianza o de una crisis de identidad ?

Antes de contestar a este interrogante conviene advertir que la crisis ni es de hoy ni es, por supuesto, exclusiva de nuestra disciplina. Piénsese tan sólo que los planteamientos sobre el ser humano y la sociedad siempre se han producido acompañados de crisis (Seoane, 1985). Pues bien, treinta años después de que Wundt fundara su famoso laboratorio de psicología experimental, ya hubo (Kostylef, 1911) quién se ocupó de la "crisis de la psicología experimental". Y pasado más de medio siglo, Fraisse (1978) comenzaba su alocución como presidente del XXI Congreso Internacional de Psicología (París, 1976) con la afirmación de que "la psicología está en crisis", añadiendo que la crisis es profunda porque se sitúa en el plano de lo teórico. Es más, se ha detectado a lo largo de su historia varias crisis de la psicología (Westland, 1978). Ambos autores coinciden en que la crisis tiene, hoy, un alcance paradigmático. Si de la psicología pasamos a la sociología nos encontramos con que ya Gurvith (1968) sostenía que desde su nacimiento ha venido sufriendo continuas crisis. Incluso se ha llegado a escribir que la crisis es inherente a las ciencias sociales (Elms, 1975; Ferrarotti, en Bottomore, 1974). En conclusión, no parece que la psicología sea, al menos en este punto, demasiado original.

Por añadidura, también en psicología social hay que pluralizar el fenómeno de la crisis. En cualquier caso, la crisis última no sería, al menos en principio, sino un eslabón más en la ya larga sucesión de crisis que históricamente han conmovido la formación de aquella. Consecuente con su *parti pris* a favor de la experimentación, Doise (1982) hace arrancar la crisis actual de la oposición wundtiana entre la psicología experimental y la psicología social o de los pueblos. Pero lo que antes hemos afirmado no va por ahí. En realidad, ya hemos visto este asunto, cada hito del proceso formativo de la materia constituye una crisis de mayor o menor alcance aunque siempre de profundas consecuencias. Crisis hubo, al bifurcarse ideológicamente la ciencia social en las líneas comtiana y marxista, al variar el rumbo de la psicología social de la conducta colectiva a las relaciones interindividuales, al dibujarse la dicotomía entre el psicologismo y el sociologismo, al abandonar la psicología social de los instintos y abrazar una psicología de las actitudes, al exigir Floyd Allport un duro sometimiento metodológico a la experimentación ...

Si se interpretan estas crisis históricas como "cortes epistemológicos", como borrón y cuenta nueva, habría que dar la razón a Gergen (1973) cuando defiende el carácter no acumulativo del conocimiento psicológico social, tesis en la que coincide con Van den Berghe (1978) quién la extiende más allá de nuestra disciplina hasta todo el campo de las ciencias de la conducta. Especifiquemos que, como indicador de este carácter no acumulativo, el último autor citado menciona el gran retraso con que aparecen los trabajos científicos en las revistas especializadas, a diferencia de lo que ocurre en el campo de las ciencias físicas y biológicas. Pero Van den Berghe atribuye este carácter no a la naturaleza del conocimiento, como Gergen, sino a la ausencia de un paradigma, lo cual ha sido rebatido por Watson (1982).

Sin embargo, las crisis históricas de la disciplina más bien demuestran el carácter acumulativo de la psicología social. Como ya he apuntado, cada nueva etapa no consigue suprimir y a menudo incluso engloba, si bien de una manera secundarizada, los avances o puntos de vista de la etapa anterior.

Quizás el aspecto más novedoso de la última situación crítica esté en el hecho de que la polémica haya alcanzado incluso el propio tema de la crisis. En efecto, unos han visto la

crisis como una crisis de la teoría (por ejemplo, Gergen y Schlenker), otros de la metodología (McGuire y Helmreich) y unos terceros fundamentalmente profesional (Kruglanski) (Baumgardner, 1976). A estas respuestas hay que añadir la opinión de quienes (como Duck, 1980), a pesar de que no comparten el diagnóstico de la crisis se refieren al aislamiento disciplinario y la irrelevancia social como males de la situación.

¿ Podría considerarse que, en conjunto, estamos viviendo varias crisis a la par o, por el contrario, estamos ante diferentes manifestaciones de un mismo fenómeno ? Más adelante veremos que se trata de diferentes aspectos que están íntimamente relacionados a un nivel digamos metateórico. En este sentido, no puede pluralizarse la crisis. Es decir, aunque analíticamente podamos referirnos a varios frentes de la crisis, en último término se trata de un solo fenómeno. Más específicamente, la naturaleza de la crisis, o la cuestión de fondo si se quiere, es epistemológica. Ahora bien, el centro de la discusión ha ido variando. Si en un primer momento, ya aludido, el problema lo constituía el método (experimental), en una segunda fase pareció tocar fondo al focalizarse en la teoría, con una fase intermedia dominada por la problemática alrededor de la aplicación y la utilidad del conocimiento psicosocial.

Una breve reflexión sobre estos aspectos o fases de la crisis puede ayudar a comprender el fondo de la misma. En el plano metodológico se han citado, entre otros factores causales, las limitaciones de la perspectiva conductista, los excesos de la precisión y de la objetividad en las investigaciones, etc. Ante esto, algunos (Silverman, 1976; Mertens y Fuchs, 1987) piensan que el resultado es la esterilidad práctica, o sea una carencia de relevancia, resultado que únicamente puede superarse acudiendo a una metodología genuinamente adaptada a las necesidades de la psicología social.

El tema de la irrelevancia social de la psicología social plantea una cuestión muy grave si realmente hay irrelevancia en el conocimiento generado por esta disciplina. Y esto porque vivimos un momento histórico sacudido por "el impacto de la ciencia en la sociedad". Con esta expresión, la UNESCO dio título, en 1950, a una publicación periódica, y cinco lustros más tarde organizó (en Praga, 1976) un simposio para tratar sobre las repercusiones sociales de la revolución científica y tecnológica (ver Cohen, 1982).

La crítica de Ring (tan exagerada como la creencia pionera de Pieron - 1913, cit. por Apfelbaum, 1985 - de que la psicología social no era otra cosa que una psicología aplicada), a pesar de su sesgo utilitarista o quizás precisamente por él, llevó poco tiempo después, al reconocimiento de la importancia de una psicología social aplicada. Digamos que la polémica sobre la relevancia de la psicología social sensibilizó, como mínimo el ambiente y movió a mostrar, incluso al nivel de *textbooks* y desde comienzos de los ochenta, que la psicología social ya es relevante (por ej., Beck, 1982; Fischer, 1982; Oskamp, 1984). Hoy, pocos se atreverían a negar la afirmación de Saxe y Fine (1980) de que la psicología social, además de buscar un mejor entendimiento teórico del comportamiento social, ha de mirar hacia los *social problems* y contribuir a su solución.

Pues bien, el campo de aplicaciones de la psicología social se ha ido trabajando y ensanchando considerablemente en las últimas décadas. En 1971, la aparición del *Journal of Applied Social Psychology* divisaba un nuevo horizonte. Poco después se señalaban como indicadores de una posible salida de la crisis, el surgimiento de ramas psicosociales relevantes, tales como la psicología comunitaria o la psicología ecológica (Rodrigues, 1977). Posteriormente, se intentó sistematizar el campo (Rodrigues, 1983), y se pasó a estudiar los diferentes modelos teóricos que históricamente la han constituido, sugiriéndose la necesidad de un modelo integrado (Morales, 1984) y llegándose a enfocar toda la psicología social de esta perspectiva (así, Fischer, 1982).

Sin entrar en la pertinencia de la vieja distinción entre la investigación básica y la investigación aplicada, puede estarse de acuerdo en que el campo psicosocial parece, haber encontrado un nuevo equilibrio entre la investigación aplicada a los problemas sociales (trabajos sobre el hacinamiento y el estrés ambientales, sobre el racismo y el sexismo, sobre la salud y la adultez, sobre el derecho y la política social) y la investigación básica relativa a los procesos sociales (como la autopercepción y la atribución, el amor y la atracción personal, la agresión y el altruismo) (Sherrod, 1982).

A lo dicho, podría añadirse el desarrollo de la intervención social, a la que Seidman (1983) ha dedicado un importante *handbook*, o los repetidos intentos de Varela (1971 y 1981) de construir una "tecnología social". Esta última, continuando los conocimientos y los hallazgos de la psicología social tanto teórica como aplicada, tanto de los investigadores básicos cuyos trabajos hacen posibles aplicaciones en principios imprevisibles y de un gran alcance como de los investigadores aplicados, trata de convertir los productos de su quehacer científico en productos significativos para el bienestar humano.

Distinta naturaleza tienen las reclamaciones de una psicología orientada, además de por la *theoría*, por la praxis, reclamaciones que provienen de la psicología social marxista. En alguna de sus formulaciones (por ej., van Strien, 1982), se trata de superar la crisis de la psicología social aplicada, planteando a un nivel explícitamente paradigmático la cuestión del pensamiento científico orientado a la práctica.

Esto sugiere que el malestar actual tiene raíces más profundas. Más allá de lo metodológico y de lo aplicado, más allá de los procedimientos y de la intervención hay fuertes disparidades de orden teórico y, aún más allá, se adivinan sendas divergencias epistemológicas con las correspondientes connotaciones ideológicas.

Quedémonos, de momento, en el plano teórico. Muchos de los que resaltan el papel de la metodología en la crisis reconocen implícita o explícitamente que el foco crítico reside en dicho plano. Así, se han identificado como causas de la crisis las restricciones a que obligan los experimentos en el laboratorio y la exigencia de una exagerada precisión y objetividad, todo lo cual conecta con la visión conductista del hombre; para salvar esta situación piden el desarrollo de una metodología congruente con las necesidades genuinas de la psicología social (Mertens y Fuchs, 1978; y en el mismo sentido Apfelbaum, 1985). A mi entender, está claro que tal propuesta significa concretar estas necesidades, lo cual exige disponer o adoptar un determinado marco teórico. Hay quien de un modo explícito ve la salida de la crisis de la psicología social menos en un cambio metodológico y más en una reorientación teórica (Stroebe, 1979). En fin, también se ha dicho, en el supuesto de admitir que hay crisis, que originariamente y en parte, ésta debe ser atribuida a las dudas metodológicas provocadas por el efecto Orne, alcanzando su expresión *in extremis* con la crítica de Gergen al negar la posibilidad de una psicología social como ciencia (Stryker, 1979). Ahora bien, a la hora de ofrecer soluciones, este autor no se queda en un cambio de enfoque metodológico sino que busca un nuevo marco teórico, que encuentra en un interaccionismo simbólico autocalificado de estructural.

En realidad, desde que en 1967 McGuire saludara la emergencia de un nuevo paradigma, ya hemos visto que son constantes no sólo las peticiones u ofertas de nuevas estrategias investigadoras sino las propuestas alternativas paradigmáticas que pretenden desbancar él o los paradigmas tradicionales. Es significativa la existencia de tantas versiones distintas de la crisis y tantas propuestas alternativas como posturas teóricas hay. En general, cada uno se refiere a ella según su conveniencia, imputándola al vecino y pretendiendo tener la varita mágica para hacerla desaparecer. Esta multiplicidad de alternativas sume a la psicología social en una radical ambigüedad, que no puede dejar de afectar a su identidad.

Esto no es todo. Tanto el tema como los argumentos tienden a emplearse casi como un arma de combate. Y ¿ qué efectos tiene el anuncio de un nuevo paradigma ? En los que están dispuestos a aceptarlo, proporciona la impresión de que la crisis ha terminado o no tiene ya razón de ser. En aquéllos que ataca sus intereses, el paradigma nuevo aumenta la percepción de crisis. El resultado de todo ello es un ambiente de crispación, el "estado de agitación" al que se refirieron Tajfel y Fraser (1978), que a mi modo de ver es mucho más grave que la propia crisis, sea cual sea el sentido y el alcance reales de ésta.

Parece difícil reducir aquella ambigüedad con este clima. Pienso que únicamente con una reflexión reposada y serena sobre la psicología social puede captarse el significado de la situación actual en su conjunto y con un mínimo sesgo.

Un camino hacia ello es advertir que en dicha situación no todo son divergencias. También se dan sendas convergencias (cfr. especialmente: Hoyse, 1977; Liska, 1977; Stryker, 1977 y 1983; Boutilier, Roed y Svense, 1980; Moscovici, 1982). Ciertamente, algunas veces las convergencias no son reconocidas como tales. Es el caso de quienes, desde un conductismo neomediacional, aceptan procesos encubiertos que, valga la redundancia, encubren un cognitivismo latente (Mahoney, 1974). Otras veces y desde posiciones netamente distintas, las convergencias consisten en alguna coincidencia ya sea en el valor de la situación (Mischel, el interaccionismo simbólico, Argyle y su equipo de Oxford, etc.), en la importancia de los procesos simbólicos (sociocognitivismo formal, interaccionismo simbólico, Bandura, psicoanálisis social, etc., aunque cada uno los entienda a su modo), en la reclamación de un sujeto, actor, persona o *self*, etc. Incluso hay quien detecta nada menos que cinco desarrollos comunes a las dos principales psicologías sociales, la psicológica y la sociología (Stryker, 1983), a saber: 1) La demanda de una relevancia social; 2) la denuncia de la psicología social como ideología; 3) la inadecuación de la conceptualización y la teoría; 4) las inadecuaciones entre los modelos subyacentes de la ciencia y la explicación; y 5) como un aspecto común más específico, el hecho de que en la teoría de la atribución y en el interaccionismo simbólico subyace una perspectiva fenomenológica y ambos enfatizan lo subjetivo en la conducta humana.

Ahora bien, la existencia de convergencias no debe ocultar los problemas de fondo. En primer lugar, porque muchas de esas convergencias son en buena parte formales sino aparentes. Por ejemplo, la relevancia social, el carácter ideológico de la psicología social o las inadecuaciones puestas de relieve por Stryker son entendidas opuestamente por los dos bandos en liza. En segundo lugar, porque tanto las divergencias como las propias convergencias delatan unas preocupaciones y anhelos tras los que se esconden una problemática epistemológica e ideológica que, sin perjuicio de sobrepasar el ámbito de la psicología social, afecta medularmente a ésta, dada su condición de ciencia humana.

Aparentemente, estamos asistiendo a la lucha por un paradigma dominante. Sin embargo, lo que está en juego, en el fondo, es la identidad de la psicología social. Torregrosa y Crespo (1984) han sintetizado el proceso de la crisis en los siguientes términos: A comienzos de los setenta, se vislumbraba un incipiente paradigma basado en una apertura metodológica y una reconsideración de la definición y el sentido de la psicología social. Hoy la crisis, añaden ambos autores, se ha instalado en el centro de la reflexión autocrítica desarrollándose en diversos frentes: el metodológico en el que se ha pasado a aceptar el pluralismo; el teórico, que exige conceptos psicosociológicos, con fundamentos en la interdependencia de la acción social y su irreductibilidad a los elementos interactuantes; y el constitucional de la propia psicología social sobre qué saber le es propio y cuál es la función social del mismo. Pienso que con este frente constitucional, la crisis ha tocado fondo.

La identificación del campo psicosocial ha sido relacionada con el tema de la crisis por Brickman (1980). Para él, la crisis de la psicología social se debe en parte a una limitada

identificación de su campo, ya que lo que tiene de específico esta materia es su amplio alcance o esfera de acción, desde el comportamiento de un individuo particular hasta el de la especie humana pasando por el comportamiento históricamente específico de un grupo particular de gente.

Hasta hoy, el campo psicosocial ha dependido del concepto apriorístico de la psicología social contenido en cada paradigma. Y esto ha sido, esencialmente, la construcción histórica de la psicología social. Ahora bien, en la situación actual la emergencia y dominio de un paradigma no elimina la crisis o sus secuelas. Esta eliminación depende menos del triunfo de uno u otro paradigma que de la capacidad del paradigma o paradigmas dominantes de aprehender cabalmente el campo psicosocial, pues este no depende del triunfo de un paradigma determinado.

Esto hace necesario aprehender extraparadigmáticamente la construcción del concepto. Pero antes de abordar esta cuestión, fundamental para revelar la identidad de la psicología social, hay que dejar claro el significado del pluralismo teórico.

Segunda parte

PLURALISMO, DUALISMO Y UNIDAD EN LA PSICOLOGIA SOCIAL TEÓRICA

4

EL PLURALISMO TEORICO

4.1. La proliferación de teorías psicosociales.

La proliferación de teorías en el vasto campo de las ciencias humanas es simplemente una evidencia. Por esto, aunque honroso, causa cierta sorpresa el llamado de Yela (1971) en pro de una psicología de los psicólogos que estudie el fenómeno de la pluralidad de orientaciones de la psicología actual. De entrada, esta observación parece ingenua porque la propia psicología es también plural. Sin embargo, todo depende del sentido que tenga el pluralismo teórico en la psicología social.

Es curioso que la gran cantidad de teorías psicosociales existentes no haya sido un factor especialmente invocado por quienes se ocupan de la crisis de la disciplina. Este pluralismo no parece preocupar tampoco a los que practican la psicología social como profesión, los cuales sin demasiados escrúpulos vienen mostrando una gran habilidad para combinar teorías a menudo poco combinables en sus respectivos presupuestos, en cambio la psicología social teórica se muestra muy puritana al respecto viviendo en consecuencia el pluralismo como un grave problema.

La observación de Innes (1980) de que una teoría, una vez ha quedado establecida, condiciona cómo son percibidas las nuevas perspectivas y limitaciones, puede explicar aquella vivencia. También puede ayudar a entender que a más de uno este estado de cosas le dé una impresión de inmadurez científica. De todos modos, la historia de las ciencias demuestra que es precisamente la fase formativa de una ciencia la que se caracteriza por elaborar teorías de carácter inclusivo y más bien vagas en sus formulaciones. Además, autores como Deutsch y Krauss (1965) piensan que "la grandiosa y envejecida idea de una teoría general que abarque todos los fenómenos psicosociales es un prejuicio". Incluso en física hay muchas y divergentes teorías y, como ésta o aún más que ésta, la psicología social necesita de una variedad de marcos conceptuales y teorías que abarquen toda la riqueza de la conducta humana. No parece, según esto, que deban relacionarse el pluralismo y la inmadurez. Antes bien y por lo dicho, esta proliferación teórica podría ser considerada un hecho indicador de haber alcanzado un considerable grado de desarrollo teórico.

En realidad, el pluralismo no parece ser un problema en si mismo. Tiene importantes defensores, sobre todo en el plano metodológico (Tajfel y Fraser, 1978; Eiser, 1980b; Stroebe, 1980; por citar sólo algunos de los más explícitos al respecto). Con palabras duras y frontales, Torregrosa (1985) se ha referido a esta cuestión señalando que la adecuación de los métodos se revela en términos de los resultados y no en términos de un supuesto rigor científico que no se sabe muy bien en qué consiste y qué generalmente se legitima invocando a los filósofos de la ciencia preferidos.

Pero también en el plano teórico ha sido reclamado el pluralismo para superar la crisis de confianza reinante (Elms, 1975), para no caer en el dogmatismo y porque es el único modo de no ignorar fenómenos no explicados por una teoría y sí por otra (Albert, 1969), o porque ninguna orientación teórica puede dar cuenta prácticamente de todo el comportamiento humano, ya que las personas tienen múltiples facetas y cada orientación es básicamente válida en ciertos momentos y situaciones (Berkowitz, 1980).

La teoría psicosocial ha de abandonar su espíritu acrítico, dominado por unas determinadas normas culturales, e ir en busca de un enfoque más pluralístico, en sentido dialéctico y de acuerdo con la historia (Gergen, 1973), lo que por otra parte obliga a ir más allá del positivismo lógico. Ahora bien, cualquier alternativa (como han advertido Harré y Secord, 1972), lleva aparejada la necesidad metateórica de ofrecer un nuevo modelo del ser humano "como sujeto activo y creador de un mundo simbólico, con normas y valores orientadores de las acciones y las interacciones" (Torregrosa, 1974 y 1984, quien añade que la psicología social se dirige hacia este nuevo paradigma), en vez del viejo modelo científicista del hombre que el positivismo lógico se está empeñando en mantener.

Precisamente desde el pluralismo teórico es como mejor podemos llegar a superar dicho modelo. Mi punto de vista es que el pluralismo deja de constituir un problema a partir del momento en que se aprehende en su auténtico significado. No afirmo esto contrafuncionalmente (para este concepto ver Munné, 1980), o a modo de un mal menor como parece hacer Elms. Tampoco se trata de aceptar un eclecticismo entre las diversas tendencias de la psicología social (así, Pastor

Ramos, 1983). Aparte de las naturales incongruencias que conlleva, este eclecticismo, representa no atender al hecho de que las teorías psicosociales reflejan una diversidad de ideas filosófico antropológicas que responden a determinados modelos del ser humano. Paradójicamente, esto hace que el pluralismo teórico sea asumible como algo intrínseco al campo de las ciencias humanas. Dejemos para más adelante esa cuestión, que se adivina crucial.

Curiosamente varios autores coinciden en el número de las teorías que pueden ser consideradas como principales en psicología social: son dieciséis (así, Rodrigues, 1973; McGuire, 1980; Slawski, 1981). A pesar de esta coincidencia, puramente cuantitativa y sin otro significado que lo relativamente bajo del número, las teorías psicosociales existentes son incontables. Basta con recordar que temas como la atribución, el altruismo, el aprendizaje social, la comparación, la influencia social, la atracción, la actitud, etc. para no citar otros como la violencia y la agresión, la comunicación verbal y no verbal, ni adentrarnos en el comportamiento grupal o en el de las situaciones masivas y societales, cuenta cada uno con un abanico muy amplio de teorías, más o menos pequeñas, que pretenden explicar el fenómeno respectivo ya sea en general ya sea en alguno de sus aspectos o procesos.

La multiplicidad de pequeñas teorías se debe, según Sherrod (1982), a dos factores: De una parte, el campo psicosocial no ha tenido un desarrollo sistemático sino que las investigaciones han dependido de presiones debidas a los diferentes problemas surgidos así como a los intereses particulares de cada investigador. Y de otra parte, la complejidad de la conducta humana ha dificultado la construcción de teorías de un elevado nivel general. Evidentemente, estos dos factores no son diferenciales de la psicología social sino que tipifican a las ciencias humanas, al menos en su actual fase evolutiva.

El hecho de que la mayoría de los investigadores actuales suelen moverse dentro de ámbitos de alcance medio hace más visible el fenómeno de la pluralidad y provoca el que la situación pueda llegar a ser percibida como de un desconcierto teórico.

Es una percepción incorrecta. En primer lugar y sin perjuicio de las profundas diferencias entre psicólogos sociales de tradición científica distinta, las convergencias actuales afectan también a las tendencias más generales. Mencionemos, otra vez, las crecientes conexiones entre el conductismo mediacional y el cognitivismo. O la aproximación entre este último y ciertos interaccionismos simbólicos (Albrecht *et al.*, 1980, llegan a situar el interaccionismo simbólico dentro de la corriente cognitiva). Y puestos a extremar las convergencias, incluso podríamos emparentar en más de un aspectos particular el freudomarxismo y la etnometodología.

En segundo lugar, la percepción de la situación no es correcta porque el bosque de teorías contiene numerosas referencias, implícitas o no, a unos pocos grandes marcos teóricos (no confundibles con las dieciséis teorías antes mencionadas). Estas referencias son detectables, con mayor o menor pureza pero con relativa facilidad, a través de diversos indicadores de pertenencia, tales como la temática que preocupa, el modo de plantear la misma, los conceptos manejados, la literatura citada tanto a favor como en contra, la clase de técnicas que se emplean en las

investigaciones, así como las cuestiones "olvidadas", la terminología que es rechazada, las fuentes que se eluden, etc. A este punto dedicaremos el siguiente apartado.

En último término, la percepción es incorrecta porque no discrimina la situación. En cierto modo, no hay pluralismo sino pluralismos, porque la proliferación de teorías se da de un modo sustancial y significativamente diferente en los diferentes ámbitos del desarrollo teórico. El próximo capítulo tratará esta cuestión.

4.2 Los marcos teóricos.

Quizás el tiempo dé la razón a Sherif y Sherif (1969) por su afirmación de que rótulos tales como "cognitivismo" o "psicodinámica" parecerán extraños y hasta ridículos al estudioso serio de la psicología del año dos mil. Sin embargo, rozando ya este término, continuamos sin poder dejar de referirnos a éstos u otros rótulos semejantes si queremos examinar el panorama de la psicología social y entender algo de la situación actual no sólo de la psicología sino de las ciencias humanas.

Las obras que se ocupan de estos rótulos y otros de amplitud parecida, esto es de las diversas grandes teorías en psicología social son escasas: las monografías de Deutsch y Krauss, y de Shaw y Costanzo, repetidamente citadas aquí y alguna otra más elemental (Slawski, 1981), los volúmenes colectivos dirigidos por Berkowitz (1984 a y b), algún artículo aislado como el conocido de McGuire (1980) sobre el desarrollo de la teoría psicosocial, los capítulos correspondientes en las diferentes ediciones del *Handbook* de Linzey y Aronson, y en obras de historia especialmente de historia de la psicología social (Sahakian, 1981) a todo lo cual habría que añadir las páginas que dedican a ello algunos *textbooks* y poco más. No es mucho si se tiene en cuenta que se trata de una temática que afecta a aspectos fundamentales y estructurales de la materia.

Pues bien, la impresión que causa la consulta de estas fuentes es de ambigüedad. Los diferentes conjuntos teóricos que en cada caso son tomados en consideración reciben denominaciones muy heterogéneas, que ni mucho menos son sinónimas: simplemente teorías, familias de teorías, enfoques, perspectivas, orientaciones, posiciones sistemáticas, sistemas, movimientos, etc. Este descuerdo terminológico parece traducir una heterogeneidad conceptual, reveladora de que no hay un conocimiento claro acerca de la naturaleza epistemológica de todo ello.

Esa ambigüedad no es óbice para reconocer la existencia de unos grandes marcos que posibilitan, a la par que determinan, el desarrollo teórico. Siguiendo a Berkowitz (1980b) cuando habla de las perspectivas teóricas, podemos decir que hay varias maneras generales en que los psicólogos sociales analizan los diferentes fenómenos de que se ocupan, y que estas maneras influyen sobre los temas de estudio, la metodología utilizada en la investigación, y la interpretación de los resultados de la misma. En este sentido, vamos a referirnos a unos grandes marcos teóricos. Y a ellos es aplicable la observación de Ibañez Gracia (1982) de que las perspectivas teóricas suponen sendos *lobbies* en tanto que generan grupos de

presión que se relacionan con los otros grupos en términos no sólo científicos sino también de poder. Lo dicho es más que suficiente para destacar la importancia del tema.

¿ Cuáles son estos marcos teóricos ? Hay varios puntos de vista interesantes. McGuire (1980) clasifica las teorías psicológicas, en relación con la psicología social, en dos grupos: los sistemas teóricos y las teorías-guía. Por sistemas teóricos entiende series de postulados independientes, pero relativos a un amplio campo del comportamiento, de los que se derivan relaciones; por ejemplo, la teoría conductista de Hull aplicada a los fenómenos psicosociales por Miller y Dollard. Las teorías-guía se focalizan en una de las tendencias subyacentes en la conducta y la experiencia. Estas últimas teorías suelen dominar, dice McGuire, por oleadas. Así, la teoría del aprendizaje prevaleció en los años cincuenta, la de la consistencia en los sesenta, y la de la atribución en los setenta. Cada una representa un punto de vista sobre la naturaleza humana y, en este sentido, es parcial. McGuire construye una matriz que parte de cuatro dimensiones bipolares: dos sobre el inicio de la acción humana (relativas a la estabilidad y el desarrollo de la misma) y otras dos sobre el estadio final de la acción (según se considere lo cognitivo o lo afectivo). La matriz contiene dieciséis conjuntos teóricos. Cuatro de ellos se refieren a la estabilidad cognitiva (teorías de la consistencia, de la categorización, de la atribución, y de la inducción), otros cuatro al desarrollo cognitivo (teorías de la autonomía, de la solución de problemas, de la estimulación, y teleológicas), cuatro más a la estabilidad afectiva (teorías sobre la tensión-reducción, de la egodefensa, teorías expresivas y teorías de la habituación) y los últimos cuatro conjuntos teóricos tratan del desarrollo afectivo (teorías asertivas, del *rol playing*, de la afiliación, y de la facilitación). McGuire destaca que mientras los partidarios y defensores de una teoría-guía tienden a rechazar las otras teorías consideradas como adversarias, los psicólogos sociales más perspicaces emplean varias teorías-guía, complementando unas con otras. Y es que, sostiene McGuire, todas las teorías tienen varios grados de verdad y de falsedad, siendo el trabajo empírico el que revela las condiciones bajo las cuales es verdadera.

La matriz de McGuire, entre otras cosas de interés, pone al descubierto nuevos puntos de contacto entre teorías y sitúa éstas en un sugestivo, aunque forzado, armazón lógico. Pero es insuficiente, sin entrar en más consideraciones, porque el par cognición-afectividad no puede abarcar todas las manifestaciones del comportamiento psicosocial humano. Por consiguiente, la matriz aludida no da cabida a toda la producción teórica de la psicología social.

Berkowitz (1980b) ha diferenciado cuatro grandes perspectivas teóricas. La primera considera que las personas actúan respondiendo a acontecimientos externos (estímulos y recompensas), de una manera involuntaria y con poca reflexión, o sea que reaccionan casi sin pensar a tales acontecimientos. Esta perspectiva acoge los procesos de condicionamiento y las rutinas y reglas de la interacción social. La segunda perspectiva teórica parte de que las personas actúan como contables, que estiman el efecto de las recompensas externas, es decir los beneficios y los costos de ciertas acciones en una situación específica y deciden en consecuencia su comportamiento. La magnitud percibida y la probabilidad de la recompensa, junto con la equidad en los resultados y las inversiones así como lo que las personas piensan que merecen son las cuestiones centrales de esta

perspectiva. Para la tercera perspectiva, las personas actúan como computadoras: procesan información, la almacenan en la memoria y la recuerdan, haciendo juicios y actuando según su interpretación de la situación. En esta perspectiva, la temática psicosocial gira alrededor de los procesos de selección perceptiva y de categorización, y los esquemas cognitivos que guían la interpretación, la consistencia cognitiva y la atribución de causas. Finalmente, la cuarta perspectiva teórica parte del supuesto de que los hombres actúan, en gran medida, según el concepto que tienen de sí mismos, esto es, son actores conscientes que intentan mejorar su propio sí mismo y creen que controlan lo que les pasa. Esta última perspectiva se concreta en el análisis del *self*, de la cognición y de la activación emocional, así como del control personal y la indefensión aprendida.

La clasificación de Berkowitz es importante porque resalta la base antropológica. Sin embargo, margina el indudable peso de la historia, lo que cierra el paso a todo un sector básico de la psicología social contemporánea.

Más conocidas y probablemente aceptadas son las clasificaciones de Deutsch y Krauss, y de Shaw y Costanzo. Entre ambas, hay una relativa coincidencia sobre las corrientes que configuran el panorama teórico de la psicología social. A fines, de la década de los sesenta, los dos primeros autores, de una parte, y los dos segundos, de otra, coincidían en efecto, sustancialmente, en la existencia de cinco grandes tendencias teóricas, relativas a las teorías de la Gestalt (Deutsch y Krauss) o cognitivas (Shaw y Costanzo), del refuerzo, del campo, del psicoanálisis y del rol (Deutsch y Krauss; situando los otros dos autores esta última tendencia entre los que llamaban enfoques transorientados). Casi veinte años después, los propios Shaw y Costanzo (1982), dan mayor coherencia a las teorías cognitivas y una entidad propia a las teorías del rol; además, en vez de referirse a unas teorías transorientadas, prefieren hablar de teorías especializadas y sitúan en éstas las teorías de los procesos grupales basadas en el psicoanálisis, el cual queda así eliminado como tendencia psicosocial. En definitiva, Shaw y Costanzo, al resituar las teorías psicosociales, no creen necesario recurrir a enfoques multiorientados y mantienen en lo esencial su categorización de fines de los sesenta (teorías del refuerzo, del campo, cognitivas y del rol). Casi coincidente con las dos clasificaciones vistas es la de Mertens y Fuchs (1978), que diferencia, como principales enfoques teóricos en psicología social, el conductismo, el cognitivismo, el interaccionismo simbólico, la etnometodología y el psicoanálisis.

La mayoría de autores añaden a las orientaciones mayores otras de menor entidad. Por ejemplo, la sociobiología, la etogenia y los modelos matemáticos (Jiménez Burillo, 1981). Y cabría añadir más, como la psicología social humanista de enfoque fenomenológico (cfr. Keen, 1975) o el culturalismo no psicoanalítico cultivado por Klineberg, Stoetzel, etc.

De lo expuesto se desprende que la cuestión parece girar alrededor de cuatro grandes grupos teóricos, que provisionalmente podemos llamar el psicoanalítico, el gestáltico-cognitivo, el conductista del refuerzo-aprendizaje, y el de los roles-interacción simbólica. Ciertamente, no todo el mundo los admite globalmente ni con la misma extensión interna. En realidad, las únicas orientaciones indiscutidas son las que arrancan del conductismo y sobre todo de la Gestalt. Este último dato pone de relieve la gran importancia que esta última corriente tiene en el desarrollo

de la psicología social, importancia que es comparativamente mayor que la alcanzada en la psicología. En cuanto al resto de las orientaciones, y aunque nadie parece rechazar a la vez el psicoanálisis y la tradición del rol, hay un grupo, relativamente numeroso, que se niega a reconocer el psicoanálisis como corriente psicosocial (probablemente por negarle también carácter científico) o por lo menos no lo considera una corriente básica o general (así, Berkowitz, 1980b; Gergen, 1981; Shaw y Costanzo, 1982; Pastor, 1983), y hay otro grupo, formado por psicólogos sociales proclives al psicologismo, que se desinteresan totalmente por la orientación sociológica del rol (como Sahakian, 1981). Algunos (Albrecht *et al.*, 1980) se atreven a incluirla dentro del cognitivismo social, desconociendo que ambos enfoques parten de tradiciones radicalmente distintas.

Si examinamos el tratamiento interno dado a los grandes grupos en cuestión aparecen varias interpretaciones típicas y significativas que señalan el ámbito en que se desarrolla cada uno de estos grupos. En el grupo que se inicia con la Gestalt se mueven como principales componentes, además de la propia Gestalt *stricto sensu*, los procesos cognitivos y la teoría del campo psicológico, todo ello referido naturalmente al campo social. La cuestión parece centrarse, en este caso, en la consideración o no de la aportación de Lewin como grupo teórico independiente. Mientras unos (Deutsch y Krauss; Shaw y Costanzo), afinando las cosas, la consideran aparte de la tendencia gestáltico cognitiva, otros (Merten y Fuchs, 1978; Gergen 1981) reúnen todo ello bajo la etiqueta común de cognitivismo, e incluso hay quien (Schellenberg, 1978), forzando ya las cosas, otorga a Lewin el título de el más genuino representante del enfoque gestáltico social. A mi modo de ver, es perfectamente posible hablar de un marco teórico sociocognitivo, tomando como base la tradición de la Gestalt. A partir de la misma, o al menos forzosamente de manera explícita o implícita con ella, se va desarrollando este marco con gran riqueza y complejidad. Así visto, entran en el mismo desde Asch o Heider, pasando por Sherif, las aportaciones sociales de Piaget y la New Look, hasta los trabajos del que puede ser llamado sociocognitivismo formal (Abelson especialmente).

Otro grupo es el conductismo social, expresión que se emplea aquí de un modo genérico y no para designar la teoría particular de Staats (1975). En este grupo teórico hay una divergencia de base acerca del fenómeno identificador que para unos estaría en el refuerzo (Deutsch y Krauss; Shaw y Costanzo) mientras que para otros residiría en el aprendizaje (Albrecht *et al.*, 1980; Sahakian, 1981; Wrigstman y Deaux, 1981). En cualquier caso, este grupo comprende los estudios sobre la imitación y el aprendizaje social, y los del equipo de Yale sobre comunicación y persuasión, y puede extenderse hasta las teorías del intercambio social.

Con respecto al grupo psicoanalítico hay unanimidad en considerar que contiene el psicoanálisis social culturalista, y es claro que puede acoger las teorías interpersonalistas de base psicodinámica desarrolladas a partir de Sullivan.

Finalmente, la tradición sociológica del rol es contemplada ya desde la propia teoría del rol (Shaw y Costanzo, 1982; Wrigstman y Deaux, 1981) ya como teoría de reglas y roles (Gergen y Gergen, 1981), como interaccionismo simbólico (Albrecht *et al.*, 1980) o incluso como teoría del *self* (Berkowitz, 1980b). Ahora bien, es indudable que si lo que interesa de esta tradición es un marco de teorías, de todas

sus versiones es el interaccionismo simbólico la que ofrece este marco en mayor desarrollo.

Un caso especial, a sumar en los grupos teóricos descritos, es el de la psicología social marxista. Si se considera su base dialéctica es claro que se trata de una orientación más metodológica que teórica. Pero dada la entidad que posee precisamente a nivel teórico (ver Munné, 1982), debe ser considerada un marco teórico fundamental, marginado por razones de orden básicamente epistemológico e ideológico.

Se infiere de todo lo anterior y se verá en el modelo circular del próximo capítulo, que una consideración global de la psicología social teórica contemporánea conduce a reconocer la existencia de al menos cinco grandes marcos teóricos. Son el sociocognitismo, el conductismo social, el psicoanálisis social, el interaccionismo simbólico y la psicología social marxista.

4.3 Necesidad de una redefinición de la situación.

¿ Por qué se han generado estos marcos ? Una explicación del pluralismo teórico psicosocial dada hace años (Shibutani, 1961) es que ha sido provocado por la concurrencia de diferentes tradiciones científicas en la formación de la psicología social, principalmente la antropológica, la psicológica, la psiquiátrica y la sociológica. Más que explicación, esta observación se limita a recordar unas *lignes de fait* que, como tales, pocos se atreverían a discutir. Pero sería un desatino decir que sin tal concurrencia reinaría la unidad. Yendo, por ello, más allá del terreno fáctico, el fenómeno de los marcos teóricos, concretamente el de los cinco grandes marcos mencionados, parece tener su fundamento en razones de orden epistemológico. Estas razones pueden quedar aclaradas si examinamos la naturaleza de estos marcos y las relaciones entre ellos.

Está claro que cada uno de estos marcos, sin perjuicio de algunos aspectos convergentes ya aludidos, defiende una orientación distinta sobre el estudio del comportamiento psicosocial. Y está claro, también, que la coexistencia de los mismos no es fácil. El pluralismo en la base teórica psicosocial provoca, dicho en términos gratos a una de estas orientaciones, una indefinición de la situación. No es extraño que el ambiente que se respira entre los psicólogos sociales sensibles al tema sea de un cierto malestar. Este malestar llega hasta la crispación en algunos medios de carácter metodológico. Pero estoy convencido de que la clave de la situación se encuentra menos en lo metodológico que en lo teórico.

Para que el sosiego reine en nuestro ambiente parece necesario aprehender el significado del actual panorama teórico. No me refiero, claro está, al significado percibido, esto es, en términos de crisis. Quedarse en este significado manifiesto sería tanto como permanecer en la indefinición situacional. Hay que analizar la situación en términos del significado dado por la estructura de las interacciones que operan entre las distintas posiciones teóricas.

Las aproximaciones a esta cuestión suelen ser descriptivas y, a menudo, prescriptivas. Además, tienden a enfatizar la problemática metodológica en detrimento de la teórica. Aparte de su posible validez, estas aproximaciones resultan totalmente insuficientes. Es necesario un enfoque epistemológico que descubra el trasfondo y permita desentrañar la lógica interna de la situación. El camino para llegar hasta ello pasa forzosamente, por lo menos, por la recomendación de Torregrosa (1981) de que es necesario "volver sobre los supuestos básicos, teóricos y metodológicos, de las corrientes teóricas más significativas de la psicología social" y "adquirir una conciencia lo más clara posible sobre el alcance real y las limitaciones de las mismas".

Todo esto equivale a redefinir la situación actual. Una forma de descubrir aquella lógica interna y por ende el auténtico significado de esta situación es analizar el pluralismo teórico desde diferentes niveles de formalización de la explicación hasta llegar a lo subyacente.

5

UN MODELO HIPOTÉTICO SOBRE EL PANORAMA CONTEMPORÁNEO

El pluralismo teórico plantea la cuestión de fondo de si detrás de los grandes marcos que colorean el mapa contemporáneo de la psicología social teórica hay o no propuestas diferentes acerca de ésta. Expresado más directamente ¿ hay una o varias psicologías sociales ?

Esta cuestión, es uno de los modos posibles cómo podemos enfrentarnos al problema de la identidad disciplinar. Desde el pluralismo, el problema (crisis) de la identidad no lo plantea una teoría determinada sino el conjunto de teorías existentes. También podríamos decir que la cuestión se plantea entre teorías y no en una teoría.

A las relaciones interteorías se las ha prestado muy escasa atención, al menos consideradas de un modo conjunto y específico. Existe confusión sobre cómo encajan entre sí las teorías cotidianas de la conducta social, las cuales incorporan perspectivas diferentes con bastante mescolanza, y la falta de una perspectiva global única sobre dicho encaje es una dificultad para introducir a la gente en la psicología social (Schellenberg, 1978).

Ocasionalmente, Eiser (1980a) se ha ocupado de la cuestión. Teniendo en cuenta el nivel de explicación en que se espera que opere una teoría, observa que la

mayoría de teorías psicosociales pueden ser vistas en términos: 1) de predicciones empíricas específicas, 2) de las clases de variables a las que se otorga más importancia, o 3) de las asunciones sobre la conducta social humana subyacentes a cada teoría. Los críticos que ven la psicología social como una mezcla de miniteorías apenas sin relación alguna entre sí, se limitan a compararlas en el primer nivel. Las semejanzas y principios comunes entre teorías son más reconocibles al segundo y tercer niveles. Y Eiser advierte, a continuación, que aquellas relaciones se presentan de un modo diferente según el nivel en que las teorías y sus relaciones son consideradas. Inexplicablemente, Eiser no saca consecuencias de su planteamiento.

Una afirmación obvia, pero que merece ser destacada, es que el análisis interteorías no puede hacerse desde ninguna de las posturas en lid. Debe ser enfocado en términos de totalidad. Porque es el único modo de descubrir la posible síntesis dialéctica, superadora de los enfrentamientos provocados por las contradicciones existentes entre las diferentes teorías y reveladora del sentido global de la situación.

Por otra parte, cada autor al dar su versión de cuántas y cuáles son las teorías básicas da también implícitamente una "teoría", su "teoría", sobre las teorías en psicología social. Esto representa llevar el pluralismo teórico un paso más allá pues este pluralismo es, a su vez, analizado tipológicamente de manera plural. Así, al pluralismo teórico se suma un pluralismo tipológico.

Debajo del pluralismo tipológico, que omite las relaciones interteorías, subyace una teoría implícita. Como se verá, los principales expositores del panorama contemporáneo dan a su exposición un tratamiento totalmente discontinuo, con lo que las diferentes orientaciones quedan desconectadas entre sí. Y al presentar un campo atomizado, se priva de sentido al conjunto. Las páginas que siguen pretenden encontrar este sentido y ofrecer una redefinición inicial de la situación, primer paso para identificar el campo científico de la psicología social.

5.1 Los niveles de formalización de la explicación.

En la psicología social actual como ciencia teórica pueden discriminarse por su diferente naturaleza varios tipos de teorías. Por ejemplo, para Moscovici (1984) coexisten tres, sin que ninguno de ellos se dé en su forma pura. El primer tipo corresponde a las teorías paradigmáticas, que proponen una visión global de las relaciones y de los comportamientos humanos y a la postre de la naturaleza humana; es el caso de la teoría del campo de Lewin. Al segundo tipo pertenecen las teorías fenomenológicas, que describen y explican (el cómo y el por qué) una familia de fenómenos; así, la teoría de Sherif sobre la formación de las normas en el grupo. El último tipo viene dado por las teorías operativas, que tienden a poner de manifiesto un mecanismo elemental explicativo de un conjunto de hechos y que hace prever hechos más o menos sorprendentes; por ejemplo, la teoría de la disonancia cognitiva de Festinger.

La existencia de varios tipos significa que en cada uno las teorías explican e interpretan los fenómenos de la realidad de un modo epistemológicamente diferente. Lo que quiere decir que la explicación depende de la clase de teorías a la que recurre y por lo tanto puede darse en diferentes niveles de formalización. La diferencia entre uno y otro nivel estriba en el poder de la explicación, en términos de su alcance y precisión. Más exactamente, entre los niveles existe una relación inversa entre su poder de alcance y su capacidad de precisión.

A los efectos aquí propuestos, vamos a distinguir los siguientes niveles de formalización teórica:

Las teorizaciones de menor alcance, pero con una mayor capacidad de precisión, corresponde a las microteorías resultantes del trabajo empírico, contenidos por ejemplo en las hipótesis experimentales. Este nivel tiene poco interés en nuestro caso.

Un segundo nivel viene dado por las teorías de ALCA nce medio (*middle range*). Según la clásica formulación de Merton (1975), se trata de teorías especiales, aplicables a campos limitados de datos, pongamos por caso la influencia interpersonal tomada en sentido estricto. Son teorías intermedias "entre las estrechas hipótesis de trabajo y las amplias especulaciones, que abarcan un sistema conceptual dominante". Sus atributos principales consisten en que sus conceptos abarcan un nivel medio de generalidad, por lo que son bastante específicos para ser eficazmente utilizados en la comprobabilidad empírica a la par que bastantes generales para poder ser unificados en conjuntos cada vez más amplios de generalizaciones.

Además de definir y caracterizar las teorías de alcance medio, Merton profetizó que estas teorías serían "durante algún tiempo" las más prometedoras, porque "no estamos listos aún" para amplias especulaciones. En definitiva, son teorías "menos imponentes, pero están mejor fundadas".

El vaticinio de Merton se ha cumplido, al menos en psicología social. Pero sólo parcialmente. Unos años después de su formulación se escribía (por Deutsch y Krauss, 1965) que "en la década de los cincuenta muchos psicólogos sociales se centraron en estudios de laboratorio susceptibles de una cuidadosa verificación, desdeñando las investigaciones de la conducta social en sus marcos naturales, porque en éstos es difícil realizar investigaciones rigurosas por circunstancias que escapan del control del psicólogo social. En la década siguiente, surgieron teorías psicosociales de experimentos de laboratorio y verificadas en éste, que tendieron a un menor alcance y a una mayor precisión". En cuanto a los años setenta, se ha destacado que aparecen muchas nuevas teorías de medio alcance (Shaw y Costanzo, 1982). Sin duda, el vaticinio mertoniano se ha cumplido, al menos en lo que se refiere a la proliferación de teorías psicosociales de las características mencionadas.

Lo que no se ha cumplido, o por lo menos no resulta evidente, transcurrido ya un cuarto de siglo de la formulación mertoniana, es la potencialidad unificadora de las teorías de alcance medio.

Y es que son teorías autolimitadas, sin posibilidad al menos en principio de generalización más allá del ámbito fenoménico que definitivamente abarcan. Así, aunque son muy útiles, su especificidad atomiza el campo teórico. En consecuencia, en vez de ser unificadoras dificultan la comparación y la conexión entre las teorías. No es de extrañar que algún autor (Rodrigues, 1973) haya expuesto dieciséis teorías de medio alcance sin orden ni concierto, o para ser exactos en orden simplemente cronológico de su aparición.

En conclusión, las teorías de alcance medio desdibujan los posibles marcos teóricos, compartidos por varias teorías. Si queremos detectar claramente esos marcos es preciso elevar el nivel de formalización. Entonces nos encontramos con los paradigmas, otro nivel en que puede ser formalizada la explicación teórica.

Cuando en 1962, Thomas Kuhn dió a conocer su concepto de paradigma ponía implícitamente las bases para poder dar una explicación más englobante que la proveniente del nivel de alcance medio. Para Kuhn (1962; 1970; 1974), un paradigma es un patrón de investigación científica que, basado en una o más realizaciones pasadas, es asumido por una comunidad científica particular para su práctica posterior. Su función es definir los problemas y los métodos de investigación e incluye leyes, teorías, ámbitos de aplicación e instrumentación (Caparrós, 1978 y 1980).

Kuhn defiende un relativismo cognitivo. (Sobre el carácter paradigmático cognitivo de la concepción kuhniana, véase De Mey, 1982.) Al menos epistemológicamente, el impacto que ha causado su pensamiento se debe a que "ataca el nervio central del optimismo positivista" (Woodard, 1982), pues significa que las creencias tradicionales de que la verdad es absoluta y descubrible por entero, de que hay leyes naturales y de que el conocimiento es acumulativo deben ser sustituidas por la creencia de que la verdad, el conocimiento y la teoría están siempre referidos a un paradigma.

No es necesario entrar en la crítica del concepto kuhniano. Basta con reconocer su carácter vago, lo que ha provocado más de un debate (por ejemplo: Gary Gutting, 1980). Kuhn mismo ha admitido y destaca los distintos sentidos que el término puede recibir y efectivamente recibe en sus escritos. De todos ellos, nos interesa ahora el que conlleva el significado de una comunidad científica (aspecto resaltado por Kuhn en su "Postscriptum 1969, de 1970, y mantenido en los *Second thoughts*, de 1974) cuyos conocimientos se apoyan en unos presupuestos compartidos, dados por supuestos y por lo tanto incuestionados. Esto último, que constituye un conocimiento implícito, podría conducirnos hasta los principios axiomáticos de Wittgenstein.

En nuestro caso, este significado de paradigma es aplicable a los grandes marcos teóricos psicosociales. No son teorías, al menos en el sentido fuerte que esta palabra suele recibir en la ciencia física. Ninguno de tales enfoques "es lo suficientemente explícito en sus premisas psicológicas, en su modo de inferencia lógica o en sus referentes empíricos, como para permitir una verificación no ambigua de sus consecuencias" (Deutsch y Krauss, 1965). Su importancia está en la influencia que ejercen sobre las teorías de alcance medio y en haber generado abundante y buena investigación experimental (Tajfel, 1981, que cita como ejemplos

las teorías de la frustración-agresión, de la disonancia cognitiva, de la asunción del riesgo, de la cooperación y competencia en diadas, del conformismo en los microgrupos, de la comunicación no verbal). Cada marco encierra diferentes teorías de alcance medio. Como se dijo en el capítulo anterior la pertenencia o no de una de estas teorías a un determinado marco es identificable a través de varios indicadores.

Tampoco cabe confundir los marcos paradigmáticos con otros productos teóricos, particularmente con los enfoques intraparadigmáticos y con las teorías intermedias. En cuanto a los primeros, dichos enfoques aluden al hecho de que la interpretación de cada paradigma suele generar diferentes vertientes teóricas intraparadigmáticas, o sea corrientes internas a cada tendencia específica. Por ejemplo, en el interaccionismo simbólico, las Escuelas de Chicago y de Iowa. Obviamente, las teorías de alcance medio no son dichas vertientes, sino que las llenan y dan contenido.

Por lo que se refiere a las que podemos llamar teorías o enfoques intermedios, el desarrollo científico ha provocado su surgimiento, sea cual sea su alcance. A nivel paradigmático, se caracterizan por no estar enteramente adscritos a un determinado marco. Si a nivel de alcance medio podemos citar, como ejemplos, la teoría cognitiva del aprendizaje (Rotter) o la de la frustración-agresión (Miller y Dollard), a nivel paradigmático puede mencionarse la sociometría (Moreno) con sus desarrollos posteriores, la cual se encuentra a caballo entre el sociocognitivismo (en ella es básico el elemento gestáltico) y las teorías del rol (en ella es también básico el concepto de rol).

Las teorías intermedias restan nitidez a los límites de los marcos paradigmáticos. A pesar de ello, estos marcos tienen un ámbito de alcance general cuyos límites son lo bastante nítidos como para ser identificables. El ámbito de cada marco presenta problemas, en relación con el de otros marcos, en la medida en que pretende un exclusivismo al que, por otra parte y ciertamente, tiende. Es el caso de Eiser (1980), por ejemplo, cuando afirma que el modelo del ser humano contenido en la psicología social (en rigor, hubiera tenido que añadir: cognitiva) es el de un tomador, pragmático más que racional, de decisiones.

Es incorrecto referir un modelo de ser humano a la psicología social. Al menos en el sentido en que ahora nos movemos, cada marco paradigmático tiene su modelo, dado por los presupuestos subyacentes que son compartidos y no cuestionados por las teorías enmarcadas.

Varios autores, en diferentes contextos se han referido a los modelos del ser humano contenidos en las teorías psicosociales (Deutsch y Krauss, 1965; McDavid y Harari, 1974; Berkowitz, 1980b; Wrightsman y Deaux, 1981; Gergen y Gergen, 1981; etc.). Basándonos en parte en sus aportaciones y atendiendo a aquellos presupuestos, veamos sucintamente los modelos de los principales paradigmas.

En el psicoanálisis social, el ser humano es entendido como un *homo irrationalis*, movido por las relaciones afectivas.

En el sociocognitivismo, el ser humano, un *homo cogitans*, autónomo, activo y propositivo, que percibe el mundo social de un modo organizado y pleno de

significado. Un sector de este modelo ha evolucionado hasta un *homo cyberneticus*, procesador de información.

En el conductismo social, el ser humano es visto como un *homo mechanicus* que reacciona a estímulos externos y cuya conducta está determinada por las consecuencias inmediatas de placer y dolor, por lo que es moldeable por el ambiente social, sobre todo a través de refuerzos. Posteriormente, ese modelo ha generado una variante centrada en el *homo oeconomicus* que intercambia costes y ganancias en términos psicológicos y sociales.

En el interaccionismo simbólico, el ser humano es considerado como un *homo ludens*, esto es, como un actor consciente de sí mismo, cuyas acciones, de contenido simbólico y sometidas a reglas, se realizan en función de las experiencias de aquél en contextos sociales dados, y de las expectativas de roles. Por su parte, las tendencias afines han llevado aquel modelo hasta un *homo artifex*, artesano de su propia realidad.

En la psicología social marxista, el ser humano, un *homo faber*, es a la vez un reproductor de las relaciones sociales, las cuales se dan en términos de dominio de clase, y un transformador de las mismas.

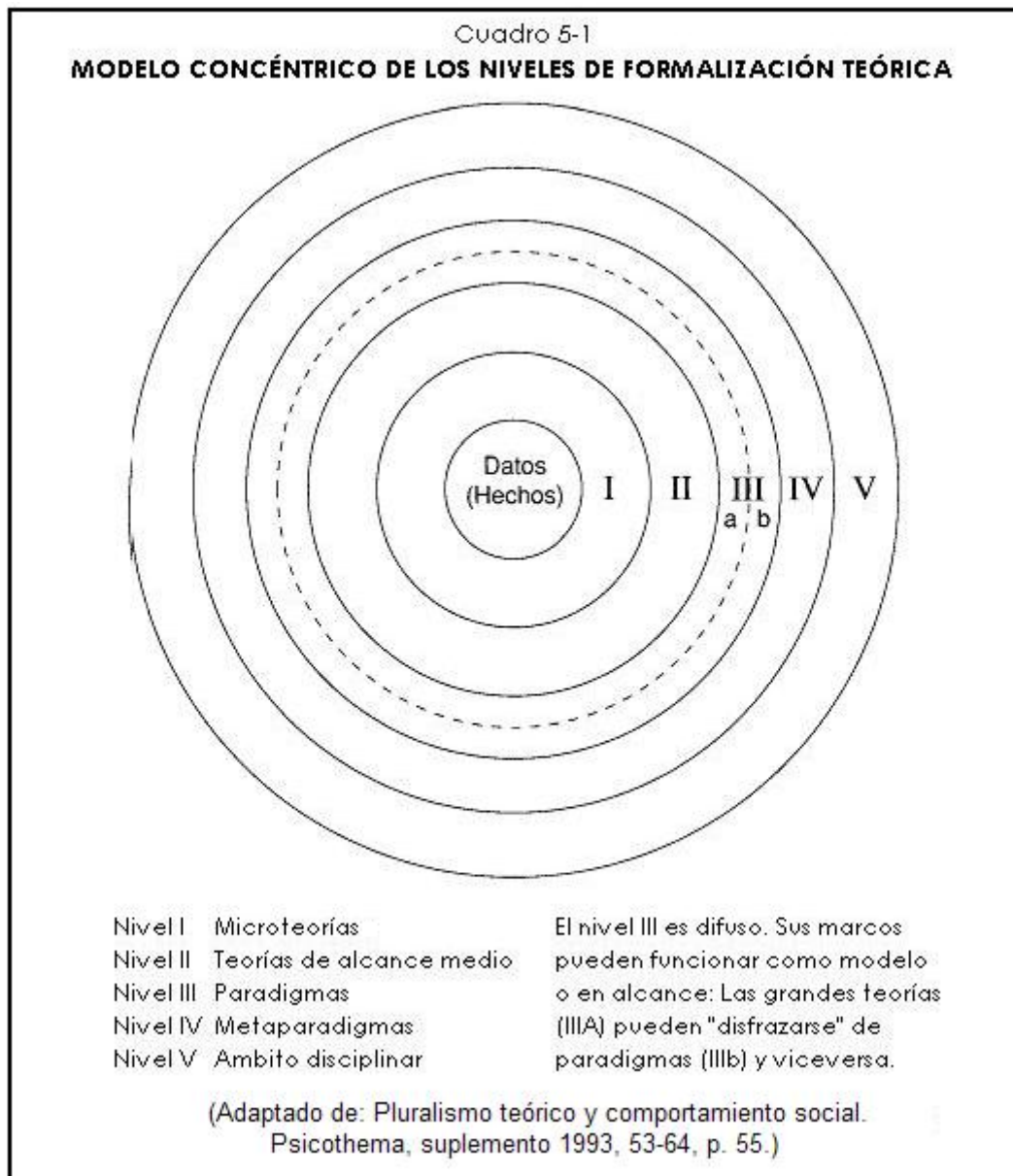
Finalmente, el humanismo psicosocial responde a un *homo volens*, hacedor y potenciador de sí mismo y de los demás. Como esta es una cuestión clave volveré sobre ella al final del libro.

En cuanto a los enfoques paradigmáticos intermedios, suponen un modelo híbrido del ser humano cuyo significado no siempre queda claro. Pero considerados epistemológicamente, esos enfoques tienen un interés excepcional, ya que apuntan directamente hacia un nivel de explicación formalmente más general, esto es, más global que el nivel paradigmático y en el que son subsumibles los modelos del ser humano sobre los que aquellas tendencias cabalgan. A pesar de su posición interparadigmática, los enfoques intermedios no actúan a modo de cemento que une lo troceado ni permiten salvar la inevitable incomunicación terminológica que se abre entre los diferentes paradigmas. En realidad, estos enfoques complican (enriquecen) el panorama, puesto que tienden a darse con las mismas pretensiones que los enfoques principales y no como algo secundario. Además, debido a las contradicciones entre los dos o más frentes sobre los que en realidad se apoyan, su fertilidad encuentra graves dificultades. Ilustra esto el hecho de que la teoría interpersonal de la psiquiatría (Sullivan, 1953), que tiene una naturaleza intermedia, procedente de una triple fuente teórica (Freud, Lewin y Mead), no sólo ha sido atacada por los psicoanalistas sino que ni los lewinianos ni los interaccionistas simbólicos le han concedido el menor interés por no reconocerse en ella. A pesar de esto, ha podido ir actuando subterráneamente, haciéndose notar su fuerte aunque tardía influencia, por ejemplo en la terapia familiar.

Podría pensarse que si la psicología social está ampliamente dominada por enfoques teóricos basados en concepciones implícitas sobre la naturaleza del ser humano es porque es una ciencia joven (así, Deutsch y Krauss, 1965; sin embargo, se debe a algo mucho más sencillo que su juventud, relativa como vimos. Sencillamente, es una ciencia humana. Y si esto es así, prescindir de tales

concepciones no puede ser ningún signo de madurez científica. Precisamente, la psicología social será madura en la medida en que sea capaz de asumir como propio el nivel paradigmático, globalmente considerado, y con él toda la problemática insita en el mismo. Esto exige ir más allá de dicho nivel.

(Antes de proseguir, me permito intercalar aquí el cuadro 5-1, que publiqué en el trabajo que se indica, que puede aclarar los niveles de formalización de las teorías.)



5.2 El nivel metaparadigmático.

Creando moverse en lo que aquí se define como el nivel paradigmático, Gergen (1982) se ha referido al antagonismo metateórico, que localiza ya en Wundt,

entre lo que llama pensamiento exógeno, propio de las teorías del conocimiento que dan prioridad al mundo externo en la génesis del conocimiento humano, y el pensamiento endógeno, que destaca los procesos de la mente. En este último sitúa cuatro escuelas, calificadas de heterodoxas, en relación con el punto de vista tradicional o lógico-empírico, a saber el movimiento hermenéutico-interpretativo el cual incluye la etnometodología, la escuela dialéctica, la escuela crítica y la etogenia. A diferencia de la perspectiva exógena, la perspectiva endógena no exige la objetividad ni la neutralidad del conocimiento para que éste sea científico. Rechaza el determinismo ambiental, considera legítimo y deseable la existencia de múltiples interpretaciones de la experiencia, estima inevitables las cuestiones morales, y sospecha de los métodos de medida y control. Además, por lo que se refiere al modo exógeno de pensar, éste defiende el carácter acumulativo y progresivo del conocimiento, cree posible hacer predicciones totalmente confiables sobre el mundo y entiende que entre los hechos y los valores hay una dicotomía total. Para superar el conflicto entre ambos pensamientos, Gergen propone un nuevo paradigma, que denomina sociorracionalismo, constituido por un pensamiento endógeno no puro, porque éste al extremar lo interno cae en un inútil solipsismo. Posteriormente, este paradigma ha sido insertado por su autor dentro del movimiento construccionista (1985).

Al proponer este "endogenismo" moderado como otro paradigma para resolver la oposición descrita, Gergen da a entender que esa oposición se mueve al nivel paradigmático. Sin embargo, el conflicto entre un pensamiento exógeno y otro endógeno, reformulación del viejo dilema entre el objetivismo y el subjetivismo científicos, no deriva de diferentes modelos del ser humano sino de aspectos epistemológico más englobantes. En consecuencia, no puede tratarse de un conflicto meramente paradigmático.

Estos aspectos epistemológicos son los que están en juego en el conflicto entre lo que William James (1907) llamó forma de pensar dura y forma de pensar blanda, entre el punto de vista socrático y el punto de vista sofista en la educación (Furedy y Furedy, 1982), o entre las dos culturas psicológicas estudiadas por Kimbley (1984). Este último ha aplicado un "diferencial epistémico", de elaboración propia, a una muestra de estudiantes y profesionales de la psicología. Ha medido, así, una docena de pares polares: científico-humanista; objetivismo-intuicionismo; nomotético-ideográfico; determinismo -indeterminismo; laboratorio-estudios de campo e historias de casos; elementalismo-holismo; datos-teoría; histórico-ahistórico; herencia-ambiente; constructos hipotéticos-variables intervinientes; cognición-afecto, organismo reactivo-organismo creativo. Los resultados muestran divergencias claras en los tres primeros pares, y con ciertos matices también en los tres pares siguientes, es decir, la existencia de dos culturas psicológicas cuyas diferencias afectan a lo más profundo del conocimiento científico.

Estas observaciones son extrapolables al campo de la psicología social. Pero su significado no puede ser enteramente aprehendido desde un pluralismo paradigmático.

Las teorías de alcance medio y los paradigmas no cubren la teorización propia del ámbito psicosocial. Las convergencias entre los diferentes marcos teóricos revelan la existencia de aspectos previos a cada paradigma, lo que apunta a un nivel

de formalización explicativa más elevado. Es por esto que las aportaciones de Merton y Kuhn, que como hemos visto son enlazables, pueden completarse y profundizarse introduciendo como nuevo instrumento de formalización de la explicación el concepto de metaparadigma. Este concepto puede contribuir a esclarecer y a formular una psicología del conocimiento científico (reclamada por Seoane, 1982), incluido el conocimiento psicológico.

En las ciencias humanas, el objeto y el sujeto coinciden, es decir, el sujeto está inevitablemente implicado en el objeto. Como resultado de esto, el nivel paradigmático de las ciencias naturales se desdobra cuando se extrapola a las ciencias del hombre, porque aquella coincidencia plantea la posibilidad ya de aceptar y aprovecharse de la implicación ya de rechazarla y evitarla. La elección depende de la concepción global que se tenga de la realidad en el sentido de la relación entre los aspectos objetivos y subjetivos de dicha realidad. De este modo, en las ciencias humanas, la explicación se formaliza también en un nivel que vamos a llamar metaparadigmático.

El nivel que contiene los paradigmas refleja distintos modelos del ser humano, que se refieren específicamente al comportamiento interpersonal de éste en el caso de la psicología social. Ahora bien, si en el nivel paradigmático compiten distintos modelos del ser humano, en el metaparadigmático varios paradigmas coinciden en una misma visión del mundo (Weltanschauung), y por consiguiente también en un mismo modelo de conocimiento científico. Lo que en este último nivel se formaliza son los distintos modelos de ciencia, o sea del modo de conocimiento con que se opera en los paradigmas.

Este nivel tiene una fuerte dependencia filosófica pero no es filosófico. La filosofía de la psicología social, de la sociología, de la psicología, de la historia, etc. es otra cosa, al igual que también lo son la filosofía de la física o de la biología. Entiéndase, no es un nivel de fundamentación de la realidad sino fundamentante del conocimiento de la realidad. En cuanto al metaparadigma, propio de este nivel, es una concepción (a menudo previa, en el sentido de incuestionada) tanto como un modo de conocer al hombre no fundamentado científicamente, porque es lo que el conocimiento toma como punto de partida para construir aquello que se va a considerar ciencia. El nivel metaparadigmático, como el paradigmático si bien con referencia a una diferente manifestación de la realidad (el ser humano, éste; la ciencia, aquél), tiene un fuerte dependencia axiológica. Y en él subyacen unos inevitables supuestos ideológicos.

Una peculiaridad que parece ser esencial al nivel metaparadigmático es que las posibilidades de formalización teórica tienden a entrar en contradicción, dicotomizando el conocimiento. Ese dualismo tiene muchos aspectos:

En el aspecto antropológico filosófico, los modelos del ser humano que diversifican los diferentes marcos paradigmáticos quedan reducidos en el nivel metaparadigmático a una alternativa fundamental entre el mecanicismo y el humanismo. Esto se evidenció en la Conferencia que sobre los modelos del hombre organizó la British Psychological Society (Chapman y Jones, 1980). Detrás de los diversos modelos postulados, entre otros por Eysenck, Harré, Boden, Miller, Wallis, etc., con todo lo que de dispar sugieren estos nombres, estaba la alternativa

mencionada. Y esto, a pesar de que el mecanicismo y el humanismo no son estricta y necesariamente rivales.

En cierto modo, esta alternativa se corresponde con la vieja separación entre la ciencia natural y su tradición positivista, de una parte, y de otra, la ciencia cultural y su inclinación historicista y fenomenológica en el doble sentido hegeliano y husserliano. Las connotaciones de esta separación son muy importantes y variadas. He ahí, dos ejemplos bien conocidos aunque no han sido contemplados todavía desde una perspectiva psicosocial: la problemática planteada en 1919, en el campo de las ciencias sociales, por las célebres conferencias de Max Weber sobre la ciencia y la política como vocaciones, y la tesis de las "dos culturas" de Snow (1959 y 1964), como incompreensión entre el mundo del científico y el mundo del humanista. Quizás una de las diferencias más substanciales y menos destacada entre los dos polos de la alternativa sea la de que si bien en ambos casos el conocimiento digamos científico exige la crítica, en el naturalismo neopositivista la crítica admitida como válida es técnica y formal mientras que en el culturalismo fenomenológico se hace explícitamente desde una escala de valores determinada.

Todo ello afecta profundamente al tratamiento conceptual de la psicología social. Como en toda ciencia humana, el objeto que ello estudia aunque no se confunde con el sujeto estudiado si coincide con él, por lo que la investigación puede hacerse enfatizando el sujeto como objeto o al revés enfatizando el objeto como sujeto. En términos de lo hasta aquí explicado: el mecanicismo y el positivismo enfatizan congruentemente más el objeto mientras que en la posición fenomenológica humanista el énfasis recae sobre el sujeto.

En consecuencia, el tratamiento de los procesos psicosociales es diferente. La misma unidad de análisis está centrada de manera distinta en cada caso. En el primero se centra en las interacciones. En el segundo, en los interactuantes. Se trata, por consiguiente, de dos teorizaciones muy distintas de la psicología social. La primera tiende a ser atomística, a diferencia de la segunda que procura aprehender holísticamente los fenómenos, tendiendo en consecuencia a generar marcos teóricos más integradores.

Teniendo en cuenta estas características, podemos calificar respectivamente la primera alternativa de interaccionismo, entendiendo este último en un sentido genérico, y la segunda de personalismo.

Lo anterior tiene consecuencias metodológicas. En el interaccionismo psicosocial predominarán los enfoques analíticos de carácter estructural y/o funcional, en cambio en el personalismo serán más bien preferidos los enfoques genéticos, de carácter biográfico, histórico, etc. (Sobre algunos problemas de orden epistemológico derivados de uno y otro tipo de enfoques en las ciencias sociales, ver Munné, 1971.)

En lo relativo a los procedimientos de investigación social, las técnicas básicas se referirán principalmente, en el primer caso, a la experimentación, con su tradicional *setting* artificial (el laboratorio) y, en el segundo caso, a la observación sistemática en marcos naturales. Asimismo, la naturaleza de los datos facilita la investigación cuantitativa cuando se opera desde el metaparadigma interaccionista

mientras que si se trabaja a la luz del metaparadigma personalista es más pertinente la investigación de carácter cualitativo. En congruencia con esto, se tiende allí a buscar lo nomotético y aquí a alcanzar lo ideográfico.

En último término, en la oposición examinada asoma el viejo y constante "fantasma" de la psicología social, es decir, el psicologismo y el sociologismo. Probablemente, para compensar no su desprecio, pero sí su secundarización del sujeto en la interacción, el interaccionismo psicosocial es proclive a construir una ciencia individualista o, lo que en nuestro caso viene a ser lo mismo, intersubjetivista. La psicología social, sobre todo la norteamericana (Pepitone, 1961), está saturada de esta tendencia. Se ha llegado a decir que salvo las teorías del rol, todas las demás teorías psicosociales reflejan puntos de vista desarrollados en la psicología individual (Deutsch y Krauss, 1965). Por añadidura, en la psicología social europea (Tajfel, especialmente 1979 y 1981; Doise, especialmente 1976 y 1982; etc.) son constantes las denuncias contra este individualismo tendencial, intentando paradójicamente superarlo sin renunciar a él. En el personalismo, en cambio, se tiende a mirar hacia y a "agarrarse" si es necesario a las estructuras del sistema social como configurador y definidor de la individualidad personal (*self*).

Todas las alternativas descritas abocan en dos clases de psicología social que, en principio, pueden ser calificadas de una psicología social dura y una psicología social blanda, si aplicamos como criterio el rigor, el control y la precisión metodológicos que las ciencias naturales se aplican a si mismas y a las ciencias que no son naturales. Pero si aplicamos un criterio más propio las ciencias humanas (y la psicología social lo es) parece más correcto referirse a una una psicología social "fría" versus una psicología social "cálida", calificativos que hacen referencia al clima o *rapport* que proporciona al lector la investigación llevada a cabo desde el interaccionismo frente a la que se realiza en el personalismo. En principio, estos calificativos no implican ningún juicio de valor sino solamente distintos modos de vivir la actividad científica. En efecto, la lectura de un trabajo dentro de la primera tendencia carece de las resonancias humanas que posee otro trabajo perteneciente a la segunda. En cierto modo, aquél parece que nos aparta de la realidad viva, y éste que nos acerca a ella. De ahí el atractivo, e incluso la popularidad, que las investigaciones de carácter personalista ofrecen frente a las de carácter interaccional. Basta, para poner un ejemplo, con comparar un trabajo de Bandura con otro de Fromm para comprender las implicaciones sociales y la influencia cultural que uno y otro tipo de literatura científica puede tener.

Una conclusión importante es que ni el psicologismo ni el sociologismo son definitorios de dos modos de hacer psicología social, ni de entenderla. No son suficientes. Ni siquiera, según como se miren las cosas, son estrictamente necesarios. Aún sin ellos, subsiste el dilema metaparadigmático, ya que en este dilema intervienen, como acaba de verse, otros elementos.

Resumiendo, el panorama actual de la psicología social teórica se configura, a nivel metaparadigmático, en dos grandes tendencias genéricas. A riesgo de ser repetitivo, he aquí, en síntesis, las principales características de cada una de ellas.

El interaccionismo psicosocial, obviamente no confundible con el interaccionismo simbólico que como marco teórico es una tendencia específica del

nivel paradigmático, centra la psicología social en el estudio de las interinfluencias comportamentales. Analiza las relaciones a través de pequeñas unidades de la interacción. El enfoque de sus análisis es más bien estructural y/o funcional. La pequeña escala en la que opera le permite emplear a fondo la técnica experimental y ser fiel a los presupuestos positivistas. Se acerca a la psicología, evitando entrar generalmente en temas lindantes con la sociología. Tiene una visión esencialmente atomística del ser humano, visión que encierra el peligro de caer en el individualismo. En fin, ideológicamente, el interaccionismo está a la derecha de la otra tendencia genérica, tendiendo a defender posiciones de significado conservador.

El personalismo psicosocial reúne características tendenciales de signo opuesto. Analiza la conducta social como un todo (la acción social) y como una manifestación del sujeto, llámese a éste actor, self, ego o persona. Interesado por la dimensión social del individuo humano, lo aprehende como un microsistema de interacción sociocultural, adaptándolo como unidad mínima de análisis. Trabaja principalmente mediante observaciones sistemáticas, en parte obligado por la escala relativamente mayor en la que se mueve. Suele adoptar posiciones antipositivistas. Su perspectiva mira hacia el humanismo, uno de cuyos aspectos es el de las relaciones entre la conducta real y la conducta ideal. De ahí, la dimensión crítico-ética inherente a esta tendencia. El enfoque analítico es más bien genético o histórico. Los teóricos personalistas están más próximos a la sociología que a la psicología, cosa bien visible en la temática tratada. El personalismo representa la visión holística en psicología social, lo cual entraña el peligro de caer en la especulación filosófica y el sociologismo. Ideológicamente, se sitúa a la izquierda del interaccionismo y presenta una inclinación como mínimo hacia el progresismo.

Por último, hay que destacar que los límites entre el interaccionismo y el personalismo no están ni pueden estar perfectamente definidos. Porque, aunque los metaparadigmas tienen un gran alcance, es poca su precisión. Y porque, sin mengua de su polaridad recíproca, los metaparadigmas tienen un carácter tendencial. Esto ha facilitado los intentos implícitos de unión metaparadigmática por parte de algunos marcos (psicoanálisis social; teorías del rol) lo que, como era previsible, ha levantado las iras y los ataques de uno y otro bando obstaculizando la empresa, lo cual problematiza cualquier posibilidad de éxito.

5.3 Elaboración de un modelo explicativo.

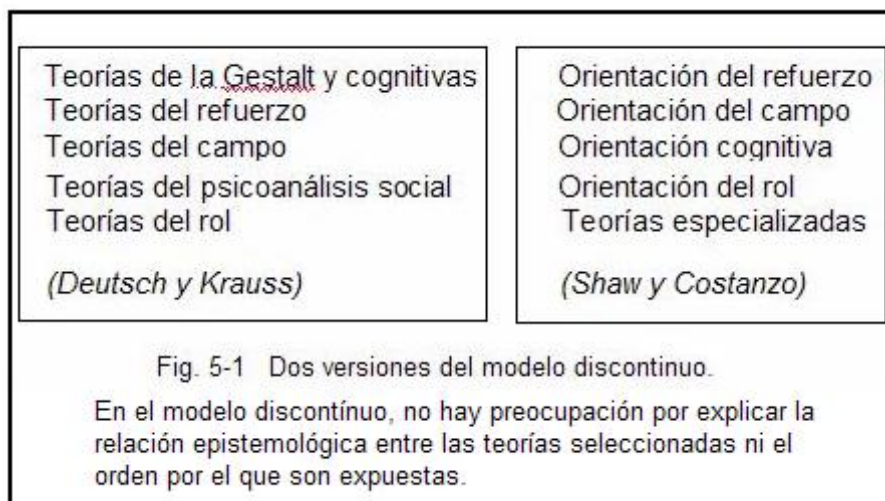
Otra característica diferencial de los dos metaparadigmas psicosociales es que la modelización de cada uno ha de responder a características opuestas: el interaccionismo hacia los modelos de carácter representacional y el personalismo hacia los de carácter metafórico.

Empleo aquí la tipología de Don Locke (1981), quien distingue tres clases de modelos, a saber: 1) Los modelos representacionales, entre los que por mi parte,

diferenciaría aquellos que tienen una naturaleza material, tales como los aviones en miniatura con fines de investigación o cualquier otra maqueta, y los de naturaleza inmaterial, como el diagrama de trabajo de un sistema bancario. 2) Los modelos hipotéticos. Es el caso del modelo planetario del sistema atómico propuesto por Rutherford, o el modelo de doble estructura helicoidal del DNA, elaborado por Watson y Crick. Este tipo de modelos postulan una estructura, o un proceso podemos añadir, para explicar su funcionamiento y predecir futuros descubrimientos. Vendrían a corresponder a los que Blanck (1962) llamó modelos analógicos, que aspiran a reproducir simbólicamente con base en correspondencias isomórficas, la estructura del original. Y 3) los modelos metafóricos, por ejemplo, el modelo de la sociedad como un organismo vivo (Spencer) o como un equipo de fútbol (etnometodología: ver Munné 1989). Estos últimos modelos permiten entender un fenómeno de un modo nuevo, porque lo contemplan desde un punto de vista diferente.

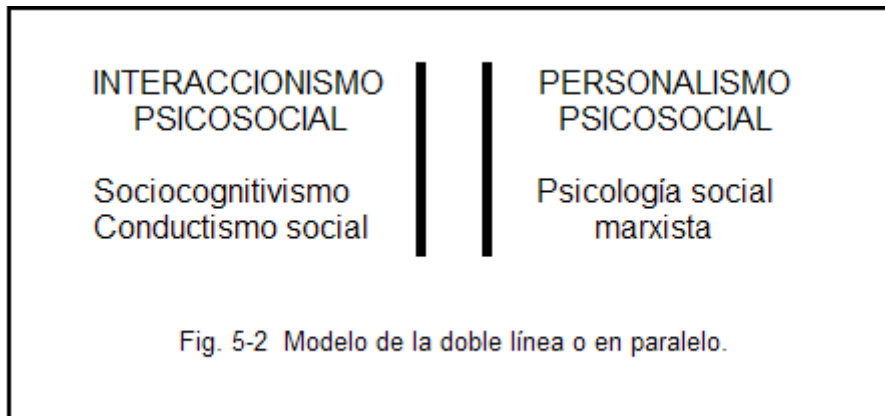
¿ Es posible elaborar un modelo del complejo panorama teórico de la psicología social contemporánea ? Tal modelo debe describir la situación, teniendo en cuenta los distintos niveles de formalización y estructura. Esto requiere un modelo no simplemente representacional sino hipotético.

En busca de tal modelo, recurrimos inicialmente observando qué teorías son mencionadas por aquellos autores que, como Deutsch y Krauss o Shaw y Costanzo, nos ofrecen el panorama actual. Sus exposiciones respectivas coinciden en juntar una serie de teorías sin relación alguna entre ellas. Hay, pues, una discontinuidad del conjunto que queda sin explicar (fig. 5.1):



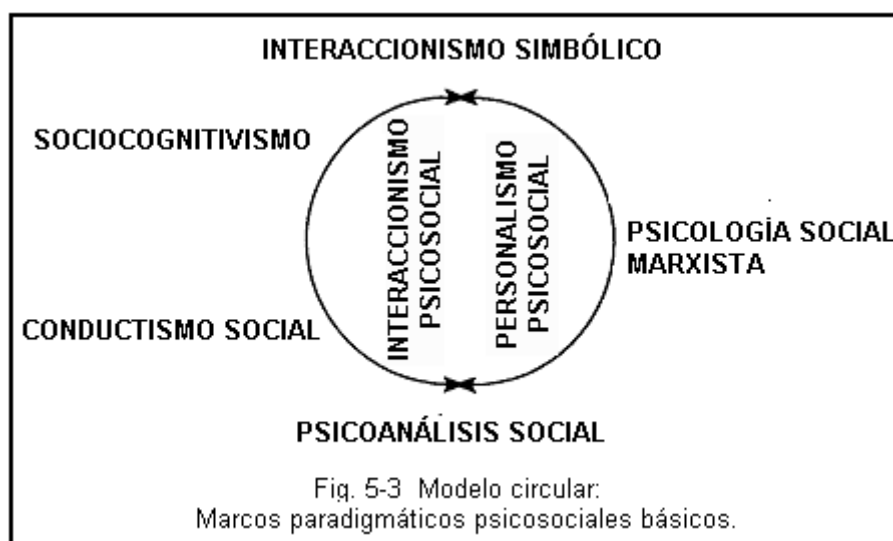
La vertebración del conjunto requiere tomar en consideración lo que subyace al conjunto de teorías, o sea las tendencias metaparadigmáticas. Además, para aprehender éstas y su oposición hay que contar al menos con la psicología social marxista. Entonces es cuando se advierte claramente que el sociocognitismo y el conductismo social siguen los postulados genéricos del interaccionismo psicosocial; en cambio, la psicología social marxista se encuentra en el polo opuesto. Tenemos

ahora un modelo con dos líneas de desarrollo de la psicología social, frente a frente (fig. 5.2):



Este modelo contiene cierta carga explicativa de carácter dicotómico. Pero no permite situar aquellas tendencias que reúnen características de uno y otro metaparadigma. Así, el interaccionismo simbólico analiza interacciones pero sin perder la totalidad del sujeto personal como actor. Otro tanto, aunque a la inversa, ocurre con el psicoanálisis social. Congruentemente, estos dos marcos se oponen en su particular modelo del ser humano. Al actor, movido por la estructura de roles de que es portador y que le incardinan en un contexto social otorgador de significados, se contrapone el individuo social, movido por una estructura pulsional intrapsíquica, de hipotética base biológica.

Para reflejar todo ello, procede sustituir la pseudoestructura de doble línea por una “estructura” circular, que sin eliminar la oposición existente entre el interaccionismo y el personalismo, la articule de tal modo que las tendencias intermedias aludidas ocupen el lugar que corresponde a sus respectivas características metaparadigmáticas. El modelo resultante presenta metaparadigmáticamente, en unidad de sentido, los grandes marcos teóricos de la psicología social (fig. 5.3):



Quizás lo más llamativo de este último modelo sea la doble y opuesta conjunción de los proyectos teóricos del interaccionismo simbólico y del psicoanálisis social, a caballo de los metaparadigmas. Es visible tanto la peculiaridad como la difícil posición epistemológica de ambos marcos intermedios.

La potencialidad de este modelo se comprueba cuando se intenta modular, con mayor riqueza de matices, la estructura global de los marcos paradigmáticos.

Los dos marcos entre metaparadigmas que acaban de mencionarse, no deben confundirse con aquellos otros marcos que son interparadigmáticos, como la teoría del campo o el freudomarxismo. Desde el punto de vista epistemológico y en comparación con los primeros, tienen un carácter secundario: su génesis, sus componentes y los problemas que abordan son una combinación de los marcos paradigmáticos básicos.

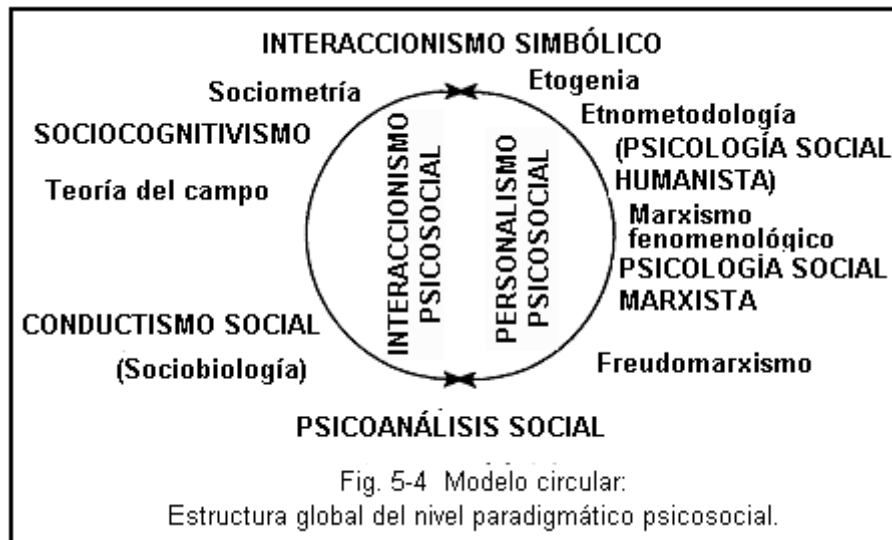
Distinto es el caso del desarrollo paradigmático de un marco teórico básico. El interaccionismo simbólico forma parte de las teorías del rol, las cuales forman un conjunto teórico amplio con cierta heterogeneidad interna. De él derivan, en cierto modo, la etnometodología y la etogenia. Y si tenemos en cuenta que aquélla tiene sus raíces en la sociología y ésta las tiene, en cambio, en la psicología (Stryker, 1983), sus posiciones relativas han de considerarse más cerca del ala interaccionista la etogenia y más en el centro del personalismo la etnometodología.

La psicología social marxista es también una tendencia heterogénea en la que, por lo menos, interesa discriminar, aparte del tronco común y del freudomarxismo, el marxismo fenomenológico, especialmente con la etnometodología y la etogenia (a las que Stryker, 1983, considera dentro de una perspectiva fenomenológica radical). Todo esto dibuja sus respectivas posiciones paradigmáticas.

La psicología social humanista, en más de un aspecto vinculada al marxismo, ocupa por definición un lugar central dentro de la teorización metaparadigmática personalista.

Finalmente, aunque el estatus científico y sobre todo la entidad psicosocial como marco paradigmático de la sociobiología pueden ser puestos en duda, lo que en cualquier caso parece claro es su perspectiva interaccionista. Dentro de ésta quedaría situada, por una parte y por sus enlaces etológicos, cerca del conductismo social, interesado también por el comportamiento social animal, y por otra parte por sus bases biológicas, cerca del psicoanálisis social. La proximidad de esta última perspectiva con la primeramente mencionada se evidencia cuando se examina el grado de congruencia existente en las relaciones entre el freudismo y la sociobiología (tema de debate en el *American Psychologist*: Leak y Christopher, 1982; Eber, 1983; Pollack, 1983; Christopher y Leak, 1984).

Si se traslada todo lo indicado al modelo circular, éste presenta entonces el siguiente aspecto (fig. 5.4):



Ahora el modelo recoge la posición relativa de cualquier marco teórico, y con ello también las relaciones entre los mismos. Además muestra la riqueza oculta del metaparadigma personalista. Este contiene, junto con las psicologías sociales que desarrollan la línea de Marx, la "aventura" etnometodológica y el ambicioso proyecto etogénico de perspectivas aún no claras, y la multiforme y etérea psicología social humanista, cuyos peculiares desarrollos, al menos en psicología social hacen difícil otorgarle el estatus propio de los grandes marcos teóricos, aunque lo posea potencialmente.

El modelo circular revela cómo se estructuran globalmente los marcos teóricos, y con ello la consistencia del nivel paradigmático. ¿Cuál es la función que en esta estructura desempeña cada uno de sus elementos, o sea cada marco teórico que la compone? Esto es lo mismo que preguntar ¿por qué el pluralismo paradigmático?

La pluridimensionalidad del comportamiento humano no solamente provoca la multidisciplinariedad (que registra el modelo prismático y se verá en el apartado 8.2), también genera una multiplicidad teórica. El comportamiento interpersonal presenta tantas facetas que no parece inteligible si se pretende abordarlas todas a la vez, sino desde alguna de sus posibles perspectivas. Por esto, al comparar los enfoques tan diferentes entre sí de Freud, Mead, Lewin y Skinner, se ha podido escribir que "son diferentes, en gran parte, debido a que nos exigen que nos centremos en diferentes aspectos de la realidad" y que "a la vez, cada uno presenta una manera de tratar las cuestiones que, en gran medida, omiten los demás" (Schellenberg, 1978).

La función de un marco teórico no se limita a "enmarcar", como hace un visor fotográfico, un determinado conjunto teórico de alcance medio. Enmarca el comportamiento centrándolo en un determinado aspecto de la interacción, específicamente con aquel aspecto que es más congruente con el modelo adoptado

del ser humano. Es de este modo cómo cada marco intenta cubrir el objeto psicosocial

Así, el sociocognitivismo se ocupa directamente de la percepción y la cognición sociales (gestaltismo social y sociocognitivismo formal). El conductismo social se centra en los procesos sobre todo de adquisición y modificación de conductas (aprendizaje). El psicoanálisis social intenta profundizar en los procesos no conscientes, moduladores de la afectividad. A la psicología social marxista le interesan las relaciones de dominio y explotación como determinantes de las relaciones sociales. La psicología social humanista enfatiza los aspectos volitivos de las personas. Y los teóricos del rol y tendencias aledañas se centran en las reglas del comportamiento y la estructuración del *self*.

Coherentemente, cada uno de estos grandes marcos emplea las vías y procedimientos que estima más idóneos para investigar su respectivo objeto particular. Es decir, cada tendencia específica adecua los métodos y las técnicas de investigación al objeto focal, que es un área concreta de fenómenos psicosociales.

Además de los marcos mencionados pueden desarrollarse otros marcos que intenten trabajar facetas no tratadas por los marcos básicos y que, en principio, son facetas comunes a dos o más de estos. Puede generarse, entonces, un paradigma intermedio, que difumina los focos de interés "establecidos", creando otros nuevos. Por ejemplo, la represión sociocultural que interesa tanto al psicoanálisis como al marxismo pasa a ser abordada combinando, con más o menos éxito, ambos enfoques; los roles microgrupales y las estructuras perceptivas, objeto de interés por el interaccionismo simbólico y por el sociocognitivismo, respectivamente, son la razón de ser de la sociometría, etc. (fig. 5.4).

Lo dicho es sin perjuicio del carácter polifacético de los fenómenos psicosociales, que hace que lógicamente puedan ser explicados desde distintos paradigmas. De ahí, por ejemplo, que la respuesta agresiva haya intentado explicarse desde prácticamente todos los paradigmas, si bien cada uno lo haya hecho a partir del aspecto focal que le preocupa.

En resumen, cada marco teórico estudia al ser humano tomando como eje de referencia un determinado aspecto de su comportamiento interpersonal, ya sea analizándolo en sus interacciones (interaccionismo psicosocial) ya sea tratándolo desde el sujeto de la mismas (personalismo psicosocial). Esto puede formularse así:

$$Cps = f(X_m)$$

Esto es, que el comportamiento psicosocial (Cps) se analiza en función de una variable (X) que es específica de cada marco (m). Todo lo cual significa que desde cada paradigma únicamente se puede dar una explicación parcial del fenómeno global del comportamiento interpersonal humano. No hay, en este sentido, ninguna explicación soberana. Simplemente, porque no hay un aspecto psicosocial privilegiado.

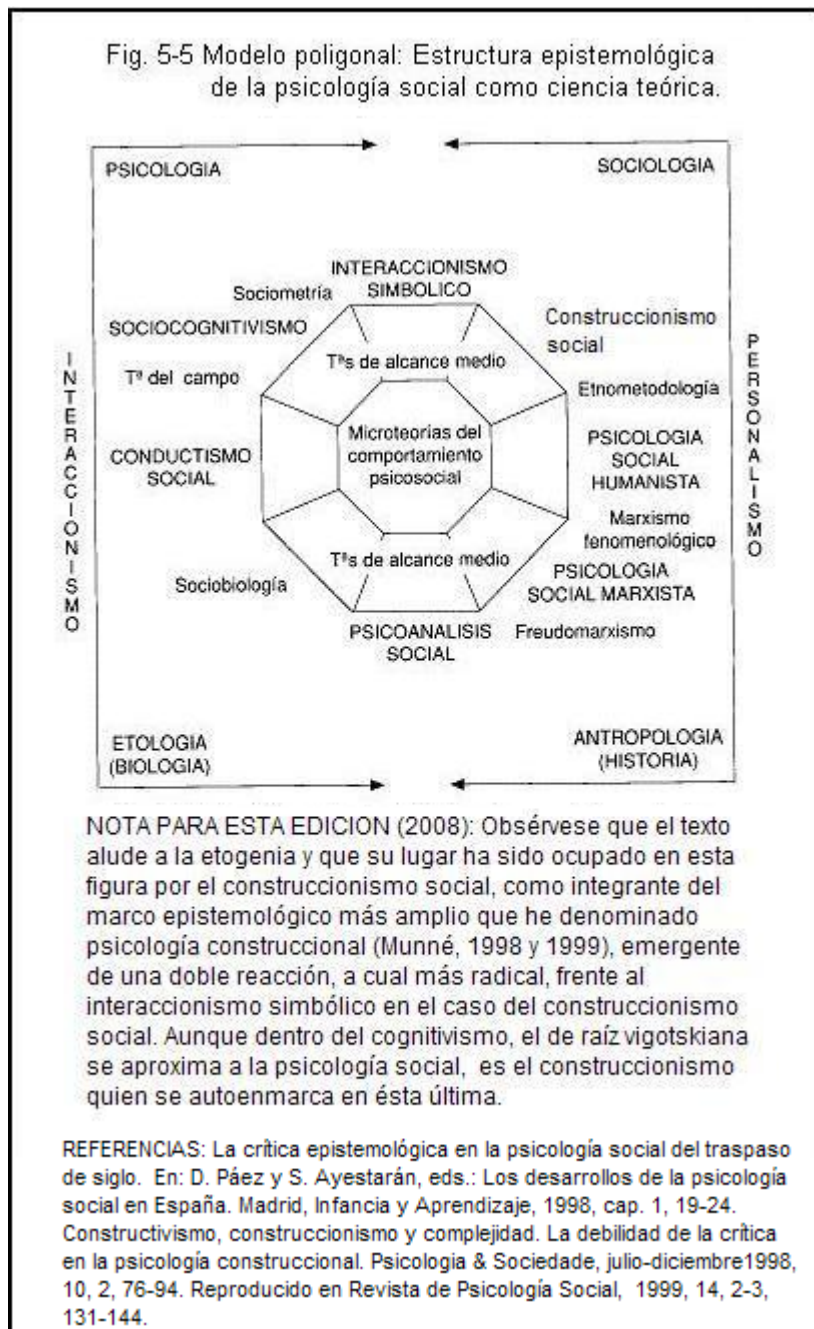
¿ Qué repercusión tiene lo explicado en el nivel de alcance medio, es decir, en las teorías con las que habitualmente uno trabaja, y en el nivel metaparadigmático ? Con referencia a lo primero, hay que observar que aunque dichas teorías se mueven en un nivel subparadigmático parten de unos supuestos paradigmáticos. Quedan, por lo tanto, afectadas de lleno por la problemática explicada. Es ilusorio pensar que operar con estas teorías, que en realidad confieren concreción a un paradigma y a la faceta conductual focalizada por él, evita plantear los problemas de "largo alcance".

Dos observaciones complementarias sobre las teorías de alcance medio: En la medida en que una teoría de esta naturaleza (como la teoría de la iniquidad, de Stacy Adams) pretenda abarcar un fenómeno o un proceso que va más allá del sector comportamental cubierto por el marco de base (en la teoría citada, la percepción de la iniquidad en el intercambio social), adopta una posición interparadigmática ya que supone la aceptación de ciertos supuestos de otro paradigma (el sociocognitivo, siguiendo el ejemplo), supuestos que son estimados, explícita o implícitamente que es lo más habitual, coherentes con el paradigma de partida (el conductista social).

La otra observación se refiere a la valoración de las teorías de alcance medio. A menudo son criticadas en términos paradigmáticos, haciendo caso omiso del nivel subparadigmático en el que operan. Esto muestra la confusión que existe entre los niveles de formalización teórica. Una crítica de estas teorías, para ser válida, ha de considerar si poseen o no poseen la coherencia del paradigma de partida. Esto es especialmente útil en el caso de las teorías intermedias, ya que una crítica seria debe incidir a fondo en la coherencia interparadigmática. Por ejemplo, en el caso de la ya citada teoría de la frustración-agresión, de Miller y Dollard, es preciso preguntarse si la reducción del impulso es una base suficiente para su doble referencia al conductismo hulliano y al psicoanálisis freudiano.

El carácter sectorial de los marcos teóricos afecta también, aunque de un modo diferente, al nivel metaparadigmático. Cada metaparadigma tiende a relacionarse con determinadas disciplinas afines a la psicología social. El interaccionismo psicosocial conecta especialmente con la psicología y con la etología y la biología, mientras que el personalismo psicosocial busca sus referencias más bien en la sociología así como en la antropología y la historia.

Todo lo expuesto obliga a reelaborar el modelo circular de forma que pueda reflejar al nivel metaparadigmático las conexiones multidisciplinares, al nivel paradigmático la naturaleza sectorial de cada marco teórico, y al nivel subparadigmático la posición ocupada por las teorías de alcance medio. Esto transforma el modelo circular en poligonal. He aquí el nuevo modelo (fig. 5.5):



El centro del modelo está ocupado por las mil y una microteorías resultantes del trabajo empírico. Son las teorizaciones contenidas, por ejemplo, en las hipótesis experimentales o destiladas por la práctica profesional.

Las microteorías tratan directa y concretamente del comportamiento, o más exactamente de algún aspecto determinado del mismo. Al diseñar una investigación, así como al interpretar los datos obtenidos en ella, es necesario tomar como referencia alguna teoría de alcance medio, cosa que puede hacerse de un modo explícito o implícito, confesado o no.

En el nivel paradigmático el modelo admite matices no representados. Así, podría incluir tendencias intraparadigmáticas, incluso de naturaleza intermedia; por ejemplo, la psicología social de Sartre, que mira hacia la psicología social humanista, o la psicología social de Heller, que mira hacia la psicología social marxista (cfr. Munné, 1982).

La multidisciplinariedad del comportamiento social queda registrada, a un nivel fundamentante en los cuatro ángulos del cuadrado del modelo. Como puede verse, cada ángulo se corresponde con uno o varios enlaces interdisciplinarios.

El modelo poligonal "predice" las características tendenciales de cualquier teoría de alcance medio según el sector paradigmático en el que se desarrolla. Además, muestra las limitaciones y las posibilidades de cada paradigma en cuanto a sus posibles desarrollos y convergencias subparadigmáticas. Estos desarrollos y convergencias son más probables y menos arriesgados con los marcos vecinos, debido a la mayor facilidad de un frecuente contacto, y relativamente difíciles con los que están más alejados. Ahora bien, esto no significa que entre marcos "geográficamente" próximos se dé un mayor y más fácil entendimiento. El diálogo, que en el interior de un marco paradigmático dado resulta siempre positivo, entre paradigmas pasa generalmente a convertirse en un medio de ataque infructífero, ataque que suele ser constante y furioso con los paradigmas colindantes con el consiguiente desperdicio de fuerzas. En cuanto a las teorías de los marcos opuestos, en general más que incomunicación reina el silencio o lo que es lo mismo un sospechoso desinterés, cuyo origen hay que buscar en el corte epistemológico introducido por la dicotomización metaparadigmática.

El modelo posee otras propiedades descriptivas y/o explicativas. Así, más allá incluso de los metaparadigmas, haciendo rotar el eje vertical unos pocos grados a la derecha del modelo resultan dos sectores de los cuales el inferior corresponde a los productos teóricos que enfatizan los procesos dinámicos (en el sentido funcional del término), psicosociales (lo psicodinámico *lato sensu*) mientras que el superior más bien desdeña estos procesos en pro de una aprehensión de los fenómenos de cambio. En efecto, el primer sector cubre desde parte del sociocognitivism, especialmente el área de la disonancia cognitiva, hasta los linderos del freudomarxismo, pasando por el conductismo social (el refuerzo como móvil del aprendizaje) y la sociobiología (las fuerzas comportamentales derivadas del programa genético). El segundo sector cubre el resto del modelo.

Otra propiedad de interés es que haciendo rotar el eje en el mismo sentido anteriormente indicado unos grados más, esto es cortando por la teoría del campo y por el marxismo fenomenológico, el sector superior corresponde a la zona de inspiración fenomenológica. Esto sugiere cierta incompatibilidad, al menos de entrada, entre los análisis de carácter dinámico y los de carácter fenomenológico. Y por lo mismo permite valorar los intentos de superarla por parte del sociocognitivism y ciertos sectores de la psicología social marxista.

El modelo no recoge, de manera directa, tendencias específicas definidas metodológicamente, como la psicología social fenomenológica *stricto sensu* o sea tomada paradigmáticamente, o la psicología social dialéctica. En cuanto a la sociometría se toma en cuenta por sus supuestos teóricos, no por los filosóficos.

El modelo tampoco recoge las relaciones con la ecología. En congruencia con la naturaleza global de las variables ecológicas (punto que se tratará en el apartado 7.3 y se reflejará en el modelo prismático, del 8.2), esas relaciones no afectan a ningún paradigma en especial sino que los modulan a todos. El grado de "saturación ecológica" de cada paradigma puede indicarlo el empleo, por sus teorías de alcance medio, de constructos como ambiente, clima, contexto, situación u otros afines. Esto no significa que en el futuro no pueda surgir algún paradigma que intente enfatizar aquellas variables, del mismo modo que las variables biológicas, que estando en la base de cualquier tipo de comportamiento intentan hoy ser una clave explicativa del comportamiento social (caso de la sociobiología: apartado 7.3).

No hay que olvidar que el modelo poligonal está elaborado con base en el panorama que actualmente ofrece la psicología social teórica. Está claro que nuevas tendencias específicas podrían introducir nuevos sectores. El modelo no ha de ser, en consecuencia, necesariamente octogonal ni, por lo mismo, simétrico.

Por otra parte, es importante considerar otra conexión interdisciplinaria singular. Al igual que la ecología, aunque por razones bien distintas, esta conexión tampoco es angular o parcialmente dominante en el modelo, sino que es general. Se trata de la psiquiatría, especialmente en sus extensiones psicopatológico sociales. Esta conexión afecta evidentemente a todos los marcos paradigmáticos, lo cual se concreta desde el punto de vista teórico en el nivel subparadigmático de las teorías de alcance medio. La consecuencia es que para dar cuenta del comportamiento psicosocial anormal o patológico, habría que desdoblarse el modelo, quedando con ello repetido en una segunda capa (esto es también aplicable al modelo prismático del apartado 8.2).

El modelo poligonal es uno de los modelos hipotéticos sobre la situación de la psicología social teórica. El propio modelo conduce a esta conclusión, pues nos ofrece una visión sociocognitiva de esta situación. En efecto, descubre lo que podríamos denominar la "estructura cognitiva" de la psicología social actual, es decir trata ésta como un campo de conocimientos científicos, dotado de una coherencia y una racionalidad propias, y en una situación definida por un complejo pluralismo de orientación dual.

Por último, el modelo descrito introduce cierto relativismo epistemológico. Ahora bien, el pluralismo teórico no es ninguna patente de corso. En cada nivel, este relativismo tiene un significado diferente: En los metaparadigmas, es la contradicción, permanente y permanentemente sintetizable, esencial al ser humano y sus productos. En los paradigmas, son las diversas perspectivas de aprehensión y de comprensión de la realidad. En las teorías de alcance medio, no significa que las teorías de un marco dado sean todas iguales, pues las hay antagónicas, complementarias y por supuesto más o menos consistentes tanto interna como externamente o sea con el nivel superior de formalización.

Por otra parte, no hay que confundir el relativismo epistémico con el relativismo ideológico: aquél no supone este último. Piénsese que no es indiferente elegir en cada nivel de formalización cualquier opción, ya que cada una responde a unos intereses y unos valores diferenciados.

5.4 Teorías en psicología social y teoría de la psicología social.

El carácter zonal de los marcos teóricos parece que consolida el pluralismo, máxime si se advierte que la historia de la psicología social enseña que tales marcos tienen una clara resistencia al cambio y tienden a la autosuficiencia o el exclusivismo, es decir se presentan a menudo como "psicologías sociales". ¿Significa esto la imposibilidad de llegar, en psicología social, a una teoría global ?

Kuhn (1962), pensando especialmente en las ciencias naturales sobre todo en la física y la química aunque también en la geología y la biología, sostuvo inicialmente que una ciencia alcanza su madurez cuando consigue llegar a un paradigma único. Por otra parte, aclaraba Kuhn que este paradigma triunfante nunca es definitivo. Siempre genera realizaciones lo suficientemente incompletas e inacabadas como para dejar muchos problemas pendientes de resolución. Es más, los descubrimientos de auténtico interés histórico provocan un cambio paradigmático o contribuyen a él. Estos descubrimientos nacen de una anomalía en la ciencia normal, que es la ciencia que se limita a resolver los problemas seleccionados por el paradigma vigente. Esta anomalía provoca una crisis que sitúa a la comunidad científica en un estado de inseguridad e incertidumbre, reflejado en una proliferación de versiones distintas del paradigma. El nuevo paradigma, pasa, después, a guiar la investigación científica y hace que sus seguidores trabajen en un mundo diferente al anterior y vean cosas nuevas distintas a las anteriormente vistas al mirar en un sitio donde ya se habían mirado (Caparrós, 1978).

En las ciencias sociales - sería mejor decir, humanas- Kuhn (1962) entendió primeramente que, al no haberse alcanzado todavía un solo paradigma, su situación es preparadigmática. Pero después (1970), reconoció que la madurez científica de estas ciencias no estaba supeditada al paradigma único. E igual opinaron aquellos que aplicaban el concepto kuhniano a la psicología, calificándola decididamente de ciencia multiparadigmática (Burgess, 1972; Masterman, 1980; etc.). La misma afirmación se ha hecho de la psicología social por Schellenberg (1978), el cual añade que por ello hay que considerar los diversos enfoques teóricos de la misma como enfoques complementarios más que como rivales, de tal modo que el psicólogo social sería aquél que combinara todas estas perspectivas diferentes.

El reconocimiento del carácter multiparadigmático de la ciencia psicosocial ha sido, ciertamente, un paso importante. Más importante es reconocer su dimensión metaparadigmática. En este sentido, al formular el concepto de paradigma, Kuhn cercenó el campo visual teórico, porque, al presentar el paradigma como eje explicativo, ocultaba el nivel metaparadigmático. Por otra parte, Kuhn no advirtió que su aceptación de una ciencia social multiparadigmática exigía, al menos para las ciencias humanas un nivel de formalización superior al paradigma.

La existencia de este nivel implica que el problema que plantea el pluralismo teórico se traslada a otro plano. Si bien, de un lado, las cosas parecen más sencillas,

puesto que el pluralismo queda sustituido por un dualismo resultante de la integración de los diversos marcos teóricos en dos metaparadigmas o, según como se consideren las cosas, del despliegue de éstos en una pluralidad de marcos, de otro lado las cuestiones adquieren mayor dificultad al quedar referidas a un plano subyacente. Y dada la naturaleza fundamental del mismo es en este nivel, no reconocido ni manifiesto, donde procede plantear y debatir problemas fundamentales en los que late el dualismo metaparadigmático, tales como la grave escisión histórica de las ciencias sociales (Comte-Marx), el debate entre la psicología social como ciencia natural o como ciencia cultural, reabierto por el historicismo actual (como Gergen), la vieja polémica entre la psicología social psicológica y la psicología social sociológica, dicotomía que acompaña inseparablemente a la concepción meramente interdisciplinaria de la psicología social, y en general el crónico tópico de la crisis en nuestra ciencia. La misma cuestión del pluralismo teórico sólo adquiere un pleno sentido cuando se plantea en dicho nivel profundo.

Lo que acaba de afirmarse también se puede predicar del pluralismo metodológico. En metodología no se puede hablar en términos de verdad o falsedad, sino de adecuación o no al objeto de la investigación o análisis. De ahí que al conferir cada sector teórico una especificidad al objeto global de la psicología social, requiere una vía adecuada de acceso y de tratamiento de los datos (del mismo modo que un médico no tratará con igual enfoque una úlcera gástrica o un tumor cerebral, ni un campesino utilizará los mismos utensilios en un viñedo que en un campo de hortalizas). Por esto, se ha reconocido que cada corriente psicosocial posee su propia tradición metodológica e influye, en la selección de las técnicas de investigación (Deutsch y Krauss, 1965). Y con respecto a la psicología social aplicada, se ha considerado (Fisher, 1981) como una de las cinco características definitorias de la misma, el eclecticismo metodológico, particularmente referido a la experimentación en el laboratorio, dado que no hay método bueno ni malo sino más o menos conveniente en relación con los problemas a estudiar. Junto al pluralismo en lo metodológico está el hecho de que los problemas de fondo remiten a un plano más fundamental, plano en el que estos problemas se plantean en sendas alternativas (génesis-estructura, observación-experimentación, investigación cuantitativa-investigación cualitativa, laboratorio-marco natural, etc.). Y si consideramos que el método y las técnicas de conocimiento científico a emplear están condicionadas por los principios teóricos desde los que se opera, como muestra el contenido de cada metaparadigma, es patente que el dualismo metodológico y el dualismo teórico están estrechamente vinculados y que ambos remiten a un nivel metaparadigmático.

Volvamos al pluralismo teórico. Reducido éste, por lo dicho, a un dualismo, cabe preguntarse si este dualismo constituye el basamento de la psicología social. Una respuesta afirmativa es pausable si pensamos que el dualismo - he ahí, la trascendencia del nivel metaparadigmático - puede generar, a través de un movimiento dialéctico, el cambio y el desarrollo científicos.

Sin embargo, en la medida en que el dualismo representa admitir que la psicología social es una ciencia sin unidad, una ciencia partida en dos mitades irreconciliables que perpetúan una crisis incesante que va emergiendo bajo sucesivas formas cíclicas, el dualismo ha de ser vivido, sin duda, como un problema

trágico. En psicología, ilustra esto la tesis de Kendler (1981) de considerar a ésta como una "ciencia en conflicto". Debido a las diferentes interpretaciones acerca de su naturaleza científica y del rol que desempeña y debe desempeñar en la sociedad es vista ya como una ciencia de la mente, ya como una ciencia de la conducta, ya como una combinación de ambas cosas. Los dos enfoques primeros se corresponden, respectivamente, con la vía del conocimiento fenomenológico (la experiencia consciente) y del método conductista. Todo esto, concluye Kendler, convierte a la psicología en una "ciencia ambigua" e impide que opere como una ciencia o profesión unificadas.

Como se ve, se confunden el pluralismo y el dualismo con el conflicto y la ambigüedad. Aunque a menudo aquellos engendran estos efectos, estos no les son inherentes. De todos modos y quizás por dicha confusión, el monismo persiste como un ideal profundamente anhelado por muchos. Unos se lamentan de que la psicología social esté lejos todavía de la unificación teórica (Salazar, 1979). (Pero ¿ es que hay alguna disciplina científica, particularmente en las ciencias humanas, con ella ?) Otros declaran su intención de exponer la psicología social procurando sintetizar las teorías en competencia, para lograr así una explicación más omnicomprendiva del comportamiento (Albrecht, *et al.*, 1980). En fin, para no alargarnos, Lambert (1980), después de escribir que no parece que nadie vaya a integrar por ahora las teorías psicosociales, añade sin justificarlo que dentro de cien años (*sic*) habrá alguna teoría general de la conducta humana. Por cierto que este último psicólogo social propone que, en el ínterin, la guerra actual entre los teóricos cognitivos y los teóricos conductistas cese y cada bando deje trabajar al otro en paz, máxime si se tiene en cuenta que una teoría general de la conducta social debe, según él, basarse en el principio hedonista de la expectativa del placer, lo cual incluye elementos conductistas y cognitivos. Como es patente, Lambert se plantea no tanto la cuestión de una teoría psicosocial como la de una teoría general de la conducta, cuestión más allá de la psicología social y que sin embargo se limita a formular al nivel paradigmático.

La tendencia al monismo teórico, o al menos a reducir en lo posible el pluralismo, se revela por otra parte en los constantes intentos de convergencia detectables en la situación actual de la disciplina y fuera de ella. A mitades de los sesenta, Snow (1964) advirtió un movimiento convergente, a cargo de las ciencias sociales, entre las que pocos años antes había considerado dos culturas en divergencia. Y dentro de la psicología social a los intentos de aproximación ya indicados habría que añadir la proliferación de teorías intermedias de todo tipo, es decir, afectando a todos los niveles de formalización. Aunque, en general, los resultados son híbridos, esto no les resta valor convergente. Ahora bien, en cuanto a las mencionadas dos culturas, Kimble (1984) se ha preguntado si asistimos a un "armisticio epistémico" entre ellas dentro del campo de la ciencia psicológica. Los datos de la investigación cuantitativa que este autor realiza con tal motivo, empleando una interesante adaptación del diferencial semántico, muestran que permanece el desacuerdo en lo más básico, concretamente entre los valores más importantes (lo científico vs. lo humanístico), la fuente base del conocimiento (objetivismo u observación vs. intuicionismo) y el grado de generalidad de las leyes (nomotético vs. ideográfico). Por lo que se refiere a la psicología social, las convergencias aludidas, aparte de que son siempre aisladas y parciales, a la postre son generadoras paradójicamente de pluralismo: nuevas teorías intermedias que

luego pueden adquirir entidad propia, enriqueciendo así el panorama y mostrando una vez más la complejidad de la realidad. Es lo mismo que ha ocurrido en el campo de la física, en el que al descubrimiento de las partículas subatómicas y la aceptación del dualismo partícula-antipartícula, a la vez que al par de fuerzas clásicas - la electromagnética y la gravitatoria - se ha añadido otro par de fuerzas constituido por la interacción fuerte y la interacción débil.

Pero también el monismo levanta grandes recelos. Porque, en una teoría suprema se ve una fácil caída en la especulación y el dogma. De todos modos, hay que distinguir según se trate de una teoría que intente explicar y predecir el comportamiento social en general o el comportamiento psicosocial en particular. Con respecto a la primera, y dejando constancia de ataques contra la irónicamente llamada Gran Teoría (Wright Mills, 1959) en alusión directa a Parsons), hay que añadir a lo explicado que el miedo a una teoría especulativa y dogmática es el resultado de desconocer u olvidar que hay varios niveles de formalización teórica. Lo rechazable es reducir al monismo los niveles examinados, en los que la pluralidad o la dualidad es consustancial. Y con respecto a una teoría unificada del comportamiento psicosocial,, el modelo citado descarta en principio cualquier posibilidad de una teoría general desde el nivel interpersonal de observación del comportamiento (ver cap. 7.1) puesto que ni metaparadigmáticamente la idea de una gran teoría parece factible.

¿ Es, entonces, la vieja aspiración de un monismo teórico un *desideratum* vano ? En rigor, el modelo poligonal no es antagónico con la formulación de una teoría general del comportamiento psicosocial, porque el dualismo metaparadigmático sólo afecta al nivel correspondiente de formalización. Y si se tiene en cuenta que los metaparadigmas son opuestos pero no antagónicos, formalizando más la teorización, esto es, saltando a otro nivel más englobante, aquel dualismo podría no afectar a la teorización.

Pero ¿ hay algo más allá de los metaparadigmas psicosociales ? La respuesta es: la propia psicología social como ciencia. Y en este nivel, la teorización psicosocial tiene su alcance más global posible, ya que coincide con el objeto disciplinar. Más claramente, lo que se formaliza ahora es una concepción teórica y una toma de posición sobre cierto plano estudiado del comportamiento humano, el plano de que se ocupa la psicología social.

Ciertamente, también en este nivel disciplinar cabe un pluralismo. Pero lo que está en cuestión no es tanto los modos de tratar el plano interpersonal sino el plano mismo. De lo que se trata es de aprehender en toda su peculiaridad, con los menos sesgos posibles, el objeto psicosocial. Y esto sólo parece posible entendiendo la psicología como un ámbito con entidad propia. Ahora bien, aprehender este objeto es ya elaborar el constructo, teórico o metateórico según se mire, que confiere esa entidad, o sea que dota de sustantividad científica a la psicología social. Esta sustantividad es la que impide la rotura del campo psicosocial, a pesar de la tendencia monopolizadora de los marcos teóricos y de la constante tensión metaparadigmática. El monismo está en la base y es la razón de ser del dualismo y el pluralismo teóricos. Esta sustantividad es, también, la que puede conducir, no a las crisis que constituyen la ciencia psicológico social, pero sí a la superación, por la vía de la inteligibilidad y la coherencia, de una crisis.

Llegar hasta dicho constructo es, pues, identificar conceptualmente la psicología social como ciencia sustantiva. Esto requiere saltar de las teorías *en* la psicología social a la teoría *de* la psicología social.

Tercera parte

CONSTRUCCION CONCEPTUAL DE LA PSICOLOGIA SOCIAL

6

EL PROBLEMA DEL OBJETO Y SUS RESPUESTAS

El concepto de la psicología social no puede responder a un constructo aislado. En su elaboración han de concurrir otros constructos con los que forma un armazón lógico. A partir de esto, se adivina como posible y necesario un nuevo enfoque de cómo se construye la psicología social como ciencia. Se trata de, sin renunciar a la herencia histórica, poner el énfasis no en los aspectos genéticos y diacrónicos de la cuestión, como antes se ha hecho, sino en los de carácter sincrónico y estructural.

Lo que en realidad se discute no es tanto la entidad científica de la psicología social como la naturaleza de esa entidad. ¿Estamos ante una rama que depende de una ciencia mayor o madre? ¿Es, por el contrario, una ciencia independiente? En cualquier caso ¿dependiente o independiente con respecto a qué? Esencialmente, el problema se da con respecto a la psicología y la sociología. A las relaciones entre ambas ya se dedicó el V Congreso Internacional de Sociología (París, 1903). En él tuvo lugar una fuerte polémica entre De Roberty, quien derivaba lo psicológico de lo sociológico, y Tarde, que sostenía lo contrario. Años después, la coincidencia ya mencionada de la aparición de dos textos sistemáticos de la disciplina a cargo, de un lado, de uno de los eminentes psicólogos de la época y, de otro lado, de un sociólogo que poco después presidiría la Asociación Americana de

Sociología, es todo un símbolo de las líneas en las que fundamentalmente se movería la controversia sobre el estatus científico de la psicología social.

La amplitud de esta controversia puede advertirse en el hecho de que todas las respuestas lógicamente previsibles se han defendido y se defienden aún. En principio, hay dos únicas respuestas: la que niega la independencia y la que la afirma. Pero tanto la respuesta negativa como la afirmativa pueden basarse en argumentos muy distintos por no decir opuestos. De ahí que este par de respuestas genéricas se despliegue en un abanico de cinco respuestas que conllevan posturas esencialmente diferentes sobre el contenido y el concepto de la psicología social. Por supuesto, caben posturas híbridas que, para simplificar las cosas, no vamos a tomar en consideración.

He aquí formalizadas, las diferentes posiciones teóricas sobre el estatus científico de la psicología social (cuadro 6-1).

¿ES LA PSICOLOGÍA SOCIAL UNA CIENCIA INDEPENDIENTE?		
No, porque:	1) PS = P	Psicologismo.
	2) PS = S	Sociologismo.
Sí, porque:	3) PS = P + S	Psicosociologismo o sociopsicologismo.
	4) P (PS) S	Interdisciplinarietà.
	5) P ≠ PS ≠ S	Substantivismo
Cuadro 6-1 Posiciones teóricas sobre la naturaleza de la psicología social como ciencia (PS: psicología social. P: psicología. S: sociología).		

Desde una perspectiva psicosocial, las tres primeras respuestas generan posiciones extremas, por su carácter excluyente y reductor. En cambio, las dos últimas son moderadas. Vamos a analizarlas, empezando por aquellas que niegan que la psicología social sea una ciencia independiente.

6.1 Del psicologismo al sociologismo.

Una de las razones que pueden alegarse para negar independencia científica a la psicología social es que ésta no es distinta de la psicología. Como máximo constituye una parcela más o menos diferenciada de ésta.

Bien representativa de esta opinión es la afirmación de que la psicología social es una parte integrante de la psicología individual (F. Allport, 1924). Es una opinión muy extendida, que comparten todos aquellos que consideran a la psicología social una subdisciplina o rama de la psicología (Krech y Cruthfield, 1948; Sherif, 1963; Hofstäter, 1963; Zajonc, 1966; Lindgren, 1973; Diliguenski et al., 1975; y entre nosotros, Pastor Ramos 1983). El mismo sentido tiene considerar que la psicología

social se propone entender la parte que en la conducta social desempeñan los procesos psicológicos (Eiser, 1980a).

Que el psicologismo es insatisfactorio lo delata las incongruencias en que caen algunos autores citados cuando, sin perjuicio de la opinión señalada, mantienen también que la psicología social es una ciencia básica (Krech y Crutchfield) o una ciencia "completamente independiente (Diliguenski et al.), o cuando se reconoce que no hay límites ponderables que indiquen con exactitud si la psicología social pertenece al ámbito de la psicología general o de la sociología general (Pastor Ramos).

Aunque hay quién, como el último autor mencionado, parece basar el psicologismo social en el hecho de que la mayoría de las investigaciones psicosociales contemporáneas provienen de los psicólogos, el argumento más común es que la psicología social asume (Krech, Crutchfield y Ballachey, 1965) o aplica "totalmente" (Zajonc) las mismas leyes que la psicología general. Con otras palabras, se supone que los principios reguladores de la conducta individual son suficientes para explicar la conducta social del ser humano.

La respuesta de que la psicología social no es más que psicología, es epistemológicamente reduccionista, pues enfatiza el individuo como tal. Es desde el individuo, y no a partir de él, que se pretende dar cuenta del comportamiento social humano. En el plano ideológico, la consecuencia es una visión cuya expresión más coherente probablemente corresponda al intersubjetivismo tardeano. Pero no es necesario acudir a los clásicos para ilustrar ello. Taylor y Brown (1979) han criticado a Tajfel precisamente porque denuncia la psicología social por individualista (ver Tajfel, 1981), y juicio de ambos autores el individualismo únicamente es rechazable en el método pero no en la teoría (*sic*). En otro orden de cosas, recuérdese la acusación de individuocentrismo lanzada contra la psicología social norteamericana (Pepitone, 1981), basada principalmente en las doctrinas metodológicas asociadas con el concepto de psicología como una ciencia natural empírica.

El resultado del reduccionismo psicologista es o bien recortar el campo potencial de la psicología social, renunciando por ejemplo a toda la psicología colectiva o bien acoger parte de la misma pero psicologizando sus manifestaciones.

Posición antagónica con el psicologismo examinado, pero coincidente con él en negar una independencia a nuestra disciplina, es la del sociologismo. En este caso, se estima que la psicología social no es una ciencia independiente porque sustancialmente no es otra cosa que sociología. En ella podrían situarse, además de toda la tradición de la psicología colectiva, la "sociología psicológica" (Mauss, 1924; o Mannheim, 1963), así como la teoría de las acciones sociales (Znaniecki, 1969). Adviértase que en todos estos casos, el nombre de la psicología social es expresamente sustituido por otro más acorde con la naturaleza sociológica que aquélla recibe.

Las dificultades de mantener una posición sociologista se reflejan, por ejemplo, en la actitud ambivalente de Parsons (1951) al decir por una parte que, como disciplina teórica, la psicología social no tiene la misma independencia que la teoría psicológica o la sociología, debiendo quedar referida explícita y sistemáticamente a

los aspectos sociológicos de los sistemas sociales, y por otra parte reconocer que de hecho estamos ante una disciplina medianera entre la sociología y la psicología, del mismo modo que son también medianeras la bioquímica, la psicología fisiológica o la sociología jurídica.

En rigor, aceptar el sociologismo supone fundamentar el comportamiento que tiene el individuo cuando entra en relación con sus semejantes en unas leyes que rigen los sistemas y las estructuras sociales. Planteamiento éste, al que subyace una reificación u ontologización de lo social, ya sea como alma del grupo o de la masa ya sea, en sus formulaciones más radicales, como un *Geist* colectivo. Está claro, en todo ello, el recuerdo de ciertas concepciones de la filosofía de la historia (Hegel, Spann, Spengler) y de la etnología (Fröbenius, Levi-Brühl).

Desde la perspectiva de los campos científicos, tanto el psicologismo como el sociologismo convierten de hecho a la psicología social en un campo parásito, que se nutre bien de la psicología, bien de la sociología. Sin embargo, cuando han aspirado a alcanzar un conocimiento más real del hombre cotidiano tanto la psicología como la sociología han recurrido al enfoque psicosocial, enfoque que por añadidura les evitaba el temor ancestral de caer una en manos de otra. De ahí que en la construcción histórica de la psicología social, sean abundantes las aportaciones de los psicólogos y de los sociólogos.

6.2 Psicosociologismo e interdisciplinariedad.

Otra posición extrema sobre el estatus científico de la psicología social está en afirmar que ésta es una ciencia independiente. El argumento es simple: La psicología y/o la sociología no son, a la postre, otra cosa que psicología social. Se considera, entonces, que nuestros comportamientos únicamente pueden ser estudiados con un enfoque psicosociológico, porque el individuo y/o la sociedad, tomados aisladamente son meras abstracciones. Tan solo las personas en tanto que miembros sociales tienen una existencia real. En consecuencia, tanto la psicología como la sociología, como ciencias humanas, estudian puras entelequias, si bien un psicosociologismo moderado no puede menos que aceptarlas pero considerando que su razón de ser es exclusivamente analítica. En resumen, la psicología social se encuentra, dicho en términos aristotélicos en el justo medio, y la visión que la misma proporciona es la única que no sesga la realidad.

El psicosociologismo está paradójicamente insinuado en ciertas formulaciones de Durkheim (1925) así como en la afirmación de Dewey (cit. por Mills, 1962) de que toda psicología es o bien psicología biológica o bien psicología social, en la teoría interpersonal de la psiquiatría de Sullivan (1953), y en los planteamientos epistemológicos de Moscovici (1970 y 1972). En general, tiende a él cualquier teoría que afirme el carácter radicalmente social de la psique del individuo humano.

El argumento psicosociologista puede convencer a más de uno. Ahora bien, por conectar a la vez con la psicología y la sociología, la psicología social está más cerca de la realidad del comportamiento humano que aquellas dos. Claro que esto

no justifica el psicociologismo. Lo único que se deriva de esa cercanía, eso sí, es que la psicología y la sociología son dos ciencias que trabajan en un nivel más formalizado que el de la psicología social.

Llevado a sus últimas consecuencias, el psicociologismo absorbe la psicología y la sociología en la psicología social. Aquéllas pasan a ser tributarias de ésta. Como es palpable, se trata de un reduccionismo por doble partida, mucho más radical, en consecuencia, que el psicociologismo o el sociologismo. Ideológicamente, late en él un nihilismo, que disuelve el sustrato individual del ser humano a la par que subjetiviza la vida social.

Es importante observar que, a veces, detrás de un aparente psicociologismo se encuentra el psicociologismo. Cuando, como Freud (1921) o la psicología soviética ortodoxa (ver Munné, 1982 y 1985), por citar dos pensamientos dispares, se afirma que toda la psicología es psicología social, estamos ante un psicociologismo aparente que, en realidad, es reductor de esta última a aquélla. En ambos casos se continúa estudiando el comportamiento individual y es a partir de éste que se consideran algunos aspectos sociales del mismo. Con ello, la psicología social, y no la psicología, deja de tener una justificación propia.

Los tres ismos examinados hasta aquí son reduccionistas. Y lo son por doble partida: conceptualmente y en la práctica. Lo prueba de que tienden a tratar sólo aquella parte de la psicología social que puede ser explicada con los principios de la ciencia a la que se adscriben. Al abocar en sendos monopolios científicos son, además, una traducción del espíritu imperialista extrapolado al campo de las ciencias del hombre.

Frente a estos ismos se alza una postura moderada que, en respuesta a la necesidad actual de colaboración interdisciplinaria (Munné, 1974; Whitacker, 1979), sostiene que la psicología social es una ciencia independiente, situada entre la psicología y la sociología. Constituye, con otras palabras, el "eslabón perdido" que permite superar el vacío existente entre lo psicológico y lo sociológico. Esta postura se corresponde con el lugar clave que en los intercambios de información entre las principales revistas de psicología y de sociología ocupan las revistas de psicología social, influyendo estas últimas sobre aquéllas, como se ha podido demostrar empíricamente (por Jaspars y Ackermans, 1967).

La interdisciplinaria de la psicología social es, probablemente, la postura predominante hoy en día. En realidad, y a pesar de las definiciones psicologistas de muchos autores, el tratamiento que estos hacen de la psicología social les sitúa de hecho dentro de este enfoque epistemológico.

La naturaleza interdisciplinaria de la psicología social puede argumentarse con matices diferentes, aunque en general parece que a través de aquélla se quiera salvar un hiato entre la psicología y la sociología. He aquí, a continuación, algunos de estos matices: El carácter intermedio de la psicología social resulta del hecho de que estudia la conducta del individuo - su unidad de análisis - pero en contextos de grupo (Whitacker, 1979); la psicología general trata de la forma mientras que la psicología social se ocupa del contenido, y que ésta se interesa por los datos de primer orden proporcionados por aquélla y que subyacen en la base de los datos de

segundo orden de que se ocupa la sociología (Spratt, 1962); la psicología social no sustituye a la psicología ni a la sociología, sino que es un enfoque nuevo de la primera en lo que tiene de social y de la segunda en lo que tiene de psicológica; una ciencia, pues, por derecho propio que actúa de puente entre estas dos y otras ciencias sociales; y esto, sin perjuicio de que, en sentido digamos académico, opere como una rama especializada de ambas que sirve para enlazar una y otra (Curtis, 1960).

Últimamente, se ha destacado el papel mediador de la psicología social entre la psicología general y las ciencias generales, lo que comporta diferenciar aquella de estas últimas. Según la teoría del realismo crítico de la ciencia (Bhaskar, 1982) no hay que confundir las ciencias sociales con la psicología social. Aquéllas se focalizan en las estructuras y las interrelaciones producidas por la acción humana; ésta, en los individuos y más específicamente en sus interacciones con los otros y con las instituciones sociales. Es un matiz discriminador interesante, pero peligroso. Si de una parte confiere un lugar propio a la psicología social aunque escorado hacia la individualidad, de otro reduce excesivamente el ámbito de las ciencias sociales.

El enfoque interdisciplinario de la psicología social ha generado en Europa, especialmente en Francia, la teoría de la articulación según la cual lo que confiere especificidad científica a aquella disciplina es que proporciona un nexo de unión entre la psicología y la sociología. Es más, se dice (Moscovici, 1984), que el único y constante problema de que se ocupa la psicología social es el del conflicto entre el individuo y la sociedad, y que cuando este problema se olvida la psicología social pasa a ser un apéndice inútil de otra ciencia. Autores de orientación muy distinta coinciden en la mencionada posición teórica, la cual viene a ser la expresión más coherente sobre el papel interdisciplinario desempeñado por la psicología social (Le Ny, 1970; Isráel y Tajfel, 1972; Maisonneuve, 1974; Doise, 1979; entre otros). Le Ny, desde el materialismo dialéctico e histórico, considera que la articulación psicosocial de los planos sociológico y psicológico permite averiguar los determinismos sociales del individuo, o sea entender cómo actúan condiciones económicas, políticas o ideológicas y llevan a un individuo o grupo de individuos a actuar o pensar de tal o cual manera. En cuanto a Doise, en el último capítulo tendremos ocasión de ver que la articulación entre la psicología y la sociología le sirve para elaborar una teoría sobre la explicación psicosociológica.

El alcance de lo que significa otorgar un lugar puente de interdisciplina a la psicología social lo ha captado perfectamente Mariet (1975). En un texto, por otra parte irrelevante, afirma que el hecho de ser aquella disciplina la única que da cuenta de la doble dimensión individual y colectiva de las actividades humanas, la convierte en crucial. Crucial, puede apostillarse, en el doble sentido del término, esto es, por estar situada en un cruce de disciplinas y por ser, precisamente por lo dicho, decisiva. En gran medida, esta es su fuerza potencial y en ello residen sus grandes perspectivas. Por lo mismo, se le ha podido echar el piropo de que "no conozco en las ciencias humanas ningún punto de vista tan bueno como el de la psicología social, pues es lugar de confluencia de todas ellas" (Wrightsmann, 1980).

Quien, entre nosotros, ha explicitado mejor el estatus interdisciplinario de la psicología social es Torregrosa (1974). No sólo por razón histórica, sino por su naturaleza, la psicología social es una ciencia interdisciplinaria, y más exactamente

multidisciplinar, ya que se encuentra en el punto de convergencia de varias disciplinas. La interdisciplinariedad de la psicología social ha permitido entrever la posibilidad de una ciencia unificada de la conducta. Por otra parte, el carácter de disciplina intersticial que posee le permite no sólo articular dos niveles o puntos de vista - el psicológico y el sociológico - sino también describir y explicar los modos en que esos dos niveles interactúan, siendo este objeto formal - no el material, que es el mismo de la psicología y la sociología - lo que le da un carácter específico. Torregrosa, pues, comparte la teoría de la articulación desde "una equilibrada interdisciplinariedad" y exigiendo que la psicología social se constituya en "una ciencia nueva".

A mi juicio, en esto último reside el *quid* de la cuestión. Porque la interdisciplinariedad como estatus científico de la psicología social no es una posición plenamente satisfactoria. Ya en 1954, Ancona escribía que la orientación interdisciplinaria de la psicología social era un mal que ésta tenía que evitar.

Si limitamos la psicología social a lo interdisciplinario corremos el riesgo de convertirla en una ciencia parásita o, peor aún, en nada. Sin advertir lo peyorativo de su afirmación y que ésta sólo posibilita una *definitio per negatio*, esto es lo que lleva a afirmar que la psicología social no es ni psicología ni sociología sino una ciencia híbrida (Tolman, 1952; Insko y Schopler, 1973). Y hay quien, a pesar de tender al psicologismo, destaca también su hibridez que deriva de la interdisciplinariedad en que se mueve (Sherif, 1974). En realidad, cabe preguntarse si la calificación de interdisciplina confiere algún estatus o más bien alude a un momento del proceso de desarrollo de los campos científicos. Porque toda ciencia cuando surge es interdisciplinaria. Recuérdese, sin ir más lejos, que la psicología inicialmente se movía entre la filosofía antropológica y la fisiología, y que tuvo que luchar para deslindarse de una y de otra.

De otro lado, el que la psicología social constituya una frontera común a la psicología y la sociología, para no citar otras ciencias concurrentes lo que de momento complicaría innecesariamente las cosas, le confiere un carácter bifronte, con al menos dos puntos de mira y con dos campos que se interesan a la vez por ella. Este doble frente la hace ser, potencialmente, una ciencia "esquizofrénica" sobre la que repercuten las tensiones de los campos que en ella tienen su lugar de encuentro. (De los graves problemas de dicotomización que tal situación genera se tratará en el capítulo siguiente.) La posición interdisciplinaria busca compensar (puede verse Munné, 1974, sobre los aspectos "contrafuncionales" del movimiento interdisciplinario en la ciencia contemporánea, y Munné, 1980c, en relación con el tiempo libre) aquellas tensiones. En el fondo, se piensa en esto cuando se pide (Stryker, 1983) una psicología social auténticamente interdisciplinaria en la que las dos orientaciones que la nutren, la psicológica y la sociológica, y que provocan una tensión interna en la disciplina estén dispuestas a aprender una de otra.

6.3 Autonomía y substantividad de la psicología social.

La posición “entre disciplinas” de la psicología social está fuera de toda duda. Sin embargo, sigue obsesionando (Backman, 1984; Stricker, 1984; etc.). En realidad, lo que preocupa es cómo pueden combatirse o superarse los sesgos disciplinares. Estos sesgos son inherentes al simple estatus interdisciplinario, porque en éste la neutralidad es difícil, si es que tiene algún sentido. Y el peligro de vaivén o la tentación imperialista son constantes.

De ahí la iteración y la inextinguibilidad de las posiciones examinadas. Así las cosas, el debate es inevitable e interminable, como se evidenció en un contexto científico ajeno a nuestra tradición: la psicología social soviética. Cuando la psicología social renació en la URSS en la década de los años sesenta, se reprodujeron todas las posiciones teóricas sobre su estatus (ver Munné, 1982 y 1985 donde pueden consultarse las fuentes respectivas). Esto es, el problema debatido se planteó exactamente en los mismos términos, con las mismas alternativas y con parecidos argumentos que los que acaban de exponerse. Por supuesto, cada respuesta modulaba el contenido de la disciplina de acuerdo con las coordenadas del marxismo entonces mantenido: los psicólogos estudiaban los fenómenos psíquicos del individuo en sus relaciones con los demás (Kuzmín, Selivánov, Iákovson, Diliguenski) y los sociólogos se ocupaban de la psicología de los colectivos, las clases sociales y las masas (Kolbanovski, Goriácheva, Ossípov). En cuanto al psicosociologismo, estuvo paradójicamente representado por los psicólogos (y algún psicólogo social) ortodoxos, porque defendían que la psicología, sin perjuicio de ser una ciencia natural, ya era una ciencia social, lo cual hacía innecesaria una psicología social aparte. En fin, los interdisciplinarios (Platónov) miraban tanto a la psicología como a la sociología y entre los partidarios del sustantivismo psicosocial había desde posiciones moderadas (Rózhin, Paríguin) hasta las más radicales, como la de Zamoshkin (1970, 4, 426) para quien la psicología social constituye “una ciencia completamente independiente, con métodos propios y avanzados de investigación”.

Reconocer la substantividad como ciencia de la psicología social es el único modo de superar los sesgos psicológico y sociológico, e incluso el psicosociológico, pero tal reconocimiento requiere ir más allá de la interdisciplinariedad sin caer en el radicalismo sinsentido de la independencia científica. Ninguna ciencia es independiente. La cuestión es de autonomía.

De una parte, admitir que la psicología social es una interdisciplina es admitir implícitamente que tiene un estatus derivado. Y esto, lleva a que, cuando en el mejor de los casos se le reconoce desde fuera una entidad propia, sea tratada como una ciencia secundaria, un subproducto que no puede parangonarse con ciencias “troncales” como la psicología o la sociología. De otra, la autonomía no es incompatible con una posición “entre disciplinas”, que en mayor o menor medida es la de todo campo científico. La autonomía no sólo no exige prescindir de la psicología y la sociología sino que se interesa por los nexos codisciplinarios. Esto abre una nueva vía de aproximación a la cuestión, basada en la entidad del objeto de que se ocupa la psicología social. Este será el tema del próximo capítulo.

6.4 Algunos problemas fundamentales del conocimiento científico del comportamiento humano.

Antes de replantear la cuestión del estatus científico de la psicología social conviene revisar las relaciones existentes entre los diferentes campos interesados en el estudio del comportamiento humano. El problema se centra en los límites entre ellos.

Se ha escrito que no es posible trazar ninguna delimitación *a priori* para la psicología social, porque el carácter social del psiquismo viene después, y por lo tanto únicamente el desarrollo científico real ha de permitir la aportación de nuevas decisiones (Le Ny, 1970). Pienso que el grado de desarrollo alcanzado por la psicología social, así como el de los campos que le son más afines, permite ya trazar aquella delimitación.

Sin embargo, ésta no parece ser una tarea fácil. Desde una visión culturalista de la materia, se ha considerado que la línea que separa la psicología social de la psicología y la sociología así como la antropología es imprecisa (Klineberg, 1954). Hay datos a favor de esta opinión. Así, se ha señalado que la separación entre la psicología social y otras especializaciones de la psicología es cada vez menos nítida, ya que los psicólogos generales cada vez utilizan más los hallazgos de la psicología social y éstos los de aquélla, siendo esto a su modo de ver una tendencia contemporánea evidente (Whittacker, 1979). También vienen a apoyar aquella opinión ciertas discusiones confusas, como la que sostiene que la psicología social y la sociología tienen un sector común de estudio, comprendido por las actitudes, los estatus, la delincuencia, el comportamiento de los grupos, etc., sin perjuicio de que la psicología social lo estudia desde el individuo mientras que la sociología lo hace desde la cultura (Rodrigues, 1975).

Sin advertir que esto representa confundir la sociología con la antropología, este profesor brasileño añade que las diferencias entre la psicología social y la antropología son mucho más claras, pero no sólo no las especifica sino que aumenta la confusión al afirmar que últimamente la psicología social tiende a la micropsicología social dejando la macropsicología social para la sociología, o sea que aquélla se concentraría en estudios de interacción diádicos o triádicos y en la dinámica de grupos de hasta unas diez personas. Rodrigues no sólo olvida, al menos teóricamente, que hay una microsociología, diferente de la psicología social, sino que se contradice con lo anteriormente afirmado al incluir, como último capítulo de su libro, la temática de la psicología de las organizaciones la cual no constituye una micropsicología social.

Un punto de vista diferente, que distingue varios niveles de estudio. Van Leent (1962, cit. por Jaspars, 1983) discrimina los seis siguientes, de mayor a menor unidad de análisis: 1) La cultura y las sociologías demográfica, urbana, rural, etc. 2) Las organizaciones e instituciones sociales. 3) Los pequeños grupos y las relaciones sociales elementales. Hasta aquí, el terreno de la sociología. La transición a la psicología corresponde al pasar del más reducido nivel sociológico al más elevado psicológico, dado por: 4) La personalidad y buena parte de la psicología clínica. 5) El

estudio molar o holístico del comportamiento humano o de la acción. Y 6) los procesos psicológicos elementales.

Aparte de que este esquema es relativo, pues aquello que parece micro cuando es observado desde arriba puede aparecer como macro visto desde abajo, no es un esquema aplicable a todos los casos. En efecto, no sólo hay especialidades o disciplinas horizontales, también las hay verticales, que cubren varios niveles (por ejemplo, la psicología y la sociología industriales, religiosas, medicas, criminales, etc.) o incluso todos los niveles (como los puntos de vista o perspectivas genética o evolutiva, diferencial, etc.). Jaspars comenta la posición de Van Leent, que tiene un trasfondo histórico, diciendo que hace advertir el dilema y la tragedia de la investigación psicosocial en los últimos cien años, en el sentido de que la psicología social no es ni una disciplina horizontal ni una especialidad o perspectiva verticales sino que ha intentado montar a horcajadas de la psicología y la sociología sin limitarse a un campo particular de problemas. En principio, añade este último, puede parecer que la psicología social ha operado en todos los niveles: la psicología de los pueblos, la de las masas, los pequeños grupos, las actitudes, la facilitación social, cubren todo el rango que va desde la sociología hasta la psicología. Sin embargo, mientras las especialidades desarrolladas horizontalmente en la sociología y la psicología se interesan por fenómenos particulares, la psicología social intenta "socializar" la investigación psicológica y "psicologizar" la sociología. Desde esta perspectiva, la psicología social no pertenece a ningún nivel particular ni se limita a un aspecto particular de la sociedad. Su función, termina diciendo Jaspars, es crear una integración entre niveles diferentes de investigación en sociología y en psicología.

En mi opinión, la posición de Van Leent es criticable en varios aspectos: confunde lo microgrupal con lo interpersonal; se limita a considerar únicamente la psicología y la sociología; confunde ésta con la antropología; etc. De todos modos muestra lo que no es la psicología social. En cuanto a la interpretación de Jaspars, tiene un sentido articulador que formaliza la cuestión al considerar tácitamente incompatible esta articulación con la sustantividad de un objeto propio. Entrar ahora en esta problemática nos apartaría, empero, de la cuestión aquí abordada.

Limitándonos a las relaciones interdisciplinarias de la psicología social, se ha propugnado un enfoque tridimensional, basado en el hecho de que el individuo que interactúa ha de ser estudiado como una componente resultante de lo biológico, lo social y lo cultural. Es lo que han hecho las diferentes teorías psicosociales, pero sin integrar las tres dimensiones como lo requiere el estudio de la conducta humana (Curtis, 1960). Parecida posición, aunque más trabajada es la de aquellos (Secord y Backman, 1974) que entienden la psicología social como el estudio del comportamiento de individuos en contextos sociales, sin aislar el individuo del medio como hace la psicología ni de los patrones de interacción social como hace la sociología. Más específicamente, el comportamiento puede ser analizado en términos del sistema de la personalidad (psicología), del sistema social (sociología), o del sistema cultural (antropología), pero también puede tratarse de entender el comportamiento individual en términos de las variables de los tres sistemas (psicología social). Otro modelo interdisciplinar acude a cuatro disciplinas que han intervenido en los orígenes de la psicología social: a las tres anteriores se añade ahora la etología, con lo que se amplía el campo de investigación de la psicología

social, disciplina integradora de los cuatro ámbitos, permite una mejor comprensión de la conducta, abre metodológicamente una vía de superación a la polémica entre Gergen y Schlenker, y desde el punto de vista práctico amplía los campos de estudio y de intervención psicosocial (Jiménez Burillo, 1983).

En realidad, la cuestión es más compleja, como se mostrará en el capítulo siguiente. Antes, conviene preguntarse ¿ por qué tal complejidad ? Sin ir más lejos, una respuesta es que la realidad presenta diferentes perspectivas (Schütz, 1967). Estas perspectivas suelen interpretarse como niveles de análisis de la realidad en mutua interacción y jerarquizados entre si. Es lo que defiende el emergentismo. Este es el sentido de los tres "mundos" de Popper (1982): el mundo de los objetos físicos y organismos, el de la experiencia subjetiva que va desde la sensibilidad animal hasta la conciencia humana del *self* y de la muerte, y el de los productos de la mente humana que constituyen la cultura. También Jiménez Burillo (1983; basándose en Ferrater Mora, 1979) da una interpretación emergente y articuladora de los niveles de la realidad que, para él, son cuatro: el físico, el orgánico, el social y el cultural, con la precisión de que es innecesario un nivel de lo mental en tanto que está comprendido ya en lo orgánico puesto que lo constituyen ciertos procesos neurobiológicos de determinados organismos.

Hay quien jerarquiza internamente no toda la realidad sino un determinado ámbito de la misma. Así, en su estudio del hombre y de la sociedad, Stuart Mill (Fletcher, 1971; Freund, 1973), diferenciaba tres niveles de análisis que llamó el psicológico, el sociológico y el etológico, correspondiendo este último a lo que en términos actuales designaríamos como nivel psicosocial pues se refiere a los procesos formativos del carácter en los que se combinan las disposiciones individuales y las influencias institucionales. Más completa parece la teoría de la acción de Parsons (1951), que considera cuatro niveles: el biológico, el psicológico, el sociológico y el cultural.

¿ Cómo es entendido el nivel social desde el enfoque al que nos estamos refiriendo ? Hay posiciones muy matizadas. Para el último autor mencionado, el estudio del comportamiento social requiere combinar los tres últimos niveles: el de la personalidad, centrado en el actor; el de la sociedad, formado por una trama de interacciones, y el de la cultura, que crea y mantiene los sistemas significativo simbólicos. Una posición similar es la que sostiene que todas las ciencias de la conducta se ocupan de la conducta social, pero en diferentes niveles analíticos según se ponga el foco de atención en el individuo (psicología), el grupo, las organizaciones y las instituciones sociales (sociología), la cultura y la sociedad (antropología), o varios de estos niveles a la vez, que es el caso de la psicología social dado que las relaciones de influencia pueden darse persona-persona, persona-grupo y grupo-grupo (Hollander, 1981). Para otros, prescindiendo de la psicología, el hombre como ser social es analizable desde el nivel de la cultura global (antropología), de la colectividad en el contexto cultural más amplio (sociología) o del individuo en respuesta a las influencias sociales (psicología social), debiendo puntualizarse que no siempre es claro el nivel que se está estudiando; por ejemplo, el hecho de que la conducta de un grupo se caracterice por un alto grado de responsabilidad sugiere algo sobre la conducta en los tres niveles (Lindgren, 1973). Posición algo distinta es la que incluye en el nivel grupal también

los procesos colectivos, y además precisa que los niveles no son planos de la realidad sino aproximaciones a la misma (Maissoneuve, 1974).

Por lo que se refiere específicamente al nivel social, aparte de quienes entienden que es muy difícil definir qué es exactamente el comportamiento social (así, Tajfel y Fraser, 1978), Ortega y Gasset (1954), después de señalar que el dilema sociedad-individuo se supera cuando se advierte que lo social no se opone a lo individual sino es por contraste con lo interindividual, argumentaba que la convivencia se manifiesta como relaciones interindividuales y como relaciones sociales, y que aquéllas son acciones o comportamientos específicamente humanos dados por la compañía o la comunicación, mientras que las segundas son acciones que no se originan en el individuo sino en la presión social y vienen dadas por los usos, formas de conducta irracionales, extraindividuales o impersonales. En consecuencia, Ortega reservaba el calificativo de social para el nivel de las relaciones sociales. Otro pensador clásico, Raymond Aron (1967) prefería diferenciar dos subniveles en lo social: uno elemental dado por las relaciones interpersonales y otro macroscópico relativo a los grandes conjuntos colectivos, las clases sociales y las sociedades globales. Una posición parecida entiende que el primer nivel está constituido por los procesos por los que las personas se afectan unas a otras en un espacio simbólico o físico, siendo en el segundo nivel, correspondiente a las grandes organizaciones sociales desde la familia hasta las sociedades globales, el contexto en el que las interacciones tienen lugar (Stryker, 1983).

A mi modo de ver, en toda esta discusión hay una confusión provocada por el significado básicamente ambiguo (Munné, 1971) que tiene el término "social". Habrá que volver, pues, sobre este punto. Por de pronto, y retomando la cuestión de la substantividad tal como ha quedado planteada en el apartado anterior, la definición del campo psicosocial no parece ser un asunto exclusivo de la psicología social sino que afecta directamente a los campos que le son afines. Esto insinúa que la delimitación del objeto que le proporciona identidad, puede venir por vía de comparación con los objetos propios de dichos campos.

7

DIMENSIONES ANALITICAS DEL COMPORTAMIENTO HUMANO.

La delimitación del objeto de la psicología social debe tener en cuenta la ubicación categorial que ésta tiene dentro del árbol científico (cfr. Munné, 1971). En este aspecto, ante todo la psicología social trata del comportamiento humano. Ciertamente, también se interesa por el comportamiento animal pero ello no constituye su objeto directo ni fundamental de estudio. Así pues, forma parte de las ciencias del comportamiento y de las ciencias humanas.

La psicología social se enmarca también dentro de las llamadas ciencias sociales. Y si en estas distinguimos entre las que se interesan en general por el comportamiento social, como la sociología o la antropología, y aquellas otras que se ocupan del comportamiento en algún aspecto particular, como la pedagogía o la política, la psicología social queda situada dentro del primer grupo.

Por lo explicado en las anteriores páginas, una historia de la psicología social ha de mostrar las frecuentes y profundas interrelaciones existentes entre ésta y las demás ciencias del comportamiento, especialmente con las del comportamiento social humano. Estas interrelaciones, por otra parte y esto también debería mostrarlo

aquella historia, pueden perjudicar y a menudo perjudican a la psicología social al provocar en ella sesgos fundamentales. Estos sesgos son de tres clases. Unos están provocados por el ángulo de observación, del que derivan diferentes posiciones teóricas sobre el estatus científico de la psicología social. Otros dependen del énfasis puesto en el espacio o en el tiempo, lo que tiene importantes implicaciones epistemológicas. Finalmente, también se producen sesgos debido a la tradicional oposición entre los aspectos innatos y los adquiridos del comportamiento. Los más graves reduccionismos que acosan a la psicología social proceden de las tres sesgos indicados.

¿ Qué delimitaciones objetuales cabe hacer dentro del marco dado por aquellas ciencias que de un modo general estudian el comportamiento del ser humano, especialmente el comportamiento social, marco en el que está insertada la psicología social ?

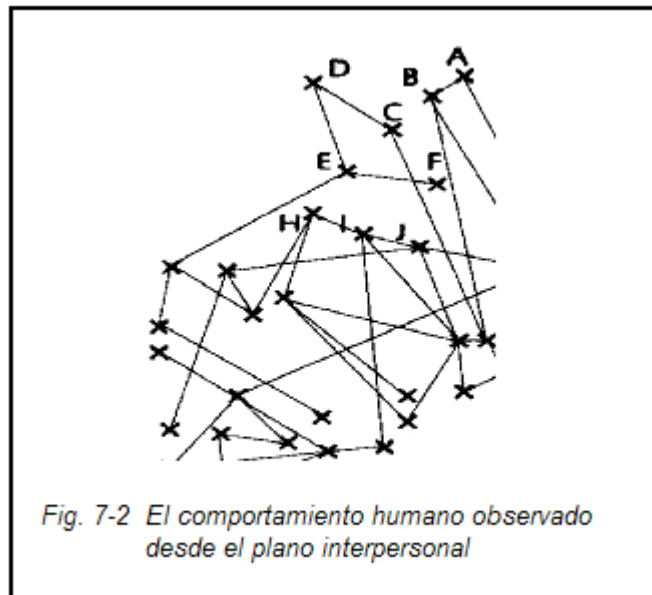
7.1 Los planos de observación y la unidad del comportamiento.

Veamos qué manifestaciones del comportamiento humano puede estudiar el científico que se interese, en general, por él. Por ejemplo, puede estar interesado en estudiar fenómenos tales como la sensación, la percepción, la memoria, la afectividad, la inteligencia, la voluntad, etc. Sean lo que sean estas manifestaciones del comportamiento, parece claro que sólo pueden ser estudiadas observando respuestas individuales, es decir sujeto a sujeto. Estamos, por consiguiente, ante un tipo de comportamiento que puede ser llamado unipersonal. Si, simbolizamos los sujetos investigados mediante cruces (figura 7.1), esta clase de comportamiento queda representado gráficamente por los puntos de intersección de cada cruz.



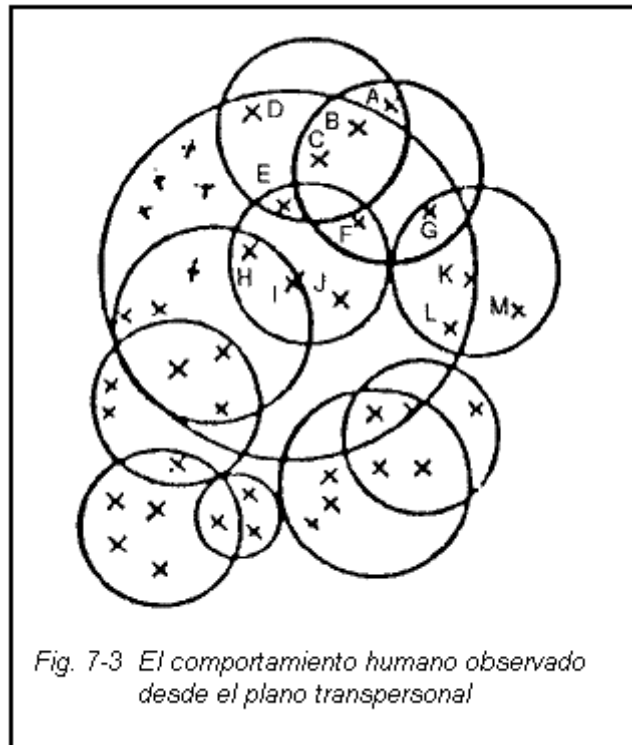
Esto significa que para analizar o investigar los comportamientos expresados ha de estudiarse el comportamiento en el sujeto A, en el sujeto B, en el sujeto C, etc. Sólo después podremos comparar todos estos datos aislados, formular hipótesis y, en su caso, elaborar leyes que descubran tendencias generales por las que se rige el fenómeno en cuestión.

Obviamente, hay otras manifestaciones comportamentales que no tienen cabida en el caso anterior. Por ejemplo, la amistad o el liderazgo no pueden estudiarse tomando el comportamiento de un modo individual, porque siempre se es amigo de alguien o líder de algunos. Se trata de una clase de comportamientos que consisten en relacionar a dos o más personas. La figura 7.2 representa simbólicamente esta nueva categoría de comportamientos que, por lo explicado, tienen un carácter interpersonal. Su estudio exige analizar algo que pasa *entre* A y B, o *entre* A, B, C, y D, etc. o sea en términos simbólicos, las líneas que relacionan unas personas con otras.



¿ Hemos agotado con ello todo el campo de posibilidades de estudio del comportamiento del ser humano en sus aspectos generales ? Imagínese que queremos estudiar una familia, un partido político, un club deportivo, etc. Observemos que se habla de *una* familia, *un* partido político, etc., esto es, que se habla de una pluralidad en términos de unidad. Se trata de comportamientos compartidos que, como tales, habrán de ser estudiados como un conjunto. En la figura siguiente (7.3), tales conjuntos quedan representados por los diferentes círculos, círculos que se interseccionan porque un sujeto dado forma parte de una pluralidad de conjuntos. Y aún hay más, también interesará investigar las interrelaciones entre los diferentes conjuntos. Pero en cualquier caso, los comportamientos analizados presentan una característica que los diferencia de los dos supuestos anteriores y es que la existencia del fenómeno es independiente, en

términos relativos, de cualquiera de los comportamientos individuales, y por lo tanto trasciende a los sujetos. Por ello, podemos calificar este último tipo de comportamiento como un comportamiento transpersonal.

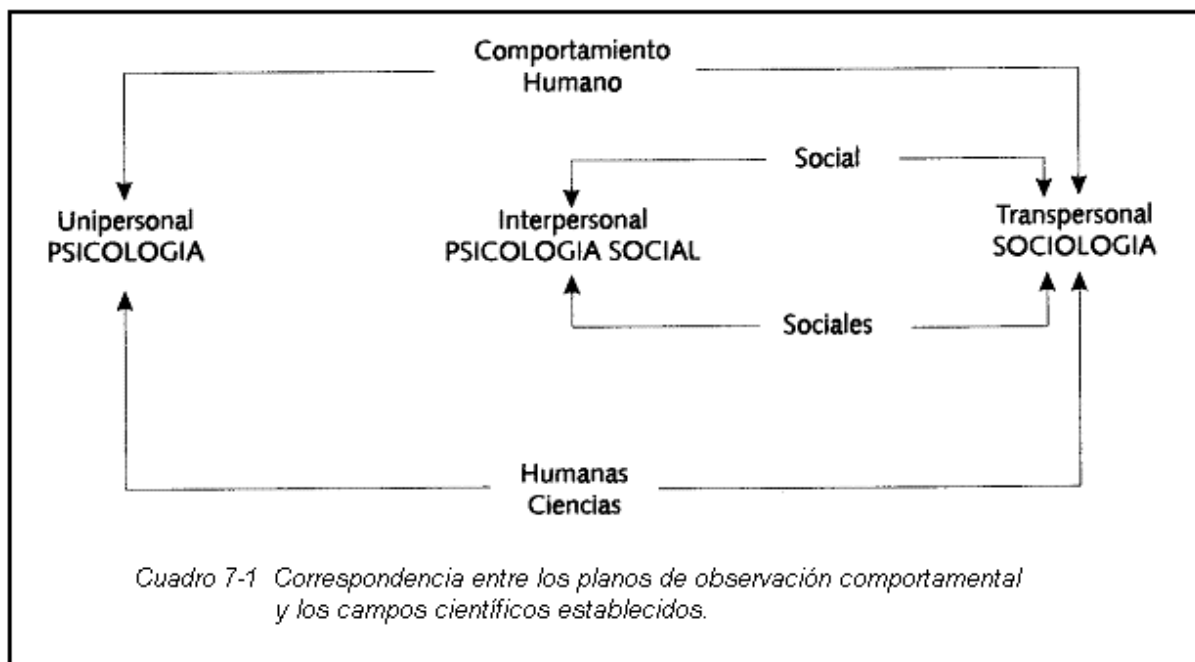


Los tres tipos de manifestaciones comportamentales examinados son cualitativamente diferentes. Como se desprende de lo explicado y muestran los correspondiente modelos gráficos vistos, cada tipo supone un plano particular de investigación.

Se habla aquí de planos en el sentido de niveles de la realidad, con el doble carácter de emergentes y observacionales. Como niveles emergentes, filosóficamente considerados, tales planos se refieren a sendos procesos causales de emergencia de campos con cualidades nuevas, procesos que requieren metodológicamente nuevos conceptos descriptivos, así como leyes empíricas nuevas, esto es independientes de las del nivel anterior (cfr. Edel, 1959). Como niveles observacionales se refieren al principio metodológico del conocimiento científico según el cual (Simard, 1957) las concepciones establecidas para un determinado nivel de la realidad no son extrapolables, ni por lo tanto válidas, a otro nivel ya que uno es tal en tanto que posee una estructura característica y unas cualidades propias.

Sin perjuicio de que cada tipo suponga un plano particular de investigación, tanto el comportamiento interpersonal como el transpersonal requiere dos o más personas. De ahí, la ambigüedad del término social, ya aludida en el anterior capítulo. Se desprende, de aquella característica compartida, que si bien el instrumental operativo en cada uno de los tres planos no será el mismo, en los planos mencionados tendrá una base común mucho más amplia.

Si etiquetamos cada uno de los planos descritos siguiendo la terminología, habitualmente empleada por la comunidad científica, se obtiene la correspondencia entre dichos planos y los campos científicos convencionales:



Todo esto implica que si bien la psicología social, la psicología y la sociología estudian una misma realidad, cada una versa sobre un objeto científico diferente. Expresado con los símbolos de las figuras anteriores, el objeto de cada una corresponde, en el primer caso a los puntos, en el segundo a las líneas y en el tercero a los círculos. En alguna medida, la psicología social es una cuña que pasa a cubrir un campo ya ignorado por las otras dos ciencias ya doblemente tratado por éstas. Así, a pesar de que el campo total del comportamiento se ha complicado con la "intromisión" de la psicología social, se clarifica al quedar eliminadas al menos teóricamente ciertas lagunas y duplicidades científicas.

Sintetizando, el ser humano puede ser científicamente observado en su peculiar modo de comportarse desde tres aspectos bien diferenciados: en su actividad insoslayablemente individualizada, en sus relaciones con cada uno de sus semejantes, y en las unidades colectivas que forma con éstos. Mientras el modo de observación de la realidad, propio de la psicología, lleva a un primer plano los comportamientos generales propios del individuo humano singularizado por su carácter mental, la psicología social se ocupa del comportamiento de los seres

humanos no como seres aislados unos de otros sino como seres interactuantes, es decir, destaca los comportamientos interpersonales. Finalmente, la sociología se interesa por los agrupamientos humanos, o sea, por unidades colectivas, producto de comportamientos, que operan con fines más o menos compartidos, esto es, por sistemas unitarios de acción colectiva.

En los tres casos, el sujeto del fenómeno es el ser humano. Pero el fenómeno mismo, como objeto de estudio, varía en cada caso.

En cuanto a los hechos sociales, no son exclusivos de la sociología, porque mientras los hechos sociológicos son transpersonales, los hechos psicosociales son meramente interpersonales. Esto quiere decir que todos los hechos psicosociales son sociales, pero no viceversa.

Lo dicho no es obstáculo para que también la psicología y la sociología puedan acoger en sus respectivos campos el comportamiento interpersonal. Pero cuanto tal cosa hacen, lo tratan desde una perspectiva, la del individuo o la de las estructuras supraindividuales o colectivas, que puede resultar apropiada para contextualizar estos otros objetos pero que no lo es para aprehender el comportamiento interpersonal como tal, generándose entonces en mayor o menor medida los reduccionismos vistos en el anterior capítulo.

Ahora bien, en cierto modo, la delimitación del objeto de estudio de la psicología social que acaba de ser expuesta es falsa. Siendo correcta desde el punto de vista teórico y lógico, no lo es si nos basamos en la facticidad. En efecto, una reflexión crítica en este aspecto práctico nos presenta la otra cara de la moneda. Al delimitar los tres campos mencionados pasamos a aceptar unos compartimentos estancos, que desnaturalizan y no reflejan la realidad. Porque el comportamiento humano no puede aprehenderse como tal a través de uno solo de los planos, prescindiendo del resto.

Hay que reconocer que este enfoque teórico fragmenta el comportamiento del ser humano. Esto crea un nuevo y grave problema. El comportamiento real, fáctico, no es ni uni, ni inter, ni transpersonal. Hay ahí, un *décalage* entre la teoría y la práctica. La diferenciación entre estos tres planos de observación es una diferenciación teórica. Porque como aspectos del comportamiento humano se dan unidos. Recurriendo al simbolismo empleado aquí, el comportamiento fáctico del ser humano puede representarse del siguiente modo (fig. 7.4):

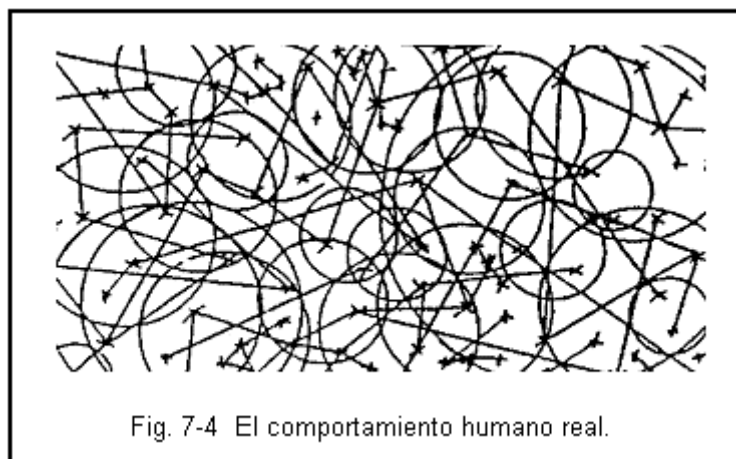


Fig. 7-4 El comportamiento humano real.

Frederic Munne, 2008

<http://www.portalpsicologia.org/pdfs/2008Munne.pdf>

La realidad únicamente puede reflejarse mediante la conjunción de los tres planos considerados. Lo que ocurre es que el conjunto resultante de su superposición es una maraña ininteligible. De ahí el análisis, que permite considerar el comportamiento por partes. Claro que lo correcto sería investigar integralmente el comportamiento, sin embargo tal cosa parece ser utópica, al menos hoy por hoy debido a limitaciones de carácter metodológico, o sea a la falta de instrumentos operativos globales, pero probablemente también concurren limitaciones de orden epistemológico, inherentes a la naturaleza del conocimiento humano.

Ahora bien, si el comportamiento no es investigable en su integridad fáctica, ésta hace que cada campo científico tenga que contar con los otros y que haya orientaciones teóricas que se muevan en varios planos a la vez. Por ejemplo, el psicoanálisis social intenta moverse en los dos primeros niveles, mientras que el estructural-funcionalismo (Parsons) en los dos últimos. Es obvio decir que tanto el primer intento, de comprender en profundidad el comportamiento personal, como el segundo, de llegar hasta una teoría general de la acción humana, son parciales.

La solución óptima, humilde pero eficaz, parece estar en una colaboración interdisciplinaria (Munné, 1974), que se inspire en el reconocimiento de las limitaciones enunciadas. Sin perjuicio de lo ineludible que es para el científico un enfoque teórico delimitador, no hay que perder de vista la exigencia constante de un principio de totalidad como inspirador de cualquier investigación sobre el comportamiento del ser humano. Adorno (1967) decía que la separación de la psicología y la sociología es falsa en el sentido de que induce a los especialistas a abandonar el intento de conocer la totalidad. Esta afirmación, que hay que entender en sentido epistemológico para no caer en un psicopsicologismo, es también aplicable a la psicología social.

Para comprender los problemas de una pareja, el plano con mayor potencial explicativo, es el de la observación de las relaciones entre las dos personas que la forman, es decir, el plano psicosocial. Pero tales problemas requieren también una observación sociológica, puesto que en tanto que nos estamos refiriendo a una pareja estamos ante una unidad comportamental, en el sentido de que hay un conjunto de comportamientos compartidos que presentan aspectos transpersonales. Por supuesto, también habrá que considerar las características personales de cada sujeto. En resumen, los problemas de la pareja requieren una perspectiva que sobrepasa lo psicológico social. Así, tanto a nivel de estudio e investigación como a nivel de intervención, el psicólogo social deberá contar con los otros dos planos, el psicológico y el sociológico, para poder comprender y operar a fondo en la situación.

Otro ejemplo: A pesar de que el estudio del liderazgo corresponde típicamente también al plano psicosocial, se encuentran implicadas en su estudio también la psicología, que aportará datos acerca de la personalidad asociada a aquel rol, y la sociología, en cuanto a la posición del líder y demás miembros en relación con el conjunto, posición que es básica para la cohesión y la eficacia del grupo así como en las relaciones con otros grupos.

Estos ejemplos ilustran, creo que suficientemente, que hay que rechazar cualquier monopolio por parte de una determinada área científica sobre el ser humano. De lo que se trata es de operar como el cameraman que acerca un elemento, tomándolo en primer plano y dejando en *fou*, el resto de la escena. En términos gestálticos, cada campo científico ha de poner su temática como figura y situar como fondo los restantes campos complementarios. Con otras palabras, el psicólogo social no puede dejar de ser psicólogo y sociólogo, e igual les ocurrirá a estos en relación con las otras disciplinas comportamentales. De modo similar, las aportaciones de cada una han de nutrir el acervo de conocimientos de las restantes.

Al no disponerse de una teoría general que englobe el comportamiento en todos sus aspectos, se explica que muchos psicólogos acudan a la psicología social que, como ciencia fronteriza, les es más cercana que la sociología, o que muchos sociólogos pretendan hacer otro tanto desde su campo. También se explica que a algunos investigadores les resulten incómodas las etiquetas de psicólogo, de sociólogo e incluso la de psicólogo social, siéndoles mucho más grato que se hable de analistas o científicos del comportamiento u otras expresiones similares.

Varias conclusiones importantes pueden sacarse de lo expuesto. En primer lugar, que el análisis científico destroza el objeto de estudio. Al tener que repartirse el comportamiento en un triple objeto científico, objeto que en el caso del comportamiento humano es un sujeto, se está destrozando nada menos que al ser humano, que es precisamente lo que en definitiva se trata de conocer. Todavía sigue siendo válida la denuncia del premio Nobel de Medicina, Alexis Carrel (1935), de que el hombre es, para nosotros mismos, un desconocido. En buena parte y por añadidura debido a que aún queda más enmascarado con el tratamiento científico que se le da. Piénsese que es con un ser fragmentado que construimos nuestra idea científica del comportamiento y de nosotros mismos, un ser humano al que hemos autopsiado y que acto seguido pretendemos recomponer sin darnos cuenta que nos encontramos ante un cadáver.

En segundo lugar, tomada conciencia de esto, se advierte que con la psicología social, la psicología y la sociología no se trata de compartimentar conocimientos sino tan sólo de planos de observación, de ángulos analíticos. Cada uno, facilita el destaque de un aspecto comportamental distinto. Esto, que quizás sea difícil de ver desde la psicología o la sociología, es muy claro desde la perspectiva bifronte de la psicología social. El sentido de los campos científicos, en las ciencias humanas y específicamente en las sociales, sólo puede ser analítico-sintético.

Otra conclusión a sacar es que el *quid* de la cuestión está en tener plena conciencia del problema, y sobre todo de sus consecuencias. Porque, de lo contrario, el espíritu analítico del científico tiende fácilmente a condicionar la existencia de una ciencia al hecho de que sólo ella trate un campo recortado de la realidad, confundiendo la especificidad de objeto con su exclusividad. Aún más, pretende monopolizar otros campos que considera competitivos, lo que es tanto como eliminarlos. Si unos caen en esta concepción imperialista de la ciencia, como es el caso de los reduccionismos extremos, otros más moderados no vacilan en conceder ingenua y superficialmente ciertos estatus de autonomía científica incluso en lo que ven como híbrido, no encasillable en los modelos establecidos, dándose

por satisfechos y justificados al colgar a la psicología social la etiqueta de interdisciplinaria.

Finalmente, la psicología social no es ni una mezcla ni una suma de psicología y sociología, ni su existencia muestra convergencia alguna entre ambas. La psicología social no es una mera ciencia interdisciplinaria, porque aunque su situación sí es interdisciplinaria tiene un objeto que posee una entidad propia, un objeto cuya especificidad le viene dada por el plano interpersonal desde el que es observado. Por ello, es insuficiente la doble toma de conciencia que acaba de mencionarse.

También es preciso aceptar la sustantividad científica de la psicología social. Esto es, considerarla una ciencia autónoma, relativamente independiente, cuyo objeto diferencial exige unos principios explicativos particulares.

7.2 El eje espacio-temporal.

La dimensión espacial del comportamiento social. La psicología y la sociología no son, con la psicología social, las únicas ciencias humanas y sociales que tienen un carácter general. También tiene ese carácter la antropología social o cultural. Etimológicamente, ésta es la ciencia del hombre por antonomasia. Pretende ser la ciencia que trata de un modo integral del ser humano y, en cierto modo, lo es. El antropólogo no observa transpersonalmente un sistema sociocultural tampoco lo observa de un modo inter o unipersonal. El antropólogo lleva a cabo sus observaciones en una colectividad y por lo tanto opera en el plano transpersonal, pero esas observaciones son efectuadas sobre individuos considerados interpersonalmente (por ej., analizando sus roles sexuales) y/o unipersonalmente (por ej., midiendo sus C.I.).

¿ Por qué el antropólogo puede hacer, a diferencia de los profesionales considerados en el apartado anterior, observaciones integrales del comportamiento humano ? Si partimos de una concepción de la antropología como ciencia definida por un objeto y no por un método, lo que hace ello posible es el "primitivismo" sociocultural sobre el cual recaen sus observaciones, o sea el hecho de ocuparse de colectividades poco evolucionadas (o desarrolladas) en las que hay una constancia temporal, en el sentido de una lentísima y por lo tanto casi inapreciable variabilidad en el tiempo. Esto simplifica grandemente el objeto estudiado, Incluso en los casos en que el antropólogo se interesa por colectividades no primitivas pero socioculturalmente lejanas o extrañas a la suya, puede llegar a cierta comprensión integral del comportamiento merced a la relativa objetivación de lo que estudia. Esto le acerca al científico natural, y en este aspecto muchas descripciones y registros etnográficos recuerdan más las taxonomías del zoólogo y los datos del naturalista que los materiales de los psicólogos sociales, los psicólogos y los sociólogos.

La antropología sociocultural no aumenta los planos de observación, los emplea. Lo que el antropólogo aporta al conocimiento del comportamiento es, sobre todo, la dimensión "espacial". Es, para decirlo de algún modo, una "geografía axiológica" del

comportamiento. Lo que importa al antropólogo son las áreas culturales, las normas y valores que configuran los estilos colectivos de vida en ciertas comunidades. Para esto puede prescindir relativamente del tiempo, porque éste no es tratado como una variable significativa sino como un factor constante. De aquí que su visión tienda a ser sincrónica. Esto es congruente con las inclinaciones estructuralistas de este campo científico.

Del mismo modo, aunque por distinta razón, que el psicólogo social no debe prescindir de las aportaciones de la psicología y de la sociología, tampoco el psicólogo social debería ignorar los datos antropológicos. Puesto que todo comportamiento siempre ocurre en un contexto espacial, culturalmente hablando, es decir, en un área cultural dada, el psicólogo social no puede marginar esta dimensión. En este aspecto, la consideración de las diferencias culturales son un fecundo y necesario contrapunto para una psicología social que no quiera caer en un enfoque etnocéntrico del comportamiento. Por supuesto, lo mismo cabe decir de la psicología y la sociología.

Es básico preguntarse si los datos obtenidos en un sólo país pueden llegar a constituir principios generales del comportamiento social del ser humano (Marín, 1978). A esta temática son especialmente sensibles los autores latinoamericanos (cfr. Capello, 1981), muy preocupados por la inadecuada extrapolación, y sobre todo por sus efectos, de la psicología social de cuño norteamericano. La acusación de etnocentrismo cultural hecha contra la psicología social de los Estados Unidos no ha sido únicamente formulada por investigadores de otros países. También hay denuncias interiores (ver Whittaker, 1979), aunque en honor a la verdad debe señalarse que Gerth y Mills (1953) ya habían defendido arduamente el interculturalismo en el campo que nos ocupa. Se ha pretendido que esas denuncias responden a una actitud meramente "provinciana" o de un sector periférico (Murphy y Kovach, 1972), pero el etnocentrismo que destila cualquier perspectiva monocultural está visiblemente relacionado con posturas ideológicas e intereses políticos (Plon, 1972).

Toda esta problemática estaba en el trasfondo de la antropología psicológica, la cual derivó en una psicología social culturalista, y se explicita en la llamada psicología intercultural o transcultural, rama que ya cuenta con un vasto bagaje de estudios (ver el *Handbook of crosscultural psychology*, dirigido por Triandis y otros, 1979 y sges.). La psicología transcultural estrecha más si cabe los vínculos entre la antropología cultural y la psicología social. De todos modos, la amplitud y el carácter fructífero de estos vínculos ya habían sido puestos de relieve por esta última hace algunos años (Klineberg, 1954; Stoetzel, 1963; y antes los psicoanalistas culturales).

El porvenir a medio plazo de la psicología transcultural es esperanzador, cosa que sin duda ha de beneficiar a la psicología social. Sobre todo, dicho sea de paso, porque la naturaleza epistemológica de aquélla es análoga a la de la psicología diferencial: en ésta se trata de diferencias individuales y en aquélla culturales. Quiero decir que, en cierto modo, su entidad es más de método que de objeto. Y a un plazo mayor, como sucede con la psicología diferencial, la psicología transcultural interesará menos en sí misma y más como un enfoque inevitable en el estudio de los fenómenos psicológicos sociales.

La dimensión temporal del comportamiento social. Si la antropología es, entre las ciencias sociales generales, la que secundariza el tiempo y confiere un protagonismo al "espacio" (cultural), hay otra ciencia social general que opera de un modo inverso. Es la historia, la cual secundariza el espacio y vertebra sus investigaciones alrededor del tiempo. En efecto, la perspectiva histórica es esencialmente diacrónica, centrada en la dimensión procesual del comportamiento.

La importancia de la historicidad en el comportamiento la había destacado adecuadamente Homans (1967) al decir que los seres humanos recordamos individual y colectivamente, actuamos según el recuerdo, anticipamos efectos - por ejemplo, futuros resultados como beneficios o no -, y aún más que las generaciones viejas enseñan a las jóvenes, o sea que la temporalidad satura la conducta social. La conclusión es que el objeto estudiado por la psicología no puede dejar de ser histórico.

No ha de extrañar que cuando se reivindica un enfoque interdisciplinario para la psicología social y la sociología (así, Sherif y Sherif, 1974), se especifique que el psicólogo social debe utilizar todo el material pertinente no sólo de la psicología, la sociología y la antropología sino también de la historia. Ni que la necesidad de una perspectiva histórica sea destacada cada día por más autores (McGuire, 1973; Rosnow, 1978; Mugny, 1981; Apfelbaum, 1985; etc.).

Y es que la temporalidad es una dimensión frecuentemente menospreciada por los psicólogos sociales. Los experimentos suelen durar pocos minutos u horas, con lo que quedan desconocidas las consecuencias en largos períodos, a pesar de que éstas son parte sustancial del mundo cotidiano real (Eiser, 1980b). Por añadidura, para posibilitar la generalización de los hallazgos del laboratorio, éstos conviene que sean lo menos biográficos posible (Semin y Manstead, 1979). Evidentemente, el psicólogo social, al igual que el psicólogo, puede operar como si la dimensión temporal no existiera, sin embargo el precio pagado por ese "como si" es muy elevado ya que desnaturaliza el comportamiento humano. No es raro que se haya criticado la tendencia ahistórica de las teorías psicosociales actuales (Shaw y Costanzo, 1982) y de la psicología social experimental (Semin y Manstead, 1979), ni de que se haya reclamado una perspectiva histórica de la disciplina para compensar el sesgo naturalista que arrastra (Levine, 1976) y superar el *ethos* en el que se desarrolla enmarcado por el individualismo, el capitalismo, el machismo y los valores de la clase media, todo lo cual ha hecho que perdiera una parte esencial de su sentido (Sampson, 1978).

Un autor de los que más han insistido en la dimensión histórica del comportamiento social, y por ende de la psicología social, es Gergen. En un polémico trabajo, publicado en 1973 por el *Journal of Personality and Social Psychology*, la revista probablemente más influyente en aquel momento en el campo psicosocial, con el expresivo título de "*Social psychology as history*", exigía reconocer la naturaleza esencialmente histórica del conocimiento en este campo. Gergen se vería obligado a defender arduamente esta tesis radical. Para él, tanto la interacción humana como la teoría sobre la misma se mueven en un contexto temporal y cultural, de carácter histórico. Partiendo de que la conducta social cambia al cambiar las condiciones sociales, se explica que los problemas sociales no puedan llegar a solucionarse a través de la teoría. La psicología social investiga

hechos fluctuantes, no repetibles: es una ciencia histórica y como tal sólo puede ser aplicada. La investigación psicosocial es primariamente el estudio sistemático de la historia contemporánea, llega a escribir Gergen. A diferencia del conocimiento emanado de las ciencias naturales, que es predictivo y de control, el conocimiento psicosocial es interpretativo de la realidad; además, no es acumulable ni permite la formulación de leyes de aplicación general. La conclusión a la que llega, después de tan graves afirmaciones, puede deducirse fácilmente: hay que plantearse de nuevo toda la psicología social.

De acuerdo con esto, Gergen (1980) ha intentado elaborar una teoría generativa que posibilite un conocimiento válido de la acción, mostrando que la identificación de las instancias de una acción social se resuelve con referencia a indicadores contextuales y que la interpretación de la acción puede ser continuamente reconstruida. Ello le conduce a proponer tres postulados al respecto: 1) El punto de anclaje no es fundamentalmente empírico, sino una red de interpretaciones interdependientes. 2) Toda acción está sujeta a una revisión infinita. Y 3) pueden hacerse múltiples identificaciones, ninguna de las cuales es inherentemente superior a las demás. Esta teoría conduce a una nueva perspectiva interpretativa para las ciencias sociales que exige otros estilos de construcción teórica, a saber: a) la articulación de la interpretación del grupo minoritario; b) la extensión hasta los bordes del absurdo; y c) la búsqueda de metáforas alternativas.

El enfoque gergeriano se opone al lógico empirista, propio del método experimental. Tras él, subyace una epistemología que supone una metateoría nueva y propia para las ciencias del comportamiento y sociales, epistemología que Gergen (1982) bautiza con el nombre de sociorracionalismo. El principal postulado de la misma es que la acción humana es inestable. En primer lugar, debido a que el ser humano tiene un sistema nervioso complejo, lo cual provoca unos estímulos relativamente libres. En segundo lugar, porque no sólo puede estructurar sino también reestructurar significados simbólicos hasta llegar al pensamiento de carácter reflexivo. En tercer lugar, la singularidad, la libertad y la novedad obstaculizan la estabilidad. Y finalmente, en las investigaciones de las ciencias comportamentales y sociales, el sujeto que investiga se confunde con el objeto investigado. La consecuencia de la inestabilidad es el cambio. El mundo experiencial se da en un flujo constante y fundamentalmente de un modo ambiguo. Su conocimiento, generado por la colectividad, se alcanza a través de procesos comunicativos. Y la verdad es, asimismo, un producto colectivo, particularmente de todos los que la buscan. Ahora bien, aunque el estado natural del mundo sea el cambio, la permanencia entra en él a través del lenguaje, dado que el mundo tiene significado mediante la interpretación lingüística, la cual siempre tiene un carácter contextual y retrospectivo. Gracias al enfoque lingüístico, es posible una ciencia interpretativa, en la que la teoría opera de mito que guía la acción, con lo que aquélla pasa a ser un forma de praxis social.

Cuando aparecieron, las tesis de Gergen causaron admiración en unos e indignación en otros, provocándose una agria polémica en la que intervinieron a favor o en contra numerosos autores (en 1974, Schlenker; en 1975, Buss, Cronbach, Elms, Manis; en 1976, Godow, Greenwald, Harris, Hendrick, Schlenker otra vez, Secord, Smith, Thorngate; etc.). No creo exagerado afirmar que ningún psicólogo

social ha permanecido o puede permanecer indiferente ante la radical postura gergeriana, por las consecuencias que se derivan de la misma.

En contra de Gergen se aduce, principalmente, que el comportamiento humano tiene aspectos transhistóricos, y por consiguiente el conocimiento sobre él participa de esa transhistoricidad. La formulación de leyes depende del nivel de abstracción, lo que significa que todo comportamiento concreto es formulable en términos generales (Schlenker, 1974); por ejemplo, esperar un refuerzo positivo aumenta la probabilidad de una respuesta. El carácter no acumulativo del conocimiento psicosocial contradice el hecho de la construcción histórica de la psicología social (ver cap. 3.2, y Tedeschi *et al.*, 1981).

Entre otros alegatos a favor de Gergen se esgrime que nadie puede sensatamente pretender que cabe formular conclusiones científicas sociales eternas, y que generalizar es siempre interpretar desde unos hechos históricos específicos. Por añadidura, hay que reconocer (Innes, 1980) que se ha abusado de la historiografía, viendo a menudo antecedentes en fenómenos anteriores sugestionados por dar una impresión de continuidad, sin tener en cuenta que teorías, métodos y perspectivas cambian. Pero, a mi modo de ver, esto no significa que deba prescindirse del pasado, puesto que es en él donde se encuentra la razón de ser de los planteamientos presentes.

Ambos bandos llevan su parte de razón. Es verdad que es posible formular proposiciones generales, pero también es verdad que éstas únicamente pueden ser verificadas o probadas en contextos históricos específicos (Hendrick, 1976). Además, hay hallazgos de la psicología social que se refieren a experiencias transhistóricas y transculturales, y también los hay sólo válidos para un particular período histórico y cultural. En realidad, no tiene sentido contraponer la psicología social como ciencia a la psicología social como historia. No se puede prescindir del tiempo y, por consiguiente, tampoco de la historia.

El conocimiento psicosocial está fuertemente condicionado por la temporalidad del acontecer humano. Pero tampoco se puede prescindir de la espacialidad de este acontecer, que se da en sendos procesos de estructuración constante, cuya ignorancia no sólo impide un conocimiento en términos científicos sino que desvirtúa gravemente la realidad social. Por esto, el radicalismo gergeriano es rechazable. Para no perder la realidad como proceso borra la realidad como estructura, con lo que reduce las constancias y las diferencias culturales en su significado más propio. Además, no debe subvalorarse el hecho significativo de que cuando Gergen ha elaborado un manual de psicología social (Gergen y Gergen, 1981) no ha podido llevar a cabo las exigencias que se derivaban de su "manifiesto" de 1973. (Cuando en una ocasión le formulé esta cuestión como pregunta su respuesta fue lacónica y expresiva: "Este libro fue un encargo.") De todos modos, éste es un empeño que continúa en pie (ver Gergen y Gergen, 1984) y que le ha conducido a la defensa de un construccionismo social (Gergen, 1985).

Un enfoque posiblemente más fecundo que el de Gergen sobre las relaciones entre la psicología social y la historia es el que se desprende de la teoría sociogenética de las funciones psíquicas superiores formulada por Vigotski y que Luria aplicó empíricamente en unas condiciones concretas de transformación

sociocultural (ver Munné, 1982 y 1989). En esencia, se trata de que los fenómenos psíquicos superiores, como la conciencia y la voluntad, no tienen un origen natural sino social, esto es, en las relaciones interhumanas y en la historia, y que cada individuo internaliza. Luria confirmó la formación histórico social de procesos cognitivos superiores, tales como la percepción y la categorización de colores y figuras geométricas, demostrando, por ejemplo, que la estructura psicológica del pensamiento lógico no es universal sino que depende de la forma práctica de la vida social. A pesar de que este enfoque parte de la psicología y no de la psicología social, tiene un gran interés para esta última. Desgraciadamente, apenas ha sido explotado, incluso en la misma psicología social rusa (Munné, 1985 y 1989), la cual cuando se interesó por el tema se limitó a un planteamiento filosófico de la psicología colectiva desde la visión de Lenin de las relaciones psicosociales entre la vanguardia organizada y las masas, postulando (Pòrshnev, 1970) una dialéctica "nosotros-ellos" como base de la ciencia de la psicología social que permita llegar hasta la historia, la cual es más que una mera suma de historias.

Espacialidad y temporalidad en el comportamiento social. Sin entrar más a fondo en la cuestión, se puede concluir que, en cualquier caso, el comportamiento se da siempre en un espacio y un tiempo determinados. Y esto exige que la psicología social delimite su objeto en relación no sólo con los planos de observación sino también con el eje espaciotemporal del comportamiento y su traducción en el campo disciplinar. La importancia de la antropología sociocultural y la historia, al menos en relación con la psicología social, reside en el hecho de que hacen posible combatir el sesgo de la falta de objetividad: respectivamente, el etnocentrismo cultural y lo que podríamos calificar de "etnocentrismo o absolutismo del momento histórico".

Si la antropología sociocultural y la historia se constituyen con un enfoque epistemológico alternativo, éstas generan una dicotomía que plantea problemas de muy difícil solución. Ahí está, como testimonio olvidado, el proyecto que presentó el francés Meyerson hace años (1948) de una psicología histórica (que hay que entender como histórica y cultural): El psicólogo debe tratar con "un hombre que pertenece siempre a un país y a un tiempo específicos, un hombre que está limitado por las condiciones sociales y materiales de su tiempo y que trata con gente que también pertenece a un lugar y un tiempo específicos". Esto supone que la psicología debe ir más allá del estudio de los hechos y las funciones psicológicas más simples, hasta elaborar una psicología genética que, como había sugerido Janet, historifique dichas funciones y el comportamiento del hombre. En fin, el psicólogo debe ocuparse de lo que el hombre ha ido haciendo "de más sólido y más característico según su propia confesión"; en otras palabras, debe estudiar la historia de las lenguas, los mitos, las religiones, el arte, las ciencias y comparar todas estas obras, así como las instituciones y las civilizaciones para, de esta forma, llegar a descubrir y seguir la formación de las funciones psicológicas.

Meyerson quiso unir la psicología con la vieja psicología de los pueblos. Su fracaso hay que buscarlo en otra unión requerida por ese proyecto. Aparte de la gran complejidad del análisis a gran escala que un proyecto tal supone, cosa que explica el poco eco que encontró (salvo algún recuerdo respetuoso por la parte de la psicología social soviética: Tutunian, 1963; Pòrshnev, 1970), el problema de fondo

es la dificultad de unir la antropología y la historia, en este caso a través de la psicología.

La dicotomización del espacio-tiempo no es fáctica. Es epistemológica. Está producida por el análisis requerido por el conocimiento científico. Se refleja, por ejemplo, en el dualismo génesis-estructura y dentro de esta última en el enfoque estructural y/o funcional (ver Munné, 1979) de la realidad humana, ya que cada uno de estos enfoques tiene un protagonista diferente si no opuesto. (Esto introduce en el conocimiento científico del hombre una ambigüedad radical, que quizás pueda ser considerada una de las manifestaciones del principio heisenbergiano de incertidumbre o indeterminación en el campo social.) Otro reflejo de esta dicotomización son los aspectos contrapuestos que presentan la antropología y la historia. El resultado es que el espacio-tiempo real aparece al ser analizado científicamente como un eje con tendencia a polarizarse epistemológica y metodológicamente. Pero para poder recuperar la unidad fáctica del espacio-tiempo debe tomarse conciencia de esta polaridad y evitar los sesgos culturalista e historicista.

En nuestro caso, esto significa huir tanto de una psicología social meramente antropológica como de una "psicología social como historia", negadora de la psicología social como ciencia. Cualquier explicación del comportamiento humano, también pues la explicación psicosocial, debe contar con los datos antropológicos y con los históricos. Esto tiene dos implicaciones epistemológicas importantes: La primera, metodológica, es que la explicación psicosocial debe tratar de incorporar tanto el enfoque genético como el enfoque estructural. La segunda, ideológica, se refiere a la necesidad de contar con los aspectos axiológicos del comportamiento, lo cual obliga a ir más allá del positivismo, en busca de un enfoque metodológico capaz de dotar al conocimiento científico de un criticismo ideológico que sólo la historia y en otro aspecto el relativismo cultural pueden proporcionar.

7.3 La dicotomía herencia-ambiente.

Planteamientos iniciales. Si el ser humano es un producto de la herencia o del ambiente es una vieja y debatida cuestión en la que la psicología social se juega, en cierto modo, su *raison d'être*. Porque si el medio (social) carece de relevancia para el individuo, mal se justifica la existencia de toda una rama científica que centra su atención precisamente sobre este factor.

En el fondo, esto es entrar en la discusión sobre la pretendida oposición entre lo innato y lo adquirido (*nature-nurture*) o, en términos evolutivos, entre la biogénesis y la sociogénesis. Más allá, están las dicotomías entre el individuo y la sociedad, acertadamente calificada de pseudoproblema (Gurvitch, 1968), o entre la naturaleza y la cultura, tan obsesivamente vivida por el psicoanálisis y que tanta trascendencia ha tenido en el pensamiento científico desde que Ampère y más tarde Dilthey, Rickert y tantos otros partieron por la mitad el árbol de la ciencia al crear una *coupure* entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Todo esto nos alerta de que esta cuestión tiene un importante sustrato epistemológico y, como se

verá más adelante, también una incómoda dimensión ideológica que casi siempre se "olvida".

Después de las teorías de Comte, Darwin, Spencer y Marx, el clásico tema de lo animal y lo espiritual en el ser humano no podía seguirse planteando con los mismos supuestos especulativos con que se había debatido hasta entonces. Las nuevas ideas y datos exigían moverse en un plano estrictamente científico. Los resultados inmediatos fueron la elaboración de nuevos conceptos que pasarían a nutrir las ciencias humanas en proceso de formación. Más tarde, al finalizar el primer tercio de nuestro siglo, la polémica pierde el aire conceptual que hasta entonces había tenido y circula por unos aires empíricos, convirtiéndose el debate más en una discusión de datos que de conceptos.

En la Francia de fines de siglo, la controversia entre el biologismo y el ambientalismo genera una fuerte discusión, incluso epistolar, entre dos grandes figuras del momento: Tarde y Durkheim. Para el primero, la sociedad es una abstracción y lo único real es el individuo. Entonces ¿ cómo se explica el comportamiento social ? Por una tendencia innata del ser humano a imitar a los demás. Por su parte, Durkheim sostiene que un grupo no es una simple suma de individuos (muchos años después, *Gestalt* aparte, Lewin demostraría esto), porque en el fenómeno grupal hay algo más: la *contrainte sociale*, la presión de unos influyendo sobre otros, lo cual origina unos vínculos de interdependencia que es lo que caracteriza a todo grupo. En consecuencia, Durkheim afirma que los hechos sociales, o morales, son específicos y se dan aparte de las conciencias individuales. Tienen, pues, una entidad propia.

Ya he citado (apartado 2.2) el conocido pasaje de *Les règles* donde escribe que hay que estudiar estos hechos *comme des choses*. Esta afirmación originó una aguda polémica entre aquellos que la entendían en el sentido de una reificación de lo real (así, Monnerot, 1946) y quienes opinaban que, de acuerdo con el positivismo durkheimiano, aludía a que los hechos sociales debían ser tratados "como si" fueran cosas (así, Janne, 1968). Y aunque esta interpretación parece ser más sensata, no se puede olvidar la comprometedor frase de Durkheim, en el mismo texto, de que las mentalidades individuales al formar los grupos originan un ser "que constituye una individualidad psíquica de una nueva índole", frase que delata el contexto de psicología colectiva en que aquél se mueve todavía. Pero lo que ahora importa destacar es que, para él, en definitiva nuestra conducta social, fuertemente condicionada por el ambiente, es irreducible a lo biológico. La polémica Tarde-Durkheim aportó dos conceptos, la imitación y la *contrainte*, específicos del comportamiento social.

En el mundo germánico, no se trató tan directamente la cuestión, pero estaba más o menos latente en la obra científica de la época. Mientras Freud luchaba por superar el biologismo subyacente en sus ideas, el ambientalismo se diversificaba en varios frentes muy distintos. La tendencia histórica se desarrollaba, de una parte, con supuestos materialistas cuyos cimientos acababan de poner Marx y Engels, y de otra, con unos supuestos idealistas a través de Dilthey, entre otros. Otra tendencia, de carácter antropológico y más extrema, era seguida por Lazarus, Steinthal y Wundt. Más moderada y posterior, fue la tendencia sociológico fenomenológica de Simmel y Vierkandt. Las aportaciones conceptuales, numerosas pero más indirectas

al problema que nos ocupa, se reflejan en conceptos como clase social, valores culturales, mitos y costumbres populares, relaciones y formas de la vida social, etc.

En el mundo anglosajón, especialmente en los Estados Unidos, el tema adquiere una gran amplitud al proporcionar las dos posturas en liza nuevos argumentos. El ambientalismo norteamericano, moderado, enriquece considerablemente la ciencia social. En efecto, entre las dos décadas del traspaso de siglo, James, a pesar de sostener que el ser humano tiene muchos más instintos que los animales, destaca el papel de las condiciones sociales; el antidarwiniano Baldwin se basa en la interacción; Cooley explica como los hábitos surgen de las relaciones interpersonales en los que llama grupos primarios y después añadirá que aquellos también surgen en la vida industrial. Sobre todo está la aportación, a la larga decisiva, de Georges H. Mead (1934), quien explica la especificidad del comportamiento social humano con base en la comunicación gestual y el juego reglado en el niño, procesos que estudió con observaciones directas. Además, Mead configuró el concepto de rol y vio la persona como producto social individualizado, cuyo comportamiento resulta incomprensible sin el medio social.

Paralelamente con lo anterior, hay un biologismo muy influido por la teoría evolucionista. Para unos, el comportamiento social se basa en unos deseos innatos que por evolución provocan unas fuerzas sociales. Por ejemplo, del deseo de nutrición se derivan el deseo de adquisición, el robo, la violencia, etc. (Ward invoca además una ley económica natural del máximo beneficio.) Small, influido por Ratzel, se refiere a cinco intereses innatos como fundamento de la vida social. Otros hablan de un conjunto, más o menos diverso, de instintos.

Ya vimos que esta última era la posición de McDougall. El edificio que presentó, con una docena de instintos, terminaba explicando toda la vida social. Coherente y radical, su teoría reduce lo social a lo biológico. Por ello, su psicología social lo es menos por la explicación que ofrece y más por los hechos que estudia.

El instintivismo de McDougall, cuyos epígonos apenas encontraron repercusión, fue pronto desbancado. Quienes más contribuyeron a esto fueron los investigadores del aprendizaje, en especial Thorndike y Watson con sus consistentes teorías que relegaban el factor innato en el hombre y otorgaban un decisivo papel a las condiciones ambientales en los hábitos adquiridos. Sin embargo, esto no conllevaría la muerte para el biologismo social. El instintivismo adoptó nuevas formas, sobreviviendo agazapado en el psicoanálisis social (Reich, Marcuse, etc.). Luego, encontró formulaciones moderadas en la nueva etología, volviendo a exacerbarse últimamente con la sociobiología.

La aportación de la nueva etología. A partir de los años treinta, la etología moderna (Lorenz, Tinbergen) hace renacer el concepto de instinto, utilizándolo con un criterio experimental (en marcos naturales, de acuerdo con el método etológico), y en sus inicios no de un modo operativo. La observación de que en el etograma, o registro del repertorio conductual, de casi todas las especies existen unos patrones fijos de conducta, y el importante concepto de improntación muestran el innatismo indudable de esta corriente. Pero se trata de un innatismo lleno de sugestivos y finos matices.

En cuanto a los patrones fijos de conducta, la respuesta instintiva animal tiene una doble naturaleza, puesta de relieve en un famoso experimento (Lorenz y Tinbergen, 1938), relativo a la recuperación del huevo en el nido del ganso gris, que se traduce en la complementariedad entre una pauta motora fija (unidad básica del análisis conductual etológico) heredada, o serie de contracciones musculares que si se inician deben llevarse a cabo hasta el final, y un componente táxico o de orientación, sucesión de reacciones reflejas frente a los estímulos externos, esto es del medio, y que corrige o establece la dirección del movimiento conduciendo la respuesta hasta su objetivo.

En cuanto al fenómeno de la impronta (*imprinting; Prägung*), fué observado ya por el naturalista inglés Spalding en 1873 en los patitos y también por Heinroth en 1910 que lo bautizó. Pero sus bases teóricas y leyes reguladoras fueron establecidas por Lorenz con base en una serie de experimentos, además de con patos, también con ovejas, monos, etc. Llevados a cabo entre 1935 y 1937. Consiste en una conducta comprobada sólo en un reducido número de especies, específicamente en las aves nidífugas y los mamíferos ungulados. En ciertos peces, aves nidícolas y monos se da más bien una impregnación, es decir una fijación por repetición prolongada, cuyos efectos parecen ser más tardíos y durables que los de la impronta propiamente dicha (Slazen, 1967).

La impronta, generalmente, se manifiesta con una conducta de seguimiento de un objeto móvil, adquirible durante un periodo de tiempo relativamente breve y típico de cada especie, poco después del nacimiento y que queda fijada de un modo durable e irreversible. Es destacable, a nuestros efectos, que el contenido formal del fenómeno es innato (unas pautas fijas de acción, que son heredadas), pero no la forma de manifestación y el sentido que llega a tener, ya que los estímulos para que tenga lugar son adquiridos durante el período crítico de sensibilización de los llamados "mecanismos desencadenadores innatos" (*angeborener Auslösermechanismus*: Lorenz, 1937) sin cuya intervención no se da.

Por consiguiente, aunque la impronta es un fenómeno de base indiscutiblemente biológica, en él tienen esencial importancia las primeras experiencias las cuales tienen una relación directa con las condiciones ambientales. Algunos (con base experimental, como Hess, 1959) lo consideran una forma rígida de aprendizaje, distinta del aprendizaje discriminativo. En este marco interpretativo conductual, si la herencia determina la naturaleza general de la conducta y el momento de su aparición, el ambiente condicionaría la adquisición de la conexión E-R específica.

La posición de la nueva etología no es, como algunos han criticado infundadamente, la de un instintivismo a ultranza. Por el contrario, se trata de un neointintivismo que otorga un papel decisivo al ambiente en la conducta animal. Por añadidura, se admite (Hess, 1973) que no disponemos aún de datos suficientes para afirmar que existe la improntación social en el ser humano.

La posición de la sociobiología. Estos últimos años ha surgido un biologismo rabioso, la sociobiología, que se basa en un cúmulo de datos provenientes de la genética, singularmente de la genética de las poblaciones, y emplea razonamientos incluso de orden matemático. Entre los precursores, se menciona a Darwin,

Spencer, Huxley y Kropotkin (Caplan, 1978). En cierto modo, la sociobiología es un llevar más allá la genética del comportamiento.

Quince años después de aparecer un texto pionero de Fuller y Thompson (1960), un zoólogo especializado en entomología, Edward O. Wilson da forma y nombre a la sociobiología. La define como una nueva ciencia que se ocupa del estudio sistemático de las bases biológicas de todo comportamiento social (Wilson, 1975). Sintetizando datos anteriores, llega a establecer unos principios sociobiológicos. Según estos, el comportamiento social está genéticamente determinado. Los genes, que gobiernan la selección natural, son "egoístas", es decir, su razón de ser es la sobrevivencia a través de la propagación compitiendo con otros genes que pretenden lo mismo. Los genes llevan a cabo este objetivo a través de los organismos (animales, hombre), puesto que estos están programados por ellos. Para explicar la conducta altruista, desde el egoísmo del gene, los sociobiólogos (Dawkins, 1976), sostienen en resumen que tal conducta se debe a que favorece a los genes comunes, puesto que de este modo estos tienen más posibilidades de sobrevivencia.

Una pregunta decisiva es si la cultura tiene también unas bases genéticas. Aparte del antecedente de Alexander (1974) que intentó demostrar tal cosa, Lumsden y Wilson (1982) han presentado desde la sociobiología un modelo estadístico y dinámico, muy elaborado, que relaciona los hechos genético, mental y cultural, y procura integrar las ciencias biológicas y las ciencias sociales. Según este modelo, referido a los individuos humanos, los genes no especifican conductas sociales determinadas sino que generan procesos orgánicos, que los autores llaman "reglas epigenéticas". Estas "reglas" consisten ya en procesos automáticos que regulan las diferentes formas de sensación, ya en procesos que, actuando sobre los *inputs* perceptivos, evalúan las percepciones a través de fenómenos como la memoria, los estados emotivos, o la toma de decisiones por la que los individuos están predispuestos a usar ciertos "genes culturales" (*culturgens*) en vez de otros, como una determinada forma de comunicación no verbal, el tabú del incesto, etc.

¿ Que hay que entender por genes culturales ? Las unidades básicas de la cultura, la cual queda definida como "la suma de los constructos mentales y de las conductas, que incluye la construcción y el empleo de artefactos, transmitidos de una generación a otra por aprendizaje social". Los genes culturales son dichos constructos, conductas y artefactos. Existen en formas diversas, siendo alternativas que el individuo puede elegir, así como adquirir o aprender; por ejemplo, el lenguaje o la memoria a largo plazo. El modelo de Lumsden y Wilson pretende explicar cómo varían genéticamente los genes culturales y cómo ocurre el vínculo gene-cultura. Este vínculo es un efecto de las mencionadas reglas epigenéticas, determinadas genéticamente, y relativas a la cognición individual y al desarrollo cultural, sobre las pautas o patrones sociales. El resultado es que la toma individual de decisiones queda conectada con el patrón y la estructura de los genes culturales, en la sociedad global. Finalmente, el modelo es generalizado al mostrar cómo se vinculan las pautas conductuales y los patrones sociales.

La sociobiología ha levantado un alud de críticas, científicas e ideológicas. Limitándonos ahora a las primeras, se la acusa de que las pruebas aportadas no permiten aceptar el extremismo a que conducen las tesis que defiende. Más

concretamente, se la critica (Rice, 1982) por la escasa confirmación empírica de la teoría, por no considerar las explicaciones alternativas, porque muchas de sus conclusiones son pura especulación (de misticismo teórico, ha hablado Sahlins, 1976), porque da por sentado que la toma de decisiones responde a un modelo estocástico, etc. La mayor contestación, sin duda, proviene de los antropólogos (Washburn, Lee, Shalins, etc.) por entender que desnaturaliza el hecho sociocultural humano. Sin entrar en otras críticas más específicas (ver Montagu, 1980), este último autor concluye que si bien es indudable que en gran medida la conducta humana tiene unas bases genéticas, esto no significa que esté genéticamente determinada. La crítica de Montagu es apresurada, ya que el determinismo sociobiológico tiene un límite: es probabilística, lo cual significa que no llega a relacionar conductas y genes particulares. Esto hace que, al igual que el neoinstitivismo etológico aunque por diferente camino, el sociobiológico "relativiza" el biologismo. Además, introduce cierto margen de incertidumbre a nivel epistemológico. Hechos estos importantes matices, es pronto aún para sentar conclusiones puesto que esta atrevida versión, que recuerda en cierto modo el darwinismo social, se encuentra en pleno desarrollo. Lo que puede afirmarse ya es que constituye un reto científicamente serio, lo cual es siempre provechoso para todas las ciencias humanas.

Los experimentos de la psicología animal. Volvamos a los años treinta. Ya hemos visto que la etología daba un enfoque empírico al tema. También la psicología animal emprende un análisis de datos obtenidos según métodos científicos, observacionales y sobre todo experimentales, que afectan a la cuestión aquí abordada. Bien ilustrativo al respecto es el *experimentum crucis* intentado por los Kellog (1933). Educaron juntos largo tiempo a su hijo Donald y a la chimpancé Guá, desde recién nacidos, dándoles el mismo trato y enseñándoles a ambos idénticas pautas de comportamiento, es decir, socializando al animal como si fuera un ser humano. ¿Qué sucedió? Los primeros meses ambos aprendían las mismas conductas, pero pasado un tiempo el niño empezó a evolucionar cada vez más rápidamente que el mono hasta que éste se atascó en su aprendizaje "humano". En resumen, que Donald llegó a ser un niño y Guá continuó siendo un mono. Este resultado era obvio, pero jamás se había obtenido bajo control científico. Por ello, tuvo una enorme trascendencia, deduciéndose de él el carácter claramente determinante de la carga genética.

A mi modo de ver, lo que demuestra este experimento es la existencia de un "techo biológico", al menos en condiciones "naturales". Años después, otro experimento llevado a cabo por los Hayes (1951), con la chimpancé Viki, para investigar el aprendizaje animal del lenguaje humano, permite llegar también a esta conclusión, no desvirtuada por los experimentos posteriores de similar objetivo (Gardner y Gardner, 1969; Premak, 1971; etc.), incluso con la nueva técnica referencial y no simplemente asociativa empleada por Savage-Rumbaugh *et al.* (1983).

Aparte de las críticas metodológicas a este último estudio (Ristau, 1983), este trabajo así como los anteriores llevan a la conclusión, al menos provisionalmente, de que los chimpances hembra poseen cierta capacidad de simbolización, no sólo pasiva o de comprensión sino también activa o de producción de símbolos. Ahora

bien, tal capacidad está doblemente limitada: el animal no actúa de un modo espontáneo ya que únicamente utiliza símbolos si se le motiva (Rumbaugh y Gill, 1976; Terrace, 1979), a diferencia de lo que hacen los niños; es más, únicamente aprende bajo presión (Sugarman, 1983), una presión que no es efectuada por otro chimpancé sino por otro "animal" de distinta especie como es el ser humano. Por añadidura, aquella capacidad adquirida no parece ser hereditariamente transmisible.

Más significativos son una serie de experimentos con ratas. En favor del factor herencia puede alegarse el experimento de Tryon (1940), hoy en día un experimento rutinario de laboratorio. Apareadas durante dieciocho generaciones y puestas en jaulas iguales (identidad de ambiente) las ratas más listas entre sí y las menos listas también entre sí, logró cepas de ratas "listas" y cepas de ratas "tontas", es decir, con una diferente capacidad hereditaria de aprendizaje. Un dato clave, que no ha sido destacado, es que las diferencias eran cada vez más claras ... hasta la octava generación. Esto demuestra otro aspecto del techo biológico, a saber, que la intervención del factor biológico es limitada.

A pesar de tal limitación, este experimento parece inclinar el debate a favor del innatismo. Sin embargo, otros investigadores (Cooper y Zubeck, 1958) obtuvieron resultados de signo contrario empleando el método de la camada dividida. Ratas procedentes de unos mismos progenitores (identidad de herencia) fueron situadas la mitad en un ambiente pobre de estímulos y la otra mitad en otro rico en éstos. De adultas, éste último grupo de ratas mostraba una manifiesta superioridad en la resolución de problemas. Este experimento, confirmado con perros, parece demostrar el carácter determinante del medio ambiental.

Sería apresurado, por parte del lector, sacar la conclusión de que los resultados de uno y otro experimento son antagónicos. Simplemente, porque las condiciones experimentales no son iguales. Aunque el saldo de ambos experimentos es ambivalente, es fácil advertir que las condiciones experimentales son precisamente inversas en cada caso. Esto es, que se operó de un modo opuesto con las variables en juego. En efecto, en el primer caso se mantuvo constante el factor hereditario y se manipuló el ambiental, mientras que en el segundo se procedió exactamente al revés. Esto hace sospechar que el diseño experimental elegido determina o al menos facilita uno u otro resultado. Ahora bien, si esto es así significa, ni más ni menos, que ambos factores desempeñan o pueden desempeñar un papel igualmente decisivo en la conducta animal.

Estudios sobre el comportamiento humano: Antecedentes. ¿Qué dicen los datos aportados por las investigaciones relativas al comportamiento humano? Retrocedamos algo en el tiempo, pues hay varios antecedentes interesantes. Parte de ellos se refiere a la literatura sobre diversos casos de niños abandonados y que se han desarrollado en estado salvaje, como el de los hermanos hindúes Kamala y Amala, crecidos entre lobos (caso descrito por Sing y que Ogburn y Bose, 1959, criticaron por su tratamiento no científico) o el famoso caso del niño de Aveyron, estudiado en 1901 por un médico francés (Itard, 1986). En el mismo apartado hay que recoger los casos de niños que han vivido aislados en soledad, encerrados en oscuras buhardillas (Davis, 1940, por ejemplo). Tales criaturas no pueden llegar a

aprender lo que un humano normal o si lo hacen es muy lenta y pobremente. Así, en el caso estudiado por Davis, que es uno de los mejor conocidos científicamente, relativo a dos hermanas gemelas descubiertas y rescatadas cuando tenían seis años, Anne sólo pudo vivir cuatro años más e Isabelle, cuya conducta respondía a un nivel de seis meses de edad, pudo sobrevivir pero jamás alcanzó un desarrollo normal. Todos estos casos muestran que la falta de contacto humano perjudica sustancialmente el proceso de socialización. No es arriesgado afirmar que el ambiente social humano parece necesario para la formación de la persona como tal.

Otro tipo de antecedentes proviene de los trabajos sobre las familias criminales, de moda en el traspaso de siglo sobre todo en la escuela criminológica italiana. Se refieren a familias que presentaban una elevada tasa de criminalidad de padres a hijos. Rápidamente, se entendió que abogaba en favor del carácter determinante de la herencia. Pero la crítica no tardó en encontrar el argumento contrario: Lo decisivo aquí no es la carga genética sino el hecho de vivir en un mismo grupo y estar socializado según unas mismas pautas y guiado por idénticos valores. Como las dos explicaciones, la de la tara genética y la de la socialización familiar, eran plausibles, el hecho nada probaba en definitiva. En consecuencia, este enfoque fue abandonado. De todos modos, puede ser extraída una conclusión parecida a la de los experimentos con ratas: Si ambas explicaciones son plausibles, posiblemente es porque concurren tanto factores innatos como los adquiridos.

Y una conclusión también similar puede sacarse de los trabajos de Galton, uno de los pioneros en el enfoque empírico de la herencia de la capacidad mental. A partir de la teoría darwiniana, en *Hereditary genius* (1869), infirió que los individuos humanos varían en su dotación genética y que estas variaciones son hereditarias. Como prueba de que la capacidad mental es heredada, analizó las genealogías de familias que poseían hombres eminentes a lo largo de la historia. No advirtió que este hecho podía deberse también a las condiciones sociales y económicas.

Estudios con mellizos e hijos adoptivos. Pero dejemos ya los antecedentes. Durante mucho tiempo, los estudios más característicos y repetidos han sido los realizados comparando correlacionalmente los rendimientos intelectuales (C.I.) de hijos con más o menos identidad genética. Como la literatura existente al respecto es muy abundante, sólo vamos a presentar los diseños fundamentales empleados. He ahí, las tres situaciones principales sometidas a la investigación:

1) Misma herencia y mismo ambiente ($= H, = A$): Para ello se comparan gemelos univitelinos, gemelos bivitelinos y simples hermanos que, en cada caso, han sido educados juntos. Aparece una significativa correlación entre el C.I. y el grado de identidad genética, pues es mayor entre los monozigóticos que entre los bivitelinos, y también entre estos mayor que entre los meramente hermanos (Wingfield y Sandiford, 1929; Tabah y Sutter, 1954; etc.).

2) Misma herencia y distinto ambiente ($= H, \neq A$): Si comparamos mellizos educados juntos o aparte, el resultado es que entre las dos variables en juego el C.I. correlaciona más entre los univitelinos educados juntos que entre los educados por separado, y entre estos más que entre los bivitelinos (Newman et al., 1937, revisado por Woodworth, 1941; etc.).

3) Distinta herencia y mismo ambiente ($\bar{H} = A$): Se comparan hijos adoptivos e hijos naturales que conviven con sus padres adoptantes y naturales respectivamente. Resulta que la correlación entre el C.I. de los padres y el de los hijos es mayor entre las familias naturales en convivencia que entre las familias adoptivas (Burks, 1928).

De todos estos estudios, algunos de ellos con un complejo tratamiento estadístico de los datos como el último citado, lo que aporta matices que hemos de pasar por alto, se ha deducido que la herencia es un factor esencial. Esto ha sido fuertemente contestado. Por ejemplo, cuando los diferentes estudios con gemelos univitelinos criados por separado han sido reanalizados han revelado en conjunto poca consistencia e incluso se ha insinuado que los datos pueden haber sido objeto de trucaje o manipulación (Kamin, 1974). Otro tipo distinto de crítica es que en esta clase de estudios el factor ambiental queda reducido al grupo familiar (gratuitamente Pieron, 1949, considera que representa sólo una quinta parte del ambiente). A lo que puede añadirse que, únicamente se tiene en cuenta una sola cultura.

Las diferencias culturales. Precisamente otra línea de investigación sobre el tema se basa en las diferencias culturales. Los trabajos de este tipo comparan ya la diversidad de herencia ya la diversidad de ambiente sociocultural.

a) Diferente herencia: En general, numerosas investigaciones (una de las primeras, por MacDougall y Myers, 1901), muestran que en las funciones sensoriales elementales y en el rendimiento intelectual (C.I.) hay muy poca diferencia entre los blancos y los sujetos de otras razas o color. El caso, muy estudiado, de los negros norteamericanos (Klineberg, 1935; Shuey, 1958, etc.) es revelador. Sus puntuaciones se mostraron muy inferiores a las de los blancos ! pero menos en el Norte que en el Sur y en los que llevaban más tiempo viviendo en el país que en los que llevaban menos tiempo ! En la medida en que la nacionalidad puede reflejar la herencia, se ha comparado el nivel intelectual de niños de distintos países (Klineberg, 1931), no encontrándose diferencias. En cambio, merece destacarse que al comparar dentro de cada país diferentes regiones las diferencias sí resultaban significativas.

b) Diferente ambiente: Además de los dos últimos estudios, cuyo análisis implica comparar la variación ambiental, otras investigaciones comparan distintos ambientes. Una encuesta francesa (*Le niveau intellectuel...*, 1950-54) mostró claramente que los niños urbanos poseen un nivel intelectual más elevado que los del hábitat rural, que la media de las puntuaciones de los hijos de padres con profesiones liberales es bastante superior a las de los hijos con padres campesinos, e igual ocurre con los hijos de familias más numerosas con respecto a las de los hijos de familias con pocos hijos.

El enfoque de las diferencias culturales aporta datos que destacan la influencia del ambiente en la formación de la persona.

La factorización de los datos. Una tercera línea de trabajos en seres humanos recurre a un potente instrumento de análisis estadístico.

Empleando el análisis factorial, Eysenck (1971) revisó una ingente cantidad de datos de estudios precedentes. Su conclusión, confirmada por Herrnstein (1971) de la Universidad de Harvard, es que la herencia tiene un peso específico del ochenta por ciento en la formación de la personalidad.

Sin embargo, Jenkins (1972), de la misma Universidad, revisó a su vez los datos e incluso los cálculos de Eysenck. Encontró un peso específico del cuarenta y cinco por ciento en la herencia, lo cual inclinaba la balanza hacia el otro platillo.

La dimensión ideológica. Tanto resultado dispar sume en el desconcierto. ¿No resulta sospechoso este vaivén de datos ?

Sin duda es complicar aún más las cosas, pero a todo lo anterior hay que añadir la dimensión ideológica del problema. Porque, a poco que se analice la historia del pensamiento, se observa que ya desde la Antigüedad aparecen, paralelas en el tiempo, dos líneas (cfr. Hofstätter, 1963) que suponen sendas concepciones opuestas del ser humano. A su vez, estas concepciones implican diferentes doctrinas políticas y religiosas (cfr. Deutsch y Krauss, 1965), diferenciables por su postura en torno a la alternativa herencia o ambiente. De una parte, el bio(psico)logismo, que acude a lo biológico para explicar el hecho humano. En esta línea están, entre otros, Lao Tsé, Aristóteles, Hobbes, Darwin, etc. La otra línea es la ambientalista y en ella se sitúan Confucio, Hipócrates con su teoría de los climas, Platón, Rousseau, Hegel que recurre a un *Geist* o espíritu objetivo, etc. Esto sugiere que el problema está profundamente vinculado a las ideas.

Más de una vez se ha insinuado que, en términos de actitudes políticas genéricas, el moderno pensamiento político de la derecha tiende a sobrevalorar el factor hereditario, mientras que el de la izquierda enfatiza el factor ambiental ya que únicamente si el ser humano es, como tal y al menos en lo fundamental, un producto de las condiciones ambientales tiene razón de ser una política social. Más explícitamente, Pastore (1949) observó lo mismo en relación con los conservadores y los liberales, respectivamente. No parece, según esto, infundada la sospecha de que existe una correlación entre las ideas políticas, que son sociales, y la posturas mantenidas en esta polémica.

Que no es una polémica aséptica lo demuestran las reacciones en cadena que van provocando los resultados. Cuando en 1969, Jensen publicó unas investigaciones que permitían concluir que había una neta superioridad en C.I. de los niños blancos sobre los de color (Jensen, 1969 y 1973; Jensen et al., 1969), este estudio fué rápidamente aprovechado por la nueva derecha francesa. Brotada ésta del grupo Club de l'Horloge, aglutinado alrededor de la revista *La Nouvelle Ecole*, Alain de Benoist, director de la revista y autor de *Vue de droit* (1977), se basó en las tesis jensenianas para defender la desigualdad innata de los seres humanos.

A su vez, estas ideas y las de Jensen saltan al gran público y son combatidas por los intelectuales que no las comparten con toda clase de argumentos (Aron, 1979; Sheenan, 1980; etc.). Es, además, significativo que nadie se acuerde de que la conclusión de Jensen contiene una importante excepción. En efecto, hace el interesante matiz de que el ambiente pasa a ser decisivo en los niños de color

cuando estos se encuentran en situaciones que les son muy adversas. (Lo cual, dicho sea de paso, recuerda la famosa tesis de Toynbee, 1934, sobre el *challenge* como motor del progreso histórico, aunque para que este progreso se dé las circunstancias no deben ser ni muy favorables ni muy desfavorables.) Inmediatamente, se atacó a Jensen alegando incongruencias e incorrecciones metodológicas y técnicas (Jensen *et al.*, 1969; Lamart, 1973; etc.), se formularon nuevos argumentos pro ambientalistas (Hunt, 1973) y se empezó a trabajar de nuevo para probar empíricamente la tesis contraria. Por ejemplo, Barbara Tizard (1974), experimentando cuidadosamente con niños ilegítimos de guarderías inglesas, encontró que las diferencias en C.I. son significativas según el distinto ambiente y no según el diferente color de la piel.

Reiteradamente, he tenido ocasión de comprobar las fuertes connotaciones inherentes a la cuestión. A menudo, he citado en mis explicaciones de clase los estudios longitudinales de Belmont (Belmont y Marolla, 1973; proseguidos por Belmont, Stein y Susser, 1975) sobre 40.000 holandeses recién ingresados en el servicio militar, en el que se encontró que la inteligencia correlaciona claramente con el orden de filiación y con el tamaño de familia. Más claro, que tienden a ser más inteligentes los primogénitos - lo que ya había sostenido Galton - que los segundos hijos, estos más que los terceros, y así sucesivamente; además, los hijos de familia numerosa tienden a ser menos inteligentes que los de familias pequeñas. La airada reacción (protestas, irritación mezclada con hilaridad, etc.), que tales datos obtenidos de un modo totalmente científico despiertan indefectiblemente entre el auditorio, resulta divertida a la par que reveladora. Los alumnos respiran satisfechos, por fin, cuando se enteran de que Zajonc (1976) ha ofrecido sendas explicaciones alternativas, de carácter psicosocial, en contra de la interpretación dada por Belmont y sus colaboradores.

En fin, para no cansar al lector, están los furiosos y constantes ataques de que es objeto la sociobiología, muy particularmente en su aplicación al ser humano a pesar de que al principio puso el énfasis en el comportamiento social animal. Apenas aparecido el libro de Wilson, se constituyó en Boston el grupo *The Science for the People* para combatir las nuevas ideas. Este grupo, del que formaban parte científicos prestigiosos como los genetistas de poblaciones Lewontin y Levins, acusó a la nueva orientación de intentar probar las raíces genéticas del machismo (Allen *et al.*, 1977), así como de justificar la eugenesia nazi y el *statu quo* (Wade, 1976). Otros la han denunciado por defender el capitalismo liberal (Sahlins, 1976). Por otra parte, la nueva derecha europea, antes aludida, ha tendido a presentar las hipótesis sociobiológicas como conclusiones demostradas, llegando a la osadía de asegurar que llegará el día en que el código genético ayudará a inspirar un nuevo código de derecho civil (Sheehan, 1980).

Aunque faltan estudios científicos que confirmen el alcance y la dirección del factor ideológico en este tema, los datos expuestos sugieren que mientras no se demuestre lo contrario hay que contar con él. Prescindir de los condicionamientos ideológicos, tanto en la investigación como en la interpretación, puede dar la apariencia de una mayor neutralidad y objetividad científicas, pero en el fondo va contra el espíritu del conocimiento científico. Los datos del problema tienen un valor sociopolítico, porque implican en lo más profundo al ser humano.

Conclusiones. Acaba de verse la tremenda complejidad del tema. Los resultados expuestos pueden conducir al escepticismo a más de uno. Klineberg (1954) aseguraba que se trata de un problema "manifiestamente perenne". Sin embargo, pienso que es posible sacar varias conclusiones que esclarecen algunos aspectos sustanciales de la controversia.

Ante todo, está claro que el problema ya no puede plantearse como antes. Quiero decir en términos de exclusividad y monopolio. Entre herencia y ambiente no hay una alternativa sino una interacción, lo que significa que ambos factores son esenciales. Esta es la posición hoy dominante, a la que se adhieren autores como Eysenck (1971), nada sospechoso de proclividad hacia el ambientalismo.

Por supuesto, esto no resuelve al problema. Pero desplaza a discusión a averiguar cuál de los dos factores predomina, o sea el grado de importancia relativa o peso específico de cada variable. El proceso de matematización, característico de la ciencia contemporánea, propicia las respuestas cuantitativas. Pero aparte de que con ellas la discusión se eterniza en un estira y afloja de tantos por ciento, el otorgar un porcentaje a cada variable no tiene ningún significado concreto. ¿Qué significa fácticamente el afirmar que la herencia pesa un 80 por 100? Por otra parte, aún aceptando este enfoque cuantitativo, aunque el peso del ambiente fuera sólo del 1 por 100 importaría más su carácter esencial, y habría que tenerlo en cuenta con mayor razón para poder mejorar las posibilidades del ser humano, manipulaciones genéticas aparte.

En una revisión del estado del tema, Yela (1978), después de afirmar que lo aquí importa no es la interacción estadística sino la psicológica, concluía que la herencia y el ambiente influyen por igual, es decir, que son complementarios e igualmente imprescindibles. Además, subrayaba que frente a todos los argumentos nativistas subsiste un hecho ambiental innegable: tanto más cuanto más se asciende en el *phylum* evolutivo, los animales modifican su conducta por experiencia y aprendizaje. Yela quizás no advirtió que, contra su conclusión, este dato comporta una creciente influencia del ambiente y por lo tanto niega aquella igualdad.

Plantear qué factor pesa más, implica presuponer que ambos son comparables, esto es, que son homogéneos cualitativamente considerados. El problema parece pedir un enfoque cualitativo. En otras palabras: indagar cómo interviene la herencia y cómo el ambiente en el comportamiento.

Esto es tanto como preguntar qué función desempeña cada variable. Desde este nuevo enfoque, una hipótesis de trabajo plausible puede ser que la herencia opera de marco delimitante mientras que el ambiente pone las condiciones posibilitantes (o dificultantes). Ya Stoetzel (1965) había sugerido que la herencia es el conjunto de virtualidades que señalan el límite de máximo rendimiento alcanzable en el supuesto de un ambiente totalmente favorable. Dicha hipótesis permitiría enfocar el problema de las diferencias individuales, y aún de las colectivas, como una cuestión situacional. Es decir, que tales diferencias resultan ser poco significativas fuera del contexto social (sociológico, económico, político, etc.) en el que se dan. No muy distinto de tal concepción es probablemente el modelo del "paisaje epigenético" de Waddington (1963), cuya hipótesis filogenética supone además que, debido a la interacción herencia-ambiente, lo adquirido también se

heredará, es decir que el genoma o sustrato biológico de la herencia va integrando el resultado de su interacción con el medio ambiente. Otro aspecto del citado enfoque cualitativo vendría dado por el emergentismo (Pinillos, 1975, y Kaufman, 1973, por citar un psicólogo y un psicólogo social) como modelo explicativo del comportamiento.

¿ Por qué no se ha profundizado en el enfoque cualitativo ? Al menos hay dos tipos de razones. Unas, de orden metodológico, consisten en la falta de instrumentos o técnicas adecuadas para tratar de este modo la cuestión. Otras, de orden teórico, en el sentido de que ese enfoque exige clarificar los conceptos que se manejan. Y esto, aparentemente al menos, hace retroceder el problema casi al punto de partida. Sin caer en el extremismo de tachar dichos conceptos de puras abstracciones (como hace Anastasi, 1958), con lo que se liquida *ipso facto* el problema, lo cierto es que estos conceptos son difusos.

El concepto de herencia parece claro entendido como dotación o carga genética (cfr. Yela, 1978). Incluso puede considerarse claro aplicado al nivel intrafamiliar (padres e hijos). Pero más allá (raza) resulta sumamente vago ¿ Qué contenido dar a la expresión "herencia racial " ? La respuesta es difícil, máxime si se tiene en cuenta que cada vez se tiende más a sustituir el concepto de raza por el de etnia, esto es a conceder menos sentido a la identidad genética o biológica de un conjunto de sujetos y más su identidad cultural o, si se quiere, de pautas y valores, lo cual ya no se refiere al condicionante genético sino al ambiental. De todos modos, aquél condicionante continúa estando presente. Hay algo más que una metáfora en la expresión de White (1949) "herencia social" para designar la cultura.

Por lo que se refiere al concepto de ambiente, si bien resulta intuitivamente claro, entendido como el conjunto de estímulos del individuo resulta, amén de complejo, extraordinariamente vago. Además, surge la duda de si cuando hablamos de ambiente nos estamos refiriendo a la vez a varios fenómenos distintos. De ser así, la interacción entre la herencia y el ambiente no sería dual sino múltiple. En cualquier caso, el hecho capital consiste en que el ambiente no es, sobre todo en el caso del ser humano, un mero conjunto de estímulos que objetivamente interactúa con un mero conjunto de estructuras orgánicas, sino que el ambiente es asimilado por el individuo a su propio funcionamiento, incorporándolo interpretativamente a sus proyectos.

Este hecho, que en efecto es capital, nos pone sobre la pista de que por lo menos procede distinguir dos fenómenos diferentes dentro del concepto de ambiente. De una parte, está el ambiente como el medio o entorno estimular. De otra parte, como resultado de la interacción de este medio con el propio individuo. Hay, por consiguiente, dos modos de entender el ambiente, a pesar de que se refieren a un mismo factor definible por su contraposición con la herencia.

La cuestión se complica si se tiene en cuenta que el ambiente, como adquisición, puede entrar en acción como medio capaz, a su vez, de modificar el factor herencia mediante manipulaciones genéticas, manipulaciones que están condicionadas por la epistemología y la ideología.

El ambiente, así entendido, incluso puede "transformar" el factor herencia en un "medio adquirido". En efecto, más allá de su función natural, dicho factor desempeña una "sobrefunción social". No hablo en sentido sociobiológico. Me refiero a la función añadida por el propio ser humano, de servir de base a numerosos prejuicios y de fundamento de ciertas ideologías. En consecuencia, el concepto de herencia no funciona limitado estrictamente a lo genético. Y de ahí la dimensión ideológica que tiene el problema. En este sentido, la herencia lleva una sobrecarga que es tan importante como su función estrictamente biológica. Y no sólo porque genera un sesgo ideológico sino también porque altera funcionalmente el concepto de herencia, que de fenómeno delimitante pasa a ser un fenómeno también posibilitante o, lo que en este caso es lo mismo, dificultante.

Más aún, el medio modifica el medio. Esto es, el medio puede modificarse a sí mismo. Esto significa que, para una cabal aprehensión y comprensión del comportamiento humano, en cualquiera de sus aspectos hay que contar constantemente con el ambiente como factor explicativo que llega hasta los mismos contenidos psicosociológicos, como en el concepto de clima social (tal como ha sido propuesto por Ridruejo, 1983). Y en este sentido, el ambiente se extiende ecológicamente a cuanto, humano o humanizado por la acción o la simple presencia del individuo, rodea a la persona. La complejidad del concepto es sencillamente impresionante.

Las consecuencias de todo cuanto ha quedado expuesto son que no puede construirse una psicología social girada de espaldas ni al factor biológico, ni al factor ambiental, en toda su extensión fáctica. Y esto, no sólo porque lo biológico es esencial sino también porque al interactuar, ambos factores contribuyen a su recíproca definición. Tanto el biologismo como el ambientalismo son reducciones epistemológicas del comportamiento humano entendido éste como hecho psicosocial. La psicología social debe construirse, por consiguiente, partiendo de la interacción funcional entre la herencia y el ambiente.

8

HACIA UNA PSICOLOGIA SOCIAL SUSTANTIVA

El análisis del comportamiento humano ha puesto de manifiesto la existencia de varias dimensiones en su estudio: unos planos de observación, un eje espaciotemporal y un doble factor bioambiental que provocan fuertes tensiones con tendencia a polarizarse entre las diferentes ciencias humanas y repercuten en una visión escorada de la psicología social. Esto es grave si se advierte que una forma de sintetizar las contradicciones entre esas disciplinas es precisamente a través de ésta última. La clave está, sin duda, en lograr una explicación propiamente psicosocial del comportamiento humano.

La búsqueda de la identidad de la psicología social, de su sustantividad, se pone indirectamente de manifiesto en la búsqueda actual de una explicación científica específicamente psicosocial. Se trata de otro aspecto, epistemológico, de lo hasta aquí abordado.

8.1 Las explicaciones en psicología social.

Parafraseando lo que Gurvitch (1968) ha dicho de la sociología, puede afirmarse que el tema de la explicación está relacionado con todas las crisis de la materia. Según esto, era de esperar que este tema saltara a un primer plano al advenir unos años críticos, no sólo en la psicología social sino también en las ciencias sociales (Brown, 1963; Gouldner, 1970; Marsal, 1977; etc.) y en general en las ciencias del comportamiento (Taylor, 1964, Fodor, 1968; Boden, 1972; Castorina *et al.*, 1973; Chomsky *et al.*, 1974; Gauld y Shotter, 1977; Richelle y Seron, 1980; Antaki, 1981; Kendler, 1981; Richard, 1982; etc.).

Hay dos posturas teóricas particulares que, partiendo por lo dicho de una base crítica, se han enfrentado de un modo elaborado a esta cuestión.

Los niveles de análisis. Doise ha tratado monográficamente el tema en *L'explication en psychologie sociale* (1982), donde desarrolla una teoría de los niveles explicativos, que había esbozado en anteriores trabajos.

El marco teórico hay que buscarlo en su concepción de la psicología social como articuladora de la psicología y la sociología. Para él (1979), lo psicológico y lo sociológico son visiones teóricas generales, que desarrollan dos discursos autónomos, aunque recíprocamente se proveen de instrumentos y manifiestan analogías e isomorfismos. Por otra parte, la investigación empírica nos muestra, con detalle, cómo lo colectivo evoluciona a través de la interacción social y también cómo los desarrollos del individuo son fruto de esta interacción. Y al igual que ocurre con las acciones, las representaciones se coordinan y se modulan constantemente con el desarrollo de las relaciones sociales, acentuándose y estructurándose en función de las posiciones recíprocas que ocupan los actores sociales. El proyecto de Doise consiste en reencontrar, a través de lo más diversos cambios, estos procesos elementales y estables.

Sobre estas bases, Doise defiende la tesis, ilustrada empíricamente, de que es posible una experimentación que se sitúe en la articulación psicopsicológica, es decir, justo entre las explicaciones psicológicas y las explicaciones sociológicas, respetando plenamente la legitimidad de unas y otras. Lo que intenta es expresar y provocar un cambio de escala y de intereses en el seno de la psicología social (Moscovici, en Doise, 1979). Que esto no es exagerado lo confirman las publicaciones y los logros posteriores conseguidos por el grupo de Ginebra (ver Munné, 1989).

La descripción y sistematización de las vías (*démarches*) utilizadas en psicología social en las diferentes prácticas experimentales ha sido ofrecida por Doise en varios trabajos (principalmente en Doise, 1978; Mugny y Doise, 1979; y Doise, 1982). El punto de partida está en la observación de que, en los experimentos psicopsicológicos, se dan cuatro aproximaciones diferentes, con múltiples lazos entre sí, y que cada una afecta a un distinto dominio de investigación, a saber y respectivamente, las imágenes sociales, las situaciones y representaciones sociales, las representaciones colectivas, y las ideologías. Con estas denominaciones, algo arbitrarias como reconoce el propio Doise, se refiere a distintas nociones explicativas

y diferentes paradigmas experimentales. Cada uno de estos dominios constituye un diferente nivel de análisis (no un diferente nivel de la realidad, puntualiza Doise) en la práctica experimental psicosocial. Constituyen también una importante etapa en el camino que conduce a una articulación entre la psicología y la sociología. Y lo que importa más aquí, corresponden a cuatro tipos distintos de explicación psicosocial (cuadro 8.1).

Nivel I	Intraindividual
Nivel II	Interindividual y situacional
Nivel III	Posicional
Nivel IV	Ideológico

Cuadro 8-1 Niveles de análisis en la explicación psicosociológica, según Doise.

El nivel intraindividual (I) se refiere a análisis relativos a cómo los individuos organizan su experiencia social, cómo construyen las imágenes de su ambiente social. En concreto, se refiere a los procesos intraindividuales o psicológicos, tales como percepciones, juicios, opiniones, etc. de los sujetos. Se analizan los mecanismos que permiten, a nivel individual, organizar las percepciones, evaluar el entorno social y comportarse en dicho entorno. En este nivel explicativo se mueven la mayoría de las investigaciones realizadas sobre la coherencia cognitiva (modelos de Heider, Cartwright y Harary, Osgood, Festinger, etc.) y la categorización (modelo de Tajfel y Wilkes, 1963).

En el nivel interindividual y situacional (II) se analizan los encuentros sociales, esto es, los procesos interindividuales que se dan en una situación determinada. Los individuos interesan en tanto que explícitamente situados unos en relación con otros. No se toman en cuenta las posiciones que los individuos pueden ocupar fuera de las situación considerada. En consecuencia, los individuos son intercambiables. Trabajos en este nivel son la mayoría de los estudios experimentales basados en la teoría de los juegos, los modelos de redes comunicativas (Bavelas, 1951) o el modelo atribucional (Kelley, 1967).

El nivel posicional (III), en una primera formulación de Doise (1978), venía dado por las representaciones colectivas. En relación con la situación experimental, estas representaciones, en tanto que preexistentes a dicha situación, constituyen una variable independiente, en cambio las imágenes o representaciones sociales, que son elaboradas ante una información o una situación de interacción específicas, son variables independientes. Posteriormente, Doise (1982) ha aclarado que el análisis en este nivel, en el que los individuos ya no son intercambiables, se centra en las diferencias de posición social existentes en las interacciones y en las relaciones intergrupales. Son los casos de los experimentos pioneros sobre atribución según el estatus superior o inferior de los sujetos (Thibaut y Kelley, 1955), y en algunos

casos también del modelo de la comparación social (Festinger) aunque éste se desarrolla generalmente en el nivel II.

El nivel ideológico (IV) corresponde a los análisis efectuados en términos de las ideologías. Este análisis parte de las concepciones generales sobre las relaciones sociales de los individuos estudiados en una situación y muestra cómo estas concepciones (creencias ideológicas universalistas) inducen representaciones y conductas diferenciadoras, esto es, discriminadoras. Ahora la variable independiente es, por ejemplo, los juicios de valor de los sujetos. Doise observó que muchos experimentos psicosociológicos a pesar de que interviene este nivel no lo consideran en la explicación. Así, sucede cuando, en unos famosos experimentos sobre "torturas" infringidas por orden del experimentador a presuntas "víctimas" (Milgram, 1973), se invoca el prestigio de la ciencia para dar cuenta de los resultados obtenidos; o en el recurso a la creencia en un mundo justo para explicar los resultados de unos datos experienciales (Lerner, 1971); y en general, en las explicaciones interculturales cuando hipotetizan sobre valores o normas compartidos por la gente al estudiar el conformismo en dos culturas distintas, articulando ello con el nivel situacional (Berry, 1967).

El modelo que subyace a los cuatro niveles es acumulativo (Doise, 1982), o sea que cada nivel implica a los precedentes. Por otra parte, ningún nivel puede explicar completamente o por sí solo los procesos estudiados (Doise, 1978). Y esto, a pesar de que algunas tendencias teóricas, como la psicología social cognitiva, inducen a creer en la generalidad de un determinado nivel. Ni siquiera el cuarto nivel es autosuficientemente explicativo, a pesar de su carácter englobante. Por ello, es necesario relacionar los análisis de un nivel con los de los otros niveles. Por ejemplo, si las imágenes sociales a las que se refiere el nivel I no se articulan con el contexto de las representaciones en que actúan, cualquier generalización será abusiva (Doise, 1968).

Ningún experimento puede realizarse en un solo nivel. Lo propio de cada experimento es articular diferentes niveles, pero esto no es óbice, dice Doise, para que el trabajo experimental privilegie en diferentes momentos uno u otro de los niveles. Precisamente, la mayor parte de los experimentos psicosociales tienden a privilegiar los dos primeros niveles, dejando en consecuencia incontroladas las variables relativas a los otros dos. Esto comporta un grave riesgo, ya que hace aumentar considerablemente las variaciones incontroladas de los fenómenos experimentados. Una tarea prioritaria de la psicología social es, pues, la de introducir análisis que ofrezcan explicaciones en dichos niveles. Si del trabajo experimental pasamos a la explicación, aunque no es ilegítimo recurrir a un solo nivel de explicación, si así se hace queda incompleta y dificulta la articulación psicosociológica. Introducir otro nivel enriquece la comprensión del fenómeno, especialmente los dos últimos niveles que hacen posible la articulación. Por ejemplo, para poder explicarse a fondo el proceso de normalización no basta con articular la influencia social con las relaciones intergrupales (nivel III) sino que hay que llegar hasta el nivel ideológico (IV). Otro ejemplo: la reactancia psicológica, que ha venido siendo interpretada como un proceso motivacional intraindividual, encuentra su plena explicación psicosocial en el cuadro de las relaciones interindividuales marcadas por el juego de las pertenencias de grupo y por el funcionamiento más general de la ideología.

No considerar los dos últimos niveles, convierte a la psicología social en garante de la ideología dominante, ya que olvidar las divisiones que históricamente invaden las sociedades actúa en favor de la ideología, cuya función primera radica justamente en ocultar tales divisiones (Mugny, 1974). Aplicando su teoría a la misma psicología social contemporánea, Doise señala que los trabajos norteamericanos se limitan a análisis en los niveles I y II, mientras que los europeos actualmente disponen ya de varias líneas experimentales que articulan los dos últimos niveles con los dos primeros. Y cita, las investigaciones sobre la movilidad y el cambio sociales (Tajfel), las representaciones sociales (Moscovici), las fuentes del equilibrio cognitivo (Flament), el poder (Mulder), la polarización colectiva del riesgo (Moscovici), la influencia minoritaria (Moscovici), los sistemas de *emprise* (R. Pagès) y la ortodoxia religiosa (Deconchy), a lo que habría que sumar los trabajos de Doise y su grupos sobre el desarrollo cognitivo, la influencia social y las relaciones intergrupales (Doise y Mugny, 1981; Mugny, 1981; Mugny, 1985; etc.).

Desde la teoría expuesta, Doise (1982) ha arremetido paradigmáticamente contra las teorías del rol y el interaccionismo de Goffman, porque no ofrecen una definición general de la articulación entre las normas, las posiciones, etc. También ha denunciado a la etnometodología y la etogenia, porque de las mismas resulta que hay tantas articulaciones entre el individuo y la sociedad como situaciones a estudiar, y en tales condiciones no cabe hablar con propiedad de una explicación psicosociológica.

En la teoría de Doise subyace una contradicción epistemológica. De un lado, supone un pluralismo explicativo, dado que un mismo fenómeno puede tener varias explicaciones; de otro lado, la articulación psicosocial trata de integrar las explicaciones, especialmente a través de los niveles III y IV, calificados de "parientes pobres, los malqueridos, de la psicología social" (Mugny, 1981). Operativamente, esto representa dos aportaciones interesantes: Proporciona una estrategia en el diseño de experimentos y un instrumento heurístico para el análisis experimental. Esto último confiere una mayor inteligibilidad a la psicología social experimental, como lo demuestran los autores de Ginebra con sus penetrantes análisis de la disonancia cognitiva o de la comparación social (ver Doise, Deschamps y Mugny, 1980), por citar dos interesantes ejemplos.

¿ Cómo valorar la aportación de Doise ? Tomando en parte consideraciones hechas en otra ocasión (Munné, 1980b), hay que empezar señalando que en la psicología social europea se cuenta ya con una fuerte tradición crítica, representada emblemáticamente por las dos generaciones de la Escuela de Frankfurt. Lo nuevo de la teoría doiseana es ser un resultado directo de los trabajos experimentales, que se dirige a esos trabajos y en cierto modo va contra ellos, y que en comparación con la Teoría Crítica contiene una mínima dosis de especulación.

Doise y sus colegas (1980) pretenden desmitificar la experimentación. Aunque ellos mismos se hacen eco del peligro utopista que encierra tal pretensión, lo rechazan sin más. Pero ¿ es que la sobredeterminación ideológica no engloba a los propios investigadores, quiero decir a ellos mismos ? La toma de conciencia de la trascendencia del nivel IV es un paso decisivo para reducir los efectos de aquella sobredeterminación, pero no para suprimirlos. En relación con este nivel, hay que preguntarse si es realmente nueva la insistencia ginebrina con que se destaca el

mismo, porque ya Hosfttäter (1963) había concebido la psicología social como el estudio empírico de las valoraciones sociales.

A comienzos de los setenta, Moscovici (en Faucheux y Moscovici, 1971) se quejaba del escaso desarrollo en Francia de la investigación en el laboratorio. Por otra parte, señalaba (Moscovici, 1970) la tendencia a abrirse un foso entre la investigación experimental y la investigación sobre el terreno, con la consiguiente división de la comunidad científica. Esta separación, añadía, únicamente podría desaparecer optando por el método experimental como núcleo de la disciplina, e introduciendo la observación y el trabajo de campo en garantía de la experimentación. Además, Moscovici propugnaba la subordinación de la explotación y la verificación a un análisis teórico basado directamente en la realidad psicosociológica. Estas palabras nos avisan del peligro serio de que surjan dos psicologías sociales, la experimental y la "otra". Si no se quiere abrir tal abismo parece necesario "articular" el enfoque examinado con la psicología social no experimental. Esto no parece incompatible con los niveles propuestos si se está de acuerdo con Doise (1982) en que otras técnicas, como la encuesta o la investigación clínica, también recurren a los mismos niveles de análisis que la experimentación.

Entendida más allá del contexto experimental, la teoría de los niveles de explicación psicosocial podría integrarse en los planos de observación del comportamiento, descritos en el capítulo anterior. Según esto, el plano interpersonal sería un nivel dotado de una estructura interna integrada por varios subniveles. Los niveles de Doise serían una posible estructura, pero caben otras formulaciones. Muy ilustrativa del grado de complejidad a que puede llegarse en este sentido, sería la integración de los niveles de Fisher (1982). Desde una perspectiva aplicada, en el análisis de la interacción distingue los ocho niveles esquematizados en el cuadro 8.2.

1. NIVEL INDIVIDUAL. Por ejemplo, los análisis de rol.
2. NIVEL INTERPERSONAL. Por ej., los análisis inter roles.
3. NIVEL GRUPAL. Tiene propiedades emergentes.
4. NIVEL INTERGRUPAL.
5. NIVEL ORGANIZACIONAL. Incluye tanto las organizaciones más estructuradas (empresas o escuelas) como las menos (movimientos sociales)
6. NIVEL COMUNITARIO.
7. NIVEL SOCIETAL. Gira en torno de la unidad "nación" y el cambio social.
8. NIVEL INTERNACIONAL o de las relaciones entre "naciones".

Cuadro 8-2 Análisis de la interacción, según los niveles de Fisher.

Fisher puntualiza que algunos procesos psicosociales, como la comunicación, operan en todos los niveles, mientras que otros, como las normas de grupo, emergen en un determinado nivel, no operando por debajo del mismo.

A diferencia de los de Fisher, los niveles de Doise tienen un sentido epistemológico. Por esto, además de la amenaza de "desarticulación" disciplinar que late en ellos, pueden cuartear el conocimiento psicosocial. Entre los cuatro niveles hay una verdadera ruptura (Deconchy, 1981). (Otros aspectos críticos de la teoría de Doise pueden verse en Morales, 1985.)

Los episodios sociales. En contrapunto a lo anterior, la etogenia ha desarrollado una teoría sobre "la explicación de la conducta social" (Harré, 1977, 1979, 1980, y 1983 donde revisa y resume su posición). El punto de partida está en la crítica de Harré y Secord (1972) a la psicología social experimental, que es la predominante. Se basa en cuatro puntos.

Primero: Para estos autores, los experimentos de laboratorio carecen de validez externa, porque crean una situación falsa. Los sujetos participantes sólo pueden comportarse de un modo receptivo y mecánico, limitándose a procesar información en vez de generarla. Su conducta no puede ser la habitual en ellos. Es una situación fabricada por el experimentador. Únicamente podrían considerarse válidos aquellos experimentos en los que el sujeto pudiera actuar como en su escenario natural.

Segundo: Laboratorio aparte, las interacciones que se establecen entre el experimentador y los sujetos, son momentáneas, extrañas y están regidas por un código que sólo muy superficialmente traduce lo que ocurriría si la interacción pudiera desarrollarse en las condiciones más espontáneas de la vida cotidiana.

Tercero: La experimentación prescinde de la personalidad de los sujetos. Al tener que distribuirse estos al azar en varios grupos, las diferencias reales entre sus individualidades son tratadas como mera varianza de error cuando se establecen las relaciones entre las variables. Por consiguiente, tales relaciones omiten sistemáticamente el parámetro de la personalidad, esto es, las características individuales en la reacción ante un estímulo experimental.

Cuarto: La obsesión experimental de operativizar los conceptos impide que estos respondan a la complejidad de la realidad. Por ejemplo, que los apoyos experimentales de la teoría de la reactancia psicológica (Brehm, 1966) presumen un concepto de la conducta "libre" que no responde a la complejidad que tiene el comportamiento real.

Se ha comentado que sólo el primer punto afecta exclusivamente a la experimentación, pues el resto es común a cualquier método que use sujetos humanos como fuente directa de datos, y que lo que diferencia la crítica de Harré y Secord de otras críticas similares (como las de McGuire, 1973; Zimbardo, 1974; Elms, 1975) es que exige que la experimentación esté orientada teóricamente, lo cual significa que en último término la acepta (Alvira *et al.*, 1981). Lo que ocurre es que, para ser aceptada en el contexto etogénico, la experimentación habría de reunir unas condiciones que, al menos hoy, no puede cumplir. Por otra parte, el que

aquellos puntos críticos también puedan ser dirigidos contra otras técnicas revela que sustancialmente y en general los tiros terminan dirigiéndose a la investigación con sujetos humanos.

La etogenia es una fuerte reacción contra la psicología social mecanicista y atomista. Las explicaciones mecanicistas responden a un modelo del ser humano que no sirve a la psicología social (Sampson, 1972, ha insistido también en esto). En síntesis, tales explicaciones son el resultado de aceptar modelos estimulares (E-R; E-O-R) que secundarizan las elaboraciones internas del comportamiento, de aplicar el principio erróneo de que unas mismas causas producen unos mismos efectos; y asimismo de emplear métodos del positivismo lógico que son reductores de la teoría a una mera organización lógica de hechos, que aceptan las definiciones sólo operativamente y los significados sólo verificacionalmente, y que reducen también la investigación a la manipulación en el laboratorio de variables independientes sobre conductas elementales (ver Jiménez Burillo, 1981).

En desarrollos posteriores, Harré advierte que la visión fisiológica del sujeto humano como un puro movimiento de respuestas estimulares carece de todo poder explicativo en relación con los fenómenos sociales. Porque no tiene en cuenta que hay una acción del sujeto, productora de actos con intencionalidad y por lo tanto caracterizados por su significado social o sea que implica una interpretación. Movimiento, acción y acto son tres niveles sin correspondencia unívoca entre sí, ya que hay diferentes formas de realizar un mismo acto. La explicación científica debe darse al nivel del acto y requiere una teoría de las acciones. Sobre esta base, la etogenia quiere explicar cómo se produce la acción social en la realidad del mundo moral o de los actos.

Se desprende que la psicología social no puede ser una ciencia paramétrica ni atomística, como lo es la física, por lo que no puede aplicar los métodos de ésta. En las ciencias paramétricas, es posible aislar una variable y manipularla separadamente. La explicación atomística resultante de este procedimiento se basa en el supuesto de que las formas del mundo natural son un efecto de leyes probabilísticas que operan sobre un gran número de individuos independientes.

La psicología social, concluye Harré, es una ciencia estructural, puesto que la interacción implica unas propiedades internamente relacionadas, no susceptibles de consideración aislada. La explicación psicosocial debe ser, pues, estructural y basarse en modelos analíticos que revelen las formas de acción. La teoría explicativa de Harré trata de representar los patrones existentes de estos productos.

La psicología social ha de explicar secuencias estructuradas de acciones como actividades de un colectivo, en el que los participantes actúan como si fuesen autónomos y conscientes según unos sistemas de conocimiento y de creencias. Para ser comprendidos, estos "episodios sociales enigmáticos" deben ser observados, identificados y clarificados, con una metodología fundamentada no en mediciones exactas sino en unos significados precisos, por ejemplo mediante el análisis dramático. Forgas (1979) ha sistematizado y desarrollado diferentes técnicas, que pueden ser aplicadas al análisis de las rutinas interaccionales a través de los episodios sociales.

Después de la crítica compartida con Harré, Secord (1979) ha elaborado una teoría del realismo crítico (ver Munné, 1989), desde la que aporta dos aspectos importantes a la cuestión. La explicación debe explicar incluso las conductas que ni los propios autores saben que están haciendo, lo cual no alude a ninguna clase de fenómenos inconscientes sino a la necesidad de explicar las conductas en términos de conjuntos de estructuras en interacción, en diferentes niveles. Además, sostiene que la explicación y la predicción no son simétricas, porque el pasado está determinado en el sentido de que lo ya sucedido puede ser causalmente explicado, en cambio lo futuro no está determinado puesto que las complejas relaciones entre las estructuras y los procesos del mundo se reconfiguran constantemente (Manicas y Secord, 1983).

Contra la explicación etogénica, aparte de los ataques al marco teórico, se objeta que confunde las explicaciones mecanicistas con las explicaciones causales (Schlenker, 1977), y desde una perspectiva ideológica, que puede explicar aquellos fenómenos que se basan en un consenso (Billig, 1977) pero no los que siguen las reglas establecidas. A mi modo de ver, esto no resta valor a la exigencia de una unidad mínima de comportamiento o episodio social para poder dar explicaciones psicosociales con propiedad de significado y plenitud de sentido.

Balance de la discusión. Parte de los argumentos en que se desenvuelve la discusión sobre la explicación psicosocial podrían hacer creer que lo que se debate es una cuestión metodológica. Algunos parecen entenderlo así al racionalizar el problema proponiendo (como Turner, 1980) buscar la complementariedad entre las perspectivas cuantitativa y cualitativa en la interpretación de la conducta social. Pero el problema es epistemológico. La confrontación entre Doise y Harré, es una nueva versión de la vieja disputa de la explicación *versus* la comprensión, si bien en nuestro caso quede expresado en unos términos relativamente indirectos y conectados con otros problemas como el de la tradicional escisión de la psicología social entre una orientación psicológica y otra sociológica. Estamos, en el fondo, ante una alternativa que expresa el dualismo metaparadigmático.

Por esto, Doise y Harré enfocan la cuestión en términos opuestos: Metodológicamente, el primero abraza la experimentación y el laboratorio que son rechazados por el segundo. Epistemológicamente, Doise insiste en la articulación analítica y Harré lo hace en la episódica. El ámbito explicativo de aquél es el fenómeno formalizado, mientras que el del segundo el fenómeno real. Las dos posiciones son exclusivistas, sin embargo no explican lo mismo. Y está claro que sin un lugar común no tiene sentido compararlas. La disputa, consecuentemente, no puede dirimirse.

La teoría doiseana es sugestiva por su intento de corregir y ampliar el poder explicativo de la experimentación, mostrando que si bien ésta puede fragmentarse en niveles, es posible un marco explicativo que paradójicamente articule la realidad psicosocial sometida a experimento. Por su parte, a pesar de que las posibilidades aplicativas no están todavía claras, el interés de la etogenia reside en ser una alternativa coherente y seria, que destaca las peculiaridades de la interacción social.

Los grados de la explicación psicosocial. La anterior discusión reduce aspectos esenciales de un problema muy complejo. Porque toda explicación científica puede ser dada en diversos grados, interrelacionados. Referidos al comportamiento psicosocial, al menos son los cuatro siguientes:

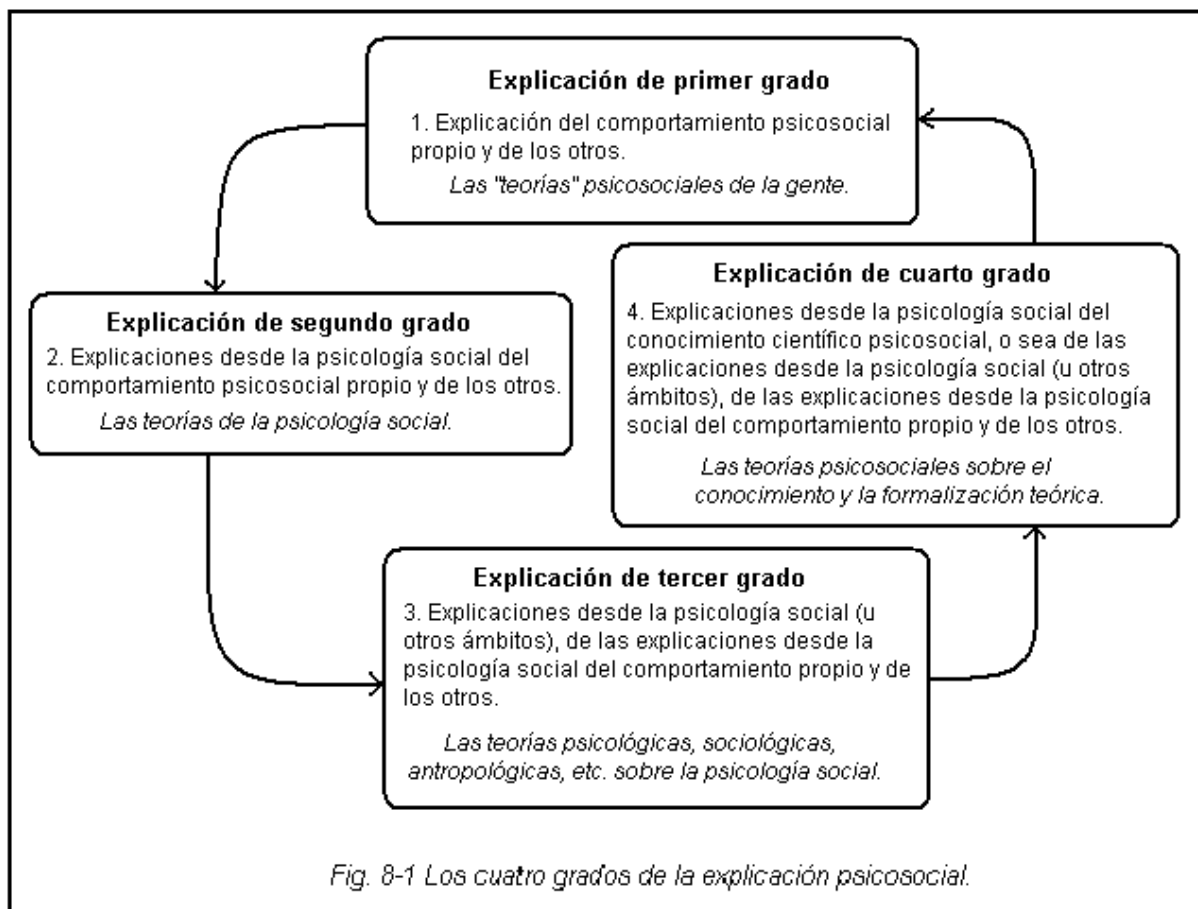
Explicación de primer grado: La explicación que un sujeto da del comportamiento interpersonal observado (y de ahí que pueda ser explicado) en él mismo y en los otros. Corresponde a los autoanálisis motivacionales, los mecanismos de racionalización, los procesos de atribución causal, etc.

Explicación de segundo grado: Los fenómenos ejemplificados, en tanto que explicados científicamente constituyen otro grado explicativo. Es la explicación que la psicología social como ciencia procura dar de los procesos comportamentales de carácter psicosocial (explicaciones de primer grado). Esta explicación de la explicación está presente en la psicología social de la explicación ingenua del comportamiento o en las teorías que enfatizan los procesos cognitivos y los mecanismos subyacentes en la selección e integración de la información.

Explicación de tercer grado: La explicación del conocimiento psicosocial en los diferentes campos científicos, incluida la propia psicología social. Es decir, una psicología, una antropología, etc. de la explicación psicosocial. Por ejemplo, las teorías que enfatizan el contenido y la función de la explicación, como hace la psicología social radical (Antaki y Fielding, en Antaki, 1981) al diferenciar estas teorías de las relativas a los procesos cognitivos indicadas en el caso anterior. En este grado explicativo se mueven quienes reclaman una psicología del conocimiento que explique el propio conocimiento científico como actividad (Seoane, 1980, que alude con ello a la necesidad de que la psicología tenga su propia filosofía de la ciencia), o una sociología del conocimiento psicológico (Buss, 1979). En nuestro caso, ello conduce hasta una psicopsicología de la explicación. Es en este tercer grado donde se mueve la discusión entre Doise y Harré.

Explicación de cuarto grado: La explicación psicosocial del conocimiento científico en general, que comprende la formalización teórica. Da lugar a una epistemología psicosocial de la ciencia. En esta línea hay que situar la argumentación de Mitroff (1979), basada en los datos obtenidos de una muestra entrevistada de científicos prominentes y empleando el diferencial semántico, de que la lógica de la ciencia no es la única perspectiva válida para una filosofía de la ciencia y, por lo tanto, que no solamente vale la explicación lógica de la ciencia sino que la sociología y la psicología pueden proporcionar las bases para construir un modelo filosófico de la ciencia. Llevadas más allá en sus consecuencias, las observaciones de este autor proyectan hacia una psicopsicología de la filosofía de la ciencia.

Los cuatro grados de explicación psicosocial descritos constituyen una cadena, que se cierra entre el primero y el cuarto grados, en tanto que este último expresa una forma de comportamiento explicativo que exige su propia explicación, la cual remite otra vez a una explicación de primer grado. (A su vez, ésta influirá en las explicaciones de segundo grado, etc.). En su conjunto, el proceso (circuito) explicativo puede representarse según la figura 8.1.



La explicación psicossocial ha de considerar todos los grados explicativos y contener una problemática cíclica, con riesgo al círculo vicioso y posibles efectos en espiral, todavía no estudiados, pero que no es posible abordarlos aquí.

Una profundización del modelo exigiría, por ejemplo, analizar la relación entre el comportamiento y la explicación del mismo, importante cuestión epistemológica que subyace ya en el primer grado explicativo, o considerar la presencia de retroalimentaciones en los eslabones del circuito explicativo, etc. Lo que ahora es más relevante es que el modelo refleja que detrás de la unidad del proceso hay una pluralidad de explicaciones psicossociales, pluralidad que afecta también a cada grado, interesándonos ahora lo que afecta al tercero de ellos. De un modo más o menos explícito, cada paradigma da su explicación de la explicación en psicología social, y lo mismo sucede en cada ámbito disciplinar.

Un saldo provisional de la cuestión lleva a hablar, en varios sentidos, de "explicaciones" y no de "explicación" en psicología social. Esto no va contra la entidad de ésta. En relación con la discusión entre Doise y Harré, ambos coinciden en decir que la explicación psicossocial no es la explicación psicológica, el primero, ni la explicación sociológica, el segundo. La cuestión queda centrada en la sustantividad de las explicaciones psicossociales de tercer grado.

8.2 Un modelo prismático del comportamiento humano.

El telón de fondo de todas estas páginas está en la peculiaridad del objeto psicosocial. Una nueva forma de aproximación a esta cuestión es considerar su complejidad. Ibañez Gracia (1982), inspirándose en Prigogine (1979; 1980), opone dos modelos explicativos en psicología social. Al primero, dado por la física de los sólidos, responden las explicaciones en términos de la ciencia moderna. No es un modelo válido para las ciencias sociales, porque los objetos de éstas no son como los de la materia inerte, nítidos en sus aristas, iguales en sus interacciones ni regulares en sus movimientos. El segundo modelo, proporcionado por la física de los fluidos, se adecua a tales objetos, los cuales son de contornos indefinidos, aleatorios, en constante emergencia y creatividad. Como escribe el aquél autor, si con el primer modelo se puede explicar el orden constituido, únicamente con el segundo es posible explicar la constitución del orden, de donde resulta la necesidad de cambiar el bagaje conceptual al uso, porque el orden puede explicarse ahora desde el ruido y la fluctuación, los procesos pasan a ser emergentes y autoorganizativos, las estructuras son disipativas y espontáneas, los principios reinantes serán el de complejidad y el de no separabilidad (Ibañez se pregunta si tiene algún sentido en este nuevo contexto la noción de objetividad), etc.

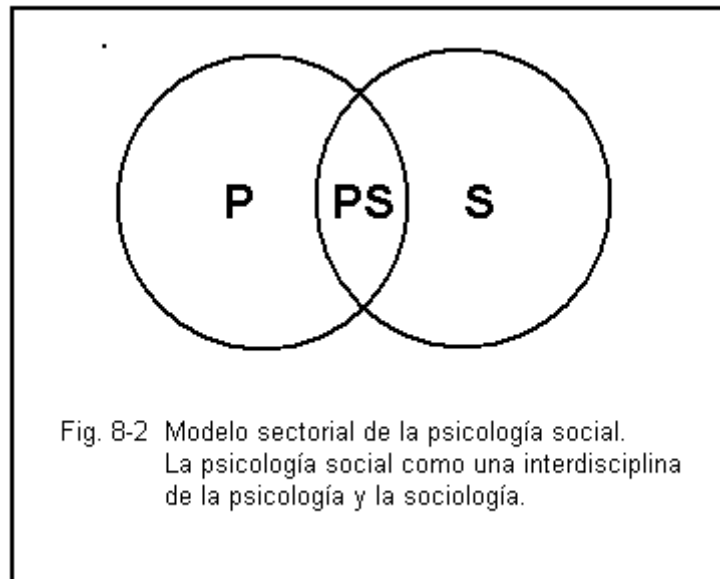
Ahora bien, un modelo "sólido" no es rechazable desde el metaparadigma interaccionista. Por otra parte, modelos "fluidos" los ha proporcionado, o al menos reclamado, insistentemente el metaparadigma personalista. Y es que ambos modelos responden a la realidad, ya que tanto lo sólido como lo fluido constituyen la realidad, en lo hay que ver también uno de los aspectos de la complejidad apuntada. Por esto, si por un lado la dinámica de los fluidos no es extrapolable, sin más, a la realidad social, por otro lado hay razones poderosas para no quedarse en un fisicalismo, por muy fluido que este se considere.

El análisis del comportamiento social no requiere de la realidad inerte para descifrar las coordenadas que definen su multidimensionalidad. Pero hay que dejar claro que esto no significa prescindir de la realidad física. Ni impide que no puedan tenerse en cuenta los conocimientos científicos, así como los recursos técnicos, proporcionados por las ciencias de la naturaleza. En este último aspecto, pueden ser aprehendidos algunas de las propiedades complejas que caracterizan el comportamiento social, tales como la indefinición de límites, la infinitud de componentes o la indiscriminabilidad de causas y efectos, mediante la geometría *fractal* (Mandelbrot, 1975), los *fuzzy sets* (Zadeh, 1965) o la teoría de las catástrofes (Thom, 1972), por citar algunos recientes hallazgos y sofisticados recursos poco o nada explotados en nuestro campo científico.

Si se quiere huir realmente de lo "inerte social" hay que acudir como mínimo a la acción biológica. En este caso, empero, nuestro conocimiento corre el peligro de abocar en un fisiologismo o un organicismo. Para aprehender lo social humano debemos ir más allá y elaborar un modelo integrador de las diversas dimensiones

del comportamiento humano en tanto que tal. Es al considerar la relación entre estas dimensiones cuando puede advertirse, en profundidad y claramente, la diferencia entre las concepciones interdisciplinaria y sustantiva de la psicología social.

La concepción meramente interdisciplinaria de la psicología social puede ser representada mediante dos círculos, correspondientes a la psicología y la sociología, con un sector común a ambas, que identifica a la psicología social (fig. 8.2).



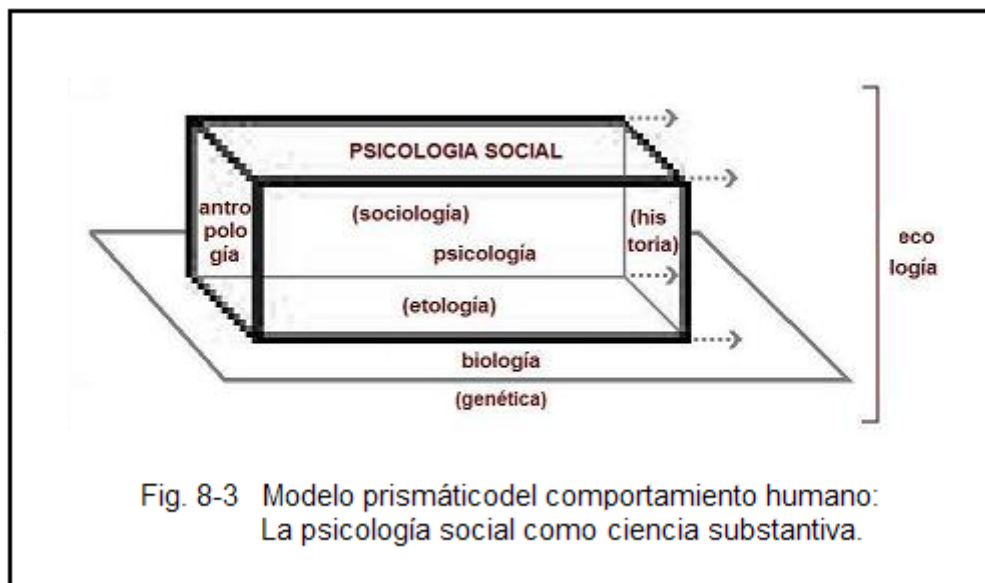
Este modelo parte del supuesto de que la interdisciplinaria es definitoria de la psicología social. Es un supuesto que simplifica la cuestión al considerar sólo el eje individuo-sociedad, debido a una obsesión por la dicotomía psicología/sociología, olvidando que hay otros campos científicos que intervienen de un modo esencial en la explicación del comportamiento humano.

Ya nos hemos referido a las visiones multidisciplinares de la psicología social y que esta es una cuestión compleja lo ilustra el confuso tratamiento dado a la misma por Tajfel. En uno de sus trabajos (1981), se refería a tres sesgos en el análisis del comportamiento social: el sesgo biológico, que reduce este comportamiento a las características genéticas y fisiológicas de la especie; el sesgo psicológico, que lo reduce a la conducta no social; y el sesgo sociológico, que lo ve como un modo de determinación de las estructuras sociales. Pero en otro trabajo (Tajfel y Fraser, 1978) mencionaba como aproximaciones al comportamiento social, además de la aproximación psicosocial, una aproximación evolutivo-etológica y otra de carácter intercultural, añadiendo que hoy carecemos todavía de un explícito cuadro de referencia común entre la psicología social, la etología y la antropología social.

A mi modo de ver, el problema no se soluciona añadiendo más o menos disciplinas. El problema de fondo está en el contexto en el que éstas quedan inmersas, o sea en la relación estructural existente entre todas ellas. Para ir más allá

de la concepción interdisciplinaria es preciso disponer de un modelo teórico basado en la multidimensionalidad del comportamiento humano, que tome en cuenta los problemas que conlleva el conocimiento científico de esa multidimensionalidad. La ambigüedad semántica del comportamiento social y las contradicciones analítico-sintéticas que surgen por el hecho de que siendo uno el comportamiento ha de ser analizado desde cada una de sus diferentes dimensiones sin dejar de considerarlas todas, único modo de superar los reduccionismos, son alguna de las razones epistemológicas a tener en cuenta en la elaboración de aquél modelo. Esto significa reconocer, entre otras cosas: 1) que cualquier acto de una persona, por ejemplo un saludo, presenta diferentes perspectivas analíticas posibles, naturalmente parciales con respecto al acto total; 2) que cada campo científico no sólo tiene una diferente naturaleza formal sino que tratará un mismo acto total de un modo distinto; y 3) que para no destruir la multidimensionalidad del acto total, cada campo debe contar con las aportaciones de los campos restantes.

Sólo un modelo que integre todos los datos aportados puede aclarar las relaciones estructurales entre las dimensiones del comportamiento humano. Si lo referimos a las principales disciplinas que tratan de ese comportamiento nos puede mostrar en qué sentido la psicología social es una ciencia sustantiva. Un prisma, concretamente un paralelepípedo, puede representar con bastante exactitud todo ello. He aquí (figura 8-3) el modelo que propongo, basado en la diferente naturaleza de los sesgos concurrentes, a saber, las posturas radicales sobre el objeto de la psicología social, el no contar como sustancial con la doble dimensión espaciotemporal del comportamiento, y los reduccionismos de carácter bioetológico y ambiental.



En la base del prisma está la ciencia del comportamiento animal que llamamos etología. A su través, todas y cada una de las ciencias del comportamiento hunden sus raíces en la biología (en último término, en la genética), la cual constituye el

plano sobre el que está asentado todo el prisma. Sobre la base etológica (en realidad, doble base bioetológica) se edifican y trabajan desde distintos planos de observación, la psicología, la sociología y la psicología social, planos que corresponden respectivamente al estudio de las manifestaciones uni, trans e interpersonales del comportamiento. Las tres caras frontales y la cara superior del prisma representan estos tres planos. La antropología y la historia como eje espaciotemporal del comportamiento, están representadas, respectivamente, en las caras laterales del prisma, de tal modo que si en éste hacemos cortes transversales se obtienen análisis intraculturales, y si comparamos estos cortes entre sí análisis inter o transculturales. El prisma es prolongable longitudinalmente, como indican las flechas y los trazos discontinuos de la cara H para representar el proceso continuo y sin fin de la historia.

El modelo contiene también la dimensión referente a las relaciones del individuo con el medio ambiente, objeto de estudio por la ecología. Pero el factor ambiental es muy particular: en cierto modo, engloba todos los aspectos anteriores, es decir, que todos los campos resultan "invadidos" por esta variable. En el prisma, el ambiente digamos que corresponde al "aire" que llena su interior.

Quizás no haría falta aclarar que el comportamiento no corresponde a la suma o el conjunto de las diversas caras del prisma, sino al volumen del mismo.

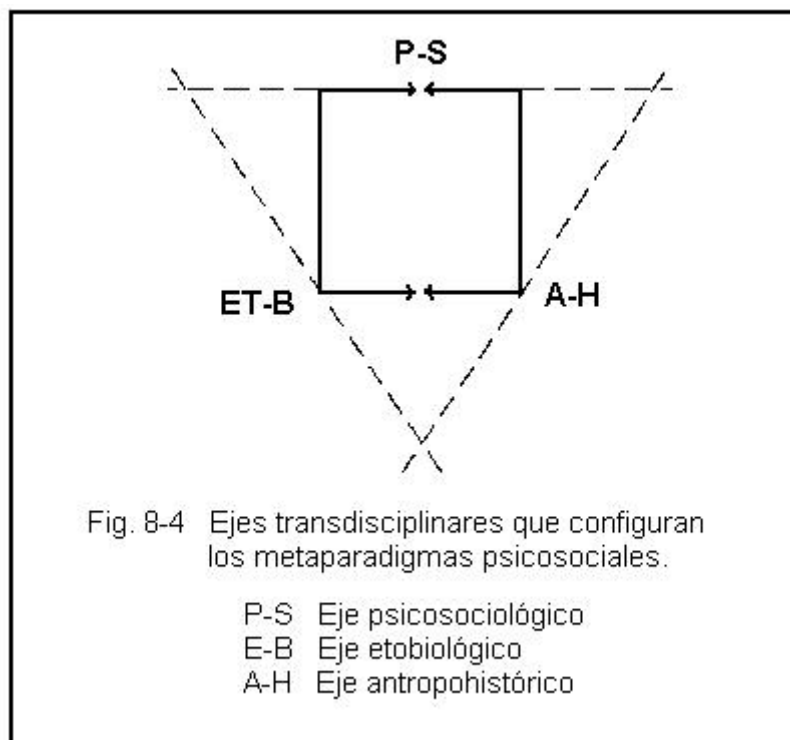
En lo que concierne a la psicología social, ésta no tiene ninguna zona común a otros campos, como ocurre en el modelo sectorial, pues en tal supuesto estaría representada por una arista o línea que eliminaría toda la cara superior del prisma. Como ciencia sustantiva que es, la psicología social cuenta con un plano propio.

Esto es sin merma de su interdisciplinariedad. Por dos razones: Primera, porque el modelo prismático trata como interdisciplinarias a todas las ciencias representadas en el mismo. Segundo, obsérvese también que el plano psicosocial sirve de enlace de los otros campos y coadyuva a la conexión del eje espaciotemporal. La necesidad de contar con los otros planos disciplinares del comportamiento está en la base de la superación de las dos grandes escisiones que viene padeciendo la psicología social, tanto la escisión histórica, sufrida desde la ciencia social saintsimoniana, como la escisión lógicocientífica, generada por la división del trabajo disciplinario en el ámbito del comportamiento social.

El modelo prismático no privilegia ninguna dimensión. Esto es, el prisma puede "empezarse" desde cualquier lado, porque las perspectivas analíticas no están jerarquizadas. La psicología social sólo es una entre ellas, y su explicación del comportamiento es tan sólo una de las explicaciones que pueden darse del mismo. Esto incita a recurrir a los otros niveles observacionales para poder dar una explicación lo más comprensiva posible, es decir que la explicación psicosocial ha de destacar el plano del comportamiento que le es propio sin desconectarlo del conjunto. Así, en toda explicación quedan implicados, al menos potencialmente, los diferentes campos científicos registrados por el modelo. Esto multiplica el modelo circular de la explicación psicosocial, descrito en el apartado anterior.

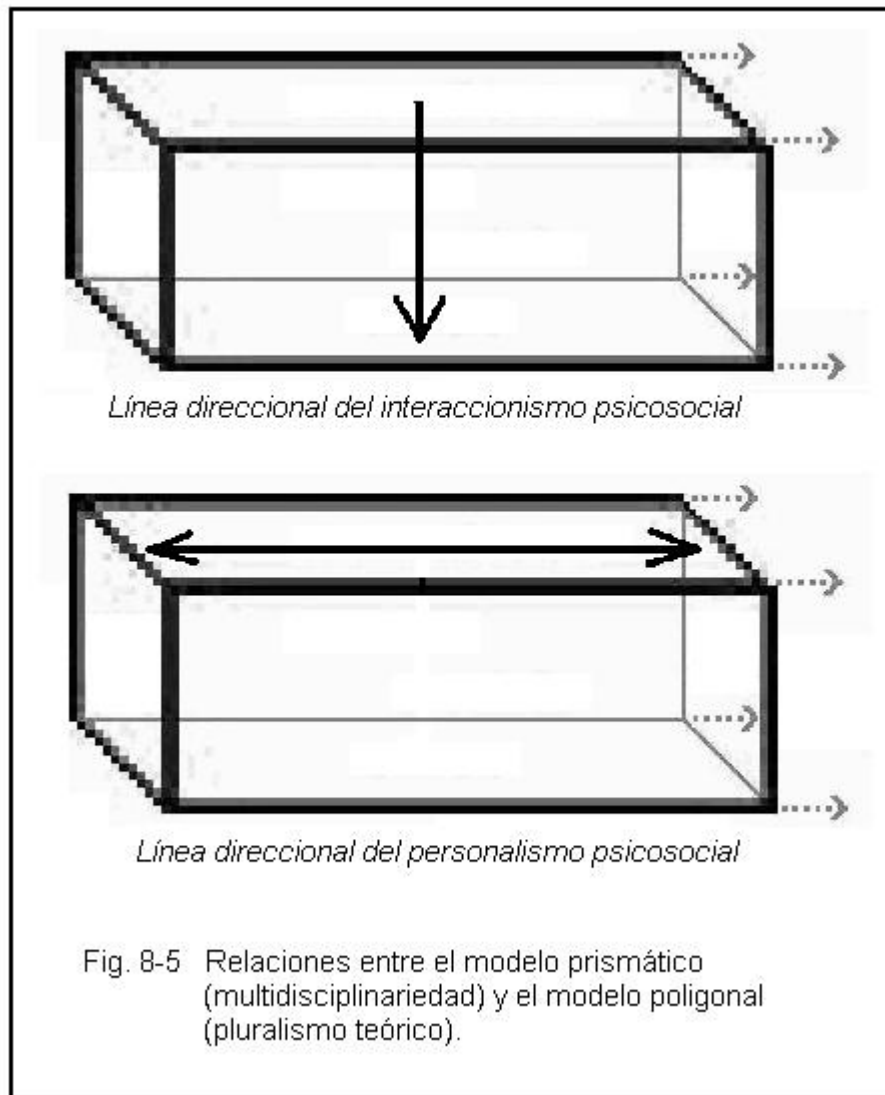
Podemos comprender mejor la estructura multidimensional del comportamiento humano si establecemos las correspondencias existentes entre el modelo prismático

y el modelo poligonal de la psicología social. Sabemos que este último modelo discrimina, en sus ángulos, los enlaces disciplinarios (recuérdese la figura 5.5: pág. 80). Dada la multidimensionalidad del comportamiento humano, esos enlaces no son exclusivos sino tan sólo dominantes. Pues bien, el modelo prismático permite estructurar tres ejes de influencia disciplinar sobre los paradigmas psicosociales, que corresponden a las tres dimensiones analíticas ya explicadas: el eje de los planos de observación uni, inter y transpersonal (psicología-sociología); el eje espacio temporal (antropología-historia); y el eje bioetológico en el que interactúan la herencia y el ambiente (biología-etología). Debido a la peculiar naturaleza del factor ambiental, tanto como contrapunto interactivo de lo innato como en su manifestación de medio en acción (ecología), este factor gira alrededor de los dos primeros ejes (ciencias sociales generales) a la par que como subproducto es desarrollado por el eje bioetológico. La figura 8.4 intenta reflejar la estructuración del campo psicosocial en los tres ejes descritos.



A nivel metaparadigmático, el interaccionismo psicosocial da más entrada a la dimensión bioetológica, mientras que el personalismo tenderá a conectar más bien con el eje espacio temporal. El eje individuo-sociedad actúa de engarce de ambos metaparadigmas. Las simplificaciones interdisciplinarias que ello comporta son fáciles de deducir y se recogen como dominancias angulares en el modelo poligonal. Intentando concretar gráficamente más estas relaciones quizás puede ser útil comparar topológicamente, es decir en el prisma, los dos metaparadigmas psicosociales.

El interaccionismo psicosocial se desarrolla próximo a la psicología y en profundidad hacia lo bioetológico, mientras que el personalismo psicosocial se mueve próximo a la sociología y a lo largo del eje antropológico-histórico (figura 8.5, a y b, en la página siguiente). La oposición entre ambos metaparadigmas es visible.



Esto afecta a los dos marcos con una posición intermetaparadigmática, esto es, al interaccionismo simbólico y al psicoanálisis social. El primero procura desarrollarse dentro del eje individuo-sociedad, o sea entre la psicología y la sociología. En cambio, el psicoanálisis social intenta desplazar dicho eje hasta la dimensión tempoespacial, dimensión en la que prefiere moverse aproximándose en lo posible a la base bioetológica.

Ahora bien, en cualquier caso la explicación psicosocial articula los tres ejes que estructuran la multidimensionalidad del comportamiento. Porque si la psicología social encuentra su sustantividad en el primero de tales ejes, los otros dos le

confieren facticidad y maximizan el alcance del conocimiento producido por ella. Así, según el fenómeno a analizar se harán intervenir los otros ejes, más o menos polarizados. Por ejemplo, en el caso de las emociones, no parece que pueda darse una explicación psicosocial completa sin contar con la base fisiológica. A veces pueden importar por igual todos los ejes; así, una teoría plenamente satisfactoria de la atracción social deberá relacionar las ocho dimensiones comportamentales básicas del modelo prismático.

No hacer intervenir todas las dimensiones en la explicación psicosocial provoca ambigüedad e incertidumbre. Con el conocimiento psicosocial parece ocurrir algo similar al conocimiento físico. Según la hipótesis formulada en la física teórica por Kaluza-Klein, la indeterminación heisenbergiana puede ser un resultado de trabajar con menos dimensiones de las que tiene la realidad, es decir, que puede quedar superada más allá de las cuatro dimensiones previstas por la teoría de la relatividad, exigiendo las teorías más consistentes nada menos que once dimensiones (Freeman y van Nieuwenhuizen, 1985). Pues bien, la psicología social se ha venido haciendo, básicamente, en dos dimensiones, las dimensiones correspondientes al eje individuo-sociedad, por lo que sólo cubriendo todas las dimensiones parece posible aprehender la realidad social sin incertidumbres provocadas por este reduccionismo.

8.3 Del objeto al objetivo de la psicología social.

Al comparar los distintos planos de observación del comportamiento humano se delimitó el plano interpersonal como el objeto de estudio propio de la psicología social. Por su parte, el modelo prismático aclaró más ampliamente el contexto interdisciplinar de la misma. De ello resultó que si bien la psicología social no tiene un estatus científico independiente sí implica un estatus autónomo dentro de las ciencias del comportamiento y en particular de las ciencias sociales.

Pero esto sólo aclara la vertiente externa de la sustantividad. Falta por especificar el objeto, es decir, concretar a qué nos referimos con aquel plano, o sea en qué consiste el comportamiento psicosocial considerado en sí mismo. Y para esto no sirve la comparación interdisciplinar.

Especificación del objeto de la psicología social. Una aproximación a esta cuestión es posible examinando cuál es el fenómeno considerado clave en las definiciones de la psicología social. Un análisis de las mismas discrimina tres posturas al respecto.

Unas centran la disciplina en las relaciones entre los individuos (Sherif y Sherif, 1969; MacDavid y Harari, 1974; Whittacker, 1979; etc.). Otras, en la interacción social (Kelman, 1967; Hiebsch y Vorweg, 1967; Maisonneuve, 1974; Gergen y Gergen, 1981; Pastor Ramos, 1983; etc.). Y los más, en la influencia social (Newcomb, 1950; Klineberg, 1954; Sprott, 1962; Aronson, 1972; Herkner, 1978;

Albrecht, Thomas y Chadwick, 1980; Hollander, 1980; entre otros). Puede añadirse un cuarto grupo, que baraja de una forma más o menos clara, los anteriores conceptos. Por ejemplo, cuando se dice que la psicología social se ocupa de cómo la estructura, los sistemas sociales o los grupos influyen al individuo y viceversa, o sea más brevemente de las relaciones entre el individuo y la sociedad, de un modo particular de las relaciones mediante la interacción cara a cara con los otros así como del *background* que aporta el contexto sociocultural de tales interacciones (Tajfel y Fraser, 1978).

No sólo la existencia de diferentes grupos de opinión sino los nombres dispares que reúne cada uno reflejan las vacilaciones existentes a la hora de concretar el elemento que permite calificar de psicosocial a un fenómeno dado.

Ante todo, comportarse a nivel interpersonal es entrar un sujeto en relación con otro u otros sujetos. Moscovici (1970; 1984) ha destacado muy bien que lo que tiene de diferencial la psicología social es que constituye un punto de vista propio, que ve relaciones no binarias entre los fenómenos, como sucede con el esquema E-R, sino relaciones de carácter terciario, o sea que en vez de relaciones sujeto-objeto se interesa por la relación *ego-objeto-alter*. Más matizadamente, como sea que las personas forman parte de grupos y se integran en sistemas sociales amplios o sociedades, dichas relaciones comprenden también las relaciones que las personas tienen entre ellas dentro de tales grupos o sociedades. De ahí, que se haya dicho que la psicología social es el estudio científico de las relaciones de los individuos entre sí, consideradas tanto individualmente como en grupo y en sociedad (McDavid y Harari, 1974). En esta misma línea, pero introduciendo algún elemento más, se considera que la psicología social consiste en el estudio científico de la experiencia y el comportamiento del individuo en relación con las situaciones sociales de estímulo, entendiendo por tales estímulos a los demás individuos, los grupos, las situaciones de interacción colectiva e incluso los productos del medio ambiente cultural, presente o pasado, ya sea o no material, por ejemplo el lenguaje (Sherif y Sherif, 1974). En síntesis, la psicología social se ocupa de las relaciones interpersonales.

Sería inaceptable quedarse ahí. Entre otras razones porque, como ha visto Torregrosa (1974), el desconocimiento o infravaloración teórica del marco de poder e ideología en que se desarrollan los comportamientos, lleva a concebir la psicología social como una ciencia de las relaciones interpersonales, autonomizando ficticiamente ese plano interpersonal de los determinismos sociales y desembocando en un psicologismo formalista.

Un paso adelante hacia la especificación del objeto psicosocial se da al advertir que toda relación interpersonal supone una acción recíproca, esto es, una interacción. La psicología social se ocupa de la interacción por propio derecho, escribió Newcomb (1951). Con base en este concepto, Asch (1952) diferenció entre las ciencias naturales, en las que la interacción se da entre cosa y cosa, la psicología científica, interesada por interacciones persona-cosa o sea entre un ser psicológico y el ambiente natural, y finalmente la psicología social, que se interesa por las interacciones que propiamente pueden ser llamadas psicológicas, esto es, persona-persona. El proceso a que esta interacción da lugar incluye las meras expectativas así como los estados internos que se infieren de ella (Rodrigues, 1973).

Pero centrar la psicología social en la interacción puede no aclarar nada si se entiende ésta en términos puramente abstractos (individuo-sociedad) o formales. Así, se ha afirmado que la psicología social es relacional ya que no trata de aprehender un objeto estrictamente delimitado sino las relaciones dinámicas entre los individuos y los grupos (Duchac, 1968). Asimismo, con una definición mentalista de la materia, se ha dicho que el término interacción es muy amplio y general puesto que no excluye demasiadas cosas. Sin embargo, aún aceptando que todo sea interacción, comenta Torregrosa (1974), en las diversas sociedades se observan diferentes pautas interaccionales.

Al núcleo de la cuestión se llega cuando se descubre que toda interacción entre personas es un proceso permanente de influencia recíproca (Sherif y Sherif, 1974) o un proceso por el que la conducta de un individuo o grupo se convierte en un estímulo que provoca respuestas en los demás (Lindgren, 1973). Se ha puntualizado que las influencias por las que se interesa la psicología social comprenden tanto las que las personas tienen sobre las creencias de otras personas como las que operan sobre las conductas de éstas (Aronson, 1972), y que la psicología social intenta explicar cómo son influidas las vivencias (opiniones, sentimientos, intenciones) y la conducta de las personas por otras personas (Herkher, 1981). En esta línea se mueve también la clásica definición de Gordon W. Allport (1968), para quien "la psicología social es un intento de comprender y explicar cómo el pensamiento, el sentimiento o la conducta de los individuos están influidos por la presencia, real, imaginada o implícita de otra persona". Esta definición es seguida por numerosos autores de orientación muy diferente (Kaufmann, 1973; Wrightsman, 1973; Raven y Rubin, 1976; Lambert, 1979; Albrecht, Thomas y Chadwick, 1980; Berkowitz, 1980b; Leyens, 1980; Perlman y Cozby, 1983; Jones, 1985, etc.).

La influencia específica la interacción, porque no es otra cosa sino los efectos que ella produce. Ahora bien, esta influencia puede ser entendida de varios modos. Por ejemplo, para algunos, la psicología social estudia la dependencia e interdependencia de la conducta entre los individuos (así, Zajonc, 1966). En cambio, en la psicología social europea tiende a hablarse de influencia social en un sentido más restringido, relativo a las investigaciones sobre el conformismo. Finalmente, hay quien abarca con este término, además, los estudios sobre el cambio de actitudes (por ej., Berkowitz, 1980b). Estas dos últimas acepciones ya no hacen referencia en general al objeto de la psicología social, sino a aspectos parciales del mismo.

Considerar el comportamiento interpersonal como una relación, una interacción o una influencia no es contradictorio. Estas posiciones se diferencian por el grado de especificidad al que llegan. Son posiciones complementarias y una definición que quiera especificar suficientemente la psicología social debe contar con todas ellas. En efecto, el comportamiento interpersonal implica formalmente una relación, que conductualmente se da como una interacción, productora de unos efectos consistentes en la influencia social. Así especificado el objeto de la psicología social, puede concluirse que ésta consiste en el estudio, a nivel de las relaciones interpersonales, de la interacción a través de sus efectos.

¿ Es posible especificar aún más el objeto ? Por supuesto que sí. Pero entonces se deja de conceptuar la psicología social, es decir, se pasa de la teoría de la psicología social a las teorías en la psicología social, o sea, se entra en las

tendencias teóricas que en cada nivel de formalización especifican el objeto genérico de la materia. Por ejemplo, a nivel paradigmático, la interacción consiste fundamentalmente, para el sociocognitismo formal en un intercambio de información, para los teóricos del intercambio social en un intercambio en términos de costes y beneficios, y para los interaccionistas simbólicos en un intercambio comunicativo constructor de símbolos.

El objetivo de la psicología social. Con la especificación del objeto de la psicología social todavía no hemos llegado al meollo de la sustantividad de ésta como ciencia humana. No sólo porque la psicología social no es nada más que el sentido que introducimos en ella, es decir que su función originaria consiste en intentar dar órdenes, producir comprensión y sistematización ante las nuevas situaciones y reglas sociales (Seoane, 1985), sino ante todo, porque lo sustantivo de la psicología social enlaza con la constante reclamación de un sujeto (nunca perdido por la psicología humanista). Al menos desde comienzos de los setenta, algunos han venido insistiendo frontalmente en la incorporación a la psicología social del concepto de persona (Harré y Secord, 1972; Bhaskar, 1982; Manicas y Secord, 1983; etc.). En definitiva, ésta constituye el centro de interés de la disciplina (Morales, 1984). Pero es necesario puntualizar, para evitar confusiones, que no se trata aquí de una reclamación metaparadigmática, quiero decir desde el personalismo social, sino de una exigencia disciplinar. Con otras palabras, no se refiere a la persona como unidad de análisis, sino como el sujeto en que consiste el objeto de estudio.

Tampoco se trata de resucitar la vieja conexión anglosajona entre la psicología social y la psicología de la personalidad. Se trata, eso sí, de rechazar una psicología social sin sujetos. Y me parece importante añadir que la cuestión del sujeto hay que conectarla con la obsesión por la irrelevancia del conocimiento psicosocial y con la exigencia de un conocimiento aplicado y que aboque en la intervención.

En el trasfondo de toda esa problemática yace el olvido de que, en las ciencias humanas, el objeto está siempre sobrecargado con un objetivo. En efecto, porque se trata de una ciencia humana, el objeto de la psicología social tiene siempre un protagonista. Detrás de cualquier comportamiento interpersonal siempre están unos sujetos, los cuales con su interacción recíprocamente modificadora, van construyendo la realidad y a la postre se construyen a si mismos. (Debería ser obvio, añadir que el científico es también un sujeto, que no debe autoescamotearse.)

Reconocer la persona como sujeto protagonista dota al objeto de un objetivo, que contribuye a la definición del propio objeto. Por poner un ejemplo, para Le Play (1864), el objetivo de la conciencia social era conocer la realidad social para reformarla, mientras que para Marx (1845) este conocimiento se dirigía a transformar aquélla. En ambos casos, el objeto era la realidad social, pero el significado de ésta variaba porque no es lo mismo una realidad reformable que una realidad transformable. Esto quiere decir que la conceptualización de la psicología social como ciencia teórica no depende únicamente de su objeto de estudio.

La psicología social centra su estudio en las manifestaciones interpersonales del comportamiento, en unos determinados condicionamientos bioetioambientales e

históricoculturales, en tanto que transformadores de la realidad y generadores del ser humano en su sentido más pleno. La psicología social, por lo menos potencialmente, tiene su punto de llegada en el desarrollo multidimensional de la persona a través de su interacción cotidiana con los demás. He ahí, su objetivo genérico.

No hay que confundir el objetivo de la psicología social con otras ideas o conceptos afines. Ante todo hay que dejar bien claro que el objetivo interesa como dimensión objetiva, esto es, referido al sujeto en tanto y sólo en tanto que objeto. En este aspecto, cabe añadir que no es una función (no significa la función social de la psicología social), porque las funciones son (Merton, 1957) consecuencias observadas que favorecen la adaptación o el ajuste de un sistema dado. Por otra parte, con el objetivo no se trata del deber ser de la disciplina como tal, o sea, de lo que debe ser ésta como un campo sustantivo de conocimiento. Ni se trata de un imperativo con contenidos de carácter ético. Además, el objetivo no convierte la psicología social en política social; pero, sin aquél, una y otra quedan desconectadas.

Referido a la psicología social, el objetivo es, a la vez, lo que da razón de ser y otorga sentido a ésta como ciencia teórica. El objetivo, que se especifica en cada marco teórico en coherencia con la imagen del ser humano que le es propia, orienta la investigación, hace elegir una u otra temática, permite enlazar una cuestión con otra aparentemente inconexa o incluso dispar, coadyuva a intuir hipótesis y a formular los problemas, etc. El objetivo es, también, lo que confiere un contenido humano a la teoría. Esta, queda de este modo, insertada en un contexto axiológico que la hace más o menos interesante y trascendente, con un mayor o menor alcance, etc.

Si conceptuamos la psicología social delimitando su objeto en función de su objetivo, esto es, si incorporamos el sujeto al objeto: 1) es mucho más difícil perder la totalidad; 2) conferimos a la psicología social una relevancia social; y 3) le conferimos asimismo un sentido, una dirección. La falta de reconocimiento expreso de un objetivo, a nivel definitorio del campo, puede explicar la secundarización y los problemas de relevancia, de aplicabilidad y de intervención.

La cuestión del objeto, a la que es directamente sensible el nivel paradigmático, afecta a la sustantividad de la psicología social como ciencia diferente al resto de las ciencias humanas. En cambio, la cuestión del objetivo, a la que es directamente sensible el nivel metaparadigmático, afecta a la sustantividad de la psicología social como ciencia humana. En consecuencia, como ciencia teórica, la psicología social ha de contar con estos dos aspectos definitorios.

El objetivo tiene trascendencia ideológica. Es muy significativo que aquellas definiciones de la psicología social elaboradas por autores que confiesan explícitamente un partidismo, como las del católico Curtis (1960, ver su prólogo) o los marxistas Pariguin (1965) o Hiebsch y Vorweg (1967), incluyan una referencia explícita a la persona. Pero sería erróneo concluir de ella que tal referencia exige, consecuentemente y como elemento *a priori*, el tomar partido, cosa difícil de aceptar en el estricto plano científico. Y conste que esto no despolitiza el conocimiento. Como se ha escrito (Torregrosa y Crespo, 1984), la psicología social se hace política

no por tomar partido sino como saber o ignorancia, como desvelamiento o encubrimiento de procesos implicados en nuestra vida cotidiana.

Lo difícil es guardar un equilibrio entre el objeto y el objetivo, debido a la dialéctica paradigmática. Mientras el interaccionismo psicosocial olvida o esconde el objetivo, ensalzando un conocimiento sin finalidad concreta aparente, el personalismo psicosocial subordina el objeto al objetivo y en sus manifestaciones más radicales casi llega a ponerlo en el lugar del objeto. Por ello, la trascendencia ideológica mencionada es manifiesta en el personalismo. Porque incorporar la persona a la psicología social es, inevitablemente, incorporar los valores al conocimiento psicosocial en toda su extensión.

Cuadro 8-3.
Tendencias que configuran cada metaparadigma psicosocial.

INTERACCIONISMO PSICOSOCIAL	PERSONALISMO PSICOSOCIAL
Mecanicismo	Humanismo
Ciencia natural	Ciencia cultural
Positivismo	Antipositivismo
Conocimiento nomotético	Conocimiento ideográfico
Ciencia objetiva	Ciencia crítica
Crítica técnica y formal	Crítica axiológica
Neutralidad ética	Dimensión ética
Visión atomística	Visión holística
Analiza interacciones	Analiza interactuantes
Experimentación	Observación sistemática
Investigación cuantitativa	Investigación cualitativa
Explicación descriptiva	Explicación hermenéutica
Psicologismo	Sociologismo
Enfasis en el objeto	Enfasis en el sujeto
Aproximación micro	Aproximación macro
Fisicalismo	Filosofismo
Derecha ideológica	Izquierda ideológica
PSICOLOGIA SOCIAL FRIA	PSICOLOGIA SOCIAL CALIDA

Adaptado de: Pluralismo teórico y comportamiento social. *Psicología & Sociedade*. Associação Brasileira de Psicologia Social - ABRAPSO, 1997, 9, 1-2, 31-46. (Reproducción revisada del artículo publicado en *Psicothema*, 1993, 53-64.) Y *La interacción social. Teorías y ámbitos*. Barcelona: PPU, 1995, p. 98.

Pero aquí interviene fuertemente la imagen que se tiene del ser humano, a la que ya nos hemos referido (5.1) como inherente a los distintos paradigmas.

Cuadro 8-4 Modelos (e imágenes) del ser humano inspiradores de los marcos psicosociales fundamentales. (En minúsculas, los generados a partir de los modelos iniciales respectivos.)

MODELOS DEL SER HUMANO

<i>HOMO IRRATIONALIS</i>	Para el psicoanálisis social el ser humano está movido por relaciones afectivas inconscientes.
<i>HOMO MECHANICUS</i>	Para el conductismo social es un ser que reacciona a estímulos externos y cuya conducta está determinada por las consecuencias inmediatas de placer y de dolor.
<i>Homo oeconomicus</i>	Para el conductismo social (teorías del intercambio) es un ser que intercambia costes y ganancias psicológicos y sociales.
<i>HOMO COGITANS</i>	En el sociocognitismo es un ser autónomo y propositivo, que elabora significados.
<i>Homo cyberneticus</i>	En el sociocognitismo formal es un procesador realimentado de información.
<i>HOMO LUDENS</i>	Las teorías de roles y reglas lo ven como un ser consciente de sí mismo, que actúa según reglas.
<i>Homo symbolicus</i>	El interaccionismo simbólico destaca su capacidad de comunicación por símbolos.
<i>Homo artifex</i>	La etnometodología y sobre todo la etogenia lo ven como un constructor de su propia realidad.
<i>HOMO FABER</i>	En las teorías psicosociales marxistas es un reproductor y transformador de las relaciones sociales en términos de dominio de clase.
<i>HOMO VOLENS</i>	Las teorías psicosociales humanistas lo ven como un sujeto capaz de crearse y potenciarse a sí mismo y a los otros.

Reproducido de: La interacción social. Teorías y ámbitos. Barcelona: PPU, 1995, p. 97.

Hacer entrar de lleno el objetivo en el objeto, sin perjuicio de este último, conduce a una psicología social crítica, más allá de lo formal. Claro es que ésta puede ser entendida de varios modos, que van desde un sentido débil (como Eiser, 1980a) de un pragmatismo que provoca una psicología social más aplicada, hasta un sentido fuerte (como en Wexler, 1983), que exige una psicología social transformadora de la praxis social y cuyos objetivos sean, de un lado, mostrar la relación que existe entre la producción psicosocial y el contexto social, y de otro lado, ayudar a repensar la vida social. Piénsese que por el objetivo, más que por el objeto, ha despertado interés y es discutida la psicología social frankfurtiana.

Asumir el objetivo de la psicología social, reconocer el sujeto (y reconocerse como sujeto el investigador o analista) tiene sendas implicaciones prácticas y teóricas que van desde moverse en la cotidianidad hasta aceptar las escalas de valores como ingredientes contextuales de toda situación. Por contra, prescindir del objetivo pone las bases para la irrelevancia de la psicología social como ciencia

teórica. Simplemente, porque sin un objetivo faltan los criterios para definir lo que es relevante o lo que no lo es.

Este último punto encierra un dilema importante, referente a la relación entre la teoría y los valores. De lo explicado puede inferirse que éstos no deben contaminar el objeto de estudio, lo cual significa que una investigación siempre debe llevar a un mismo resultado. En cambio sí son inherentes al objetivo, por lo que el conocimiento debe estar dirigido de tal modo que dos investigadores con objetivos específicos no coincidentes diferirán en el significado de un mismo resultado.

El objetivo desacraliza la objetividad. Y orienta el conocimiento y la práctica basada en el mismo, con lo cual aquél adquiere una dimensión crítica, consolidante de la identidad. Al reclamar al ser humano como persona, crítica y crisis ya no tienen porque caminar juntas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Adorno, T.W. (1967) Sociology and psychology. *New Left Review*, 46, November.
- Adorno, T.W. (1968) Sociology and psychology. *New Left Review*, 47, January.
- Albert, H. (1969) *Traktat über kritische Vernunft*. Tübingen: Mohr.
- Albrecht, S.L.; Thomas, D.L. y Chadwick, B.A. (1980) *Social psychology*. Englewood Cliffs (J.J.): Prentice-Hall.
- Alexander, R.D. (1974) The evolution of social behavior. *Annual Review of Ecology Systems*, 5, 325-384.
- Alvira; F.; Avia, M.D.; Calvo, R. y Morales, J.F. (1981) *Los dos métodos de las ciencias sociales*. 2ª ed. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Allen, E., et al. (1977) Sociobiology, a new biological determinism. En: *Sociobiology Study Group of Boston: Biology as a social weapon*. Minneapolis: Burgess.
- Allport, F.H. (1924) *Social Psychology*. Boston: Houghton Mifflin.
- Allport, G.W. (1947a) The genius of Kurt Lewin. *Journal of Personality*, 16, 1-10.
- Allport, G.W. (1947b) The historical background of modern social psychology. En: Lindzey, G.; Aronson, A. *The handbook of social psychology*. Reading (Mass.) : Addison Wesley, I, 1-80.
- Anastasi, A. (1958) *Differential psychology: Individual and group differences in behaviour*. Nueva York: McMillan, 3ª ed. (Madrid: Aguilar, 1973.)
- Ancona, L. (1954) *La psicología sociale negli Stati Uniti d' America*. Milán: Vita e Pensiero.
- Andréieva, G.M. (1975) Problemas metodológicos de la evolución de las investigaciones psicosociales en los Estados Unidos. En *Problemas metodológicos de la psicología social*. Moscú. (En ruso).
- Antaki, Ch. ed. (1981) *The psychology or ordinary explanations of social behaviour*. Londres: Academic.
- Apfelbaum, E. (1985) La psicología social y sus trabas: el cómo y el por qué. *Revista de Psicología Social*, 0, 5-12.
- Apfelbaum, E. y Lubeck, I. (1982) *Agustin Hamon, aux origines de la psychologie sociale française*. (Comunicación en el Symposium Chiron-Europe. Amsterdam: 15-16 septiembre.)
- Armistead, M. (1974) Experience in everyday llife. En: *Reconstructing social psychology*. Penguin: Harmondsworth, 115-132. (Barcelona: Hora, 1983.)
- Aron, R. (1967) *Les etapes de la pensée sociologique*. París : Gallimard. (Buenos Aires : Siglo XX, 1970.)
- Aronson, E. (1972) *The social animal*. San Francisco: Freeman. (Madrid: Alianza, 1981.

- Asch, S. (1952) *Social psychology*. Englewood Cliffs. (N.J.): Prentice-Hall. (Buenos Aires: Eudeba, 1964.)
- Backman, C.W. (1979) Epilogue, a new paradigm. En: Ginsburg, G.P. (Ed.) *Emerging strategies in social psychological research*. Nueva York: Wiley, 305-312.
- Backman, C.W.. (1984) Toward an interdisciplinary social psychology. En: Berkowitz, A. (ed.) *Advances in social psychology*. Nueva York: Academic, 16.
- Bandura, A. (1969) *Principles of behavioral modification*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. (Madrid: Alianza, 1977.)
- Bandura, A. (1976) *Social learning theory*. Englewood Cliffs. (N.J.): Prentice-Hall. (Madrid: Espasa Calpe, 1982.)
- Bandura, A. y Walters, R.H. (1963) *Social learning and personality*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. (Madrid: Alianza, 1977.)
- Bartlett, F.C. (1932) *Remembering. A study in experimental and social psychology*. Cambridge: Cambridge Univ.
- Baumgardner, S.P. (1976) Critical history and social psychology's crisis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, feb., 460-465.
- Bavelas, A. (1951) Réseaux de communications au sein de groupes placés dans des conditions expérimentales de travail. En : Lasswell, H.D. y Lerner, D. *Les «sciences de la politique» aux Etats Unis*. París: Colin.
- Beck, R.C. (1982) *Applying psychology : Understanding people*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Becker, H.S. (1953) Becoming a marihuana user. En: *American Journal of Sociology*, 59, 235-242.
- Belmont, L. y Marolla, F.A. (1973) Birth order, family size, and intelligence. *Science*, 182, 1096-1101.
- Belmont, L.; Stein, A.A. y Susser, M.W. (1975) Birth order, family size, and intelligence. *Science*, 255, 54-55.
- Benedict, R. (1934) *Patterns of culture*. Boston : Houghton Mifflin.
- Berger, P.L. y Luckman, T. (1967) *The social construction of reality*. Garden City (N.Y.): Doubleday. (Buenos Aires: Amorrortu, 1968.)
- Berkowitz, L. (Ed.) (1980a) *Advances in experimental social psychology*. Nueva York: Academic, 13.
- Berkowitz, L. (1980b) *A survey of social psychology*. 2ª ed. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. Nova York: Academic, 16.
- Berkowitz, L. (Ed.) (1984a) *Advances in experimental social psychology*. Nova York: Academic, 16. (Theorizing in social psychology: Theoretical perspectives.)
- Berkowitz, L. (Ed.) (1984b) *Advances in experimental social psychology*. Nova York: Academic, 17. (Theorizing in social psychology: Special topics.)
- Berkowitz, L. (Ed.) (1984c) *Advances in experimental social psychology*. Nova York: Academic, 18.
- Bernard, J. (1943) *Origins of American sociology. The social movement in United States*. Nueva York: Cromwell.
- Bernard, L.L. (1924) Discussion of professor Mc Dougall's paper. En *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 29, 42-45.
- Bernard, L.L. (1926) *An introduction to social psychology*. Nueva York. Holt.
- Berry, J.W. (1967) Independence and conformity in subsistence-level societies. *Journal of Personality en Social Psychology*, 7, 415-418.
- Bhaskar, R. (1975) *A realist theory of science*. Leeds: Leeds Books. (2ª ed. Con un "postscript" sobre el término law: Hassochs, Sussex, Harvester. 1978).
- Bhaskar, R. (1982) Emergence, explanation and emancipation. En Secord, P.F. (ed.) *Explaining social behavior. Consciousness, behaviour, and social structure*. Beverly Hills (cal.): Sage.
- Billig, M. (1977) *Social Psychology and intergroup relations*. Londres; Academic.
- Binet, A. (1909) Le bilan de la psychologie en 1908. En *L'année Psychologique*, mai, 15.
- Black, M. (1909) *Models and metaphors. Studies in language and philosophy*. Ithaca (N.Y.) : Cornell Univ. Press.
- Blondel, G. (1964) *Introduction à la psychologie collective*. Paris : Colin.
- Blumer, H. (1969) *Symbolic interactionism. Perspective and methods*. Englewood Cliffs (N.Y.): Prentice-Hall.

- Boden, M. (1969) *Purposive explanation in psychology*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Bogardus, E.S. (1927) *Immigration and race studies*. Nueva York: Hewath.
- Boring, E.G. (1950) *A history of experimental psychology*. 2ª ed. Nueva York: Appleton-Century-Crofts. (México: Trillasa, 1978.)
- Bottomore, T. (ed.) (1974) *Crisis and contention in sociology*. Londres: Sage.
- Boutillier, R.G.; Roed, J.C. y Svendsen, A.C. (1980) Crisis in the two social psychologies, a critical comparison. *Social Psychology Quarterly*, 43, 5-17.
- Braid, J. (1843) *Neurypnology*. Londres: Readway.
- Brehm, J.W. (1966) *A theory of psychological reactance*. Nueva York: Academic.
- Brewster Smith, M. (1972) Is experimental social psychology advancing? *Journal of Experimental Social Psychology*, 8, 86-96.
- Brickman, P. (1980) A social psychology of human concern. En Gilmour, R. y Duck, S. *The development of social psychology*. Londres: Academic, 5-26.
- Brown, Robert (1963) *Explanation in social sciences*. Routledge & Kegan Paul. (Buenos Aires: Periferia, 1972.)
- Brown, Roger (1965) *Social psychology*. Nueva York: Free. (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1972.)
- Burgess, I. (1972) Psychology and Kuhn's concept of paradigm. *Journal of Behavioral Science*, 1, 194-195.
- Burks, B.S. (1928) The relative influence of nature and nurture upon mental development. *Yearbook of the National Society for the Study of Education*, 1, 219-316.
- Buss, A.R. (1975) The emerging field of the sociology of psychological knowledge. *American Psychologist*, 30, 998-1002.
- Caparrós, A. (1978) La psicología, ciencia multiparadigmática. *Anuario de Psicología*, 19, 79-109.
- Caparrós, A. (1980) *Los paradigmas en psicología*. Barcelona: Horsori.
- Capello, H. (1981) A manera de presentación. *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social (ALAPSO)*, 1, marzo.
- Caplan, A.L. (Ed.) (1978) *The sociobiology debate*. Nueva York: Harper & Row.
- Carrel, A. (1935) *L'homme, cette inconnu*. París. Plon.
- Castorina, J.A. et al. (1973) *Explicación y modelos en psicología*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cattaneo, C. (1859) *Psicología delle menti associate*. Roma: Riuniti, 2000.
- Chapman, A.J. y Jones, D.M. (Ed.) (1980) *Models of man*. Leicester: The British Psychological Society.
- Christopher, S.B. y Leak, G.K. (1984) Freud and sociobiology. *American Psychologist*, 34, 184-185.
- Chomsky, N. et al. (1974) *La explicación en las ciencias de la conducta*. Madrid: Alianza.
- Clore, G.L. (1982) Social psychology in the postattributional period. *Contemporary Psychology*, 27, 10, 766-768.
- Cohen, R.S. (Comp.) (1982) *Repercusiones sociales de la revolución científica y tecnológica*. Madrid: Tecnos-UNESCO.
- Cooley, C.H. (1902) *Human nature and the social order*. Nueva York: Scribner. (Edición revisada: 1922.)
- Cooper, R.M. y Zubek, J.M. (1958) Effects of enriched and constricted early environments on the learning ability of bright and adult rats. *Canadian Journal of Psychology*, 12, 159-164.
- Curtis, J. (1960) *Social Psychology*. Nueva York, Mc Graw-Hill. (Barcelona: Grijalbo, 1962.)
- Danziger, K. (1983) Origins and basic principles of Wundt's Völkerpsychologie. *British Journal of Social Psychology*, 22, 303-313.
- Davis, K. (1940) A case extreme isolation of a child. *American Journal of Sociology*, 45, 554-565.
- Dawkins, R. (1976) *The selfish gene*. Oxford: University Press. (Barcelona: Labor, 1979.)
- De Mey, M. (1982) *The cognitive paradigm. Cognitive science, a newly explored approach to the study of cognition applied in and analysis of science and scientific knowledge*. Dordrecht : Reidel.
- Deonchy, J.P. (1981) Laboratory experimentation and social field experimentation. An ambiguous distinction. *European Journal of Social Psychology*, 11, 323-347.
- Deutsch, M. (1949a) A theory of co-operation and competition. *Human Relations*, 2, 129-152.

- Deutsch, M (1949b) An experimental study of the effects of co-operations and competition upon group process. *Human Relations*, 2, 199-232.
- Deutsch, M (1974) Recurrent themes in the study of social conflict. *Journal of Social Issues*. 33, 222-225.
- Deutsch, M (1976) Theorizing of social psychology. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 134-141.
- Deutsch, M. y Krauss R.M. (1965) *Theories in social psychology*. Nueva York: Basic Books. (Buenos Aires: Paidós, 1970.)
- Diliguenski, G.G. et al. (1975) *Psicología social*. Moscú: Literatura Política. (En ruso) (Montevideo: Pueblos Unidos, 1977.)
- Doise, W. (1976) *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes*. Brusel-les: De Boeck. (Barcelona: Rol, 1979.)
- Doise, W. (1978) Images, représentations, idéologies et experimentation psychosociologique. *Social Science Information*, 17, 1-69.
- Doise, W. (1979) *Experiences entre groupes*. París: Mouton.
- Doise, W. (1982) *L'explication en psychologie sociale*. París: PUF.
- Doise, W.; Deschamps, J.-C. y Mugny, G. (1980) *Psicología social experimental*. Barcelona: Hispano-Europea.
- Doise, W. y Mugny, G. (1981) *Le développement social de l'intelligence*. París: Inter-editions.
- Doise, W. y Weinberger, M. (1972-1973) Representations masculines dans différentes situations de rencontres mixtes. *Bulletin de Psychologie*, 26, 649-657.
- Dollard, J. et al. (1939) *Frustration and aggression*. New Haven (Con.): Yale Univ. Press.
- Duchac, R. (1968) *Sociologie et psychologie*. París: PUF, 2ª ed.
- Duck, S. (1980) Taking the past to heart. One of the futures of social psychology. En Gilmour, R. y Duck, S.: *The development of social psychology*. Londres: Academic, 211-238.
- Dunlap, K. (1919) Are there any instincts? *Journal of Abnormal Psychology*, 14, 307-311.
- Durkheim, E. (1839) *De la division du travail social*. París: Alcan.
- Durkheim, E. (1925) *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. París: Alcan.
- Eber, M. (1983) Freud sociobiology, and contemporary psychoanalysis. *American Psychologist*, 38, 496-497.
- Edel, A. (1959) The concept of levels in social theory. En Gross, L. (ed.) *Symposium on sociological theory*. Evanston: Row Peterson, 167-187.
- Eiser, J.R. (1980a) Prolegomena to a more applied social psychology. En Gilmour, R. y Duck, S.: *The development of social psychology*. Londres: Academic, 271-292.
- Eiser, J.R. (1980b) *Cognitive social psychology*. Londres: Mac Graw Hill.
- Elms, A.C. (1975) The crisis of confidence in social psychology. *American Psychologist*, 30, 967-976.
- Elms, A.C. (1988) Some prolegomena to social psychology. *American Journal of Sociology*, 4.
- Elwood, C.A. (1901) *Some prolegomena to social psychology*. Chicago: Chicago Univ. Press.
- Eysenck, H.J. (1971) *Race, intelligence, and education*. Londres: Temple Smith. (Madrid: Aura, 1973.)
- Eysenck, H.J. y Arnold, W. (1972) *Encyclopedia of psychology*. Londres: Search.
- Farr, R.M. (1980) Sunk with hardly a trace on reading Darwin and discovering social psychology. En Gilmour, R. y Duck, S. *The development of social psychology*. Londres: Academic, 111-136.
- Faucheux, C.L. y Moscovici, S. (1971) *Psychologie sociale, theorique et experimentale*. París: Mouton.
- Ferrater Mora, J. (1979) *De la materia a la razón*. Madrid: Alianza.
- Festinger, L. (1957) *A theory of cognitive dissonance*. Evanston (Ill.): Row Peterson.
- Fish, R. y Daniel, H.D. (1982) Research and publication trends in experimental social psychology (1971-1980): A thematic analysis of the *Journal of Social Psychology*, and the *Zeitschrift für Sozialpsychologie*. *European Journal of Social Psychology*, 12, 395-412.
- Fischer, R.J. (1981) Training applied social psychology. Rationales and core experiences. *Canadian Psychology*, 22, 250-259.
- Fischer, R.J. (1982) *Social psychology, an applied approach*. Nueva York: St. Martin.
- Fletcher, R. (1982) *The making of sociology*. Londres: Nelson, 2 vols.
- Fodor, J.A. (1968) *Psychological explanation*. Nueva York. Random. (Madrid: Cátedra, 1980.)

- Forgas, J.P. (1979) *Social episodes. The study of interaction routines*. Londres: Academic.
- Fraisse, P. (1978) *Psychologie, science de l'homme ou sciences du comportement*. En *XXI Congrès International de Psychologie. Actes*. París, PUF, 49-61.
- Fraisse, P. (Ed.) (1982) *Psychologie de demain*. París : PUF. (Madrid: Mata, 1985.
- Freedman, D.Z. y van Nieuwenhuizen, P. (1985) Las dimensiones ocultas del espacio-tiempo. *Investigación y Ciencia*, 104, 46-57.
- Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Obras completas*. Biblioteca Nueva, VII, 2563-2610.
- Freund, J. (1973) *Les théories des sciences humaines*. París: PUF. (Barcelona : Península, 1975.)
- Fromm, E. (1941) *Escape for freedom*. Nueva York: Rinehart.
- Fuller, J.L. y Thompson, W.R. (1960) *Behavior genetics*. Nueva York: Wiley.
- Galton, F. (1860) *Hereditary genius, an inquiry into its laws and consequences*. Londres: McMillan.
- Gardner, R.A. y Gardner, B.T. (1969) Teaching sign language to a chimpanzee. *Science*. 165, 664-672.
- Gauld, A. y Shotter, J. (1977) *Human action and its psychological explanation*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Gergen, K.J. (1973) Social psychology as a history. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 309-320.
- Gergen, K.J. (1976) Social psychology, science, and history. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 373-383.
- Gergen, K.J. (1979) The positive image in social psychology theory. En Buss, A.R. (Ed.) *Psychology and social context*. Nueva York: Irvington.
- Gergen, K.J. (1980) Developments in theory. Toward intellectual audacity in social psychology. En Gilmour, R. y Duck, S. *The development of social psychology*. Londres: Academic, 239-270.
- Gergen, K.J. (1982) *Toward transformation in social knowledge*. Nueva York: Springer.
- Gergen, K.J. (1985) The social constructionist movement in modern psychology. En *American Psychologist*, 3, 266-275.
- Gergen, K.J. y Gergen, M.M. (1986) *Social psychology*. Nueva York: Harcourt, Brace Jovanovich, 2ª ed.
- Gergen, M.M. y Gergen, K.J. (1984) *Historical social psychology*. Hillsdale (N.J.): Erlbaum.
- Germani, G. (1966) *Estudios sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires: Paidós.
- Gerth, H. y Wright Mills, C. (1953) *Character and social structure. The psychology of social institutions*. Nueva York: Harcourt Brace. (Buenos Aires: Paidós, 1953.)
- Gilmour, R. y Duck, S. (1980) *The development of social psychology*. Londres: Academic.
- Gingsburg, G.P. (Ed.) (1979) *Emerging strategies in social psychological research*. Nueva York: Wiley.
- Goffman, E. (1959) *The presentation of the self in everyday live*. Garden City (N.Y.): Doubleday. (Buenos Aires: Amorrortu, 1971.)
- Goldstein, A.P. et al. (1981) *In response to aggression. Methods of control and prosocial alternatives*. Nueva York: Pergamon.
- González Seara, L. (1971) *La sociología, aventura dialéctica*. Madrid: Tecnos.
- Gouldner, A.W. (1970) *The coming crisis of western sociology*. Nueva York: Basic Books. (Buenos Aires. Amorrortu, 1973.)
- Gurvitch, G. (1968) *La vocation actuelle de la sociologie*. París: PUF, 2 vols.
- Gutting, G. (Ed.) (1980) *Paradigms and revolution. Applications and appraisals of Thomas Kuhn's philosophy of science*. Notre Dame of London: University of Notre Dame Press.
- Harré, R. (1979) *Social being*. Oxford: Blackwell.
- Harré, R. (1980) The ethogenic approach, theory and practice. En Berkowitz, L. (Ed.) *Advances in experimental social psychology*, 10.
- Harré, R. (1983) Nuevas direcciones en psicología social. En Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.): *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano-Europea, 293-311.
- Harré, R. y Secord, P.F. (1973) *The explanation of social behavior*. Oxford: Blackwell.
- Hayes, C. (1951) *The ape in our house*. Nueva York: Harper.
- Heider, F. (1946) Attitudes and cognitive organization. *Journal of Psychology*, 21, 107-112.

- Heider, F. (1957) *The psychology of interpersonal relations*. Nueva York: Wiley.
- Helmreich, R. (1975) Applied social psychology, the unfulfilled promise. *Personality Social Psychology Bulletin*, 1, 548-560.
- Hendrick, C. 1976. Social psychology as history and as traditional science, an appraisal. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 392-403.
- Hendrick, C. (1977) *Perspectives in social psychology*. Nueva Jersey: Erlbaum, 49-74.
- Herkner, W. (1978) *Einführung und die Sozialpsychologie*. Berna: Huber.
- Herrnstein, R. (1971) *I.Q. in the meritocracy*. Londres: Allen Lane.
- Hess, E.H. (1959) Imprinting. *Science*, 130, 133-141.
- Hess, E.H. (1973) *Imprinting*. Londres: Litton. (Méjico: Trillas: 1977.)
- Hiebsch, G. y Vorweg, M. (1967) *Einführung ion die marxistische Sozialpsychologie*. Berlín: VEB deutscher Verlag der Wissenschaften.
- Higbee, K.L.; Millard, R.J. y Folkman, J.R. (1982) Social psychology research during the 1970s. Predominance of experimentation and college student. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8,, 1, 180-183.
- Hofstätter, P.R. (1963) *Einführung in die Sozialpsychologie*. Stuttgart: Kroner, 3ª ed. (Barcelona: Miracle, 1966.)
- Hollander, P.R. (1981) *Principles and methods of social psychology*. Nueva York: Oxford University Press, 4ª ed.
- Homans, G.C. (1967) *The nature of social science*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- House, J.S. (1977) The three faces of social psychology. *Sociometry*, 40, 161-167.
- Hunt, J.M. (1973) Hereditary , environment and clase or ethnic differences. En *Assessment in a pluralistic society*. Princeton: Testing-Service, 3-9.
- Ibañez Gracia, T. (1982) Aspectos del problema de la explicación en psicología social. *Revista de Psicología General Aplicada*, 37, 1, 161-171.
- Innes, JM. (1980) Fashions in social psychology. En Gilmour, R. y Duck, D. (Eds.) *The development of social psychology*. Londres: Academic, 137-172.
- Insko, Ch. A. y Schopler, J. (1973) *Experimental social psychology*. Nueva York: Academic.
- Israël, J. (1979) From level aspiration to dissonance. En Buss, A.R. (Ed.) *Psychology in social context*. Nueva York: Irvington, 239-257-
- Israël, J. y Tajfel, H. (1972) *The context of social psychology. A critical assessment*. Londres: Academic.
- Itard, J. (1986) *Víctor de l'Aveyron*. Madrid: Alianza.
- Janne, H. (1968) *Le système social. Essai de théorie générale*. Brussel-les. l'Institut de Sociologie de l'Université Libre.
- Jaspars, J.M. (1983) The task of social psychology. Some historical reflections. *British Journal of Social Psychology*, 22, 277-288.
- Jaspars, J.M. y Ackermans, E. (1967) The interdisciplinary character of social psychology. *Sociologica Neerlandica*, 4, 1, 62-79.
- Jenkins, C. (1972) *Inequality*. Londres. Penguin.
- Jensen, A.R. (1969) How much can we boost I.Q. and scholastic achievement? *Harvard Educational Review*, 31, 1-123.
- Jensen, A.R. (1973) *Genetic and education*. Londres: Methuen.
- Jensen, A.R. et al. (1969) *Environment, heredity and intelligence*. Harvard Educational Review Preprint Series, 2.
- Jiménez Burillo, F. (1981) *Psicología social*. Madrid: UNED, 2 vols.
- Jiménez Burillo, F. (1983) Un modelo interdisciplinar de la psicología social. En Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea, 163-175.
- Jones, E.E. (1985) Major developments in social psychology during the past five decades. En Lindzey, G. y Aronson, E. (Eds.) *The handbook of social psychology*. Nueva York: Random House, I, 47-107.
- Jones, E.E. y Gerard, H.B, (1967) *Foundations of social psychology*. Nueva York: Wiley. (Méjico: Limusa, 1980.)

- Kardiner, A. (1939) *The individual and his society. The psychodynamics of primitive social organization*. Nueva York: Columbia.
- Kamin, L.J. (1974) *The science and politics of I.Q.* Potomac: Erlbaum.
- Katz, E. y Lazarsfeld, P.F. (1955) *Personal influence*. Glencoe (Ill.): Free. (Barcelona: Hispano Europea, 1979)
- Kaufmann, H. (1955) *Social psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston. (Méjico: Interamericana, 1977.)
- Kee, E. (1975) *A primer in phenomenological psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Kelley, H.H. (1967) Attribution theory in social psychology. En Levine, D. (Ed.) *Nebraska symposium on motivation*. Lincoln: University of Nebraska Press, 15.
- Kellogg, W.N. y Kellogg, L.A. (1933) *The ape and the child*. Nueva York: Mc Graw-Hill.
- Kelman, H. (1967) Human use of human subjects. The problem of deception in social psychological experiments. *Psychological Bulletin*, 67, 1-11.
- Kendler, H.H. (1981) *Psychology, a science conflict*. Nueva York: Oxford University Press.
- Kimble, G.A. (1984) Psychology's two cultures. *American Psychologist*, 39, 8, 833-839.
- Klineberg, O. (1931) A study of psychological differences between "racial" and "national" groups in Europe. *Archives of Psychology*, 132.
- Klineberg, O. (1935) *Negro intelligence and selective migrations*. Nueva York: Columbia University Press.
- Klineberg, O. (1954) *Social psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 2ª ed. (Méjico: FCE, 1956, 2ª ed.)
- Kostyleff, N. (1911) *La crisis de la psicología experimental (el presente y el porvenir)*. Madrid: Jorro, 1922.
- Krech, D.; Crutchfield, R.S. y Ballachey, E.L. (1962) *Individual in society*. Nueva York, Mc Graw-Hill. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1965.)
- Kuhn, T.S. (1962) *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, T.S. (1970) Postscriptum 1969. En *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, T.S. (1974) Second thoughts on paradigms. En Suppe, F. (Ed.) *The structure of scientific theories*. Urbana (Ill): University of Illinois Press, 459-482.
- Labriola, A. (1897) *Del materialismo storico*. Versión francesa: *Essais sur la conception materialista de l'histoire*. Prefacio de G. Sorel. París: Girard et Brière.
- Lamar, J. (1973) *La génétique de l'intelligence*. París, PUF.
- Lambert, J. (1980) *Social psychology*. Nueva York : McMillan (París: Pirámide, 1982.)
- Lazarsfeld, P.; Berelson, B y Gaudet, H.H. (1944) *The people's choice. How the voter makes up his mind in a presidential campaign*. Nueva York: Columbia University Press.
- Le Bon, G. (1895) *Psychologie des foules*. (París: Alcan, 1905, 9ª ed.) (Madrid : Morata, 1983.)
- Le niveau intellectuel des enfants d'âge scolaire, 1950-1954*. París : PUF, 2 vols.
- Le Ny, J.F. (1970) Materialisme et psychologie sociale. En *Psychologie et materialisme dialectique*. París: Roger Maria.
- Le Play, F. (1864) *La reforme sociale en France*. Tours: Maine 2 vols.
- Leak, G.K. y Christopher, S.B. (1982) Freudian psychoanalysis and socio-biology: A synthesis. *American psychologist*, 37, 313-322.
- Lefebvre, H. (1969) Eros et Logos. *La Nef*, 36, 59-65.
- Lerner, M.J. (1971) Justice, guilt, and veridical perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 20, 127-135.
- Levine, N. (1976) On the metaphysics of social psychology, a critical view. *Human Relations*, 29, 385-400.
- Lewicki, P. 1982. Social psychology as views by its practitioners. Survey of SSPS members opinions. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8, 409-416.
- Lewin, K (1936) *Principles of topological psychology*. Nueva York: Mc Graw-Hill.
- Lewin, K. (1951) *Field theory in social science. Selected theoretical paper's*. Nueva York: Harper & Row.
- Leyens, J. Ph. (1979) *Psychologie sociale*. Brussel-les: Mardaga. (Barcelona: Herder, 1982.)
- Lindesmith, A.R. y Strauss, A.L. (1968) *Social psychology*. Nueva Cork: Holt, Rinehart & Winston, 3ª ed.
- Lindgren, H.C. (1973) *An introduction to social psychology*. Londres: Wiley. (Méjico: Trillas, 1973.)

- Lindner, G.A. (1871) *Ideen zu Psychologie der Gesellschaft als Grundlage der Sozialwissenschaft*. Viena: Gerold.
- Lindzey, G. Y Aronson, E. (Eds.) *The handbook of social psychology*. Nueva York: Random. (1ª ed: 1954: 2ª ed. 1968.)
- Linton, R. (1936) *The study of man*. Nueva York: Appleton. (Méjico: FCE, 1942.)
- Liska, A.E. (1977) The dissipation of sociological social psychology. *American Sociologist*, 12, 2-8 y 29-33.
- Locke, D. (1981) Book reviews: models of man. *British Journal of Social Psychology*, 20, 145-147.
- Lómov, B.F. (1977) Setanta anys de psicologia soviética. *Estudis Psicològics*, 4, 266-273. (Sixty years of soviet psychology. *Soviet Psychology* 1978-1979, 2, 68-82.)
- Lorenz, K. y Tinbergen, N. (1938) Taxis und Instinkthandlung in der Eirollbewegung der Graugans. *Zeitschrift für Tierpsychologie*, 2, 1-29.
- Lumsden, C.J.; Wilson, E.O. (1981) *Genes, mind and culture. The coevolutionary process*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Mac David, J. y Harari, H. (1974) *Psychology and social behavior*. Nueva York: Harper&Row. (Méjico: Limusa, 1979.)
- Mahoney, M.J. (1974) *Cognition and behaviour modification*. Cambridge (Mass.): Ballinger.
- Maisonneuve, J. (1974) *Introduction à la psychosociologie*. París : PUF, 3ª ed. (Madrid : Morata, 1974.)
- Mandelbrot, B. (1975) *Les objets fractals: forme, hasard et dimension*. París: Flammarion.
- Mannheim ; K. (1953) *Essays on sociology and social psychology*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 2ª ed. 1959. (Méjico: FCE, 1963.)
- Manicas, P.T. y Secord, P.F. (1983) Implications for psychology of the new philosophy of science. *American Psychologist*, abr., 399-413.
- Marcuse, H. (1955) *Eros and civilisation. A philosophical inquiry into Freud*. Boston: Beacon. (Barcelona: Seix Barral, 1968.)
- Mariet, F. (1975) *Psychosociologie d'aujourd'hui*. París: Bordas.
- Marín, G. (1978) La psicología social en el desarrollo de la América Latina. *Boletín de la AVEPSO*, 1, 1-13.
- Marsal, J.F. (1977) *La crisis de la sociología norteamericana*. Barcelona: Península.
- Masterman, N. (1970) The nature of a paradigm. En Lakatos, y Musgrave, A. (Ed.) *Criticism and the growth of knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mauss, M. (1924) *Sociologie et antropologie*. París: PUF.
- Mayer, A. (1903) Über Einzel und Gesamtleistung des Schulkindes. *Archiv für Gesamte Psychologie*, 1, 274-416.
- McDougall, W. (1908) *An introduction to social psychology*. Londres: Methuen.
- McDougall, W. (1920) *The group mind*. Nueva York y Londres: Putnam.
- McDougall, W. y Myers, C.S. (1901-1903) *Reports of the Cambridge anthropological expedition to the Torres straits*. Cambridge, 2 vols.
- McGuire, W.J. (1967a) Some impeding reorientations in social psychology. Some thoughts provoked by Kenneth Ring. *Journal of Experimental Social Psychology*, 3, 124-139.
- McGuire, W.J. (1967b) Theory-oriented in natural settings. The best of both worlds for social psychology. En Sherif, M. y Sherif, M.C. (Eds.) *Interdisciplinary relationships in the social science*. Chicago: Aldine.
- McGuire, W.J. (1973) The Yin and Yang of progress in social psychology. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 446-456.
- McGuire, W.J. (1980) The development of theory in social psychology. En Gilmour, A. y Duck, S. (Eds.) *The development of social psychology*. Londres: Academic, 53-80.
- Mead, G.H. (1934) *Mind, self, and society*. Chicago (Ill): University of Chicago Press. (Barcelona: Paidós, 1982.)
- Mead, M. (1928) *Coming age of Samoa. A psychological study of primitive youth for western civilisation*. Nueva York: William Morrow.
- Mead, M. (1939) *From the south seas. Studies of adolescence and sex in primitive societies*. Nueva York: William Morrow.
- Mead, M. y Wolfenstein, M. (1955) Fun morality, an analysis of recent child training literature. *Childhood in contemporary culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mertens, W. y Fuchs, G. (1978) *Krise der Sozialpsychologie?* Munich: Ehrenwirth.

- Merton, R.K. (1938) Social structure and anomie. En *Social theory and social structure*. Nueva York, Free, cap. 4. 2ª ed.
- Merton, R.K. (1957) *Social theory and social structure*. Nueva York Free, 2ª ed. rev. y aum. (Méjico:FCE, 1965.)
- Meyerson, I. (1946) *Les fonctions psychologiques et les oeuvres*. París: Vrin.
- Milgram, S. (1977) *Obedience to authority. An experimental view*. Nueva York: Harper & Row. (Bilbao: Desclée, 1980.)
- Miller, N.E. y Dollard, J. (1941) *Social learning and imitation*. New Haven (Con.): Yale University.
- Mills, C. Wright (1959) *The sociological imagination*. Nueva York: Oxford University Press. Méjico, FCE., 1961.)
- Mills, C. Wright (1962) *The marxists*. Nueva York: Dell. (Méjico: Era, 1964.)
- Miranda, A.; Miralles, L.J. y Tortosa, F.M. (1984) La situación actual de la psicología social. *Revista de Historia de la Psicología*, 5, 5, 63-84.
- Mitroff, I.I. (1979) Eminent psychologists and selenologists. A comparative study of their images of science. En Buss, A.R. (Ed.) *Psychology in social context*. Nueva York: Irvington, 307-328.
- Moede, W. (1920) *Experimentale Massenpsychologie*. Leipzig: Hirzel.
- Monnerot, J. (1946) *Les faits sociaux ne sont des choses*. París : Gallimard.
- Montagu, A. (ed.) *Sociobiology examined*. Oxford: University Press.
- Morales, J.F. (1984) Hacia un modelo integrado de psicología social aplicada. En Torregrosa, A. y Crespo, E. (Eds.) *Estudios básicos de psicología social*. Barcelona. Hora, 701-723.
- Morawski, J.G. (1979) The structure of social psychological communities. A framework for examining the sociology of social psychology. En Strickland, E.H. (Ed.) *Soviet and western perspectives in social psychology*. Londres: Pergamon, 25-26.
- Moreno, J. (1934) *Who shall survive? A new approach to the problem of human interactions*. Beacon (N.Y.): Beacon House. (Buenos Aires: Paidós, 1962.)
- Moscovici, S. (1970) Preface. En: Jodelet, D.; Viet, J. y Besnard, P. *La psychologie sociale*. París: Mouton, 9-64.
- Moscovici, S. (1972) Society and theory in social psychology. En Israel, J. y Tajfel, H. (Eds.) *The context of social psychology. A critical assessment*. Londres: Academia.
- Moscovici, S. (1984a) Le domaine de la psychologie sociale. En Moscovici, S. (Ed.) *Psychologies sociales*. París : PUF., 5-22.
- Mower Wyte, C.J. (1982) *Consistency in cognitive social bbehaviour. An introduction to social psychology*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Mueller, F.L. (1963) *La psychologie contemporaine*. París: Payot.
- Mugny, G. (1974) *Negotiations et influence minoritaire*. Ginebra : Ecole de Psychologie et des Sciences de l'Education de l'Université de Genève.
- Mugny, G. (1981) *El poder de las minorías. Psicología social de la influencia de las minorías e ilustración experimental*. Barcelona: Rol.
- Mugny, G. y Doise, W. (1979) Niveaux d'analyse dans l'étude expérimentale des processus d'influence sociale. *Social Science Information*, 6.
- Munné, F. (1971) *Grupos, masas y sociedades. Introducción sistemática a la sociología general y especial*. Barcelona: Hispano Europea, 1979, 3ª ed.
- Munné, F. (1974) La colaboración profesional y la investigación interdisciplinaria como necesidad actual. *Anuario de la Academia de Doctores, del Distrito Universitario de Barcelona*, 79-81.
- Munné, F. (1975) Sociology in contemporary Spain. En Mohan, R.P. y Martindale, D. (Eds.) *Handbook of contemporary developments in world sociology*. Westport (Con.): Greenwood, cap. 22, 355-376.
- Munné, F. (1980a) La construcción de la psicología social del derecho. En Muñoz Sabaté, L.; Bayés, R. y Munné, F. *Introducción a la psicología jurídica*. Méjico: Trillas, 93-110.
- Munné, F. (1980b) La Escuela de Ginebra de psicología social experimental. Prólogo a Doise, W., Deschamps, J.C. y Mugny, G. *Psicología social experimental*. Barcelona: Hispano Europea.
- Munné, F. (1980c) *Psicosociología del tiempo libre*. Méjico: Trillas.
- Munné, F. (1982a) La psicología social premarxista en Rusia. (Resumen de la comunicación.) *VII Congreso Nacional de Psicología. Mesas Redondas y Comunicaciones Libres*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago, 698-699.
- Munné, F. (1982b) *Psicologías sociales marginadas. La línea de Marx en la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- Munné, F. (1985) El desarrollo de la psicología social en la Unión Soviética. *Revista de Historia de la Psicología*, 6, 1, 19-46.

- Munné, F. (1989) *Entre el individuo y la sociedad. Marcos y teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias PPU.
- Munné, F. (1993) Pluralismo teórico y comportamiento social. *Psicothema*, 5, Suplemento. 53-64.
- Murchison, C. (Ed.) (1935) *A handbook of social psychology*. Worcester (Mass.) Clark University Press.
- Murphy, G. (1947) *Personality: A biosocial approach to origins and structure*. Nueva York: Harper & Row.
- Murphy, G. (1949) *Historical introduction to modern psychology*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 5ª ed. rev. (Buenos Aires: Paidós, 1964.)
- Murphy, G. y Kovach, J.K. (1972) *Historical introduction to modern psychology*. Londres: Routledge & Kegan Paul. (6ª ed. de G. Murphy, 1949)
- Murphy, G. y Murphy, L.B. (1931) *Experimental social psychology*. Nueva York: Harper. (Ed. rev. de 1937, con T.M. Newcomb.)
- Nederhof, A.J. y Gerard Zwieter, A. (1983) The 'crisis' in social psychology: an empirical approach. *European Journal of Social Psychology*, 13, 257-280.
- Newcomb, T.M. (1950) *Social psychology*. Nueva York: Dreyden. (Buenos Aires: Eudeba, 1964, 2 vols.)
- Newcomb, T.M. (1951) Social psychological theory: Integrating individual and social approaches. En Rohrer, J. y Sherif, M. (Eds.) *Social psychology at the crossroads*. Nueva York: Harper.
- Newman, H.; T.H.; Freeman, F.N. y Holzinger, K.J. (1937) *Twins, a study of heredity and environment*. Chicago: Chicago University Press.
- Ogburn, W. y Bose, N. (1959) On the trail of the wolf-children. *Genetic Psychological Monographs*, 60. 117-193.
- Orano, G. (1902) *Psicologia sociale*. Bari.
- Orne, M.T. (1962) On the social psychology of the social psychological experiment. *American Psychologist*, 17, 776-783.
- Ortega y Gasset, J. (1954) *El hombre y la gente*. (Madrid: Revista de Occidente.)
- Oskamp, S. (1984) *Applied social psychology*. Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall.
- Pariguin, B.D. (1965) *La psicología social como ciencia*. Leningrado (en ruso). (Montevideo: Pueblos Unidos, 1967.)
- Parsons, T. (1951) *The social system*. Nueva York: Free. (Madrid: Revista de Occidente, 1966.)
- Pastor Ramos, G. (1983) *Conducta interpersonal. Ensayo de psicología social sistemática*. Salamanca: Universidad Pontificia, 2ª ed.)
- Pastore, N. (1949) *The nature-nurture controversy*. Nueva York: King's Crown Press Columbia University.
- Pepitone, A. (1976) Toward a normative and comparative biocultural social psychology. *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, 641-653.
- Pepitone, A. (1981) Lessons from the history of social psychology. *American Psychologist*, 36, 9, 972-985.
- Perlman, D. y Cozby, P.C. (1983) *Social Psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 2ª ed. (Méjico: Interamericana, 1985)
- Piaget, J. (1932) *Le jugement moral chez l'enfant*. París: Alcan. (Barcelona : Fontanella, 1977.)
- Pieron, H. (1949) *Traité de psychologie appliquée*. París : PUF, vol I (*La psychologie différentielle*.)
- Pinillos, J.L. (1975) *Principios de psicología*. Madrid: Alianza.
- Pion, G.M. y Lipsey, M.M. (AÑO) Psychology and society. The challenge of change. *American Psychologist*, 39, 7, 739-754.
- Plejánov, G.V. (1897) *La concepción materialista de la historia*. Moscú. (Méjico: Roca: 1973.)
- Plon, M. (1972) Sur quelques aspects de la recontre entre la psychologie sociale et la théorie des jeux. *La Pensée*, 161, 53-80.
- Plon, M. (1974) Meaning of the notion of conflict and its study in social psychology. *European Journal of Social Psychology*, 4, 389-436.
- Pollack, E.I. (1983) Will socio-biology really revive Freud? *American Psychologist*, 38, 497-498.

- Popper, K. (1982) *The open universe*. Londres: Hutchinson. (Madrid: Tecnos, 1984.)
- Pórhnev, B. (1970) *Social psychology and history*. Moscú: Progress.
- Premark, A. y D. (1971) Language in chimpanzee? *Science*, 172, 808-822.
- Prigogine, I. (1979) *La nouvelle alliance. Metamorphose de la science*. París : Gallimard. (Madrid : Alianza, 1983.)
- Prigogine, I. (1980) *From being to becoming. Time and complexity in the physical sciences*. San Francisco: Freeman.
- Raven, B.H. y Rubin, J.Z. (1981) *Social psychology. People in groups*. Nueva York: Wiley.
- Rice, J.P. (1982) Sociobiology, does culture mind? *Contemporary Psychology*, 27, 261-263.
- Richard, C.V: Hall (Ed.) (1982) *Psychiatry in crisis*. Nueva York: S.P. Medical.
- Richelle, M. y Seron, X. (Ed.) (1980) *L'explication en psychologie*. París : PUF.
- Ridruejo, P. (1983) Potenciales implicativos del clima social: su sintáctica. En Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea, 269-291.
- Ring, K. (1967) Experimental social psychology. Some sober questions about some frivolous values. *Journal of Experimental Psychology*, 3, 113-123.
- Ristau, C.A. (1983) Symbols and indication in apes and other species? Comment on Savage-Rumbaugh *et al. Journal of Experimental Psychology. General*, 112, 4, 498-507.
- Rodrigues,, A. (1973a) *Psicología social*. Petropolis (Rio de Janeiro): Vozes, 2ª ed. (Méjico: Trillas, 1976.)
- Rodrigues, A. (1973b) Psicología social. Perspectivas después de la crisis. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 32, 840-862.
- Rodrigues, A. (1983) *Aplicaciones de la psicología social*. (Méjico: Trillas.)
- Rose, A.M. (ed. (1971) *Human behavior and social processes. An interactionist approach*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Rosenthal, R. (1963a) Experimented attributes as determinants of subject's responses. *Journal of Projective Techniques and Personality Assessment*, 27, 324-331.
- Rosenthal, R. (1963b) On the social psychology of the psychological experiment. The experiment's hypothesis as unintended determinant of experimental result's. *American Scientist*, 51, 268-283.
- Rosenzweig, M.R. (1984) U.S. psychology and word psychology. *American Psychologist*, 39, 8, 877-884.
- Rosnow, R.L. (1978) The prophetic vision of Giambattista Vico. Implications for the state of social psychological theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 1322, 1331.
- Ross, E.A. (1908) *Social psychology. An outline and source-book*. Nueva York. McMillan.
- Ross, E.A. (1909) What is social psychology? *The Psychological Bulletin*, 6, 409-411.
- Rumbaugh, D.M. y Gill, T. (1976) The mastery of language-type skills by the chimpanzee (Pan). En Harnard, S.R.; Steklis, H.O. y Lancaster, J. (Eds.) *Origin and evolution of language and speech*, vol. 280. Nueva York: Academy of Sciences.
- Ruse, M. (1980) *Sociobiology. Sense or nonsense?* Dordrecht (Holland): Reidel.
- Sahakian, W.S. (1981) *History and systems of social psychology*. Washington: Hemisphere, 2ª ed. (1ª ed: *Systematic social psychology*. Nueva York: Chandler, 1974.)
- Shalins, M.D. (1976) *The use and abuse of biology*. Ann Arbor: University of Michigan Press. (Madrid: Siglo XXI: 1982.)
- Salazar, J.M. *et al.* (1979) *Psicología social*. Méjico: Trillas.
- Sales y Ferré. M. (1912) *Sociología general*. Madrid: V. Suárez.
- Salzen, E.A: (1967) Imprinting in birds and primates. *Behaviour*, 28, 232-254.
- Sampson, E.E. (1978) Scientific paradigms ans social values. Wanted a scientific revolution. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 1332-1343.
- Savage-Rumbaugh, E.S. *et al.* (1983) Can a chimpanzee make a statements ? *Journal of Experimental Psychology: General*, 112, 4, 457493.
- Saxe, L. y Fine, M. (1980) Reorienting social psychology toward application. A methodological analysis. En Bickman, L. (Ed.) *Applied Social Psychology Annual*, 1. Beverly Hills (Cal.): Sage, 71-91.
- Schäffle, A.E.F., (1875-1878) *Bau und Leben des socialen Körpers*. Tübingen: Laupp.
- Schellenberg, J.A. (1978) Masters of social psychology: Freud, Mead, Lewin and Skinner. Oxford: Oxford University Press. (Madrid: Alianza, 1981.)

- Schlenker, B.R., (1974) Social psychology and science. *Journal of Personality and Social Psychology*, 29, 1-5.
- Schlenker, B.R. (1977) On the ethogenic approach: etiquette and revolution. En Berkowitz, L. (Ed.) *Advances in Experimental Social Psychology*. Nueva York, Academic, 10, 315-330.
- Schoeck, H. (1974) *Geschichte der Soziologie*. Friburg: Herder. (Barcelona: Herder, 1977.)
- Schneiderman, S. (1984) *Jacques Lacan. The death of an intellectual hero*. Cambridge: Harvard University Press.
- Schütz, A. (1967) Common-sense and scientific interpretation of human action. *Collected papers: I The problem of social reality*. The Hague: Nijhoff, 3-47. (Buenos Aires, Amorrortu, 1974.)
- Secord, P.F. y Backman, C.W. (1974) *Social psychology*. McGraw-Hill, 2ª ed. (Méjico: McGraw-Hill, 1976)
- Seidman, E. (Ed.) *Handbook of social intervention*. Beverly Hills (Cal.): Sage.
- Semin, G.r. y Mansrtead, A.R. (1979) Social psychology: social or psychological? *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 18, 191-202.
- Seoane, J. (1980) Problemas epistemológicos de la psicología actual. *Análisis y Modificación de Conducta*, 6, 91-107.
- Seoane, J. (1980) Sobre el concepto de psicología social. *Boletín de Psicología*, 8, 23-34.
- Shaw, M.E. y Costanzo, R.P. (1982) *Theories of social psychology*. Nueva Cork: McGraw-Hill (1ª ed. 1970).
- Sheenan, T. (1980) La cruzada de los nuevos filósofos. *Revista de Occidente*, 2, 69-84.
- Sherif, M. (1936) *The psychology of social norms*. Nueva York: Harper & Row.
- Sherif, M. (1963) Social psychology. Problems and trends in interdisciplinary relationships. En Skoch, A. (Ed.) *Psychology, a study of a science*. Nova York: McGraw-Hill. Vol. 6, 90-93.
- Sherif, M. (1977) Crisis in social psychology. Some remarks toward breaking through the crisis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 3, 374-379.
- Sherif, M. et al. (1961) *Intergroup conflict and cooperation. The Robber's Cave experiment*. Norman: Institute of Group Relations. University of Oklahoma.
- Sherif, M. y Sherif, C.W. (1953) *Groups in harmony and tension. An integration of studies on intergroups relations*. Nueva York: Harper.
- Sherif, M. y Sherif, C.W. (1974) *Social psychology*. Nueva York: Harper & Row 3ª ed. (1ª ed., 1967.) (Méjico: Harla, 1974.)
- Sherrod, D. (1982) *Social psychology*. Nueva Cork: Random House.
- Shibutani, T (1961) *Society and personality. An interactionist approach to social psychology*. Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall. (Buenos Aires: Paidos, 1971)
- Shuey, A.M. (1958) *The testing of negro intelligence*. Lynchburg: Bell.
- Silverman, I. (1976) Crisis en psicología social. La relevancia de la relevancia. En Marín, G. (Ed.) *Lecturas de psicología social contemporánea*. Méjico: Trillas, 11-14.
- Simard, E. *La nature et la portée de la méthode scientifique*. Quebec : Presses Universitaires Laval. (Madrid : Gredos, 1961.)
- Slawski, C.J. (1981) *Social psychological theories. A comparative handbook for students*. Glenview (Ill.): Scott Foresman.
- Snow, C.P. (1950) *The two cultures and the scientific revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sprott, W.J.J. (1962) *Social psychology*. Londres: Methuen. (Buenos Aires : Paidos, 1964.)
- Staats, A.W. (1975) *Social behaviorism*. Nueva Yok: The Dorsey.
- Stoetzel, J. (1963) *La psychologie sociale*. París: Flammarion . (Alcoy, Valencia: Marfil, 1965.)
- Stouffer, S.A. et al. (1949) *The american soldier : 1. Adjustment during army life. 2, Combat and his aftermath*. Princeton (N.J.): Princeton University Press.
- Strickland, L.E.; Aboud, E. y Gergen, K.J. (Eds.) (1976) *Social psychology in transition*. Nueva York: Plenum.
- Stroebe, W. (1979) The level of social psychological analysis. A plea for a more social psychology. En Strickland, L.S.: (Ed.) *Soviet and Western perspectives in social psychology*. Londres: Pergamon, 93-107.
- Stroebe, W. (1980) Process loss in social psychology. Failure to exploit? En Gilmoure, A. y Duck, S.W. (Ed.) *The development of social psychology*, 181-205.
- Stryker, S. (1977) Developments in "two social psychologies"- Toward an appreciation of mutual relevance. *Sociometry*, 40, 145-160.
- Stryker, S. (1983) Tendencias teóricas de la psicología social. Hacia una psicología social interdisciplinar. En Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea, 13-72.

- Stryker, S. (1984) *Social psychology from the standpoint of a structural symbolic interactionism. Toward an interdisciplinary social psychology*. Nueva York: Academic, 16: Theorizing in social psychology: Theoretical perspectives.
- Sugarman, S. (1983) Why talk? Comment on Savage-Rumbaugh et al. *Journal of Experimental Psychology: General*, 112, 4, 493-398.
- Sullivan, H.S. : (1953) *The interpersonal theory of psychiatry*. Nueva York: Norton. (Buenos Aires: Psique, 1964)
- Swingle, P.G. (1973) *Social psychology in natural settings. A reader in field experimentation*. Chicago: Aldine.
- Tabah, L. y Sutter, J. (1954) Le niveau intellectuel des enfants d'une même famille. *Archives of Human Genetics*, 19, 120-150.
- Tajfel, H. (1979) Individuals and groups in social psychology. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 18, 183-190.
- Tajfel, H. (1981) *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press. (Barcelona: Herder, 1984.)
- Tajfel, H. y Fraser, C. (1978) *Introducing social psychology*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Tajfel, H. y Wilkes, A.L. (1963) Classification and quantitative judgement. *British Journal of Psychology*, 54, 101-114.
- Tarde, G. (1890) *Les lois de l'imitation*. París: Alcan.
- Tarde, G. (1901) *L'opinion et la foule*. París: Alcan.
- Tarde, G. (1903) L'interpsychologie. *Bulletin de l'Institut General Psychologique*, June.
- Taylor, Ch. (1964) *The explanation of behavior*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Taylor, D.M. y Brown, R. (1979) Towards a more social, social psychology. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 18, 173-180.
- Tedeschi, J.T. et al. (1981) Social psychology and cumulative knowledge. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 7, 161-172.
- Terrace, H.S. (1979) *Nim*. Nueva York: Knopf.
- Thibaut, J. y Kelly, H.H. (1979) *The psychology of groups*. Nueva York: Wiley.
- Thibaut, J. y Riecken, H.W. (1955) Some determinants and consequences of the perception of social causality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 24, 113-133.
- Thom. R. (1972) *Stabilité structurelle et morphogénèse*. Nueva York: Benjamin.
- Thomas, D. (1933) An attempt to develop precise measurement in the social behaviour field. *Sociologus*, 9 1-12.
- Thomas, W.I. (1905) The province of social psychology. *American Journal of Sociology*, 11, 445-455.
- Thomas, W.I. y Znaniecki (1918-1920) *The polish peasant in Europe and America*. Boston: Bagdar, 5 vols. (2ª ed. Nueva York: Knopf, 2 vols.)
- Thurstone, L. L. (1928). Attitudes can be measured. *American Journal of Sociology*, 33, 529-554.
- Thurstone, L.L. y Chave, E.J. (1929) *The measurement of attitude*. Chicago: Chicago University Press.
- Tizard, B. (1974) Nuevos estudios sobre herencia y medio ambiente. *Orbe Médico*, 72, 40-45.
- Tolman, C.E. (1952) A theoretical analysis of relations between sociology and psychology. *Journal of Abnormal Social Psychology*. 47, 291-298.
- Torregrosa, J.R. (Ed.) *Teoría e investigación en la psicología social actual*. Madrid: Instituto de la Opinión Pública.
- Torregrosa, J.R. (1985) Sobre el concepto de psicología social. *Boletín de psicología*, 8, 9-22.
- Torregrosa, J.R. y Crespo, E. (Ed.) *Estudios básicos de psicología social*. Barcelona: Hora.
- Triandis, H.C. et al. (1979 ss.) *Handbook of cross-cultural psychology*. Boston: Allyn & Bacon, 6 vols.
- Tryon, R.C.: (1940) Genetic differences in maze-learning ability in rats. En Whipple, G.M. (ed.) *The thirty-ninth yearbook of the National Society for the Study of Education*, 1, Bloomington (Ill.): Public School.
- Turner, J.H. (1974) *The structure of sociological theory*. Homewood: Dorsey.
- Turner, S.P. (1980) *Sociological explanation as translations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tutunian, O.M. (1963) Tendencias progresistas en la psicología histórica de Ignace Meyerson. *Voprosi, Psijologuii*, 3, 118-124. (En ruso.)

- Van den Berghe, P.L. (1978) Bridging the paradigms. *Society*, 15, 42-49.
- Van Leent, J. (1962) *De macro-micro-verhouding bij sociologie de psychologie en de sociale psychologie*. Leiden: University of Leiden. (Tesis doctoral.)
- Van Strien, P.J. (1982) In search of an emancipatory social psychology. En Stringer, P. (ed.) *Confronting social issues. Applications of social psychology*. Londres: Academic, 2, 9-26.
- Varela, J.A. (1971) *Psychological solutions to social problems*. Nueva York: Academic.
- Varela, J.A. (1981) La tecnología social. En Marín, G. *La psicología social en Latinoamérica*. Méjico: Trillas, 2, 139-163.
- Waddington, C.H. (1963) *La naturaleza de la vida*. Madrid: Norte y Sur.
- Wade, T.C. (1976) Sociobiology. Troubled birth for new discipline. *Science*, 191, 1151-1155.
- Watson, J.S. (1982) Publications delays in natural and social-behavioral science journal. An indication of the presence or absence of a scientific paradigm? *American Psychologist*, abr., 448ss.
- Westland, G. (1978) *The current crises in psychology*. Londres: Heinemann.
- Wexler, P. (1983) *Critical social psychology*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Wheldall, K. (1975) *Social behaviour. Key problems and social relevance*. Londres: Methuen.
- White, L. (1949) *The science of culture*. Nueva York: Farrar & Strauss.
- Whittaker, J.O. (Ed.) (1975) *La psicología social en el mundo de hoy*. Méjico: Trillas.
- Wilson, E.O. (1975) *Sociobiology, the new synthesis*. Cambridge: Harvard University Press. (Barcelona: Omega, 1980.)
- Wingfield, A. y Byrnes, D.L. (1981) *The psychology of human memory*. Nueva York: Academic.
- Woodard, J.W. (1945) The social psychology. En Gurvitch, G. y Moore, W.E. (Eds.) *Twentieth century sociology*. Nueva York: The Philosophical Library, 2 vols., 1, cap. IX.
- Woodworth, R.S. (1941) Heredity and environment. *Society of scientific research: Council Bulletin*, 47.
- Wrightsman, L.S. (1973) *Social psychology in the seventies*. Monterey (Cal.): Brooks/Cole.
- Wrightsman, L.S. y Deaux, K. (1981) *Social psychology in the eighties*. Monterey (Cal.): Brooks/Cole.
- Wrightsman, L.S. (Ed.) (1978) News of the society. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 5, 1, monográfico.
- Wundt, W. (1900-1920) *Völkerpsychologie. Einer Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythos und Sitte*. Leipzig: Engelmann, 10 vols.
- Yela, M. (1971) Introducción a la versión española. En Thomae, H. y Feger, H.A.: *Corrientes principales de la moderna psicología*. Madrid, Morata, vol. 7, 3-12.
- Yela, M (1978) Herencia y ambiente en la psicología contemporánea. *Boletín Informativo. Fundación Juan March*, nov. 76, 3-25.
- Zadeh, L.A. (1965) Fuzzy sets. *Information and Control*. 8, 338-353.
- Zamoshkin, L.A., (1970) Psicología social. En: F.V. Konstantinov (Ed.): *Enciclopedia filosófica*. Moscú. (En ruso.)
- Zajonc, R.B. (1966) *Social psychology. An experimental approach*. Belmont (Cal.): Brooks/Cole. (Alcoy: Marfil, 1967.)
- Zajonc, R.B. (1976) Family configuration and intelligence. *Science*, 192, 227-235.
- Zimbardo, P.G. (1974) The psychology of imprisonment: Privation, power, and pathology. En Rubin, Z. (Ed.) *Doing into others*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 61-73.
- Znanecki, F. (1925) *The laws of social psychology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Znanecki, F. (1969) *On humanistic sociology*. Chicago: University of Chicago Press.